

ANTOS EPICOS

PN6110

.R4

A5

0032-6



1080018835

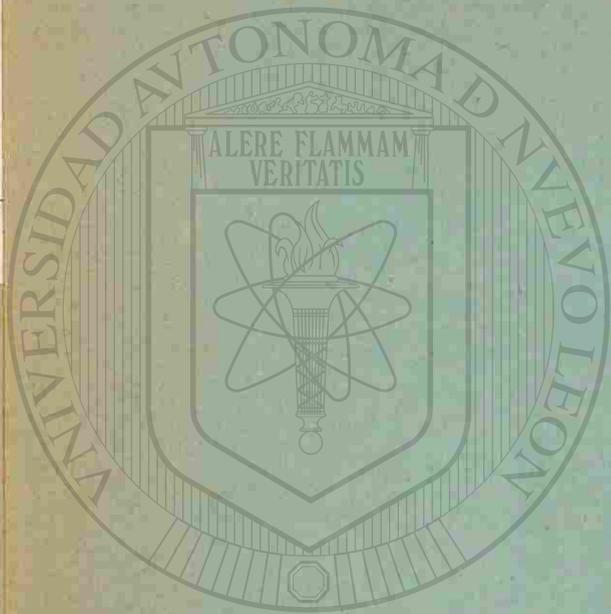
EX LIBRIS FLAMMAM
VERITATIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CANTOS EPICOS

A la Divinidad y Humanidad de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTOS EPICOS A LA DIVINIDAD

Y

HUMANIDAD DE DIOS

POR EL

R. P. DIEGO JOSE ABAD, S. J.

MEXICANO

Traducidos al verso castellano
por el

PBRO. ENRIQUE VILLASEÑOR,

PROFESOR DE LATINIDAD

EN EL

SEMINARIO DE ZAMORA

PRIMERA EDICION CON LICENCIAS.



MEXICO
LIBRERIA RELIGIOSA

HERRERO, HERMANOS, EDITORES.

3. SAN JOSÉ EL REAL, 3.

1896.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

40505
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PNG110

R4

A5



Queda asegurada la propiedad
de esta obra con arreglo á la ley,
tanto en España como en México.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Consagrados á Nuestra tierna Madre

LA REINA AUGUSTISIMA

MARIA DE GUADALUPE

Bajo los auspicios del Ilmo. y Reverendísimo Señor Doctor

D. José Antonio Plancarte y Labastida,

Abad Mitrado

de la Ynsigne Colegiata, con quien me ligan los más
estrechos vínculos de gratitud.

El Traductor.

Madre amantísima, Virgen de Guadalupe,

Eterno é inexpugnable baluarte

De esta mi patria que tanto has amado;

Permite que en los faustos días

En que tus hijos agradecidos

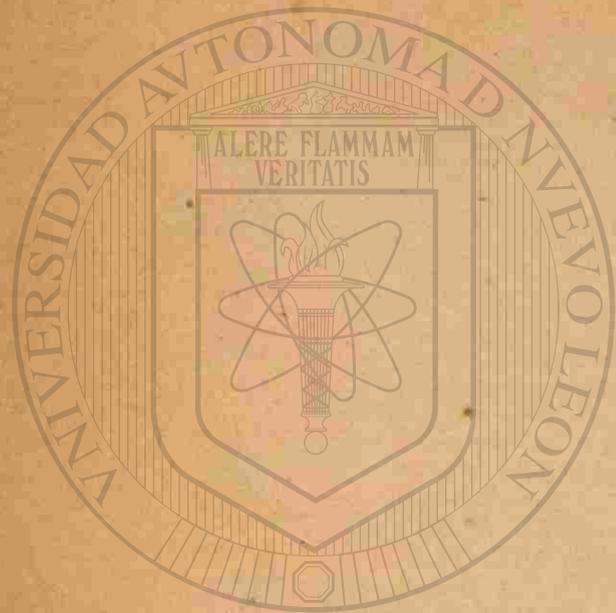
Ciñen tu frente con espléndida diadema;

Ponga yo ante tus plantas estas humildes primicias,

Fruto de mis pobres trabajos

Y del sincero amor que te profeso.

003226



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



ADVERTENCIAS PRELIMINARES DEL TRADUCTOR.

Es, por lo general, molesto ó poco agradable á los lectores, al tomar una obra cualquiera entre sus manos, el tener luego que tropezar en eruditos y sentenciosos prólogos de su respectivo autor, quien de antemano se empeña en tender sus ingeniosas redes al incauto lector que apenas empieza á asomarse por aquellas páginas, tímido y recatado, como quien pisa un terreno desconocido, y que parece á cada paso hundirse bajo sus pies. Y no pocas veces sucede que aquél, en medio de su natural timidez y recato, recelando alguna de dichas emboscadas; dá un vigoroso salto, y de rondón colócase ufano al frente de la primera página útil de la obra que acertó á caer en sus manos, volviéndose, todavía, como dice Dante, al agua peligrosa que deja atrás, y remirándola como en cierto aire de triunfo. Yo, discreto lector, como no tengo ningunas de erudición que tenderte, ni sé de dichas emboscadas ó estrategias literarias; pongo hoy en tus manos, llana y sencillamente, una obra que por su importancia, su argumento, invención y dotes particulares que la adornan, no debo ni puedo de ninguna manera encarecértela; y ni yo estoy para entrar en profundas y serias disertaciones, ni tú tendrás paciencia tal vez para oír disertar á un desconocido amigo, que hoy, por vez primera se presenta, baja la frente, en el palenque literario, solicitando tu favor, no ya exigiéndote anticipadamente aplausos y homenajes que en ningún modo pudiera él merecer.

Tan sólo me ha parecido prudente y oportuno, si no te es molesto, hacerte algunas advertencias preliminares; no ya por creer que tú, como avisado y entendido que eres, puedas necesitarlas, sino porque, como te indicaba, pongo hoy á tu disposición una obra que no se ha modelado en los tan conocidos y comunes moldes de otras sin número

que andan por ese mundo literario como buscando árduas y peligrosas aventuras, unas veces recibiendo amistosas acogidas, vítores y ovaciones triunfales, y otras, reveses y tristes desengaños, ó maliciosos gracejos de los desocupados y juiciosos lectores.

Esta, que ahora toca humildemente á tus puertas, ya no tiene propiamente que hacer esa excursión peligrosa y aventurada por los anchurosos campos del mismo mundo literario. Ya la hizo en el pasado siglo, y su punto de partida fué la misma Europa, el antiguo pero nunca menguado foco de las ciencias, de las artes y de la literatura. Allí recorrió aulas, visitó academias, circuló por todos los estadios del saber y de las letras y fué universalmente aplaudida, celebrada y encarecida con sublimes y encumbrados elogios por los más distinguidos literatos; en una palabra, se hizo su apoteosis, como tú mismo podrás verlo en los testimonios y documentos de jueces muy competentes en la materia, registrados en las páginas críticas de la presente, y que, por ser del todo extranjeros á la patria del Autor, son también muy fidedignos y acreedores á un pleno y absoluto crédito. Pero nuestro Poeta, el esclarecido Diego José Abad, cuya frente ceslian tan gloriosos laureles, conquistados en tantos triunfos, que ya con sus fulgores irradiaban también grandemente las páginas literarias de nuestros patrios anales; arrastrado insensiblemente por la imperiosa corriente de los siglos, se fué poco á poco deslizando, hasta que por fin rodó al silencio y olvido del sepulcro, cuyas tinieblas han envuelto tantos genios aunque habrían medido sus conquistas con el mismo globo. Pues el idioma en que él escribió su inmortal poema, como algunos lo han llamado, fué también perdiendo poco á poco su general prestigio de que en las épocas pasadas disfrutaba, y abandonando más y más terreno, hasta que por fin tuvo que refugiarse á las estrechas aulas de academias y seminarios, donde únicamente se le siguieron tributando los dignos homenajes de que antes era objeto en todo el mundo ilustrado. Y así no es de extrañar que muchas egregias obras, escritas en el inmortal idioma de Cicerón y Virgilio, del renacimiento de la literatura cristiana á esta parte, estén casi del todo olvidadas y conocidas tan sólo por un corto número de eruditos muy adictos á este sublime idioma.

Deplorando yo, pues, la triste suerte que también le cupo á este poema y viendo sumergida en el polvo del olvido tan valioso trofeo de la Religión y de las patrias letras; se añadió á esto un vínculo sagrado con que me sen-

tía fuertemente ligado con nuestro Poeta, ó sea, el reconocer como mía no sólo su misma patria, sino también la misma porción de ella en que se meció su esclarecida cuna. Razón que puesta al lado de los nobles intereses de la Religión y Patria, fué un poderosísimo resorte, una inviolable é imperiosa obligación que me impulsó á desentrañar un tan glorioso monumento del abismo oscuro en que ya se encontraba sumergido. Empecé, pues, la versión del referido poema revistiéndolo del ropaje del idioma español sujeto al metro poético; y así, después de siete años de trabajo; tengo por fin el gusto de podértelo hoy presentar bajo esta nueva forma. Pero antes que departa contigo en buena armonía y familiaridad amistosa de algo tocante al plan y método que seguí en mi referida versión, me tomo la libertad nuevamente de fijar por unos momentos más tu comedida atención sobre el argumento en que estriba el texto original. Como luego saltará á tus ojos, aquél no podía tener mayor nobleza ni más encumbrada alcurnia, pues todo el poema (así lo seguiremos llamando hasta llegar al puente de la verdad) es un hermoso trasunto de lo que hay más perfecto y hermoso, que es el mismo Dios, fuente de toda perfección y hermosura. No podrá, pues, nunca faltar belleza á semejante argumento, y por consiguiente, poesía, por razón de que ésta es inseparable de aquella.

Se ha creído tal vez generalmente, (me perdonarás si hay en esto hipérbole) y aun así lo afirma Blair, que lo relativo á la Divinidad, por su misma elevación, gravedad y dignidad, no es un campo fecundo y ameno para la poesía. Es ciertamente de lamentar este juicio ó modo de pensar sin mucho juicio, originado de que tan vivamente hiere nuestros sentidos, los halaga, los embelesa el mundo material en que estamos íntimamente trsumergidos; que todo lo que se sobrepone á la materia y no adula las pasiones, nos parece casi inaccesible á los levantados y poderosos vuelos del espíritu, que cuantas veces quiere remontarse á las encumbradas regiones de la verdadera bondad y hermosura, se siente como arrastrada hácia el fondo por las fuertes y pesadísimas cadenas de la materia. Pero en fin, palpita dentro de nosotros mismos una substancia espiritual eminentemente superior á aquella, cuyos estrechos y estorbosos lazos puede romper generosamente: y entonces, ya dueña de sí misma y haciendo á un lado todos los halagos y hechizos de los sentidos; se holgará inmensamente en contemplar desde las altísimas cumbres de lo infinito la ruindad y pequenez de todo lo creado. Pero como esta abstrac-

ción de los sentidos, este generoso y noble rompimiento con la materia, no es sino el producto de los continuos esfuerzos y tendencias del espíritu que pone en juego sus nobilísimas potencias por desasirse del tosco involucro de lo terreno y perecedero y ejercer libremente sus vitales operaciones, que serán tanto más perfectas cuanto de aquella grosera masa se aparten más é independan; por esto, son tan pocos los que viven en esta continua lucha por mantenerse siempre victoriosos. Por esto, se cuentan en tan corto número los que pueden realmente saborear las verdaderas delicias de lo sublime y de ese ideal puramente espiritual que han sabido formarse algunos grandes genios, y de que la misma Sagrada Escritura ha sido y será siempre el fecundísimo é inagotable manantial. Sin embargo, no quiero que entres en escrúpulos y angustias, francó y desahogado lector, y creas que yo pretendo servir en la mesa de tu buen criterio un manjar ajeno á la educación y gusto de tu bien enseñado paladar; pues no creo que tú seas de los que están privados de saborear esta clase de delicioso maná; cuanto más que para gustar las bellezas de una obra como la que tienes á tu alcance, basta cerrar un poco los ojos al mundo material que nos rodea y dejar al espíritu que despliegue libremente su noble actividad, y haga por remontarse hácia aquellas regiones en donde está su legítima patria, su verdadero centro de atracción. Otra causa también se me rebulle acá adentro con que explicar por qué tan pocos poetas se hayan dedicado á este sublime género de literatura. En efecto, los argumentos tomados de estas increadas fuentes de la Divinidad, aunque, como decíamos, son también los más puros manantiales de poesía; presentan, sin embargo, ásperos y aun malignos escollos al poeta que en debil y tímida barquilla osa afrontar este inmenso oceano. En verdad, las reglas de la estética, aplicables á esta clase de argumentos, son tal vez más que en ningún otro asunto, árduas y difíciles; y si el poeta no mide bien el terreno, y examina todos los puntos de vista bajo los cuales lo ha de subyugar al fecundo arado de la misma estética: sus trabajos serán estériles é infructuosos, y resultará en efecto lo que comunmente se cree acerca de semejante género de poesía. No es, pues, raro que pocos se hayan resuelto á cultivarlo, y desafiar las serias dificultades con que se presenta: pero una vez vencidas éstas, se habrá dado con el secreto de la verdadera alquimia de la poesía; y el entendimiento, ya desembargado de viles cuidados, encontrará allí un torrente de las más puras

é inefables delicias, que dichas bellezas, presentadas de un modo propio y adecuado, le sabrán proporcionar. Pero ya me supongo, prudente lector, que allá, entre dientes, empiezas á querer menear la lengua como en actitud de murmurar algo, que por prudente que eres, no te resuelves á sacarlo á fuera, tal vez maliciando que éstas que llamé *advertencias*, están ya por dispararse, y salvar los diques que les había fijado, impacientes por retozar en el espacioso campo de los prólogos: ténme otro poco de paciencia, y por fin, sin molestarte mucho, pondré freno á mis palabras antes que empiecen á querer levantar más alto el vuelo. Una sola cosa añadiré sobre el punto que, de común acuerdo, vamos tocando, y de esta manera quedés enteramente prevenido, en cuanto yo pueda, sobre el modo con que te has de entrar por este no trillado sendero que ya está abierto á tu vista, á través de las páginas de este libro. Además de lo que arriba te indicaba respecto de su argumento, encontrarás también un trasunto de lo más grande y sublime que encierra nuestra Religión en sus sacrosantos dogmas: aquella Religión cuyos ecos tan dulces tantas veces han resonado en tus oídos, desde que empezabas á desatar tus balbucientes labios, haciendo también vibrar en tu corazón las más suaves emociones; aquella Religión, consuelo único que endulza las lentas horas de nuestra existencia, esa misma Religión sin la cual el mundo sería un áspero erial, un árido y espantoso desierto, un abismo sin fondo, un mar tempestuoso sin puertos, una espesísima profunda noche en que jamás un astro bienhechor ha hecho penetrar un trémulo rayo de su luz.

Verás, pues, aquí campear los sublimes dogmas de esta sacrosanta Religión expuestos con aquella gravedad y magestad que á un asunto tan elevado convenia, y al mismo tiempo revestidos del brillante y delicado atavío de una verdadera y noble poesía. Sin embargo, no quiero que vayas á creer que este campo que te preparas á recorrer, esté todo cruzado de fuentes y cristalinos arroyuelos, y alfombrado en toda su extensión por las más vistosas y rozagantes flores. Mas de una vez te parecerá que en estos cantos la poesía abate sus majestuosos vuelos, y que después de haber cruzado tú por un amenísimo sendero todo cuajado de la rica pedrería con que la naturaleza sabe adornarse siempre que quiere presentarse en traje de gala; cuando el trinar de las aves, el murmullo de las fuentes, el susurro de los árboles acariciados por el zéfiro, y el embalsamado perfume del ambiente embriagaban y embelezaban

tus sentidos: te encuentras de improviso en una árida, dilatada y monótona llanura, en que apenas uno que otro raquítico arbusto suelta al viento su despoblada cabellera, como queriendo romper aquella uniforme y lánguida perspectiva. En efecto, para no dar lugar á engaños, te hago saber, piadoso y bien intencionado lector, que los cantos de este poema no constituyen un trabajo meramente académico y exclusivamente literario. Unas veces la poesía hace oír los más dulces y armoniosos concientos; otras parece que la Teología, presentándose con su sencillo y modesto, pero majestuoso ropaje, le quita la palabra de la boca, y empieza á hablar en tono grave y sentencioso; aquella canta deleitando, ésta habla enseñando: de lo que colegirás que la presente podrá llamarse una obra poético-religiosa, y que tiene también mucho á mi modo de ver, del género didáctico. Y á la verdad, nuestro Poeta no nos pinta únicamente á la Religión como una hermosísima y gallarda doncella, coronada de jazmines y azahares, y con los ojos y las manos levantadas hacia el cielo como en actitud de emprender el vuelo; sino también como un fuerte guerrero todo empavesado y encerrado en su impenetrable y brillante armadura, pronto siempre á rechazar las terribles embestidas del incansable enemigo con quien vive siempre en áspera y reñida batalla. Ni podía ser de otra manera; pues las altas miras del Autor de estos cantos, como él mismo te lo indica en su preludeo, fueron proporcionarle un consuelo y lenitivo á nuestra angusta Religión, tan ultrajada, tan zaherida con toda clase de afrentas y baldones, sobre todo en los tiempos en que dichos cantos se escribían, cuando el arrogante escuadrón de los *Filósofos* levantaba su viperina frente, retando al mismo cielo y á todo lo más santo y venerable. Y para combatir el inspirado Poeta en igual terreno, puesto que aquellos trataban de deslumbrar al incauto vulgo con los artificios de un empalagoso y mal condimentado estilo; se valió el laureado polemista de las ricas galas, del brillante atavío de una verdadera poesía, escudada también por las invencibles armas de la palabra divina con que nuestra divina Religión, se pone al cubierto de los ataques de sus más encarnizados enemigos; y así resultó de esta obra una verdadera y elegantísima apología. De este modo cumple ella, al pié de la letra, con las dotes y requisitos que ha de llevar una obra literaria, según Horacio, para que sea aplaudida, y todas las puertas se le franqueen, ó sea, que á lo útil mezcle lo agradable: *omne tulit punctum qui mix-*

cuit utile dulci. Y en verdad, la presente, cuyas páginas vas á hojear por vez primera, no sólo recrea el entendimiento con las sublimes bellezas que encierra, sino que también lo instruye admirablemente, formándolo en una verdadera y sólida doctrina, y moviendo al mismo tiempo los resortes de la voluntad á abrazar los inmensos bienes que ahí se le proponen. Pero si bien te pones á examinar ésto, reposado y siempre atento lector, caerás en la cuenta de que esas mismas alternativas de estilo que en este poema campean, esas transiciones casi continuas de lo sublime á lo humilde, de lo majestuoso é imponente á lo sencillo y apacible, le imprimen á todo el cuadro un carácter de agradable y vistosa variedad. Y esto fácilmente te lo explicarás, sabiendo muy bien, como en efecto sabes, que el sorprendente conjunto de bellezas que admiramos en la naturaleza, es también un sorprendente conjunto de infinitas variedades. Haremos esto más palpable: finje por unos momentos que tus ojos van á posarse constantemente en arrogantes y soberbias montañas que parecen en continuo desafío con los mismos astros; en corpulentos árboles que semejan estar siempre en lucha contra los siglos, formando espesas é impenetrables selvas como otras tantas barreras á los rayos del sol; que atruenan por todas partes tus oídos, violentos y caudalosos ríos, que entre el fragor del trueno, entre iras y amenazas, y envueltos en nubes de blaquísima espuma, se despeñan furiosos por altísimas y escarpadas cimas, y van á sepultarse y perderse en los abismos; en una palabra, que tus sentidos se encuentran continuamente fascinados por las más grandes maravillas que la naturaleza ostenta en cualquier género de su inmenso é inagotable reino: todo aquel maravilloso cuadro por de pronto te embelesaría, te arrebataría, te llenaría del más hondo estupor; pero insensiblemente iría también desapareciendo de tu mente la idea de belleza, compañera inseparable de su hermana la variedad. Así, pues, la naturaleza, artífice eminente en todas sus obras, al frente de la altísima y arrogante montaña, colocó la sencilla y humilde colina, al lado del impetuoso torrente, el manso arroyuelo, que con tímida y recatada planta, se desliza entre menudas guijas, y á la sombra del secular y corpulento cedro, el raquítico arbusto, que apenas se asoma sobre el haz de un exhuberante suelo; y para hablar con más brevedad: ese hermoso desorden de la naturaleza, esa continua mezcla de lo grande con lo pequeño, de lo arrogante con lo humilde, de lo imponente con lo apacible, viene á

formar ese sublime y armonioso conjunto de bellezas, que podremos sí admirar, pero nunca entender y explicar. Esta misma variedad debe reinar en una obra literaria, sobre todo del género de la presente, cuyo argumento, en cierta manera, exigía tales y cuales *intencionales* descuidos, ciertos desalifios en la forma, como el mismo Autor te lo advierte en su prólogo sencillamente.

Voy ahora á responder á una pregunta ó duda que alcanzo á entrever quiere asomarse por tus labios; y me supongo que ha de ser, si mal no adivino, á qué género de poesía se podrá sujetar el que hemos llamado hasta aquí *poema* y qué nombre se le adecúe y le venga bien. Muy justa y puesta en razón es tu duda, y en efecto este punto se ha controvertido entre los varios biógrafos que se han ocupado de nuestro Autor y de su obra. ¿Se le podrá llamar *poema* á la presente? He aquí el puente de la verdad, al que ambos, según te avisé, tendríamos que llegar *calamo corrente*. Vamos, pues, á decir la verdad para salir ilesos de aquí. Algunos, en efecto, han dado este nombre á la que tienes en tus manos, calificándola de *divino é inmortal poema*; pero si se consideran más atentamente las condiciones y requisitos de este género de poesía, no se le podrá tal vez acomodar con toda propiedad el referido nombre, sino en algún sentido menos riguroso. Y esta misma es la opinión del Señor Pimentel, en su obra intitulada: *Ensayo crítico de la literatura mexicana*, á quien pareció, deberse más bien llamar: *Odas sagradas*, los cantos de que se compone la obra de nuestro Poeta. Ahora si tú me preguntas mi opinión sobre este punto, consecuente lector, te la expondré en pocas palabras, *salvo meliori juicio*, y te pido de antemano tu perdón si no dí en el blanco. Yo, después de algún tiempo y maduro exámen de la índole de la obra y principalmente de su título latino, *De Deo Deoque Homine, Heróica*; y aun atreviéndome á entrar en hurtadillas por la mente del Autor; creí poder deducir de una y otra investigación, que el nombre que debía adaptársele mejor á su obra, es el de *Cantos épicos á la Divinidad y Humanidad de Dios*. En efecto, las palabras *heróica carmina*, quieren decir: *cantos escritos en exámetros latinos*, y pues este metro lo han usado los antiguos poetas griegos y latinos para argumentos grandiosos, y cantar hazañas heróicas; y por otra parte nuestro Poeta dá á entender en su prólogo, que el fin que se propuso, fué encerrar en el estilo épico, lo más angusto de la Divinidad y de la Cristiana Religión; creí sin vacilar haber

dado con el secreto, y el referido título es el que figura en mi versión.

Por último, y en verdad te prometo que será lo último; habiendo ya entrado en el terreno que más de cerca me pertenece, te suplico me prestes otro poco de atención, y acabaremos amigos como empezamos. Algunos pequeños escrúpulos que se te puedan pascar por la mente al empezar ya ésta lectura, quiero prevenirte. Me preguntarás, qué texto ó qué original tuve á la vista, de que servirme para mi versión, y qué clase de plan, método ó estilo seguí en ella. Respecto del original latino, tengo tan solo que decirte que me serví de la tercera edición hecha el año de 1780 en Cesena de Italia, y que de esta misma tomé la biografía, juicios críticos y lo demás que en las páginas accesorias figura, traducido todo del latín. El metro que adopté en mi versión, no fué ninguno en particular, pues me valí del metro variado, predominando el de la oda y el llamado *silva*; pero el último canto de la I parte y el penúltimo de la II, no están rimados, sino en versos endecasílabos libres para evitar en parte, la monotonía de la rima, por lo que también hice á un lado las octavas reales, aunque parecen más propias para asuntos levantados; y en fin, esto es cosa de gustos y de tiempos y circunstancias. En cuanto al plan y método que al traducir seguí, tan sólo tengo que indicarte, ó más bien confesarte ingenuamente, que prefiriendo se me llamara traidor al mismo original, que derrochador de sus bellezas; mi versión resultó no muy literal y algunas veces aun semi-parafrástica. Esto me pareció casi necesario en una obra de esta naturaleza, por razón de los cambios de estilo é intencionales desalifios de que arriba hablábamos, que aunque en el texto original, atendiendo al idioma latino, y á la mente del Autor, puedan venir como de molde, no lo creí así respecto de mi faena. Ni fué tampoco mi intención hacer una especie de trabajo de laboriosa industria y como mecánico, ni que mi versión se llevara la palma de muy fiel y escrupulosa, sino procurar que el original no perdiera ninguna de sus bellezas, y si posible fuera, presentarlas de cierto relieve, sobre todo, en aquellos pasajes en que el Poeta, atendiendo más bien á la verdad de la idea y al asunto que lo dominaba; unas las dejó como á medio asomarse, y otras casi en embrión: pero nunca intenté apartarme de la mente del Autor, sino más bien explicarla y como aclararla en los referidos pasajes. Si hice bien ó mal, si conseguí mi fin ó me desvié de él, lo remito al tribunal de mi benigno lector, quien según juzgo,

es muy equitativo, y más bien querrá pecar por exceso de bondad, que por sobra de rigor y austeridad, y por consiguiente, creo haberme arrimado á buen árbol. Si acaso extrañares la falta del canto XVIII de la II parte en esta versión, te suplico no te vayas luego de espaldas, y desde ahora te hago saber que lo omití por razón de que todo él es una especie de extracto de los escasos conocimientos que en las ciencias naturales poseía el siglo de nuestro Autor, quien en dicho canto pondera como grandes inventos, cosas que en éste nuestro que parece haberle arrancado todos sus secretos á la naturaleza, se ven ya con cierta indiferencia que casi raya en desprecio. Quizá más tarde pueda obsequiar á mi lector presentándole el mismo canto acomodado á los maravillosos y principales inventos de nuestro siglo, siguiendo fielmente las huellas de nuestro poeta é imitando su estilo en cuanto me sea posible, y así resulte tal vez un trabajo de más actualidad y oportunidad. Por ahora me disculpo con aquello de Horacio en su arte poética: *et quae desperat tractata nitescere posse, relinquit*. Podía hacerte algunas otras observaciones, que omitirlas aquí es bello y prudente, así como en otras circunstancias sería el sacarlas del tintero, donde por ahora, las dejaremos sin meneallas.

Si cumplí con mi palabra dada de no prologar, lo celebro demasiado, si algo me extralimité, te pido mil perdones; y termino despidiéndome de tí muy cordialmente, y muy satisfecho á la vez, por dejar en tus manos esta preciosa joya, desenterrada ya de la obscura y olvidada huesa en que yacía.

Zamora, 4 de Septiembre de 1895.

DISCURSO PRELIMINAR

POR E. F.

A la muy floreciente juventud mexicana.¹

CUANDO SALIO A LUZ LA TERCERA EDICION LATINA,
PUBLICADA
EN CRSENA EL AÑO DE 1780.²

Hé aquí, jóvenes distinguidísimos, de regreso entre vosotros, casi después de trece años, á vuestro esclarecido Diego José Abad, que vivirá eternamente en vuestra memoria. Aquel Abad mismo, en quien por diez enteros años, habeis tenido un tan insigne maestro en los estudios de Humanidades, Filosofía, Teología, y ambos Derechos: para que, bajo su sábia dirección formados, y colocados después en los más altos puestos; pudiérais ser ahora un brillante ornamento de nuestra ciudad y de vuestra Patria dulcísima. Aquel Abad, digo, erudito y sublime, cobijado al nacer, por un cielo tan sereno y benigno, bajo el cual bosquejé, esta nobilísima obra; la que habiendo ahí casi concluido, y después en Italia enriquecido y cincelado con mucho esmero, dió finalmente á luz, entre universales aplausos, quedando así, su nombre consagrado á la inmortalidad. El mismo Abad, que viendo cada día más y más impugnados los Dogmas santísimos de Cristo con la mayor audacia, con todo género de artificios, por aquella turba fementida de los que arrogándose al nombre de *Filósofos*, de la manera

¹ Creí oportuno y grato al lector mexicano este discurso preliminar que figura en la tercera edición latina, porque realza mucho las glorias de nuestra patria. Es de lamentarse que su autor no haya puesto sino las iniciales de su nombre que por contigüente queda oculto. Probablemente es el mismo autor de la biografía del Poeta, que á continuación publico. Los grandes elogios con que él es encomiado en éstas y en las siguientes páginas, podrán parecer algo recargados de coloido: pero adviértase que en boca de un extranjero merecen pleno crédito, y en efecto, todos estos documentos fehacientes nos dan á entender el concepto que de nuestro Poeta se tenía entre los literatos Europeos. Su autor, según se hecha de ver en las últimas palabras de este discurso, fué alguno de los insignes literatos de la Academia de Bolonia, amigo del Poeta.

² Traducción del original latino.

es muy equitativo, y más bien querrá pecar por exceso de bondad, que por sobra de rigor y austeridad, y por consiguiente, creo haberme arrimado á buen árbol. Si acaso extrañares la falta del canto XVIII de la II parte en esta versión, te suplico no te vayas luego de espaldas, y desde ahora te hago saber que lo omití por razón de que todo él es una especie de extracto de los escasos conocimientos que en las ciencias naturales poseía el siglo de nuestro Autor, quien en dicho canto pondera como grandes inventos, cosas que en éste nuestro que parece haberle arrancado todos sus secretos á la naturaleza, se ven ya con cierta indiferencia que casi raya en desprecio. Quizá más tarde pueda obsequiar á mi lector presentándole el mismo canto acomodado á los maravillosos y principales inventos de nuestro siglo, siguiendo fielmente las huellas de nuestro poeta é imitando su estilo en cuanto me sea posible, y así resulte tal vez un trabajo de más actualidad y oportunidad. Por ahora me disculpo con aquello de Horacio en su arte poética: *et quae desperat tractata nitescere posse, relinquit*. Podía hacerte algunas otras observaciones, que omitirlas aquí es bello y prudente, así como en otras circunstancias sería el sacarlas del tintero, donde por ahora, las dejaremos sin meneallas.

Si cumplí con mi palabra dada de no prologar, lo celebro demasiado, si algo me extralimité, te pido mil perdones; y termino despidiéndome de tí muy cordialmente, y muy satisfecho á la vez, por dejar en tus manos esta preciosa joya, desenterrada ya de la obscura y olvidada huesa en que yacía.

Zamora, 4 de Septiembre de 1895.

DISCURSO PRELIMINAR

POR E. F.

A la muy floreciente juventud mexicana.¹

CUANDO SALIO A LUZ LA TERCERA EDICION LATINA,
PUBLICADA
EN CRENSA EL AÑO DE 1780.²

Hé aquí, jóvenes distinguidísimos, de regreso entre vosotros, casi después de trece años, á vuestro esclarecido Diego José Abad, que vivirá eternamente en vuestra memoria. Aquel Abad mismo, en quien por diez enteros años, habeis tenido un tan insigne maestro en los estudios de Humanidades, Filosofía, Teología, y ambos Derechos: para que, bajo su sábia dirección formados, y colocados después en los más altos puestos; pudiérais ser ahora un brillante ornamento de nuestra ciudad y de vuestra Patria dulcísima. Aquel Abad, digo, erudito y sublime, cobijado al nacer, por un cielo tan sereno y benigno, bajo el cual bosquejé, esta nobilísima obra; la que habiendo ahí casi concluido, y después en Italia enriquecido y cincelado con mucho esmero, dió finalmente á luz, entre universales aplausos, quedando así, su nombre consagrado á la inmortalidad. El mismo Abad, que viendo cada día más y más impugnados los Dogmas santísimos de Cristo con la mayor audacia, con todo género de artificios, por aquella turba fementida de los que arrogándose al nombre de *Filósofos*, de la manera

¹ Creí oportuno y grato al lector mexicano este discurso preliminar que figura en la tercera edición latina, porque realza mucho las glorias de nuestra patria. Es de lamentarse que su autor no haya puesto sino las iniciales de su nombre que por contigüente queda oculto. Probablemente es el mismo autor de la biografía del Poeta, que á continuación publico. Los grandes elogios con que él es encomiado en éstas y en las siguientes páginas, podrán parecer algo recargados de coloido: pero adviértase que en boca de un extranjero merecen pleno crédito, y en efecto, todos estos documentos fehacientes nos dan á entender el concepto que de nuestro Poeta se tenía entre los literatos Europeos. Su autor, según se hecha de ver en las últimas palabras de este discurso, fué alguno de los insignes literatos de la Academia de Bolonia, amigo del Poeta.

² Traducción del original latino.

más soez trataban de denigrar la Religión de nuestros antepasados: creyó ser un deber suyo, impulsado del amor á la verdad, tomar á pechos su defensa, y presentar ante todo á la inconsiderada juventud un antidoto, preparado con todos los atractivos y halagos de la Poesía, para que aquella nó se dejara incautamente seducir y despeñar, alucinada por las galas y lisonjas de estilo de que aquellos se valían como de otros tantos auxiliares. A vosotros en particular, jóvenes muy amables, quienes por tantos vínculos, lo mismo que yo, fuisteis con él enlazados por la madre naturaleza, quiso con justísima razón, consagraros todos sus trabajos, todos sus desvelos. No fué otra su mira, sino que vosotros pudiérais guardar firme é intacta, entre tantos delirios y pestíferos errores de este siglo, aquella Fé, que por un singular beneficio de Dios, recibisteis incorrupta de vuestros mayores, y de la misma manera hasta aquí habeis conservado. A vosotros, digo, los más privilegiados de los mortales, á quienes Dios tan liberalmente colmó de sus dones, que juntamente con un dulcísimo clima, con una exuberante abundancia de toda clase de frutos, más allá de lo que pudiera tenerse en delicias; os enriqueció también y dotó de una índole noble, de suaves y exquisitas maneras y de un ingenio penetrantísimo para todos los ramos del saber humano. Porque ¿á qué enumerar cuántos hombres esclarecidos hayan un tiempo sobresalido entre vosotros, y aun ahora; esos mismos que tantas veces habeis admirado en los templos, en las escuelas, en el foro, en paz y en guerra, ya como elocuentísimos oradores, ya como sublimes teólogos, ó sutiles filósofos, ya como hábiles é invictos capitanes, y finalmente, como prelados y dignísimos pastores, cuyos écos de gloria han hecho resonar todos los ámbitos del Nuevo Mundo. ¿Quién ignora cuántos insignes doctores y maestros hayan florecido un tiempo y florezcan aún en la Insigne y Pontificia Universidad Mexicana, liceo y emporio de todas las ciencias en América, y seminario de grandes hombres, bajo cuya disciplina y cuidado modelada la más distinguida juventud, y educada en lo sublime y hermoso de las artes; ahora brilla en altas y conspicuas dignidades y descuella como un foco de erudición y doctrina, y esos fulgores ilustrarán más tarde la república literaria. Teneis ciertamente registrados en vuestros patrios anales, los nombres de aquellos personajes, que, como gloria eterna de vuestra patria, é insigne ornamento de aquella Universidad, ninguna edad podrá hundir en el polvo del olvido. Figuran en ellos los Dávilas

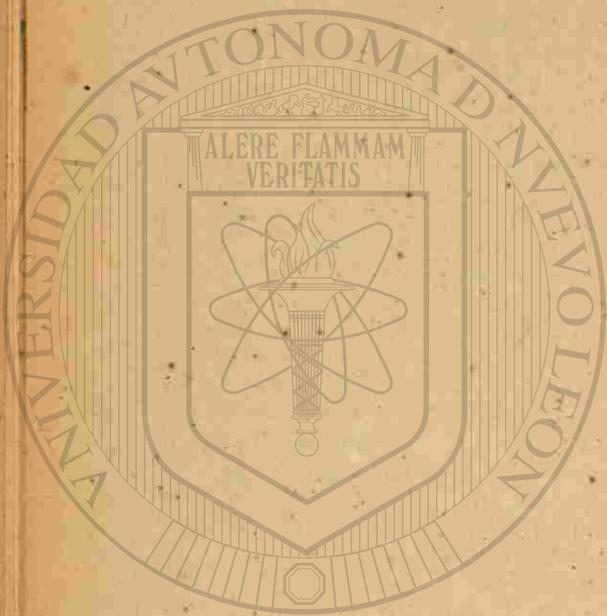
los Sigüenzas, los Padillas, los Alarcones, los Roxas, los Nietos, los Eguiaras, los Seguras, los Villas, los Portillos y Lazcanos y otros en gran número, quienes ó por la excelencia de doctrina fueron elevados á encumbradas dignidades entre vosotros, ó por sus obras dadas á luz llenas de la más vasta doctrina, quedaron por la fama colocados en el templo de la inmortalidad aun entre países extranjeros. Omitiré aquellos que, ó habiendo desempeñado brillantes legaciones entre los príncipes de Europa, como Casado, cubrieron de imperecedera gloria la Academia y ciudad de México; ó habiendo figurado en importantísimas magistraturas como Vertizio, conquistadas por la gloria de las armas, fueron siempre el más alto blasón de su distinguidísima familia, y de toda nuestra nación. Cuyas glorias al traeros á la memoria, y al proponeros hoy en Abad un muy reciente patrio monumento de elegantísima Poesía latina y de exquisito gusto, ¿por qué no os podré encender grandemente en el amor hácia aquellos estudios á que sentís vosotros una vehemente tendencia, y á los que en cierto modo, aun tenientes, os impelen la valentía de vuestros ingenios y la amable apacibilidad de vuestra índole, y finalmente aquella dulcísima clemencia y eterna sonrisa de vuestro cielo, que ni es abrumado por las perezosas tinieblas invernales, ni se os muestra rígido y austero bajo la influencia de perpetuos hielos, de perpetuas nieves, ni es abrasado por los insufribles ardores del Estío. A los estudios, digo, de las humanas letras, y principalmente al cultivo de la aurea latinidad tanto en verso, como en prosa; para que dichos estudios os abran las puertas á todas las ciencias, y os coloquen en ese campo amenísimo, cruzado todo por manantiales de las más nobles y puras delicias. Apercebidos, en verdad, de estos conocimientos, podréis penetrar en el augusto santuario de la sagrada y civil elocuencia: y ¿qué podría hallarse de más sublime y digno de un joven formado en los científicos planteles, qué aureola más capaz de ceñir las sienes de vuestra gloriosa patria? ¿Manejando tan solo estas armas de la elocuencia, aquel Marco Tulio, nuevo en la República como él mismo se llama, y nada señalado ni por los timbres de sus abuelos, ni por la nobleza de linaje; pudo abrirse paso á la cumbre de la suprema gloria, y conquistarse tan amplios y distinguidos honores en el Senado. Y aquella misma gloria y aun mayor, ó al menos más duradera, con que supieron coronar sus frentes los Camilos, los Escipiones, los Marios, los Pompeyos, los Césares y otros invencibles caudillos, esclarecidos por nobilísima

estirpe, y por el valor militar y por sus señalados triunfos con que engrandecieron también al Pueblo Romano; esta misma supo aquel granjearse con la sola majestad de su elocuencia y con su inmortal y casi divino estilo con que hacía oír su voz en medio de un pueblo potentísimo. Aui-mo, pues, oh juventud mexicana; trabajad con todas vuestras fuerzas, para que dedicándoos al estudio de la más pura latinidad, tomada principalmente de las fuentes de Tulio y de los otros príncipes del siglo de oro, podáis finalmente poseerla por medio de un serio y constante estudio, y con el trabajo y tesón de muchos años. Esto, en verdad, os exige primeramente vuestra Patria carísima, deseosa de que á esas riquezas y tesoros que la naturaleza derramó tan pródigamente en su fecundo seno, les déis vosotros más altos quilates y un más vivo esplendor, difundiéndolas en extranjeras regiones. Esto os exige la nobleza de vuestras familias; pues de este modo las glorias de vuestros mayores, y sus timbres conquistados en el palenque del honor, formarán también la rica herencia de vuestros hijos, que rodeada de este nuevo brillo, será por ellos más y más aumentada y enriquecida. Esto finalmente os reclama en cierta manera la misma Augusta Religión, para que armados de esta invencible espada, podáis derrotar y quebrantar á sus enemigos, frecuentemente más y más feroces y envalentonados por el orgullo literario, y por sus nuevas y artificiosas armas, y embotar todos sus atentados y sacrílegos esfuerzos con el fulgor y la majestad de la lengua del Lazio, y con la pureza y hermosura de estilo. Y si á este ameno estudio de las letras, asociáreis la lectura de las Santas Escrituras; ¡Dios inmortal! qué caudal tan rico é inagotable allegaréis, bebiendo en este caudaloso río de la más pura y sublime elocuencia. "Allí en verdad (para usar de las palabras de San Cipriano)¹ se os representarán espectáculos dignos de la Fé: veréis á Dios fabricando al mundo por su misma mano, y en seguida de los séres irracionales, ocupado en la más importante y sublime obra de sus manos ó sea el hombre: veréis ese mismo mundo inundado en sus delitos, merecer el castigo de un naufragio universal; admiraréis los premios de los justos, los suplicios de los impíos; os llenará de pasmo ver los mares desecados en beneficio de su pueblo, y por otra parte brotar de las rocas, torrentes de cristalinas aguas; presenciareis abundantísimas cosechas de mieses, no ya recogidas de las terrenas parvas sino de las inmensas eras celestiales; os

¹ Libr. de spectaculis.

asombraréis al ver secos los vados de los ríos, que ostentan refrenados los impetuosos caudales de sus aguas; contemplaréis á la Fé luchando con las llamas, las fieras domadas por la Religión, y trocada en mansedumbre su innata fiereza. Encontraréis vosotros, asimismo, en los Sagrados Libros los más grandes fastos de la divina Sabiduría, y un trasunto de la más augusta y verdadera sublimidad, y que en vano pretenderíais buscar en otras fuentes. Esta de tal manera llenó de admiración á Emilio de Apamea, á Dionisio Longino, y á otros muchos emancipados al culto de los falsos Dioses y á la más soez superstición, que no se cansaban de ponderar aquella noble majestad de sentencias del todo divinas, y aquel brillante esplendor de figuras, realzado por su misma sencillez. Y, en verdad, esta fué siempre la principal fecundísima fuente en que bebió Abad; de donde él repetidas veces confesaba haber derivado aquellas formas espléndidas, y llenas de esa digna gravedad que á cada paso resalta en esta obra; como quien había muy bien sabido amalgamar con el estudio no interrumpido de los latinos modelos, la atenta y constante lectura de las Santas Escrituras. Por lo tanto, oh jóvenes distinguidísimos, no os puedo ofrecer un mayor testimonio inequívoco de mi cariño y reconocimiento para vosotros, que esta misma excelente obra, que recibida de las manos de mi moribundo amigo, y bañada por mis lágrimas y por él mismo recomendada; ahora por tercera vez doy á luz bajo vuestros auspicios. Pues en ella paladearéis el sabor de una exquisita latinidad, y la sublimidad poética y las delicias de la erudición; y lo que es aún más importante, hallaréis allí con grande aprovechamiento vuestro, los misterios augustísimos de nuestra Religión expuestos con aquella dignidad que pueda estar al alcance de un mortal. Recibid, pues, este noble trabajo entre los más vivos trasportes de vuestro ánimo, y tenedlo siempre en vuestras manos como un libro propio de vuestra educación; hojeadlo de día y de noche en su constante y atenta lectura, seguros de que en él dejaréis á vuestros hijos y nietos queridos una herencia más preciosa que todas las riquezas. Nada más me resta, que: después de haber cumplido, según mis fuerzas, con el deber de amigo y también de ciudadano; rogar y suplicar á Dios O. M. que guarde y conserve en toda prosperidad á vosotros, á vuestra floreciente Patria, y á la juventud que vendrá en pos, segundas esperanzas de México.—*Valete.*

En Bolonia, el primero de Junio, 1780.



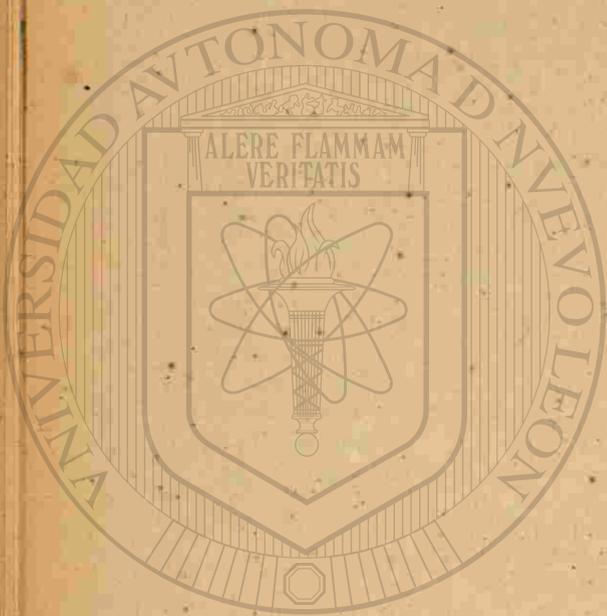
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ENSAYO BIOGRAFICO DEL AUTOR.¹

A ruegos de muchos, sale finalmente á luz la tercera póstuma edición de la obra del renombrado Diego José Abad, ó Jacobo José Labeo, pseudónimo con que quiso ocultarse en las dos primeras. Apenas se había él despedido de los vivientes, dejando un gran vacío en el Parnaso latino, cuando muchos amigos, sabedores de que en los últimos días de su vida, añadiera el Autor á su primer trabajo otros cinco cantos con el mismo estilo y majestad de argumento, y que aun después de haber ya publicado todos los anteriores, dejó algunas otras, no pocas cosas para que se les interpolaran, aunque ya torneados por tercera vez; empezaron á urgirme más y más, y aun estrecharme en escuadrón compacto para que, puesto que en mi poder se encontraban todos los manuscritos del Autor, tomara yo por mi cuenta formar una correctísima edición, trasladando así al dominio del público toda la obra ya completa, sin excluir ninguna de las adieiones que en su respectivo lugar debían insertarse. Estos ruegos sostenidos por los títulos de amistad, Patria y Religión y de cuanto hay de grande y sagrado entre los hombres, vencieron en mí toda resistencia. Obsequiando, por tanto, los deseos de mis amigos y pronto á cumplir con un deber, empecé á despuntar dicha faena sin-tropezar con otra dificultad que la de reunir en un todo, aquellos nuevos aditamentos que el Autor había diseminado aquí y allí, ordenando todas estas partes en un armonioso conjunto, que le diera absoluto complemento á la obra. Concluidas estas diligencias, puedo ya presentarte, lector benévolo, esta edición, dividida en dos partes: la primera trata de *Dios*; la segunda, de *Cristo Señor Nuestro*. Pero ántes de exponer lo que concierne á la obra en general, me pareció cosa de importancia fijar de antemano nuestra atención en el Autor y trazar algunos

¹ Traducción del original latino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ENSAYO BIOGRAFICO DEL AUTOR.¹

A ruegos de muchos, sale finalmente á luz la tercera póstuma edición de la obra del renombrado Diego José Abad, ó Jacobo José Labeo, pseudónimo con que quiso ocultarse en las dos primeras. Apenas se había él despedido de los vivientes, dejando un gran vacío en el Parnaso latino, cuando muchos amigos, sabedores de que en los últimos días de su vida, añadiera el Autor á su primer trabajo otros cinco cantos con el mismo estilo y majestad de argumento, y que aun después de haber ya publicado todos los anteriores, dejó algunas otras, no pocas cosas para que se les interpolaran, aunque ya torneados por tercera vez; empezaron á urgirme más y más, y aun estrecharme en escuadrón compacto para que, puesto que en mi poder se encontraban todos los manuscritos del Autor, tomara yo por mi cuenta formar una correctísima edición, trasladando así al dominio del público toda la obra ya completa, sin excluir ninguna de las adieiones que en su respectivo lugar debían insertarse. Estos ruegos sostenidos por los títulos de amistad, Patria y Religión y de cuanto hay de grande y sagrado entre los hombres, vencieron en mí toda resistencia. Obsequiando, por tanto, los deseos de mis amigos y pronto á cumplir con un deber, empecé á despuntar dicha faena sin-tropezar con otra dificultad que la de reunir en un todo, aquellos nuevos aditamentos que el Autor había diseminado aquí y allí, ordenando todas estas partes en un armonioso conjunto, que le diera absoluto complemento á la obra. Concluidas estas diligencias, puedo ya presentarte, lector benévolo, esta edición, dividida en dos partes: la primera trata de *Dios*; la segunda, de *Cristo Señor Nuestro*. Pero ántes de exponer lo que concierne á la obra en general, me pareció cosa de importancia fijar de antemano nuestra atención en el Autor y trazar algunos

¹ Traducción del original latino.

rasgos de su vida, costumbres y estudios, en cuanto pudiese permitirlo la gran distancia que de su país natal nos separa.

Diego José Abad, hijo primogénito de distinguidos y acaudalados padres, nació el día 19 de Junio de 1727 en una hacienda paterna á inmediaciones de una población de Nueva España, llamada *Jiquilpan*, colocada en el límite divisorio de las provincias de Valladolid y Guadalajara. Pa-

¹ No se ha podido determinar con precisión qué hacienda haya sido ésta en que Abad nació. Se han hecho varias pesquisas por encontrar la partida de bautismo que podría únicamente remover toda duda; aun el Gobierno del Estado de Michoacán, interesado vivamente en honrar la memoria de un hijo tan esclarecido del mismo Estado, no ha omitido diligencia alguna por resolver esa cuestión, y de orden suya se han registrado los archivos que podrían poseer el referido documento, principalmente en la parroquia de Jiquilpan. Pero el archivo de ésta, lo mismo que otros muchos, por los trastornos revolucionarios, se encuentra trunco y apenas registra los últimos años del siglo pasado.

Yo, debido al empeño que el Sr. D. Ramón Sánchez, vecino de la misma ciudad ha tomado en esta línea, he podido hacer las siguientes aclaraciones, que parecen haber casi dado con la dificultad, y son las siguientes:

Consta por actuales documentos, que D. Pedro Abad, en el último tercio del siglo pasado, fué mayordomo de la hacienda llamada hoy día de *La Lagunita*, situada en la parroquia de Jiquilpan, á cuatro leguas de la misma; y aun existen escrituras de un pleito promovido por el mismo D. Pedro contra la hacienda de Guaracha, por cuestión de linderos, y también se asegura que dicho señor construyó la actual finca que hoy se halla casi en ruinas en la referida hacienda. Por otra parte, los títulos de posesión que de su casa conserva el ya mencionado Sr. Sánchez, asignan como uno de los colindantes hacia el sur, al mismo D. Pedro. Además, una tradición que se guarda en la misma Jiquilpan, hace que la casa de nuestro Poeta coincida exactamente con la de aquél. Vamos adelante: se sabe que en toda la familia Abad, de la que aun quedan algunos descendientes en dicha ciudad, no hubo ninguna otra persona de alguna suposición sino D. Pedro. Resultará, pues, muy probablemente, puesto que la misma casa de D. Pedro Abad reconocía nuestro Poeta, y éste era hijo de padres acomodados, y nació en una hacienda de labor perteneciente á ellos, (y no habla ni ha habido otra familia Abad en Jiquilpan ó en sus cercanías), resultará, digo, que Diego José Abad fué hijo de D. Pedro del mismo apellido y que nació en la ya mencionada hacienda de *La Lagunita*. Sólo queda una dificultad por resolver, y es que ésta y casi todas las biografías del Poeta, refieren que nació en una hacienda perteneciente á sus padres. Pero esto es muy fácil de conciliarse, pues en ese tiempo, los mayordomos de fincas rústicas, tenían más vastas atribuciones y más ventajosos partidos, y así trabajaban en ellas casi como si fueran condueños; y esto puede haber dado lugar á esa ambigüedad aunque de poca monta. De la casa donde se nació el insigne Poeta, ya nada existe; su lugar ocupa hoy día una huerta de no grandes dimensiones que en su mayor extensión dá á la calle que últimamente recibió el nombre de *calle de Abadiano* (modificación que ha recibido el de *Abad*) para perpetuar la memoria de tan ilustre conciudadano. Para el mismo fin, se le ha levantado en el ángulo suroeste de la referida huerta un modesto monumento, aunque de buen gusto, el cual descansa exactamente sobre los antiguos cimientos donde a tradición de que hablábamos ha fijado el lugar que ocupaba su casa.

só los primeros años de su infancia al lado de la abuela, quien habiendo casi arrancado al niño de los brazos maternos, lo llevó á su casa, segura de que en la educación de su tan querido nietezuelo, encontraría un gran solaz en medio de su viudez y soledad; pues tanto sus hijos como hijas estaban, ya hacía varios años, colocados en horrosos y decentes matrimonios. En ella encontró Abad aquel mismo género de educación, que un tiempo Dionisio Longino deseaba grandemente para formar los más altos talentos: liberalísima, digo, noble y aun mimosa en cuanto la cristiana disciplina podía permitirlo. Pues con ésta, los más distinguidos ingenios de los jóvenes pueden libremente alzar el vuelo y familiarizarse poco á poco con ideas nobles y grandiosas. Porque no raras veces abrumada esa tierna edad por excesivo rigor y dureza, se envilece; y como olvidada de su propia dignidad, empieza á arrastrarse en serviles y abyectas puerilidades. Un sólo perjuicio resultó á Abad de este género de educación, que él mismo más tarde lamentaba, aunque lleno siempre de gratitud para su abuela, á saber: que tratado desde niño con tanta suavidad y melindre, no se enseñó suficientemente en la escuela del sufrimiento, ni encalleció como hubiera deseado, para afrontar los duros trabajos é incomodidades que después le sobrevinieron.

Pasados los siete años, y empezando ya á destellar aquí y allí algunas chispas de su gran talento, fué de nuevo conducido por su padre al paterno hogar para que se educara maduramente en aquellos estudios, que á la primera edad deben prodigársele. Pero como en el suelo natal se encontraban pocos preceptores, ó por lo menos no muy escogidos, su padre los hizo traer de lejos y les confió la educación de su hijo, para que no faltara cultivo alguno á aquel ingenio que ya empezaba á despuntar en medio de los más risueños albores. Y con justa razón contó Abad entre los singulares beneficios, este empeño y ahinco de su padre para con él, al que confesaba deber aquella no interrumpida constancia y amor al estudio, que conservó hasta sus últimos alientos. Recibidos en casa, con no poca gloria, los primeros rudimentos de la Gramática, y juzgando el padre, muy acertadamente, que con más buen éxito y mucho mayor fruto, se ejercitaría el hijo en la pública palestra que en la privada escuela; creyó muy á propósito substraerlo á los mimosos brazos de la madre y caricias de los parientes y mandarlo á México. Floreció á la sazón aquella ciudad, como cabeza que era de toda la Nue-

va España, por su valiente cuerpo de profesores y por el grande número de alumnos que cursaban los estudios de una alta literatura, como también de todas las otras ciencias, sin que por eso se descuidaran las buenas costumbres en esos colegios donde se educaba con primor la más distinguida juventud. Allí, pues, admitido Abad entre los alumnos del Colegio de San Ildefonso, completó los estudios de Gramática y recorrió el estadio de la Poesía y la Retórica con tal gallardía, que por la felicidad de su memoria y por la exhuberancia de su ingenio, dejó muy en zaga á todos sus condiscipulos, entre quienes sin debate alguno, ya desde entónces obtuvo la primacía. Terminados así los estudios de Gramática, antes de los doce años, pasó al campo de la Filosofía, que recorrió de la manera más brillante. Después del intermedio de pocos meses, habiendo ya tocado los 14 años de edad, deséó grandemente darle al mundo su eterna despedida y consagrarse todo al servicio de Dios en la Compañía de Jesús; no se frustraron sus deseos. Fueron increíbles los innumerables aplausos con que en ella fué admitido, tanto por parte del Provincial que hizo la admisión como por parte de su mismo profesor, quien estaba de plácemes, porque bajo su direceión y en medio de tan faustos auspicios, se había escogido á aquél jóven de tantas esperanzas, y se daban mutuamente los parabienes, porque ya traslucían todos que dicho joven sería más tarde, sin duda alguna, un brillante ornamento de su Patria y de aquella Sociedad.

Habiendo por tanto, ingresado al Noviciado en la vigilia del Apóstol Santiago, el año de 1741, como ántes se había todo dedicado al estudio de las letras, así ahora, interrumpido éste y con mayor empeño aún, se entregó únicamente al estudio de la más alta perfección. En compañía de los otros, se ejercitaba tan solo en formar aquella virtud que por la inocencia de costumbres, por la modestia de los ojos, el desprecio de sí mismo y por la más exacta observancia de las reglas aun insignificantes, le proporcionara otras tantas armas para quebrantar enteramente todos los bríos del ánimo, y á reprimir la libertad, y á labrar enteramente su voluntad con el cincél del más grande desprendimiento y abnegación. Sin duda alguna en este palenque y escuela de santidad, estimulado Abad por el ejemplo de sus compañeros, y todo imbuído en la lectura de los sagrados libros é inflamado por la frecuente contemplación de las cosas del cielo, y de lo más augusto de la Religión; bebió aquella mente que conservó siempre en todo el decurso

de su vida, y que sobre todo en estos cantos á la Divinidad, se desbordó torrencialmente, como salta á la vista de todo el que lea estas páginas. Terminados así los dos años de probación y en medio de estos piadosos ejercicios, fué admitido de nuevo al estudio de las letras humanas, y á un trato más familiar y afable con las Musas; y esto lo hizo con aquel ardor y avidéz con que el mismo ímpetu de su naturaleza y genio lo arrebatava. Pues habiendo trascurrido apenas dos ó tres años de la pubertad, todo ocupado en este amenísimo estudio; ya se había formado aquel gusto exquisito en la latinidad, de que siempre dió muestra, y aquella poética elegancia de que fué un modelo acabado. Ya desde entonces, tomó él á su cargo, no solamente hojear de continuo los principales autores latinos de la edad de oro y de plata, sino meditarlos también en la más atenta lectura y sujetar á comentarios todo aquello que sublime y grandioso en ellos encontraba. Fué este, siempre, en verdad, el principal blanco y la alta mira en Abad, como también la culminante gloria de sus escritos: dirigir, digo, sus constantes esfuerzos y aplicar todos los resortes de su genio en imbuirse y empaparse en el llamado estilo Atico, cuya expresión siempre correcta y castigada, se realza más, y por la propiedad de las palabras, y la grandiosidad de las ideas, y la gravedad de las sentencias, y la sublimidad y exquisito ropaje de las formas. Mas aquel otro género de dirción llano y monótono, que consiste principalmente en un rebuscamiento de frases y una especie de verbosidad torrencial, lo veía él con náusea y desdén como afeminado y lánguido, y propio solamente para argumentos triviales, y para ocupar la atención de la desocupada muchedumbre. A tal grado era Abad dominado por ese estilo nervudo y enérgico, que si se le hubiese oído aun en el lenguaje familiar, habría parecido que no podía él concebir sino ideas grandiosas y llenas de gravedad á la que correspondía la vivacidad y fuerte colorido de la expresión, y sublimidad de las imágenes. Por el mismo motivo, digámoslo de paso, al componer estos cánticos á Dios, habiendo él afrontado un argumento el más sublime y elevado que pudiera hallarse, y atendiendo más bien á las cosas que á las palabras; de *invento*, muy de *invento*, hizo á veces á un lado á aquella fluidéz de la versificación y aquellas cadencias métricas, en que algunos cifran casi únicamente su embeleso: juzgando esto, no sin razón, del todo incompatible con la misma dignidad del argumento, y la áurea sencillez de las Sagradas Escrituras. Y, en efecto, ¿quién podrá tolerar,

no diré exigir, que el poeta, que en cierto modo, se ha remontado á lo más sublime de la Divinidad, y que fija su penetrante mirada en lo que hay en Dios O. M. más abstruso é inaccesible á la mente humana; haga en todo rebusca de palabras, y acomodando siempre el oído á un ritmo artificioso, y desatendiendo á la substancia del argumento tan alto; vaya siempre en pos de aquellas dulzuras empalagosas con que puede únicamente halagar y lisonjear inoportunamente los oídos? Mas nadie que sea versado en la materia, podrá negar por tal motivo, que en aquellos lugares donde él no creyó necesarios esos artificiosos desaliños, se deslizaron suavemente sus cadenciosas armonías según lo exigía el buen gusto, ya para darle expansión á los conceptos, ya dulzura ó belleza y majestad á la frase. Pues no hay, en verdad, forma alguna de estilo que él no ponga en juego en su respectivo lugar, siempre con una natural espontaneidad; manifestándose así, no ya siervo rastrero de su estilo, sino enteramente dueño, como quien tenía siempre al alcance todos los géneros de dicción.

Concluidos los primeros años de los estudios teológicos, fué enviado á la ciudad de Zacatecas, donde á la sazón acababa de reedificarse un magnífico templo, cuya dedicación tenía que celebrarse con inmenso concurso de la ciudad, y grande pompa y aparato; para que allí compusiera él, según lo pedía dicha solemnidad, una épica descripción de aquella obra y de su espléndido ornato, (género de composición llamado en esas partes Panegírico, que solía recitarse por algún niño en medio de una grande afluencia del pueblo), y así dejara él complacida la expectación y público alborozo de aquella ciudad. Estos fueron, en verdad, los primeros destellos de la Abadiana Poesía, los que desparramados por la imprenta en toda aquella ciudad y en otras muchas del nuevo mundo, le conquistaron en todas partes grandes aplausos y admiración; pronosticando todos desde entonces las grandes y magníficas producciones que después brotarían de aquella riquísima vena, de aquel privilegiado ingenio. Aunque después Abad, llegado al pleno desarrollo su criterio literario, se afrentaba de dicho poemita, á tal grado, que no quería ni traerlo á la memoria; ó si lo hacía era para herirlo con censuras. Pues confesaba que por vicio de la edad, casi pueril entonces, arrebatado por su siempre ardiente imaginación impetuosa en aquella sazón por los años, se había dejado seducir por un ampoloso y redundante estilo, y deslumbrar por un falso brillo de poético ornato; originado esto, de

que estaba entonces dominado por la lectura de Góngora y de Juan Barclayo quienes tristemente lo influenciaban. Mas dichos autores, y otros de la misma escuela, después ya maduro, hacía por sacudir lo más lejos posible, de las manos de la juventud; mientras que á Garcilazo, Zurita, Parra y otros semejantes, y á Virgilio, Tulio y Terencio recomendaba únicamente, con grande ahinco, éstos para la literatura latina, aquellos para la española. Debiendo, entre tanto, concluir los estudios teológicos, y ser iniciado en las sagradas órdenes, regresó á México después de tres años. En seguida fué enviado á Puebla de los Angeles, para que allí, en medio de aquel tan floreciente cuerpo de profesores, defendiera las principales tesis de toda la Teología y Derecho, como solía hacerse antes y después de medio día; y así, aquel público certámen fuera también la gloriosa meta de todos sus estudios.

Mas no pudo México carecer por más tiempo de la doctrina y erudición de Abad. Pues apenas había estado dos años ausente de allí, cuando se le llamó de una manera intempestiva para que en aquél centro enseñara la Filosofía á un numeroso auditorio de jóvenes alumnos. Porque como el profesor designado ese año para dicho curso fuera impedido por su afectada salud de desempeñar aquel cargo; tuvieron que escoger entre todos á Abad, quien se vió precisado, aun sin preparación alguna, á recibir esa encomienda honorífica, para que la acéfala juventud mexicana, ya impaciente, fuera por él instruida en las escolásticas doctrinas. Podría aquí citar con toda verdad en elogio de Abad, muchos personajes, que formados por él con exquisito esmero, y por la palabra y ejemplo del profesor, inflamados en el amor de las letras, fueron después otros tantos laureles de gloria no menos para su maestro que para su patria. Se debe grandemente llamar la atención en que un gran número de éstos, habiendo tenido á Abad por preceptor, no solamente en las letras humanas, sino también en las ciencias filosóficas y teológicas y en el estudio de ambos Derechos; fueron por él enteramente modelados, por decirlo así, en todos los principales ramos del saber humano. Sabido es que, tan luego como Abad cerró con broche de oro sus estudios de Filosofía, fué enviado al real seminario de San Ildefonso, el más antiguo y acreditado, no sólo de Nueva España, sino también de todo el mundo. Contaba éste con trescientos jóvenes de lo más selecto, entre quienes figuraban los que después de haberse formado y bien cimentado en las ciencias naturales, ya en

México, ó ya en otros lugares de la misma nación, cursaban entonces, bajo la dirección de los PP. de la Compañía de Jesús, parte, el Derecho Canónico, parte, el Civil y parte, la Sagrada Teología, y más tarde tendrían que ser doctores y maestros de muchos en su patria. Primeramente, recibió Abad tan solo la prefectura de ambos derechos, bastante árdua por sí sola; después se le encomendó también la de Teología, que asociada á la primera, resultó aquella tan gloriosa prefectura, modelo de las otras, que por los continuos esfuerzos y desvelos de Abad; llegó á ser la norma en los estudios de Jurisprudencia y Teología que se hacían en aquél Colegio, como que eran los más purgados y más bien vigilados. Pues se le había confiado este cargo en el tiempo en que ya todos sus estudios había hecho pasar por el más rígido y estricto crisol. Porque lo mismo que dijimos de la Poesía y elocuencia, le aconteció en los otros estudios, por el ardor de la edad y de la inole arrebatada de su ingenio, que se dejaba, es decir, arrastrar en sus primeros años, más bien por el brillo deslumbrador de las imágenes, que por el sencillo y natural ropaje de la verdad. Mas con el trato familiar de José Campoya, mucho se aprovechó: en éste, condiscípulo suyo, tuvo siempre fija su mirada, hizo por imitar sus estudios, y después de muerto, le tributó Abad un público homenaje á su mérito. Viendo, pues, á Campoya (quien á un grande estudio añadía un singular criterio) buscar lo más alto y exquisito en todo género de estudios; aprobaba todo esto en su interior, y entrando también en una tácita emulación, de tal manera reasumió sus estudios, que los reformó enteramente desde sus bases. Dióle á esto más fuerza el ejemplo de Antonio Galeano (joven de magníficas esperanzas á quien una prematura muerte arrebató de entre las cáncidas de las Musas), y de otros jóvenes de la misma edad que *de sí mismos nacidos* [como dijo Tácito de Q. Cursio] parecían destinados á resucitar la verdadera literatura. De muy buen grado hablaríamos de dichas cosas en este lugar, siendo muy á propósito para los anales de la literatura mexicana, si la brevedad de este trabajo no me lo impidiera. Calcando así Abad los ejemplos de este consumado literato, destiló en la juventud que tenía á su cargo un gusto literario y criterio acendradísimo. Y él fué en verdad el primero que en aquellas partes se valió del libro de los *Orígenes* por Juan Vicente Gravina, al enseñar los principios elementales de la civil Jurisprudencia. Se esforzaba, además, en infundir en todas, aquella mente que elimi-

nando toda bambolla, pusiera en pié la antigua y verdadera Jurisprudencia de Popiniano y del restaurador Cuyacio. Lo mismo practicó en servicio de la Teología, procurando para esto, derivar primeramente copiosos caudales de las más puras fuentes [á saber: la Escritura, Santos Padres, Concilios, Historia Eclesiástica, etc.] y adornar después esta sagrada facultad, reina de todas, con aquellas elegancias y galas que únicamente le convienen, haciendo á un lado todo atavío postizo y vulgar, y buscando tan sólo el más brillante y sincero apogeo de la verdad. Mas no contento Abad con estas árduas tareas, se dedicaba, además, en tomar á su cargo á aquellos de sus compañeros de Religión que manifestaban natural tendencia y aptitud á los estudios de humanidades; y con sus privadas lecciones se empeñaba en conducirlos á la cima de la más pura literatura, especialmente latina. Resultó, como era natural, de esta continua tezon y asiduidad en el trabajo, que sus fuerzas empezaran notablemente á agotarse, y diversas enfermedades siguiéronlo acosando en todo lo restante de su vida. Pero como en ningún tiempo rebajó nada de su continua laboriosidad: su siempre débil y quebrantada salud lo acompañó hasta sus últimos momentos. Esto dió origen á que después de haber frecuentemente recurrido á los esfuerzos de la medicina, consultando los más excelentes médicos, y experimentando, como él decía, la ineficacia de éstos; emprendió un serio y radical estudio de la medicina, en medio de las continuas tareas á que se entregaba infatigable; estudio que siguió cultivando en lo sucesivo, valiéndose de los más esclarecidos autores de aquella arte, y solía decir que á este estudio debía él que todavía viviera, aunque en cierto modo arrastrándose; que si por los médicos fuera, ya haría mucho tiempo lo habrían librado de las miserias de esta vida.

Parecía, por lo tanto, ya conveniente atender á la tan endeble salud de Abad y relevarlo de aquellos abrumadores trabajos. Por tal causa, habiéndosele removido de tan onerosas prefecturas, se le mandó á regir el Seminario de San Francisco Javier en Querétaro, en el cual, aunque tenía bajo su vigilancia la educación de aquella juventud y al mismo tiempo su enseñanza; podía, no obstante, con algún desahogo, cumplir con ambas encomiendas. Mas, tan luego como pudo levantar su frente más despejada, después de los pasados afanes y molestias, todo el tiempo que le dejaba libre el cumplimiento de su ministerio, lo dedicaba, sin pérdida alguna, á los privados estudios. Aquí

fué donde con más empeño se entregó á las Matemáticas, pues también este glorioso polvo, recogido hacía mucho tiempo en el científico estadio, embellecía sus ya conquistados laureles. Más tarde en los intervalos de quietud, emprendió la versión de la Eneida al verso castellano, que bastaría por sí sola para formar la aureola de gloria y el insigne monumento de la Abadiana sublimidad; y finalmente, puso la primera piedra de esta egregia obra acerca de Dios, donde quizo encerrar en exámetros latinos, los misterios más sagrados y augustos de nuestra Religión, y aun toda la vida de Dios-Hombre, derivada únicamente de la divina fuente de las Escrituras, y expuesta con la grandiosidad que correspondía á tan noble argumento. A este fin, habiendo implorado el auxilio divino; se sumergió más que nunca en la lectura de los Sagrados Libros, la que formó siempre sus delicias, y en la asidua contemplación de las eternas verdades: pareciéndole enteramente necesario asociar este estudio á las gracias y donaires de la Poesía, que se había hecho ya familiares en alto grado con la constante no interrumpida meditación de dichas bellezas. Dominado, pues, enteramente por estas tareas, pasó tranquilamente en aquella ciudad los íntegros cuatro años; hasta que envuelto en el común naufragio y arrojado á las costas de Italia, se le asignó por residencia la ciudad de Ferrara, tan floreciente un tiempo por los Duques de Este. Aquí, después que se le concedió respirar libremente de las pasadas molestias é incomodidades de una larguísima navegación, y de los trabajos de expatriación; reanudó la empezada faena que un tiempo, por la gloria de Dios, se había hechado á cuestras: aunque un hombre, como él, nacido bajo un cielo tan dulce y apacible, no podía menos que ser, en gran manera, acosado por el cambio de estaciones, y sobre todo, por el excesivo rigor del invierno, para él enteramente desconocido: quizo, no obstante, con todo empeño, consagrar en bien de la Religión Católica aquel descanso y quietud que Dios le había proporcionado.

Mas habiendo poco después descubierto¹ que aquellos primeros fragmentos de sus cantos habían sido publicados sin que hubiera él tenido noticia alguna, y andaban en manos de todos, imperfectos todavía, y no reducidos á una

¹ Esta edición se hizo en Madrid ó Cádiz el año de 1769 comprendiendo veinte y nueve cantos todavía, como en bosquejo y poco limados. La edición se hizo por el doctor mexicano Gamarra y Dávalos, bajo el nombre de *Musa Americana* que actualmente se traduce en algunos seminarios de esta República para ejercicio de los jóvenes latinistas.

severa lima como era necesario; determinó, por fin, formar una completa y bien pulimentada edición de ellos, cediendo á las repetidas instancias de sus amigos, quienes aun le ofrecían erogar los necesarios gastos. Así, pues, el año de 1773 fué por primera vez dada á luz por las prensas venecianas, la obra de *De Deo-Heroica*, comprendiendo solamente treinta y tres cantos; en la que disfrazando el Autor su apellido, figuraba bajo el pseudónimo de *Labeo*, dándose el nacional de *Selenopolitano* ó sea *habitante de la luna*,¹ pues esto creen muchos entrever en el nombre de *México*, según el primitivo idioma. Y á la verdad, fué recibida dicha obra con tantas ovaciones por donde quiera, que no hubo quien no admirara aquella noble sencillez con que exponía el Autor las Sagradas Escrituras, y aquella majestuosa sublimidad, verdaderamente divina, realzada por la elegancia y nobleza de la Poesía latina; cuyo conjunto todo con magníficos elogios, era encumbrado hasta las estrellas. Sirvanos de testigo entre tantos, el esclarecido Francisco María Zanotti, joya valiosísima de la Academia de Bolonia, el insigne doctor en matemáticas, delicias y orgullo de las Musas, quien, arrebatado por la muerte en su benemérita ancianidad, entre las lágrimas de todos los literatos, fué honrado con grandiosos funerales por la gran Bolonia, fecunda madre y egregia educadora de tantos hombres insignes; la que dando expansión á su profunda amargura, tributó homenajes dignos á tan gran personaje. Este, pues, prendado por la belleza de aquél Poema, como él decía, divino, deseó con ansias vivas conocer, estrechar y colmar de agasajos á su autor, aunque extranjero y desconocido para él, como *insigne benemérito de la Religión* y de la *República literaria*. De la misma manera, Eustaquio Zanotti, sobrino del arriba elogiado, y Sebastián Canterzano, dos astros de primera magnitud del Liceo Bolognés, encomiaron la Abadiana Poesía con muy encarecidas palabras. No menos es de tenerse en cuenta á Clemente Vannetti, caballero muy ilustre y secretario de la augusta Academia de la *Rovere*; quien, junto con distinguida alcurnia, poseía una exquisita erudición y doctrina admirable, y con su latinidad, digna del siglo de oro, pudo llenar altamente de gloria á su patria y á las restauradas Musas. Este, en verdad, no bien pudo leer por vez primera los cantos de Abad, que un amigo le mandó regalar, *inmedia-*

¹ *Selenopolitano* quiere decir en lenguaje griego habitante de la luna; el Autor le dió esta interpretación al nombre de *México*, derivado, según algunos, del antiguo *Mextli*, que quiere decir *Luna*.

tamente se formó del ingenio del Autor el más grande concepto. Pues le parecían aquellos cantos, no solo tersos y llenos de la más alta poesía, sino también dignos del divino argumento, por la sublimidad de las imágenes y por la gravedad de las sentencias. "No tengo por ahora á la mano [son palabras del mismo en la carta que dirigió á Abad] mayor testimonio que darte así del mío como del ajeno homenaje á tu relevante mérito, que este mismo diploma, conseguido por unanimidad sin ningún trabajo, de los príncipes de nuestra Academia, para quienes bastó el haber tan sólo puesto tu libro ante su vista. Sigue, pues, intrépidamente las huellas de los primitivos genios del Cristianismo, para que pueda más tarde decirse, no ya que tú por las Musas, sino que éstas fueron por tí engrandecidas." Juntamente con estas letras, le envió un diploma de honor; por el cual, bajo el nombre de *Agiólogo*, quedaba por unanimidad adscrito á la tan insigne Academia Roboretana, fundada bajo los auspicios de María Teresa, emperatriz augustísima de los Romanos, y reina de Hungría y Bohemia. No hago mención de los españoles Serrano, Lampillas y Hervas, defensores acérrimos en Italia de las glorias literarias de la patria, á quienes pareció la obra de Abad, *egregia, inmortal y digna del floreciente siglo de Augusto*.¹

Mas no por estas ovaciones de triunfo, se pagó Abad de sí mismo en algún modo, aunque ya parecía haber él llegado á la apoteosis de la gloria, por el testimonio, ciertamente irrefragable, de hombres tan eminentes y de tanta importancia en esta materia; siguió infatigablemente leyendo y releendo su obra y puliéndola más y más con todo esmero y escrupulosidad; y así desaparecieron muchos defectos, de que aún, en su modo de ver, adolecía.

Mas habiendo observado que había en ella omitido otras muchas cosas aún, dignísimas del todo de figurar allí, y que podían desearse, no vaciló en añadirle otros nuevos cantos tan bien torneados y nobles como los anteriores. Por lo que aumentado el volumen de la obra casi más de la mitad, se vió obligado á hacer una segunda edición, impulsado de nuevo y sostenido por sus amigos, la que salió á luz finalmente en Ferrara y fué recibida con los mismos y aun mayores aplausos. Avanzaban por otra parte de día en día las molestias que le ocasionaba su deteriorada salud; y viéndose hostigado de nuevas enfermedades sin tregua

¹ A estos elogios pueden añadirse los que de dicha obra, hizo el erudito Juan Lamí, teólogo de José II, y prefecto de la Biblioteca Ricardiana, quien se expresó muy altamente acerca del mérito de ese poema.

alguna, se dirigió á Bolonia con el fin de mejorar de clima, donde permaneció un año entero; pero con tan mal suceso, que caminando á pasos gigantescos de mal en peor, se llegó á temer por su vida con gran dolor de sus amigos. Cayó en una tristeza y melancolía tan profunda y en una especie de entorpecimiento de todas sus facultades en tal grado, que la vida le era un peso abrumador, y no ya hojear, pero ni aun ver quería los libros, delicias antes de toda su vida y su único pasatiempo y distracción desde niño: y únicamente deseaba con todo ardor que viniera la muerte á libertarlo de tantas miserias, y colocarlo en aquella tranquila eternidad en que ya no se escucha grito alguno de combate. Pasados seis meses, y algo más en esta postración de ánimo y de cuerpo, nuevamente, Dios, así permitiéndolo, recobró la salud; la que conservó por el tiempo necesario para poderle dar á su obra, los últimos toques á toda su satisfacción y conseguir así que resultara aquella completa y acabada Suma por decirlo así, de toda la Teología, en la que nada pudiera desearse para la espléndida exposición de las más sublimes verdades. Concluido este último trabajo, y habiendo añadido otros cinco cantos á los treinta y ocho que formaban ya la segunda edición en Ferrara, fueron nuevamente sujetos por él á una severa lima; y después de haber hecho el supremo esfuerzo en darle la última mano á toda la obra (como él mismo lo atestigua en la adición que dejó entre sus manuscritos para intercalarse en la obra): se le oyó decir, que había finalmente tocado la meta de sus deseos, y cumplido con la misión que se había impuesto, y que después de haber pagado á la Religión, según sus fuerzas, el tributo de todos sus trabajos y desvelos, que se propuso consagrar únicamente en su defensa y engrandecimiento; esperaba serenamente, y aún con gusto, la final embestida de la muerte.

Mas no quiso Dios que Abad sobreviviera por más tiempo á éste su glorioso apogeo, impedido de ir á gozar de aquellos santísimos arcanos que Dios ya quería descubrirle, y contemplar por fin, más de cerca, como piadosamente creemos, aquellas mismas grandezas á que él había preludiado en sus casi divinos cantos. Disfrutaba de una salud tan floreciente como nunca, y en medio de esa prosperidad no había asomo alguno del mal que ya iba á estallar. Cuando de improviso después de los idus de Junio, fué acometido por una violentísima diarrea, y reducido en breve á los últimos plazos de su vida: y creyendo haber finalmente llegado al puerto del eterno descanso, se despe-

día ya para siempre de todo lo mortal y caduco, preparándose á entrar en las eternas moradas. Se reanimó, sin embargo, no para huir el golpe de la muerte, sino para que tras un prolongado combate, acrisolado por largo y penoso sufrimiento, pudiera conquistarse una más brillante corona inmarcesible, y entrar en posesión de la eterna gloria en compañía de los bienaventurados. Tres continuos meses pasó entre los más agudos dolores ocasionados por una extravasación de bilis que en una especie de fuerte eferescencia le abrasaba y consumía las entrañas, causándole una sed indecible. Mas guardaba tal entereza, que no dejaba un momento de reconocer y admirar la benignidad de Dios en su persona, y llamarse digno de más atroces tormentos. Se le agotaban las fuerzas por momentos, rechazando el estómago todo alimento. Y viendo ya á la muerte acercársele con lento paso, la esperaba tranquilamente con semblante apacible; y aun la aguijoneaba de cuando en cuando con aquellos mismos arranques con que en otros días expresó ciertamente, los sentimientos de su alma.

¡Oh! cuán vienes tardía, cuán perezosa,¹
 Son lánguidas tus flechas,
 Es débil tu guadaña poderosa:
 Cuántas veces llamándote anhelante
 Te importuné con ayes y gemidos;
 ¡Oh bien venida! llégate al instante
 A romper estos lazos, ya roídos;
 Estos viles despojos
 De mi cuerpo; estos ásperos cerrojos:
 Y pueda finalmente,
 El vuelo deplegando á las alturas,
 Para siempre embriagarme inmensamente
 De mi Dios en los goces y dulzuras;
 Y abrasado en sus fervidos ardores,
 El torrente beber de sus amores.

Mientras Abad, daba todo ensanche á estas piadosas expansiones de su amor a Dios, la enfermedad redoblaba por momentos sus fuertes ataques; y destituido ya de todas sus fuerzas, se acercaba á los últimos instantes. Advertido, pues, del peligro tan eminente, y solícito tan solo de su eterna salud; pidió se le fortaleciera con el viático de la inmortalidad, el que recibió con tan abundantes lágrimas y regocijo, y esperó con tanto alborozo, que aunque pasó toda la noche en vela, y era abrasado por una sed mortal;

¹ Canto IV I. parte.

resistió no obstante diez íntegras horas, sin tomar ni una gota de refrigerante líquido, en espera, como él mismo decía, de tan magnífico Huésped, supremo Arbitrio de la vida y de la muerte del hombre. Sobrevivió otros tres días, atormentado por más vivos dolores: hasta que finalmente el 30 de Septiembre, recibidos piadosamente todos los sacramentos; en el abrazo del Crucifijo, y entre las lágrimas y sollozos de sus amigos que le deseaban un felicísimo viaje, sucumbió á la muerte una hora antes del medio día el año del Señor de 1779, á los cincuenta y dos años cuatro meses de edad.

Fué su fallecimiento el día consagrado á San Jerónimo, para quien había profesado siempre una singular veneración; y aun puede afirmarse que tuvo muchos puntos de contacto con el Santo Doctor, ya por la agudeza de su feliz ingenio, ya por su ardiente y acre temperamento, como también por su sublime exposición de las Santas Escrituras. Al día siguiente fué sepultado, después de haberse celebrado su honras con la debida pompa, en las que tomaron parte aun algunos extranjerros, entre quienes lloraban unos al insigne teólogo, otros al sublime y cuasi divino poeta, arrebatado por prematura muerte.

Fué Abad de mediana estatura, de complexión delicada, de ojos rasgados, nariz algo ancha y deprimida, y de cabello escaso en derredor del vértice y sembrado de precoces canas: su salud, en los últimos veinte años principalmente, como arriba dijimos, fué siempre débil y achacosa: lo que también contribuyó á darle á su carácter un tinte de austeridad y acritud, á lo que se añadía su continua aplicación al estudio, que le hacía huir el trato de las personas, y buscar constantemente la soledad y apartamiento. Por tal motivo, siendo buscado con frecuencia por algunos eruditos, atraídos por la fama de aquel poema y de su gran talento; un hombre como él, enemigo enteramente de la hinchazón que suele traer la gloria, y en extremo avaro del tiempo, se negaba redondamente á semejantes visitas. Ni podría de otra manera explicarse cómo pudo él abarcar tantas cosas á un tiempo, y entregarse á estudios tan distintos, molestado siempre por sus frecuentes achaques. Pues además del cultivo, nunca interrumpido de latinidad y humanas letras, se hizo familiar la lectura de los SS. Padres; el estudio de la sagrada Teología, de la Historia tanto profana como Sagrada y Eclesiástica, y se declaró también por el estudio de ambos Derechos; á lo que se añadía en alto grado, la Filosofía, la Medicina y

las Matemáticas; disciplinas todas en que de tal manera se embebió, como si en cada una de ellas hubiera tenido por separado toda su aplicación.

Escribió Abad otras varias obras, tanto en español como en latín. Entre éstas últimas se encuentran la *Disertación jocoseria de la extranjera latinidad* que publicó poco antes de su muerte: la obra intitulada *Nudo de lo más intrincado de las matemáticas, desatado y explanado, ó método compuesto y adaptado expresamente al alcance de los principiantes*; obrita que tanto cayó en gracia á los peritos en la materia, que le rogaban la hiciera pasar á manos del público: el *Alma del Livino Meyer reducida á un cuerpo más pequeño*; ó sea: *Epitome histórico de las Controversias de Auxilios*, recomendable tanto por el estilo latino, como por su admirable brevedad. Las escritas en el patrio idioma son las siguientes: *La octava égloga de los Bucólicos de Virgilio, que más allá trasladó al castellano*, cuando como llevamos dicho, emprendió la versión de toda la Eneida, y aun ensayó una gran parte de cada uno de sus libros y la habría, por cierto, concluido, si su contraria salud, y más serias ocupaciones no le hubieran robado la atención. *Un compendio de Algebra: el Tratado del conocimiento de Dios*, y una *Geografía Hidrográfica* ó descripción de los principales ríos, etc., de la tierra; mas estas dos últimas se encontraron á la muerte del Autor incompletas aún, é incorrectas además. Además de otros opúsculos pequeños, tanto en prosa como en verso, en los que siempre brilla la Abadiana sublimidad, y el exquisito gusto latino, cuya cima había logrado tocar. Para complemento, y como un obsequio que será ciertamente grato al lector, y más aún á los amigos del Autor, insertamos aquí los dos himnos al ínclito Mártir y Patrón de México, S. Felipe de Jesús, perteneciente á la Franciscana familia, quien habiendo derramado su sangre en el Japón por la Fé de Cristo, fué colocado, viviendo aún su dichosísima madre, en el catálogo de los Beatos; en cuyo oficio muy recientemente aprobado por la S. Sede, se encuentran dichos himnos que serán un eterno monumento de Abad en la Historia Eclesiástica.

TRADUCIDOS DEL LATIN.

[HIMNO DE MAITINES]

Salve, triunfante atleta,
Espléndido ornamento
Presea del Nuevo Mundo.
Tú hiciste con tu muerte
Feliz al suelo patrio;
Primer campeón de México,
Tú lo honras y enriqueces
Con la celeste aureola,
Con los trofeos gloriosos
Que adornan á los mártires.

Los extravíos primeros
En que te despeñaron
Los juveniles bríos;
Expiar después supiste,
Y cual augusta víctima
Ardiente te arrojaste
Al campo del martirio.

Has que por tí incitados,
Borremos nuestras culpas
Con un dolor profundo
Y asidua penitencia.

[DE LAUDES]

Felipe, Mártir ínclito,
De Cristo, fiel campeón,
De quien llevaste el nombre,
A quien quisiste firme
Seguir hasta la muerte.

Por triple lanza abierto,
Bañado todo en sangre,
Muriendo en duro tronco,
Eres su Imágen fiel.

Tú, al frente de tus socios,
En las primeras filas
Avanzas empuñando
La enseña del martirio,
Y viertes el primero
Toda tu noble sangre.

De tus conciudadanos
Escucha placentero
Los llantos suplicantes;
Y guíanos cual caudillo,
Del cielo á las mansiones.

Esto bástenos de Abad: á quien si débilmente, y no con aquella vivacidad de colorido que debíamos, hemos retratado, conseguimos no obstante, desahogar nuestro cariffo, y más aún, el dolor que dejó tan honda huella en nuestra alma por la pérdida lamentable de un maestro, compañero y amigo tan querido: esta indulgencia la esperamos con tanta mayor razón, cuanto que, nuestro fin fué perpetuar la memoria del clarísimo Poeta Mexicano entre la posteridad y principalmente entre nuestros conciudadanos, y como un monumento inmortal de gloria para la Religión y la Patria: por lo que creyendo hacer un agradable y útil servicio, tal vez nos detuvimos un poco más de lo conveniente. Puestos finalmente ante su sepulcro, tantas leguas distante de su patria, no pudimos menos que, besar una y mil veces con el llanto en los ojos, esas tan amables cenizas, envidiando la suerte del que, arrebatado de la miserable condición de los mortales y admitido en la eterna compañía de los bienaventurados (como esperamos), cambió su destierro con aquella dichosísima patria.

Y para que su nombre permanezca siempre indeleble en la memoria, tanto de los Bolofieses como de los Mexicanos, permítaseme grabar en su losa sepulcral este modesto epitafio, en que fije su atención el viajero.

D. O. M.

Aquí descansa el inclito Abadiano
 Bajo el cielo de América nacido,
 De los poetas blasón esclarecido,
 Orgullo del Imperio Mexicano.
 No cantó él de los miseros mortales
 Los cuidados, ensueños y quimeras;
 Ni cantó los guerreros y banderas
 De hostil sangre teñidas en raudales.
 Mas sobre las estrellas se pasea,
 Al alto empero remontando el vuelo;
 Y de Dios mismo describiendo el velo;
 Sus arcanos recónditos sondea.
 La Religión, Piedad, y el laureado
 Coro de sus Hermanas venerables,
 A su divino Poeta, inconsolables,
 Aqueste monumento han dedicado.

JUICIO CRITICO DE TOMAS SERRANO VALENTINO

ACADEMICO DE LA ROVERE

Si ha habido siempre facultad para el que quiera exponer sincera y libremente su juicio y parecer, ésta yo ahora pido para mí. Pues habiéndome rogado que leyese la obra del insigne Labeo (Abad) y manifestara con toda ingenuidad lo que en ella me agradara ó disgustara, accedí á esto, no conociendo de antemano nada del Autor ni de vista ni de oídos, siéndome del todo ignorado. Así, pues, que hube tomado el libro en mis manos, no pude menos que admirar de pronto la dignidad y majestad del argumento. Pero desconfiaba de que en este nuestro siglo, aunque erudito, hubiera algún poeta competente para tan sublime y divino argumento.

Empece, no obstante, á hojear el poema con mucha atención, y leí los primeros cantos con algún recelo del feliz éxito del para mí desconocido Autor. Pero no sé de qué modo se verificaba que mientras más me avanzaba en aquella lectura redoblando mi atención, así también la suavidad, gracia y energía de esos cantos, más y más me halagaba. Hasta que por fin, insensiblemente [no adorno la verdad] me había ya todo arrebatado la admiración de aquel divino poema. ¿Para qué más palabras? Lo recorrí todo con tal ardor y avidéz, que no dejé el libro de las manos, hasta que llegué á su término. Entonces, sin que pudiera ya contenerse la expansión de mi alegría y satisfacción, tuve que compartir mis emociones con mis amigos, y levantar al Poeta hasta las estrellas, y proclamar su poema como obra maestra y acabadísima, y de suma necesidad é importancia en las presentes circunstancias tempestuosas. Se habían probado, no lo niego, ya más antes, algunos distinguidísimos poetas en este mismo terreno, tocando una parte de la materia; y aunque haya en éstos algunos borrones, con sobrada razón deben ser ellos aplaudidos. Pero ninguno otro he encontrado hasta aquí que haya sabido con tanto aplodo

D. O. M.

Aquí descansa el inclito Abadiano
 Bajo el cielo de América nacido,
 De los poetas blasón esclarecido,
 Orgullo del Imperio Mexicano.
 No cantó él de los miseros mortales
 Los cuidados, ensueños y quimeras;
 Ni cantó los guerreros y banderas
 De hostil sangre teñidas en raudales.
 Mas sobre las estrellas se pasea,
 Al alto empero remontando el vuelo;
 Y de Dios mismo describiendo el velo;
 Sus arcanos recónditos sondea.
 La Religión, Piedad, y el laureado
 Coro de sus Hermanas venerables,
 A su divino Poeta, inconsolables,
 Aqueste monumento han dedicado.

JUICIO CRITICO DE TOMAS SERRANO VALENTINO

ACADEMICO DE LA ROVERE

Si ha habido siempre facultad para el que quiera exponer sincera y libremente su juicio y parecer, ésta yo ahora pido para mí. Pues habiéndome rogado que leyese la obra del insigne Labeo (Abad) y manifestara con toda ingenuidad lo que en ella me agradara ó disgustara, accedí á esto, no conociendo de antemano nada del Autor ni de vista ni de oídos, siéndome del todo ignorado. Así, pues, que hube tomado el libro en mis manos, no pude menos que admirar de pronto la dignidad y majestad del argumento. Pero desconfiaba de que en este nuestro siglo, aunque erudito, hubiera algún poeta competente para tan sublime y divino argumento.

Empece, no obstante, á hojear el poema con mucha atención, y leí los primeros cantos con algún recelo del feliz éxito del para mí desconocido Autor. Pero no sé de qué modo se verificaba que mientras más me avanzaba en aquella lectura redoblando mi atención, así también la suavidad, gracia y energía de esos cantos, más y más me halagaba. Hasta que por fin, insensiblemente [no adorno la verdad] me había ya todo arrebatado la admiración de aquel divino poema. ¿Para qué más palabras? Lo recorrí todo con tal ardor y avidéz, que no dejé el libro de las manos, hasta que llegué á su término. Entonces, sin que pudiera ya contenerse la expansión de mi alegría y satisfacción, tuve que compartir mis emociones con mis amigos, y levantar al Poeta hasta las estrellas, y proclamar su poema como obra maestra y acabadísima, y de suma necesidad é importancia en las presentes circunstancias tempestuosas. Se habían probado, no lo niego, ya más antes, algunos distinguidísimos poetas en este mismo terreno, tocando una parte de la materia; y aunque haya en éstos algunos borrones, con sobrada razón deben ser ellos aplaudidos. Pero ninguno otro he encontrado hasta aquí que haya sabido con tanto aplodo

mo formar el plan de todo el argumento, desarrollarlo con tanta elegancia, y ataviarlo con tan sencillas y vistosas galas, segun el asunto lo exigía. Aquí el Poeta, como quien se ha declarado en favor de las graves y religiosas musas; no mezcla nada heterogéneo, nada profano, nada incoherente; todo ahí es sagrado y divino, y derivado del Santuario de la Teología y de los ricos tesoros de las Divinas Escrituras. En suma; si la misma Piedad quisiera desplegar sus labios para hablar, opino que no serían muy diferentes sus palabras y sentencias. Ni creo será mal recibido por los lectores, si aquí yo introdujere á la Piedad hablando en aquel tenor conque, de cuando en cuando, parecía representarse ante mi vista cuando leía los eminentes cantos del Autor. Si tenga este cuadro la debida elegancia no lo sé. Pero de que así pudiera ella expresarse puedo justificarlo con el mismo libro que contiene, en mi modo de ver, un poema tan religioso, tan lleno de verdadera elegancia, y en una palabra, divino.

Estos son los versos en que pinté á la Piedad hablando en la forma siguiente:

La Piedad leyendo un día (1)
De Abad los amables cantos,
Piadosos, sencillos, pulcros
Como tambien majestuosos,
Eruditos y sublimes,
Viva miel de las pias gracias,
Halló en ellos admirada
Sus amorés, sus delicias:
Y después que hubo estampado
En ellos tres dulces besos:
Vosotros en adelante,
Seréis mis amores, dijo;
Dulces, melifluos amores
Que Amor divino hacia suyos;
Muy semejantes, gemelos
De aquellos con que abrasara
El pecho de los Apóstoles
Cuando aún rudos, sencilluelos,
El mismo Amor los quería
Convertir en elocuentes
Y en piedad grandes maestros.
Dignos de ser entonados
Por los coros inmortales
Que al son de sus aureas liras
Siguen cantando al Cordero,
En las cumbres estrelladas
De la celestial Sión.

Y después, dentro su seno
Escondiéndolos ansiosa:
Nuevos, nectáreos cantares
O lo que hay más dulce y suave,
Les dice, ya desde ahora
Seréis mis ebúrneos pechos.
Felices y muy felices
Los que con piadosa mente
Y con ojuelos piadosos
Os leerán y releerán,
Abriendo su pecho fieles
A los mil dulces sabores
Con que están condimentados;
Como aquel Pueblo escogido
Que fiel á Dios no guardose,
Antes que el sol asomara,
Gustaba el maná que el cielo
Les enviaba cual rocío.
Estas cosas, y otras muchas
Dijo la Piedad leyendo
De Abad los cánticos nobles,
Piadosos, sencillos, pulcros
Como también majestuosos,
Eruditos y sublimes
Viva miel de las Pias Gracias.

(1) La composición original está escrita en falencios latinos, metro que pide cierta delicadeza y finura, que en éstos se retrata.

PRELUDIO DEL AUTOR.

Cuán árdua y ponderosa empresa sea, oh lector benigno, hablar de Dios y de las cosas divinas, lo conocieron los antiguos Filósofos, aunque, por otra parte, se formaban un concepto inadecuado de Dios. La misma inmensidad é incomprendible excelencia de la divinidad deslumbra con su resplandor la pupila del humano entendimiento, y produciendo, por consiguiente, impenetrables tinieblas, la rodea y circunda de una venerable oscuridad. Para esto, sin embargo, hemos nacido, á saber, tan sólo para conocer á nuestro Dios y esforzarnos con todos nuestros alcances, á amarlo también y tributarle nuestros homenajes. Y para que pudiéramos cumplir esta misión como es debido y en el orden y modo conveniente, Dios mismo, benignísimo, encendió un faro que nos sirviera de guía, y aun puso en nuestra mano una luminosa antorcha que consiste en los divinos libros por Él dictados. Siendo esto así ¿Qué cosa podrá haber más digna de merecer todos nuestros trabajos y desvelos, y qué empresa más alta y grandiosa, si para ella medimos nuestras fuerzas, que "encerrar una cosa en sí infinita en pocas páginas, comprendiendo en ellas el ser la verdad del ser y la causa de los seres?"

Y sin embargo, no he topado hasta aquí con alguno que haya escrito acerca de Dios y sus atributos en particular, manejando el épico estilo, de lo que yo tenía grandes deseos; por razón de que éste, por su innata gravedad y majestuosidad, me parecía enteramente adecuado para tratar las cosas divinas. *Alabad al Señor con el sonido de la trompeta: Cantadle suavemente himnos en armoniosos coros.*

Hubo muchos que escribieran en exámetros sobre el Hijo de Dios y Salvador nuestro Jesucristo. Entre éstos, por su mérito y por el sufragio de los eruditos, llevaron la palma Azio Sincero Sannazaro y Marco Jerónimo Vida, quienes lograron acercarse, lo más que fué posible, á la majestad y elegancia de los antiguos poetas latinos, y en parti-

cular, de Virgilio. No se me oculta lo que aquí y allí tacharon en ellos los modernos escrupulosos críticos, ni pretendo que sean irreprehensibles. Pero sí juzgo que hombres tan eminentes, quienes por primeros trataron de sujetar las galas y elegancias de la poesía latina al servicio de la Religión, sean más bien acreedores á la gloria que á la censura, habiendo cantado al son de su lira aquellas cosas.

Que jamás en los antros del Parnaso
Se escucharon ni fueron conocidas
Por Febo, ó celebradas por sus Musas.
No había sendero alguno ni vereda;
Sólo ásperos y abruptos peñascales,
Y espesísimas zarzas y mimbreras
Todo acceso intrincadas obstruían.

No, empero, es tan grande mi arrogancia y falta de cordura, que me pudiera creer capaz de sacar de mi propio fondo cosas mejores y superar en las fuerzas de mi ingenio [cuya tenuidad me es muy conocida] á aquél par de poetas, los más nobles que educó Italia después de la restauración de las letras. Pero meditando yo y considerando en silencio [hurdiré de una vez los hilos de toda mi trama] la incomparable sublimidad y la energía del todo divina de las Santas Escrituras en su forma de dicción: tuve para mí que quien intentare tratar de las cosas divinas cifrándose en cuanto sea posible á los divinos libros, tocaría con muy buen éxito la meta de sus trabajos, enriqueciendo su canto, no tanto con sus propios caudales, cuanto con el divino é inagotable tesoro de los Sagrados Libros. A secundar, pues, este propósito, dirigí yo todas mis fuerzas, puse en juego todos los resortes de mi mente. En lo que atañe al esmero y elegancia de la dicción [lo que sí no he podido conseguir debidamente, al menos, me he empeñado siempre] cada quien deje obrar libremente á su propio dictámen, no hay traba ninguna en mí. Mas en lo que mira á la gravedad y peso de las sentencias, habiéndolo casi todo derivado del riquísimo erario de las divinas letras, me parece tener menos porque desconfiar de mí mismo.

En esta tercera edición he hecho figurar todo aquello con que adorné la segunda, como también otros muchos aditamentos, todo lo cual me esforzé en cincelar y pulir de nuevo; y después de implorado en mi favor el dictámen de muchos eruditos, he procurado con todo empeño reformar

toda la obra por junto, repurgándola y haciéndola pasar con gran cuidado al través del finísimo tamiz de la más severa crítica. Páreceme ahora sí, haber por fin colmado mis deseos, que, según mis endebles fuerzas, eran *encerrar en la armonía métrica todos los principales dogmas*, ó, en una palabra, formar un *extracto puro y genuino de lo más noble y augusto de toda la Teología*. Esto, un tiempo consiguieron Juvencio, Prudencio, Sedulio, Nono y otros que sobresalieron aún más por santidad de vida y excelencia de doctrina, como Paulino, Dámaso, Próspero y Nazianceno: quienes se propusieron defender la Religión en el terreno de la literatura y Poesía. Mas en esta, nuestra edad, en que aquellos que se apropian el nombre de *Filósofos*, combaten la Religión con las armas de la literatura y hacen cundir por todas partes, llenos de la más grande hinchazón, un mortal y atroz veneno condimentado con todas las mieles y halagos poéticos; me ha parecido esto, no solamente muy útil, sino en cierta manera, indispensable.

Y ¿acaso al Poeta es necesaria la ficción? Yo así lo afirmo sin vacilar, si por ficción se entiende la imitación de la naturaleza, retratada con tan vivos colores, *que no parezca ya que las cosas se nos refieren; sino que se representan ante nuestra vista, hiriéndola vivamente*. De lo que se origina el nombre de *Poeta, acuñado por los Griegos*. Pero como esto es sobremanera difícil, por lo mismo, son rarísimos los poetas, aunque en todo tiempo ha habido una gran plaga de fabricantes de versos. Pues, según Horacio, *no es bastante redondear bien un verso*. Mas si por otra parte, como se cree comunmente, por *ficción* se entiende *fábula* ó alguna *invención sacada de un cerebro alambicado y torturado á capricho*: entonces yo me pongo de parte de Palingenio, que reputa á

Los que tan sólo exigen de los poetas
Quimeras y fantásticos ensueños,
Como si la verdad para ellos fuera
Manjar vedado, cosa detestable:
Falso este juicio juzgo y reprehensible.
Nada mejor, creo yo, nada más dulce
Que abrazar la verdad; estas bambollas
Á viejecillas quédense y á niños.
Si el poeta ha de servir á fruslerías,
Y buscar sólo espléndidas *patrañas*,
De la verdad dejando el real sendero:
¡Oh mengua! ¡oh vituperio ser poeta!

✦ No obstante, para adular un poco á la común opinión, introduzco yo también una ficción sencillísima, semejante á las que Ovidio usa aquí y allí en sus Metamorfosis: pinto á la Poesía empapada en amargo llanto al verse cautiva y obligada á servir en profanos ministerios, indignos de su nobleza, á quien todos estos cantos están destinados como para consolarla y restituirla á su antigua grandeza.

Y en verdad, no hallo qué otro figmento pueda forjar quien pretende cantar los augustos misterios de nuestra santa Religión. Sirvanme de ejemplo, y aun de escarmiento los dos insignes poetas arriba mencionados; de los cuales, uno, halagado más de lo justo por las ridiculeces fantásticas de la Mitología, mezcla tristemente lo sagrado con lo profano. El otro, en todo el libro tercero y cuarto introduce á San José y á San Juan, explicándole á Pilatos los altísimos misterios de la Concepción, Nacimiento y Vida de Nuestro Señor Jesucristo, para libertarlo de la muerte: lo que no sé si pueda caerle en gracia á alguno de los que estiman las cosas por su justo valor. Por tal razón, escogí yo aquella ficción que no fuera á estrellarse en estos ó semejantes escollos; teniendo siempre la mira puesta, con todo cuidado y cautela, en no lastimar para nada las divinas verdades, sino adornarlas segun mis escasos recursos y dotes mentales; procurando con esto, proporcionar algun lenitivo, por decirlo así, á nuestra angusta Religión, nunca tal vez como en esta edad nuestra tan combatida con los más execrables libros, llenos de la más descarada audacia. Empléé toda la diligencia posible, en seguir las huellas de los Padres y Maestros de la latinidad, que florecieron segun la expresión de los eruditos, en los siglos de oro y plata, quienes ya hace casi treinta años, forman mis delicias.

Si á alguien pueda moverle escrúpulo alguna voz, ó la fuerza y significación que le atribuyo, ó tal ó cual construcción ó giro; le suplico ántes de todo, no falle á caso y prematuramente; en seguida me advierta del error sorprendido en evidencia: pues yo le prometo gratitud al amigo que me amoneste, y de muy buen grado, enmendaré mi yerro. Por último, té advierto, benignísimo lector, que antes de entrarte por estas páginas, fijas la atención en las erratas tipográficas que en la última se retractan.

Y esto es cuanto me pareció útil y necesario preluviar.

CANTICO A NUESTRO DIOS.

La real Poesía para ensalzar nacida
Al verdadero Dios, Rey Soberano,
Deploraba, en el llanto sumerjida,
Que á la ficción más vil y embuste vano
Era por los mortales impelida,
Con gran violencia con delirio insano;
Sierva de ministerios deshonorosos,
O de viles cuidados enojosos.

Por padre desdeñaba al grande Homero
Entre copiosas lágrimas, jurando
Que había mecido por divino fuero
Su cuna el cielo, á quien nació halagando;
Antes que el coro efímero, embustero
De sus Musas la Grecia delirando
Inventara y de Apolo el griego nombre
Acá en la tierra repitiera el hombre.

Ella afirmaba que del cielo un día
Rauda bajó sobre Moisés divino;
Cuando el Vate cantó de la bravía
Mar en la playa un himno peregrino
A Jehová vengador que el rayo envía
Quien le abrió por el mar firme camino
De Faraón burlando la pujanza,
Con inaudita indómita venganza:

Quando el Ponto ensanchó sus fauces fieras,
Y sepultó en su seno tenebroso
Las infinitas huestes altaneras
Del Monarca, que ardiente y jactancioso,
Y nutriendo esperanzas lisonjeras,
Ya aferraba su presa qual coloso:
Mas carros y caballos al momento
Hundiéronse qual plomo, ciento á ciento.

Nacida y destinada se decía,
Tan solo á Dios para rendir honores,
Y brindarle perfumes y ambrosía;

✦ No obstante, para adular un poco á la común opinión, introduzco yo también una ficción sencillísima, semejante á las que Ovidio usa aquí y allí en sus Metamorfosis: pinto á la Poesía empapada en amargo llanto al verse cautiva y obligada á servir en profanos ministerios, indignos de su nobleza, á quien todos estos cantos están destinados como para consolarla y restituirla á su antigua grandeza.

Y en verdad, no hallo qué otro figmento pueda forjar quien pretende cantar los augustos misterios de nuestra santa Religión. Sirvanme de ejemplo, y aun de escarmiento los dos insignes poetas arriba mencionados; de los cuales, uno, halagado más de lo justo por las ridiculeces fantásticas de la Mitología, mezcla tristemente lo sagrado con lo profano. El otro, en todo el libro tercero y cuarto introduce á San José y á San Juan, explicándole á Pilatos los altísimos misterios de la Concepción, Nacimiento y Vida de Nuestro Señor Jesucristo, para libertarlo de la muerte: lo que no sé si pueda caerle en gracia á alguno de los que estiman las cosas por su justo valor. Por tal razón, escogí yo aquella ficción que no fuera á estrellarse en estos ó semejantes escollos; teniendo siempre la mira puesta, con todo cuidado y cautela, en no lastimar para nada las divinas verdades, sino adornarlas segun mis escasos recursos y dotes mentales; procurando con esto, proporcionar algun lenitivo, por decirlo así, á nuestra angusta Religión, nunca tal vez como en esta edad nuestra tan combatida con los más execrables libros, llenos de la más descarada audacia. Empléé toda la diligencia posible, en seguir las huellas de los Padres y Maestros de la latinidad, que florecieron segun la expresión de los eruditos, en los siglos de oro y plata, quienes ya hace casi treinta años, forman mis delicias.

Si á alguien pueda moverle escrúpulo alguna voz, ó la fuerza y significación que le atribuyo, ó tal ó cual construcción ó giro; le suplico ántes de todo, no falle á caso y prematuramente; en seguida me advierta del error sorprendido en evidencia: pues yo le prometo gratitud al amigo que me amoneste, y de muy buen grado, enmendaré mi yerro. Por último, té advierto, benignísimo lector, que antes de entrarte por estas páginas, fijas la atención en las erratas tipográficas que en la última se retractan.

Y esto es cuanto me pareció útil y necesario preluviar.

CANTICO A NUESTRO DIOS.

La real Poesía para ensalzar nacida
Al verdadero Dios, Rey Soberano,
Deploraba, en el llanto sumerjida,
Que á la ficción más vil y embuste vano
Era por los mortales impelida,
Con gran violencia con delirio insano;
Sierva de ministerios deshonorosos,
O de viles cuidados enojosos.

Por padre desdeñaba al grande Homero
Entre copiosas lágrimas, jurando
Que había mecido por divino fuero
Su cuna el cielo, á quien nació halagando;
Antes que el coro efímero, embustero
De sus Musas la Grecia delirando
Inventara y de Apolo el griego nombre
Acá en la tierra repitiera el hombre.

Ella afirmaba que del cielo un día
Rauda bajó sobre Moisés divino;
Cuando el Vate cantó de la bravía
Mar en la playa un himno peregrino
A Jehová vengador que el rayo envía
Quien le abrió por el mar firme camino
De Faraón burlando la pujanza,
Con inaudita indómita venganza:

Quando el Ponto ensanchó sus fauces fieras,
Y sepultó en su seno tenebroso
Las infinitas huestes altaneras
Del Monarca, que ardiente y jactancioso,
Y nutriendo esperanzas lisonjeras,
Ya aferraba su presa qual coloso:
Mas carros y caballos al momento
Hundiéronse qual plomo, ciento á ciento.

Nacida y destinada se decía,
Tan solo á Dios para rendir honores,
Y brindarle perfumes y ambrosía;

Y del hombre la mente y los loores,
 En alas de su grata melodía,
 Elevar cual suavísimos olores,
 Hasta el cielo, hasta el trono refulgente
 Del Supremo Creador Omnipotente.
 Gemía oyendo el crujir de sus cadenas,
 Bajo el peso del yugo malhadado,
 Con que manos sacrílegas y obscenas
 Cargado habían su cuello delicado;
 Contaminando, de inmundicia llenas,
 Las galas con que Dios la había ataviado,
 Arrastrándola á cuentos infantiles,
 A quimeras y ensueños mujeriles;
 De amantes á delirios monstruosos,
 Y á mil partos de loca fantasía;
 Hasta que al fin de Dioses fabulosos
 Fué vil esclava, y en inmunda orgía
 Hizo apurar placeres afrentosos:
 A tal recuerdo sin cesar vertía
 El llanto, y con sus manos profanadas
 Encubría sus mejillas sonrojadas;
 Torcía el rostro hacia atrás, aun esquivando
 La vista del mortal y el sol luciente;
 Y en su dolor ya hasta la vida odiando,
 Por la muerte anhelaba ardentemente.
 ¡Oh! si pudiera su dolor calmando,
 Guiar las desviadas Musas nuevamente
 Del alma Religión por el sendero,
 Y restituirlas al fulgor primero.
 Tú, á mi pecho descienes, oh Increada
 Mente en que toda se engendró la Ciencia;
 Despide sobre mí, tu luz sagrada,
 Un rayo de tu luz; y en tu clemencia
 Has que élla sea mi guía por la escarpada
 Senda en la cual vacila mi impotencia:
 En mi pecho Tú enciende noble aliento,
 Dáale expresión y vida al pensamiento.
 Abreme los arcanos insondables
 Que escondiste en tu libro misterioso;
 Y los siete aureos sellos inviolables
 Desátame benigno y bondadoso.
 Estas fuentes de ciencia inagotables
 Quiero para entonarte himno grandioso:
 Pues Tú sólo en tu mente has penetrado,
 Y cosas de Ti dignas anunciado.

Del Agamipe¹ la infecunda fuente
 Aquí mostrara sus esfuerzos vanos,
 Aunque en su pobre túrbida corriente
 Bebieron vates Griegos y Romanos:
 Has que vibre mi canto noblemente
 Con enfáticos ritmos sobrehumanos;
 Se deslice al oído el canto mío
 Como lluvia en la grama, ó cual rocío;
 Resuene en él tu Nombre sempiterno,
 Y resalte doquier tu Omnipotencia;
 Y de Cristo también, tu Verbo eterno,
 Tu Unigénito cante la indulgencia;
 Quien, para libertar del hondo Averno
 Al hombre vil, mandaste en tu clemencia,
 A revestirse de la humana arcilla,
 Y á nacer de una Virgen sin mancilla.

CANTO I

DIOS ES UNO.

EL PADRE, EL VERBO Y EL ESPIRITU SANTO; Y ESTOS TRES
 SON UNA MISMA COSA.

Un Artífice Inmenso, Soberano,
 El cielo, el mar y la espaciosa tierra,
 Y todo el mundo, de la informe nada
 Sacó con sabia mano,
 Y rige con grande arte; cuanto encierra
 El Universo, en rápida mirada
 Demuestra claramente,
 Que es precisa una mente
 Que dirija en el vasto firmamento
 De los astros el vuelo portentoso,
 Que menguas y crecientes va alternando;
 Sin que el tiempo fugaz y turbulento

¹ *Agamipe*. Nombre de una fuente que nació al pie del Thelicón, uno de los cinco montes que habitaban las Musas. Estaba consagrada á éstas; y se creía que sus aguas tenían la propiedad de inspirar al que las bebía. Aquí se toma por la inspiración profana, impotente para el argumento del Poeta.

Pueda invertir ese orden armonioso,
 En su marcha á los astros perturbando;
 Pues siguen siempre su incesante vuelo
 De día y de noche por el vasto ciclo.
 Aunque á la luz de este esplendente día
 Se cierre tu pupila, aunque no quieras,
 El sol divino forzará tu mente,
 Venciendo tu porfía;
 El onagro que paca en las praderas,
 Y aun el pez mudo de la mar hirviente,
 Con tácita elocuencia
 Podrán tan clara ciencia,
 Claramente enseñarte; y de la nada
 Te dirán que ha brotado el mundo todo
 De Dios por la palabra poderosa.
 Pueblo alguno jamás, con lengua osada,
 Aunque ferino y bárbaro en gran modo,
 Negar pudo verdad tan luminosa:
 Y aun de los montes los profundos huecos,
 De éste Gran Sér resuenan con los ecos.
 En los eternos hielos boreales,
 Do el sol se niega al Septentrion obscuro,
 Sepultado en tiniebla tan profunda;
 Y allá en los arenales
 Del Cafre emnegrecido, el rayo puro
 De esta luz brilla; ¹ y do la mar inunda,
 Y bafian sus oleadas
 Regiones ignoradas
 Gran tiempo, y que abrasadas se creían
 Por el sol; mas ni sienten sus ardores,
 Ni el rigor del invierno: de oro y plata
 Rebosan sus entrañas, que escondían
 Codiciosos tesoros: sus fulgores
 Eterna primavera allí retrata,
 Y de un Edén las bellas galas muestra,
 Cual de Jehová plantado por la diestra.
 Estuvieron un tiempo en pleno día
 Sumergidas en caos tenebroso:
 Mas el Sol de Verdad ha ya destruido
 Esa noche sombría.
 Un tronco, en fin, ó escollo tenebroso,
 Es aquel cuyo pecho endurecido

¹ Alude aquí á los países colocados en la zona tórrida, y especialmente México, países que se creían antes inhabitables. Toma el Padre ocasión para elogiar su suelo patrio.

Una Deidad creadora
 No siente, ni la adora.
 Erraron locamente los mortales
 Sobre verdad tan clara, y sin medida
 Ficciones mil y fábulas hurdieron,
 Como doquier lo narran sus anales;
 Y del Supremo Sér la luz perdida,
 Entre muchos su reino dividieron,
 Mil monstruosos delirios inventando,
 Y á quiméricos Dioses adorando.
 El indomable piélagó espumoso
 Menos ovas arranca en sus furores,
 Y en número más corto sus arenas
 Revuelve borrascoso;
 Y menos son las yerbas y las flores,
 Que los nombres de fútiles y obscenas
 Deidades, mitos vanos,
 Que honraron los humanos,
 En sombra hundidos y tiniebla obscura:
 Ridículas, efímeras deidades,
 De toda burla y toda mofa dignas.
 Hasta el Tonante, que desde la altura,
 Con el rayo sonoro las maldades
 Castiga de los hombres, traba indignas
 Riñas entre los Dioses altaneros,
 Suelos de lengua, y para obrar ligeros.
 Así dos toros en el verde prado
 Mugiendo y escarbando, van á herirse,
 Celosos por la vaca más hermosa,
 Y el cetro del ganado
 Ambicionando. A Jove convertirse ¹
 Vimos en toro, ó bien en engañosa
 Lluvia brillante de oro,
 Hollando su decoro
 Tras de una bella ninfa; ya las alas
 Viste del cisne y su ropaje gayo,
 O del águila finge el raudo vuelo:
 Aunque Juno solícita, sus galas
 Pavoneándose, ostente al Dios del rayo,
 Que es su hermano y esposo; el rey del cielo
 Astuto es é ingenioso en su lujuria,

¹ Principales metamorfosis de Júpiter. Transformóse en toro para perpetrar el rapto de Europa, hija de Cadmo; en lluvia de oro para penetrar en la torre que guardaba cautelosamente á Danae, hija del rey Acrisio; y en cisne, persiguiendo á Leda, esposa de Tindaro.

Y de él brotó de Dioses horda espuria.
 A tí vimos también, oh real Neptuno,
 Ciego de amor, trocarte en un novillo;
 A la virgen de Eolia persiguiendo,
 Protervo é importuno.
 ¡Y oh intonso Apolo! aunque el divino brillo
 Encienda tu mirada, y aun tafiendo
 Tu citara armoniosa;
 Dafne más desdeñosa
 Rauda esquiva tu aliento emponzoñado.
 Y ¿Qué diré de tí, Vénus obscena;
 Y de tí, Baco, con tu roja frente
 Cefida por la yedra, y del alado
 Mercurio? Mas desecho la faena
 De tin fango manejar tan pestilente.
 ¿Y á estos Dioses sirvió Roma pagana?
 ¡Oh grande oprobio de la mente humana!
 ¿A estos monstruos y fútiles quimeras,
 A estos negros abortos, que sencillo
 Niño burlar podría? Si el Ser Supremo
 Sus sendas verdaderas
 No nos descubre, y de su luz el brillo,
 Tocamos de la insania el hondo extremo;
 Y nuestra mente ciega
 La luz más clara niega
 Que en nos, Natura próvida ha encendido.
 ¡Illa acaso no enseña claramente,
 Que el cetro de los cielos dividiendo,
 Y entre varios monarcas compartido,
 Vivirían altercando eternamente
 Estos con su contrario, en ellos siendo
 Mentes y voluntades desiguales,
 Y en gloria y en poder siempre rivales?
 Pero aquel Dios, que todo no pudiera,
 No sería Dios; finjamos que con brío
 Iguales combatieran, vacilando,
 En esa lucha fiera
 Volara la victoria, y el bravío
 Impetu de la guerra, al fin cimbrando
 Al cielo temeroso,
 Rodara fragoroso
 Al caos profundo con horrible estruendo,
 Y arrastrara en su choque las estrellas,
 Y cuanto adorna al cielo rutilante.
 Así, Apolo y Vulcano combatiendo,

Éste por derrocar las torres bellas
 De Troya, aquel á su favor constante,
 Bien pronto de sus bases la arrancaron,
 Y en humeantes cenizas la trocaron.
 Mas un Dios Soberano solamente
 Reina en los cielos, árbitro del mundo,
 Que con su gran saber gobierna y rije;
 Creador Omnipotente,
 Que igual no reconoce ni segundo,
 Y lo que Él solo creó, solo dirige.
 Si en la celeste esfera
 Muchos Dioses hubiera,
 Ninguno su real trono conservara:
 Pues el Supremo Dios, Rey Soberano,
 No admite cabe sí rival alguno.
 No viendo el precipicio en que rodara,
 El cielo gentilismo, culto insano
 Tributó á mil Deidades de consuno;
 Y entronizando Dioses á millares,
 A todos derribó de sus altares.
 Así en la mar el nauta con prudencia
 Un escollo insidioso huir queriendo
 A vela y remo, en la escondida roca
 Con ímpetu y violencia
 Se estrella, sus celadas no advirtiéndolo.
 Cruje la débil quilla; y ya derroca
 El piélago espumoso,
 Que azótase furioso,
 De la barquilla la muralla vana;
 Y burlando su yerro con fiereza,
 Con el piloto trágala y sepulta.
 Mente pura, sublime, soberana,
 Simple espíritu es Dios, quien su belleza
 A nuestra vista limitada oculta;
 Cuerpo no tiene, y del mortal las manos,
 En Él ejercerían conatos vanos.
 Jamás del hombre la mezquina mente,
 De Dios la esencia investigar pudiera,
 Penetrando sus senos insondables:
 Cual niño, que, inocente
 Vaciar en una concha pretendiera
 Los caudales del mar inagotables,
 O bajar las estrellas
 De sus mansiones bellas.
 Espléndido, magnífico es su nombre:

"El que existe" se llama; causa alguna
 Del pleno ser que goza no ha tenido:
 Y aun antes que del caos surgiera el hombre
 El aureo sol y la plateada luna,
 Ya entonces existía, pues siempre ha sido:
 Y existirá sin fin y sin mudanza,
 Poseyendo su eterna bienandanza.
 Por Él, todo el conjunto de las cosas
 Salió de la honda nada; Él con su mano
 Inmensa lo sostiene, en Él se mueve.
 Ni aun las selvas frondosas,
 Por más que ruja el Aquilón, en vano,
 Pierden sin Él una hoja, ni se atreve
 El aura á columpiarlas,
 Ni el zéfiro á besarlas;
 Ni pudiera perder nuestra cabeza
 Solamente un cabello delicado.
 Él sólo á sí se basta, ni de alguno
 Necesita jamás la fortaleza.
 Muy suave es para el hombre desdichado,
 Y calma sus pesares oportuno.
 Nada más grande puede idear la mente,
 Y porque Sumo, es Único igualmente.
 Mas infecundo, estéril, no por tanto
 Es Dios; pues tiene un Hijo sempiterno
 Consubstancial; y entrambos asimismo
 Iguales son al Santo
 Espíritu, á quien Ellos *ab aeterno*
 Inspiran [¡oh sin par, profundo abismo,
 Misterio inexplicable
 Por mente deleznable!]
 Siendo tres, son un Dios únicamente,
 Una esencia en el Padre engendradora,
 Que engendada en el Hijo, é inspirada
 Es en el Grande Espíritu ferviente.
 Ingénito es el Padre, pues ignora
 Principio; su Progenie es engendada
 Mientras penetra el Padre Soberano
 De su Esencia infinita en el océano.
 Verbo por tanto; imágen de la Esencia
 Es del Padre su ardiente Reverbero;
 Dios que Dios procede; esplendoroso
 Rayo de su alta Ciencia;
 Al Padre igual, como Él, Dios verdadero.
 Infinito y Eterno y Poderoso

También es igualmente,
 El Espíritu ardiente,
 Quien de ambos procedió por mutua llama,
 Como de igual principio, y elimina
 Otro cualquier: mas Él no es engendrado:
 Dios es no obstante; igual á Dios se aclama
 Del Padre y de su Verbo es la divina
 Aura, el Amor recíproco increado
 No tres Dioses, ó Eternos, ó Señores,
 Son, ni tres potentísimos Creadores.
 Mas al contrario: como un Dios tan sólo,
 Es también una sola Omnipotencia,
 Es una misma Majestad creadora
 Que habla de polo á polo
 Y que todo gobierna con su ciencia,
 De todo cuanto creó conservadora.
 Mas ¡cómo en tu osadía,
 Pretendes, Musa mía,
 Esto tartamudear con labio inmundo,
 Y profanar con ásperos sonidos?
 ¿Si los querubes, incorporeas mentes,
 Altas inteligencias, con profundo
 Respeto ante el Dios Trino, confundidos,
 Tiemblan y se estremecen reverentes,
 Y no osan más, que al Dios tres veces Santo
 Sin descanso aclamar con dulce canto?

CANTO II.

SANTO, SANTO, SANTO, ES EL SEÑOR DIOS.

Is. 6, v. 3—Apoc. 4, v. 8

Escuchó un tiempo en raptó peregrino
 Isaías á los genios inmortales,
 De seis álas cubiertos, que entonaban
 Al Supremo Jehová cantar divino:
 Con dos álas sus rostros celestiales
 Encubrían, y otras dos sus piés velaban:
 Con dos tendían el vuelo; y "Santo: Santo:"
 Tres veces repetían con dulce canto.
 Este sublime cántico incesante,
 El Discípulo virgen oyó un día,

003226

Cuando en Patmos cambió su doloroso
Destierro por el cielo fulgurante;
Y aunque otra forma en ellos se vela:
¹ (La del león, que ruga majestuoso,
La del humano sér, del buey tardío,
Del águila que afronta el sol de estío,)
Siempre en el mismo ritmo placentero
Sin cesar repetían este gran canto;
Que en sus labios sin tregua se renueva,
Con vigor siempre firme y duradero;
Mientras de Sabaot al trono santo
De sus inciensos el olor se eleva:
Ni lo olvidan jamás, aunque á millares
A Jehová puedan entonar cantares.
Tú, pues, ¡oh Gran Señor! inmensamente
De tal loor te huelgas, y aun prefieres
Entre otros mil este blasón hermoso.
Pues más que Eterno, Inmenso, Omnipotente,
Tres veces Santo ser nombrado quieres:
Y antes que de la culpa el afrentoso
Borrón te canegreciera, romperías
Tu cetro, y tu diadema arrojarías:
² La Deidad renunciaras, si cupiera
Culpa alguna en un Dios: como el insano
Gentilismo fingiendo, en niebla oscura,
A impúdica deidad, sombra y quimera
Rendía con el incienso culto vano.
Podría más fácilmente la natura
De sus firmes cimientos desplomarse
Y toda en gran tumulto trastornarse.
Y en paz y en amistad con el ardiente
Fuego devorador, la mar bravía,
Mezclada entonces viviría, hermanable:
Y la luz y tinieblas igualmente
Olvidarían su eterna antipatía,
Y su rencor indómito, implacable:
De sus ejes los cielos se arrancarían,
Y al Tártaro oscurísimo rodarían:
Antes que mancha alguna la tersura

¹ Estas fueron las cuatro apariencias que en la visión de S. Juan tomaron los mismos ángeles de que se habla arriba, y representaban distintos atributos de Dios, y según lo ha entendido la Iglesia, designaban los cuatro Evangelistas.

² Expresión enfática para significar lo incompatible que es en Dios el pecado; pues admitido éste en El, por un imposible dejaría de ser Dios, y por consiguiente, se destruiría.

Empañe de tu faz, Dios Sacrosanto;
Ante la cual del cielo las estrellas
Esconden de su brillo la luz pura;
Son como negro ollín, pues con espanto
En tu presencia, con sus alas bellas
Se cubren los querubes encendidos
En ese inmenso piélago perdidos.
¿Quién santo como Tú? Tú eres la esencia
De toda santidad, norma y medida,
Y tu ley arraigada en nuestro pecho
Arguye y reconviene á la conciencia.
No por la humana rebeldía vencida:
¹ Y un azote agitando por derecho
Camino le dirige, y á severa
Cuenta la llama, inexorable, austera.
A tu vista jamás nos escondemos;
Tu rápida mirada nos alcanza;
Aunque á los hondos senos de la tierra,
De tu presencia huyendo, penetremos:
Allá tu grito vengador se lanza,
Y de tu voz el trueno nos aterra;
A cuyo eco las culpas palidecen
Y las manchadas almas se estremecen.
Santo es también tu espléndido palacio,
Ni en esos atrios penetrar intenta
Alma alguna por culpa contagiada
De la misera vida en el espacio,
Si aun de leve mancha no está exenta,
Y es desterrada de tu real morada,
Hasta que en llama atroz, por tí encendida
Se haya al candor primero restituida.
La antigua culpa que su atroz veneno
Un tiempo en nuestros Padres delincuentes
Filtrar hizo y con fuerza poderosa
En su raza cundió, Tú, amante y bueno,
De tu sangre vertiendo los torrentes,
Y afrontando una muerte ignominiosa,
Para siempre borraste, y el mezquino
Barro se eleva hasta tu Sér divino.
Y tan hondas raíces había echado
Tal contagio en los miserós mortales;
Que sólo por tu sangre fué extinguido.

¹ La ley de Dios, aunque es ese yugo suave de que habla Jesucristo, sin embargo, por ser Dios la misma santidad, no puede ver con ojos iguales la más ligera mancha de pecado en nuestras almas.

Antes de los profetas al senado
 Hizo gemir en lóbregos úmbrales
 Por años mil, en sombras sumergido,
 Por su Patria anhelando; y las estrellas
 Ensordecían con lúgubres querellas.
 Mas con pocas palabras, con poca agua
 Ahora se destruye: y cuántas veces
 De nuevo el alma pierde su blancura,
 Y el rayo vengador ¡misera! fragua,
 Tú luego de su mal te compadesces,
 Le vuelves de la gracia la hermosura,
 Apenas tu ministro con divina
 Boca vibró palabra peregrina.
 Y sin embargo, un tiempo, el impetuoso
 Torrente de tu saña derramaste
 Sobre aquellos espíritus sin cuento,
 Que á Tí una sola vez con desdeshoso
 Ademán ultrajaron: empuñaste
 Tu flamígero rayo, y al momento,
 Cambiados ¡ay! en hórridos dragones
 Los arrojaste en lóbregas prisiones.
 Y arrastrando en su clio que las estrellas,
 Que hacía crujir su negra cauda horrible,
 Entre aullidos horribos rodaron,
 Lejos del cielo y de sus luces bellas,
 Do ruge un fuego, llama inextinguible:
 Mas tu furor los hombres provocaron
 Una y mil veces, y el fatal veneno
 De la culpa vertieron en su seno:
 Mas apenas el dolor de sus heridas
 Comienzan á sentir, luego derramas
 Tu bálsamo sobre ellas, y el unguento
 De tu bondad; pues de tu amor, nacidas
 Son estas fuentes para el hombre que amas.
 Porque Tú sólo ¡oh Dios! que el negro aliento
 No sientes de la culpa, la hermosura
 Vuelves al alma de tu imagen pura.
 Enciendes Tú también la fortaleza
 En el pecho mortal; armas su brazo
 Y unges sus miembros, cual de atleta fuerte,
 Y en la aguerrida lid le dás firmeza
 Para eludir el enemigo abrazo.
 Y aunque es debil su pié, su diestra inerte
 Rompe, arranea, derriba, y victorioso,
 Penetra hasta el empleo luminoso.

Y después cíñes de inmortal diadema
 Y de lauro su frente; y al triunfante
 (Dádiva singular) tu misma herencia
 Cedés, tu régio trono, noble emblema
 De eterna filiación; un rutilante
 Palacio le destinás, y en tu esencia
 Para siempre engolfado, inmensamente
 Se perderá en tu Sér indeficiente.
 Miles de santos en tu corte miro
 Ceñidos de diadema luminosa,
 Con nobles palmas en sus regias manos
 Ocupando esos tronos de zafiro
 Que en otro tiempo, turba sediciosa
 Dejó vacíos, cuando baluartes vanos
 Quizo oponer al mismo Omnipotente
 Y fué arrojada del zérit luciente.
 Desafían de la aurora el vaporoso
 Purpureo manto, y la áurea cabellera
 Del rey de las estrellas fulgurante;
 Y más blancas que el ampo luminoso
 De la nieve, en que Febo reverbera,
 Son las galas que adornan la brillante
 Pléyade victoriosa; y si deslumbran
 Al ojo sus vestidos y aun alumbran
 Al sol ardiente: ésta sin par blancura,
 Este brillo, la corte bienhadada
 Dioles, cuando en la sangre del Cordero
 Lavábalas mil veces, y en la pura
 Fuente del Salvador; mas es variada
 De sus palmas la luz y el reverbero
 De sus reales diademas; las victorias
 También lo fueron, y sus nobles glorias.
 Aquí la voz humana languidece;
 La lengua calla, pues ni ingenio ni arte
 Pueden trazar tan claros resplandores:
 Mi debil fantasía ya desfallece,
 Ni el sagrado Hipocrene me comparte,
 Pobre ya, sus cristales bullidores:
 Atónita enmudece la Poesía,
 Y su ferviente inspiración respira.

1 Hipocrene. Fuente que hizo surgir el caballo Pegaso en las faldas del Helicón al golpe de su pezuña. Estaba consagrado á las Musas. Por apropiación se designa aquí la inspiración religiosa, que aun es impotente para argumento tan sublime, de que sólo la revelación puede hablarnos dignamente.

De todos en el rostro se retrata
 El júbilo infinito, que impetuoso
 Se desborda sobre ellos á torrentes.
 Siempre en himnos su lengua se desata,
 Que hace vibrar acento melodioso,
 Y siguiendo sus huellas esplendentes,
 Sin tregua y sin cesar, tres veces Sauto
 Aclaman al Cordero en dulce canto.

CANTO III.

INCOMPREENSIBILIDAD DE DIOS.

CUAN INCOMPREENSIBLES SON SUS JUICIOS
 E INESCRUTABLES SUS CAMINOS.

Ep. Ab. Rom. II v. 33.

Inmenso, Incomprensible
 Es el grande Jehová; pues si pudiera
 Penetrar en su Esencia y abarcarla
 El hombre de fecible,
 O el querube que habita en la alta esfera,
 (Aunque cien veces más puede alcanzarla)
 Su vista aguda, su sublime mente
 Que vuela libremente;) ¹
 Se ofuscara de Dios el brillo todo,
 Perdiera su diadema fulgurante.
 Siendo infinito, cárcel tan pequeña
 No podría aprisionarlo en ningún modo
 Sin menguarlo y destruirlo en el instante
 De su Deidad robándole la enseña;
 Toda creatura en vano
 Intentará sondear tan hondo oceano.
 Mira ese inmenso cielo
 Cuya bóveda tanto se levanta
 Sobre la tierra que tan vil se extiende.
¹ El arrogante anhelo

¹ Hace aquí mención el padre de la muy conocida fábula de los gigantes, no como una reminiscencia mitológica, ó adorno poético, sino como dando á entender que aun los paganos tuvieron alguna idea de la superioridad de Dios sobre todas las creaturas; y aun creen muchos que dicha fábula es una adulteración de la tradición acerca de la rebeldía y castigo de los malos ángeles, ó de la torre famosa de Babel, monumento del orgullo humano.

De los fieros gigantes se quebranta
 Contra esa inmensa altura: y ¿qué no emprende
 Su fuerte diestra? arrancan atrevidos
 Altos montes erguidos
 Escalar intentando la alta esfera;
 Mas el rayo los hiere, derribando
 Los soberbios torreones que amontonan
 (Gigante empresa) y la caterva entera,
 Con su choque los montes arrastrando,
 Qué de triunfo tan árduo ya blasonan:
 Hórrida con estruendo
 Desplómase del rayo al golpe horrendo.
¹ Podrá el Atos adusto,
 O el Erice sombrío, ó el encumbrado
 Real Apenino que al zenit se lanza
 Impávido y robusto
 Con su blanco capuz; ó el escarpado
 Olimpo de Tesalia; que ya alcanza
 El anchuroso cielo fulgurante;
 O el encorvado Atlante
 Que la alta esfera en su cerviz sustenta;
 Y aun más el Orizaba soberano
 Que entre estos todos como rey domina,
 Y en lontananza su corona ostenta
 De blanca nieve sobre el vasto Oceano
 Pasmado al ver su sombra peregrina:
 Podrán, dijo, en su altura
 A los astros retar en noche oscura.
 Mas, ante el Poderoso,
 Ante el Grande Señor desaparecen,
 Y son cual polvo que á la planta humana,
 En el estío ardoroso,
 Insensible se adhiere y aun parecen
 Con la nada igualarse. Audacia vana,

¹ Nombre de los montes más celebrados en la antigüedad por su altura. Entre estos, cita el Autor al *Atos*, monte muy elevado en la Macedonia, su altura es de más de mil metros. El *Erice*, monte en Sicilia, famoso por su antiguo templo de Venus, que se encontraba en su cumbre. *Apeninos*, cordillera muy conocida de Italia. El *Olimpo*, en la antigua Tesalia, que por su altura se le tomó por los poetas como sinónimo del mismo cielo. El *Atlante*, monte en la Mauritania; se le confundió por los poetas con Atlante, uno de los gigantes que intentaron escalar el cielo, y fué condenado por Júpiter á sustentar en sus hombros la bóveda del cielo. El *Orizaba* (pico de) su altura según Humboldt, es de 5,298 metros [según Ferrer, 5,442.] Es más alto el Popocatepetl, cuya altura es de 5,420. Pero el padre hace figurar á aquel como el más alto de México. Será tal vez porque es más enfónico su nombre y se presta más al metro.

De todos en el rostro se retrata
 El júbilo infinito, que impetuoso
 Se desborda sobre ellos á torrentes.
 Siempre en himnos su lengua se desata,
 Que hace vibrar acento melodioso,
 Y siguiendo sus huellas esplendentes,
 Sin tregua y sin cesar, tres veces Sauto
 Aclaman al Cordero en dulce canto.

CANTO III.

INCOMPREENSIBILIDAD DE DIOS.

CUAN INCOMPREENSIBLES SON SUS JUICIOS
 E INESCRUTABLES SUS CAMINOS.

Ep. Ab. Rom. II v. 33.

Inmenso, Incomprensible
 Es el grande Jehová; pues si pudiera
 Penetrar en su Esencia y abarcarla
 El hombre de fectible,
 O el querube que habita en la alta esfera,
 (Aunque cien veces más puede alcanzarla)
 Su vista aguda, su sublime mente
 Que vuela libremente;) ¹
 Se ofuscara de Dios el brillo todo,
 Perdiera su diadema fulgurante.
 Siendo infinito, cárcel tan pequeña
 No podría aprisionarlo en ningún modo
 Sin menguarlo y destruirlo en el instante
 De su Deidad robándole la enseña;
 Toda creatura en vano
 Intentará sondear tan hondo oceano.
 Mira ese inmenso cielo
 Cuya bóveda tanto se levanta
 Sobre la tierra que tan vil se extiende.
¹ El arrogante anhelo

¹ Hace aquí mención el padre de la muy conocida fábula de los gigantes, no como una reminiscencia mitológica, ó adorno poético, sino como dando á entender que aun los paganos tuvieron alguna idea de la superioridad de Dios sobre todas las creaturas; y aun creen muchos que dicha fábula es una adulteración de la tradición acerca de la rebeldía y castigo de los malos ángeles, ó de la torre famosa de Babel, monumento del orgullo humano.

De los fieros gigantes se quebranta
 Contra esa inmensa altura: y ¿qué no emprende
 Su fuerte diestra? arrancan atrevidos
 Altos montes erguidos
 Escalar intentando la alta esfera;
 Mas el rayo los hiere, derribando
 Los soberbios torreones que amontonan
 (Gigante empresa) y la caterva entera,
 Con su choque los montes arrastrando,
 Qué de triunfo tan árduo ya blasonan:
 Hórrida con estruendo
 Desplómase del rayo al golpe horrendo.
¹ Podrá el Atos adusto,
 O el Erice sombrío, ó el encumbrado
 Real Apenino que al zenit se lanza
 Impávido y robusto
 Con su blanco capuz; ó el escarpado
 Olimpo de Tesalia; que ya alcanza
 El anchuroso cielo fulgurante;
 O el encorvado Atlante
 Que la alta esfera en su cerviz sustenta;
 Y aun más el Orizaba soberano
 Que entre estos todos como rey domina,
 Y en lontananza su corona ostenta
 De blanca nieve sobre el vasto Oceano
 Pasmado al ver su sombra peregrina:
 Podrán, dijo, en su altura
 A los astros retar en noche oscura.
 Mas, ante el Poderoso,
 Ante el Grande Señor desaparecen,
 Y son cual polvo que á la planta humana,
 En el estío ardoroso,
 Insensible se adhiere y aun parecen
 Con la nada igualarse. Audacia vana,

¹ Nombre de los montes más celebrados en la antigüedad por su altura. Entre estos, cita el Autor al *Atos*, monte muy elevado en la Macedonia, su altura es de más de mil metros. El *Erice*, monte en Sicilia, famoso por su antiguo templo de Venus, que se encontraba en su cumbre. *Apeninos*, cordillera muy conocida de Italia. El *Olimpo*, en la antigua Tesalia, que por su altura se le tomó por los poetas como sinónimo del mismo cielo. El *Atlante*, monte en la Mauritania; se le confundió por los poetas con Atlante, uno de los gigantes que intentaron escalar el cielo, y fué condenado por Júpiter á sustentar en sus hombros la bóveda del cielo. El *Orizaba* (pico de) su altura según Humboldt, es de 5,298 metros [según Ferrer, 5,442.] Es más alto el Popocatepetl, cuya altura es de 5,420. Pero el padre hace figurar á aquel como el más alto de México. Será tal vez porque es más enfónico su nombre y se presta más al metro.

Aunque sobre ellos todos encendieras,
Fuera si pretendieras
De este modo escalar su trono santo.
Del cielo aun los inmensos pabellones
Contenerlo no pueden; las radiantes
Murallas de Sión, hermosa tanto,
Sus ebúrneos espléndidos torreones
Y sus fuertes columnas de diamantes
Magníficas construidas
A su voz tiemblan de temor vencidas.
Mas, ¿dónde está la Tierra?
El gran Jehová con rápida morada,
La arrancó palpitante de su asiento;
Todo cuanto ella encierra
En su recinto, en su extensión menguada,
Es gota de rocío que abate el viento,
Y menos que infusorios bullidores
Son sus habitantes.
Mas Él sobre los astros se pasea
En fulgurante carro majestuoso,
Y tras él corre rebramando el trueno,
Que magnífico al mundo señorea.
Busca la fiera el antro tenebroso,
Y el hombre, de la tierra hasta en el seno
Intentara esconderse,
Y en los negros abismos guarecerse.
La voz del gran Tonante
Escudriñar no puedes; si lo oyeras
De cerca el rayo espléndido vibrando,
El eco resonante
Derribaría las frágiles barreras
De tu debil oído; y deslumbrando
De tu ojo la pupila delicada,
Dejarla ofuscada.
¿Qué no ves cómo el rayo mensajero
Del fuerte Sabaot hiende á millares
Del Líbano los cedros majestuosos
Y los derriba con embate fiero?
Mira cómo los fresnos y encinares
Se desgajan crugiendo fragorosos
Con fuerte sacudida,
Y en astillas se rompen sin medida.
No puede nuestro oído
Su grandeza explorar, ni nuestra vista
En su belleza espléndida fijarse:

Pues Él está escondido
En oceano de luz; y aunque resista
Al ojo del mortal, nunca ocultarse
Podrán ante su vista esos fulgores:
Como los resplandores
Nunca del sol se esconden; y aunque un velo
Envuelva á veces su aurea cabellera,
A través siempre de la nube oscura
Despide sus destellos desde el cielo
Sobre la baja ya impaciente esfera,
Que toda inunda con su lumbre pura;
Y aun su calor percibe
Su suave influjo, el que en tinieblas vive.
Así Dios á la mente
Negársele no puede, cuando atenta
Contempla de los cielos la hermosura
Y el orden sorprendente
Con que todo se mueve y se sustenta.
Y entonces se convence, que es hechura
Ese orden admirable y peregrino
De Artífice divino:
Y así como no hay hombre, cuya altiva
Mirada al áureo Febo resistiera,
Todos en sí absorbiendo esos fulgores
Su pupila tenaz sin que reciba
De su osadía la pena verdadera,
Del día la luz perdiendo, en los horrores
De un hondo caos obscuro
Así caerá el espíritu inseguro.
1 Víctima así tú fueras
De tu audacia sin par y orgullo loco
Quedando en negra noche sepultado;
Si á Dios tú pretendieras
En tu mente abarcar, si al grande foco
Quisieras penetrar, do está guardado
El gran libro de arcanos ilegible
Del Dios incomprendible
Que mente humana descifrar no puede,

1 De la incomprendibilidad de Dios en el orden físico, pasa el P. al orden moral, ó sea lo relativo á la Providencia y gobierno de Dios sobre todas las causas segundas, y especialmente el hombre; y así como en lo primero, Dios es tan obvio é inteligible á la razón humana, que se ve precisada á reconocer en Él la causa primera de todo lo creado; así también en lo relativo á sus decretos y designios supera inmensamente todos los alcances del entendimiento creado. Se vale para esto de la comparación de la claridad y hermosura del sol.

Ni desatar sus sellos inviolables.
Mas antes en el fango sumergido
De tu sér deleznable, retrocede;
Y de Jehová las huellas venerables
Doquier adora, de temor vencido;
Y así con gran recelo
Evitarás rodar del alto cielo.

¿Quién es el arrogante
Que á Dios á juicio llame, cuando mira
Al impío prosperar; siempre en festines
De mesa exuberante;
Y al son del arpa y de armoniosa lira
Con júbilo danzar, pues los confines
Del deleite no ve, del goce pleno,
Ni tiene traba ó freno?
¿Mientras el justo gime en hondo luto
Y cadenas arrastra entre prisiones?
¿Quién argüirlo podrá porque tolera
Que de Moisés la cátedra, el astuto
Escriba ocupe; y porque de sus dones
Excluyó á Faraón; y un alma fiera
Su gran Sabiduría,

¹ Un corazón le dió de roca fría?

No quiera tu arrogancia
Preguntarle ¿por qué, cuando clavado
En un mádero, pródigo vertía
Su sangre en abundancia,
Para borrar la mancha del pecado,
Para romper el yugo, que oprimía
La miserable humana descendencia;
Quiso Él, con su clemencia,

² Tan sólo á uno de ambos criminales,
En medio de los cuales lo enclavaran,
De su luz con un rayo iluminarlo,
Y abrirle del empíreo los umbrales

¹ Expresiones figuradas de que usa frecuentemente la misma Sagrada Escritura. Dios endureció el corazón de Faraón negándole aquellas gracias, que en ningún modo estaba obligado á concederle, y de que éste se había hecho indigno, cerrando voluntariamente los ojos á tantos prodigios con que Dios le hablaba á su corazón.

² De esta expresión que puede resentirse de cierta dureza y rigor á primera vista, se ha de dar una explicación semejante. No faltó en Jesucristo voluntad para salvar al otro compañero de suplicio. Pero esta voluntad no pudo ser eficaz por el estado de obstinación en que este criminal se hallaba, quien con una sola palabra habría obtenido tal vez la misma gracia que el compañero. Atiéndase á las siguientes palabras: "Quien de ella (gracia) fue *por su culpa* excluido."

Que inflexibles al otro se cerraran,
Sin querer del abismo libertarlo,
Aunque ambos malhechores
Partían con Él sus penas y dolores?
Gracia fué ciertamente:
Si gracia fué ¿pretendes, insensato,
Que se otorgue y comparta de consuno
Á todos igualmente,
Si á nadie se le debe, ni el acato
Del Supremo Señor merece alguno?
Quien de ella fuere por su culpa excluido
¿Acaso resentido,
Podrá quejarse de violados fueros
Al Juez Supremo como reo citando?
Mas si quieres que en tí vierta á torrentes
Sus inmensos tesoros verdaderos
Hazle instancia, tus preces elevando,
Y abuyentarás las ansias inclementes.
Saber esto es bastante:
Más allá no te avances arrogante.
De Dios el trono se halla
De profundas tinieblas circundado:
El entre nubes colocó su asiento.
¿Quién rompe esa muralla?
¿Quién penetrar adentro será osado?
¿Y al Hacedor del ancho firmamento,
Podrá argüir una torpe inteligencia?
Tachar su inmensa ciencia;
Como si el buho tildara al sol ardiente
Cual severo censor ¿Quién en sus manos
Colocó de la luz los reverberos,
Que visten todo el Orbe ricamente?
¿Quién jamás sus hondísimos arcanos
Conoció por los dados ó agoreros?
¿Por quién fué dirigido
Y en sus grandes hechuras precedido?
¹ ¿Acaso el tosco lodo
Podría altercar ó promover cuestiones
Con el sabio alfarero, pretendiendo

¹ Este texto de San Pablo (ep. ad Rom. c. q. v. 20) se refiere á la multi-forme distribución que Dios hace de sus gracias, según los distintos fines á que designa á sus criaturas. Pues aunque todos hemos sido creados para su gloria; sin embargo, como dice el mismo Jesu-Cristo: *en la casa de mi Padre hay muchas moradas*, ó sea muy distintos grados de gloria, para los cuales es proporcionado el conjunto de gracias que Dios concede. Y así como el alfarero hace todos sus artefactos para los distintos fines á que los destina

De su artificio todo,
 Preguntarle insolente las razones,
 Sus hechuras sin tino reprendiendo?
 Diciéndole: ¿por qué con mauo dura
 Me das tan vil figura?
 ¿No es árbitro absoluto de esa masa,
 Que podrá él animar, con gracia y arte,
 O despreciarla, su cincel guardado?
 Siempre su arbitrio seguirá sin tasa;
 Por eso en unos vasos él comparte
 Bálsamo ó licor suave; otros dejando
 Áridos y vacíos,
 Escondidos en ángulos sombríos.
 Mas nosotros mortales,
 En su amor paternal descansaremos,
 Al olvido entregando nuestras penas.
 El con ojos iguales,
 Aun lo más vil y mísero que vemos,
 Contempla con amor, sus puertas llenas
 De bienes, nunca cierra á sus criaturas,
 Que de sus manos puras
 Hechura son. Sus dones á torrentes,
 La luz del sol y su calor benigno
 Y su lluvia fecunda, bondadoso,
 Pródigo manda de sus puras fuentes,
 Aun al mortal de su favor indigno:
 Y apenas nuestro pecho, un doloroso
 Gemido al cielo lanza,
 Entre el llanto buscando su esperanza:
 Él, cual zéfiro suave
 Viene, cual blanda brisa; los gemidos
 Calma, y enjuga el abundoso llanto,
 Vertido en pena grave.
 Nosotros en el mal-adormecidos,
 Lo invocamos tardíos en tal quebranto.
 Mas en alas de rápidas centellas
 Baja de las estrellas
 A consolarnos fiel. Por El fué hecho
 De barro el mortal mísero; y no ignora
 Cuán caduco es el hombre, cuán mezquino.

sin que por esto pueda decirse que hace alguno para romperlo después; así también en el orden de la justificación y glorificación, aunque haya una gran diversidad de gracias; que dependa únicamente de la voluntad de Dios; no por eso se podrá inferir que Dios cria á alguno para reprobalo, entendiéndose literalmente la comparación de los vasos de honor, y vasos de desprecio.

Sabe que el mal hereda nuestro pecho
 De envenenada fuente; que una hora
 No goza de quietud; y que el destino
 De su mortal carrera
 Lo estorba de enemigos hueste fiera.
 La humana rebeldía
 Él también vence; con instancias vivas
 Nos llama hacia su pecho; y extendiendo
 Los brazos, á porfía
 Muy dulce su voz suena; compasivas
 Miradas nos dirige: al fin sonriendo
 Derroca nuestro pecho diamantino
 Con su poder divino;
 Y si repulsas en su amable empeño
 Recibe del mortal, su pecho amante
 No por eso nos cierra, la ternura
 Brota aun de su boca: y aunque dueño
 De su morada espléndida y radiante
 A todos los mortales con premura
 Convoca y los convida
 Al límpido raudal de Eterna Vida.
 No temas que á la horrenda
 Noche de averno (como erró Calvino)¹
 Por un capricho de ánimos ardientes
 Te arroje, aunque no ofenda
 Nada su vista en tí; que por destino
 Fatal te lance á do el crujir de dientes,
 Y el eco del dolor por siempre atruena;
 Donde guarida obscena
 Las viperinas furias insaciables
 Por siempre colocaron. Mas su boca
 El dragón infernal tan solo ansía
 Ensanchar entre llamas implacables
 Para el que temerario lo provoca.
 Tú abriga un temor santo, desconfía;
 Trabaja, cauto, atento
 En un negocio de tan gran momento.
 Lucha con gran firmeza
 Para ganar los Reinos inmortales.
 Ese temor continuo, receloso,
 Vigor y fortaleza
 Dará á tu pié para que no resbales.
 Mas las insidias huye cauteloso,

¹ Los errores de este heresiarca, vienen expresados más detalladamente en el penúltimo canto de la segunda parte.

Que, cerrando á esperar todo camino,
Te tiende el cruel Calvino.
Amable es Dios y en su bondad constante
Y de escarnios á costa y de baldones,
Amarguísimo caliz apurando,
Derrocó, de la muerte ya triunfante,
Las infernales lóbregas prisiones.
Más grande hé aquí el amor: tú cotejando
De amor estos portentos
Ahuyentarás temores tan violentos.

CANTO IV.
ETERNIDAD DE DIOS.

EN QUIEN NO CABE MUDANZA, NI SOMBRA DE VARIACION.

(Jac. 1. 3. 17)

¡Oh! qué inconstante es la plateada luna,
Que rueda en esa bóveda espaciosa;
No viste forma ni belleza alguna,
Que no cambie y deseche caprichosa.
Émula ya de Febo, resplandece
Llena su faz de luz, llenos sus ojos:
Ya medio rostro enluta y ennegrece,
De su brillo entre pálidos despojos:
Ya, con agudos cuernos se atavía;
Ya con obtusos; y por fin hundióse
Entre las sombras de la noche fría,
Y aun débil huella en el zenit borróse
Esta grande inconstancia á los mortales
Agita siempre; ya del cielo alcanzan
La cumbre, cuando fuertes vendabales
Al hondo abismo súbito los lanzan.
Pues todo cuanto existe de lo creado
Fluctúa en el mundo como débil paja.
El sol cuan presto nace, sepultado
Lo oprime un monte, fúnebre mortaja
Encubre de su rastro los fulgores,
Que con las sombras ríen incesantes;
Y aun ofuscan su disco los hervores

¹ De tenebrosos vértices humeantes.
Inconstante es también su raudó vuelo;
Inconstantes sus giros: ya en Boote ²
De sus caballos el fogoso anhelo
Siente, ó el austro su flamante azote
Ya retrasa su carro rubicundo;
³ Ya adelante lo impele presuroso:
Y así en la tierra y en el mar profundo
Todo se cambia y muda caprichoso.
Pues de la nada y de la noche obscura,
En que un tiempo yaciera el mundo entero,
Algún vestigio, alguna huella dura
Firme recuerdo de aquel caos primero.
Mas tan sólo Jehová jamás se altera,
Ni por Él pasa el tiempo turbulento:
Será Él siempre lo que es, y lo que era
Inconcuso y firmísimo en su asiento,
No asomaban un tiempo de la nada
Los seres su cabeza; y en el cielo
Ni la luna ni el sol aun marcaba
El fugaz tiempo con su raudó vuelo.
Ni Mercurio, ni Jove, ni el ardiente
Marte rodaban por el aire puro
Sus gigantescas moles, ni el rugiente
Mar se rompía contra su fuerte muro.
Ni al valle amenazaban, ni al tendido
Prado los montes con su frente afiosa,
Mas Jehová ya era entonces lo que ha sido,
Y lo que es hoy; pues de un ser mismo goza.
Vendrá tiempo en que el sol en negro manto
Para siempre se envuelva y desde el cielo
Rueden los astros con terrible espanto,
Y en un espeso capúz, fúnebre velo,
En negra sangre pútrida empapado,
Cubra la luna; y todo en el instante
El mundo se desplome desquiciado,
Y se reduzca á un átomo flotante.
Mas Jehová será siempre lo que ha sido,

¹ Llámase así en astronomía ciertas manchas ó cavidades que contiene la superficie del sol, en que la materia ignea de éste, toma cierto movimiento rotatorio á guisa de espiral, quedando siempre unas partes oscuras, que se parecen manchas.

² *Bootes*. Constelación boreal, inmediata á la Osa Mayor; se le llama también el *cochero* ó *hoyero*.

³ Se indica aquí la desigualdad de las noches y los días, según las distintas latitudes en el cambio de estaciones.

Y lo que es hoy; como el Olimpo airoso
 Que contempla el follaje desprendido
 Sin fin revolotear vertiginoso,
 Mientras él con su frente coronada
 Por blanca nube, á la estrellada esfera
 Se alza sobre su mole agigantada
 Con arrogancia y majestad austera.
 Jehová sentir no puede la pujanza
 Del fugitivo tiempo inexorable,
 Que á encerrarlo entre su órbita no alcanza,
 Como al hombre mezquino y deleznable.
 Y los siglos inmensos aparecen
 A su vista como átomos perdidos,
 Aunque ellos para el hombre se adormecen,
 Y por tarda tortuga son vencidos.
¹ Así al rey *Ciro*, que yacer debiera
 Por dos siglos aún en la honda nada,
 Cual si presente su mandato oyera
 Le hace escuchar su voz agigantada.
 Y á *Nabuco* orgulloso, que el diadema
 Entonces sostenía sobre su frente;
 De estatua colosal bajo el emblema,
 Le revela un arcano sorprendente.
 En aquel gran coloso, derribado
 Al golpe de un guijarro pequeñuelo;
 Estaba el porvenir simbolizado
 De los reinos más grandes de este suelo.
 Y cual si ensueño de una noche fuera,
 Todo el Rey mira en cuadro minucioso;
 Aunque quinientos años estuviera
 Suspenso el cumplimiento portentoso.
 Ante Él, mil años son cual parda nube
 Que pasa y se deshace; como el día
 Que ya perdióse, y cual vapor, que sube
 A disputar al cielo su alegría.
 Cual sombra fugitiva es la presencia,
 Del mísero mortal, cuando aparece
 Sobre la tierra; un punto es su existencia,
 Y en un punto también se desvanece.

¹ *Ciro* el mayor, fundador del imperio de los Persas (n. 599 años antes de Jesu-Cristo). Venció innumerables pueblos, entre ellos á los Judíos, quienes fueron llevados cautivos á Babilonia; mas después les permitió regresar á Jerusalén y reedificar su templo. El profeta *Isaías* se refiere á esto en aquellas palabras de Dios *yo que digo á *Ciro*, tú eres mi pastor, y cumplirás todos mis mandatos.* (Is. 44 v. últ.) La profecía fué escrita cerca de dos siglos antes de *Ciro*.

Muchos de larga vida disfrutaron,
 Y ¿dónde están? un mármol los encierra:
 ¡Pasó su sombra! ¡cuántos dominaron
 Orgullosos monarcas á la tierra!
 Y sus hechos gloriosos yacen ahora
 Del olvido en el polvo sumergidos;
 Y aun la fama enmudece, porque ignora
 Esos nombres y timbres ya perdidos.
 Ni solamente el hombre; juntamente
 Los reinos y ciudades, el embate
 Sienten del tiempo indómito inclemente,
 Que todo al golpe de su brazo abate.
 Así *Cartago*, que otro tiempo, al rayo
 De su valor, al Capitolio altivo
 Hizo temblar y en lánguido desmayo
 Roma cambiar su gran valor nativo.
 Esa misma *Cartago*, que orgullosa
 Insultó desde el *Anio*¹ á la gran *Roma*;
 Es ya nada; una playa silenciosa
 Que en pocas partes el arado doma
 Quedó de la Ciudad de las victorias:
 Y aun se afana la historia, escudriñando
 El sitio, que encerraba tantas glorias,
 Sus huellas, las más débiles rastreando.
 ¿Dónde estás *Tiro*, y tú *Sidón*, que un día
 Eras reina del mar; y tú, altanera
 Babilonia á quien todo obedecía,
 Tú, que asombrabas á la tierra entera?
 ¡Oh Babilonia, Babilonia altiva!
 De tu gloria quedó débil murmullo:
 ¡Muéstrame tu opulencia, que excesiva
 Nutrias con tanto empeño y tanto orgullo!
 ¡Muéstrame tus pensiles ondulantes,
 Tus soberbias murallas y torreones,
 Que tocaban los astros centelleantes,
 Maravilla sin par de las naciones!
 Todo desapareció: se ha desgranado
 Aun el montón de escombros, que guarida
 Daba al chacal, y apenas se ha salvado
 De sus ruinas, la fama no extinguida.

¹ *Anibal*, General de los Cartagineses, después de haber destrozado el ejército Romano en la famosa batalla de Cannas; marchó sobre *Roma*, pasó el *Anio*, ó *Anienè*, afluente del Tiber, cerca de la misma ciudad, y acampó en el monte hoy llamado *Monte bavi* á distancia de cinco leguas de la Ciudad misma.

Nada en la tierra al impetu resiste
 Del tiempo; que aun las peñas de los montes
 Tenaz acosa y con su choque embiste,
 Y cuanto hay en los vastos horizontes.
 A los reinos, imperios y ciudades,
 Amaga la cruel muerte; cual centellas,
 Del relámpago en alas, las edades
 Rápidas pasan y ni dejan huellas.
 Todo corre veloz y se desvía,
 Como las ondas del bramante río,
 Que chocando se empujan á porfia
 Para lanzarse al piélago bravío.
 Sólo un Ser inmortal, firme, inmutable
 Hay sin igual; que siempre ha preexistido
 Sin cambio alguno, al tiempo deleznable,
 Y será siempre lo que siempre ha sido.
 Por Él no pasa forma ni mudanza;
 El futuro, el pasado y el presente
 Todo se extiende ante Él, todo lo alcanza,
 Igual siempre á Sí mismo enteramente.
 Todo es ante su vista como un punto,
 Que abarca su mirada en un momento;
 Sin sucesión, sin tiempo, todo junto,
 Sin moverse su mente de su asiento.
 Nada hay caduco en Él, nada mudable;
 Desde *ab aeterno* Él ama ó aborrece
 Con un acto firmísimo, invariable,
 Que jamás en su pecho languidece.
 No vacila jamás su inteligencia;
 Cual la mente del hombre que se agita
 Entre inciertos vaivenes con violencia:
 Ni su ánima jamás se debilita.
 En contrarios partidos fraccionado
 Siendo uno su Querer, una su Mente,
 Tan sólo el Gran Señor de lo creado
 Es inmutable y firme eternamente.
 Dios por cierto es Aquel, que de éste modo
 Principio en su existir nunca ha tenido;
 Y abarcar puede y estrecharlo todo,
 De su mente jamás sin ser movido.

CANTO V
 PRESENCIA DE DIOS.

¿QUIEN NOS SEPARA?

Ad. Rom. 8, v. 13.

¿Dónde Jehová Supremo,
 Dónde tu inmensa majestad no se halla?
 Del uno al otro extremo
 El Universo entero por doquiera
 Llena tu gran poder. En fulgurante
 Trono, sentado sobre la alta esfera,
 Al mundo palpitante,
 Cual escabel oprimes con tus plantas,
 Y en todo veo tus huellas sacrosantas.
 Aunque nada á tu inmensa Omnipotencia
 Negarse jamás pueda, no pudieras
 Privarnos ¡oh gran Dios! de tu presencia,
 Y nunca en tu bondad lo pretendieras
 Aunque esto fuera dable;
 Pues en el hombre tienes tus delicias
 Según escucho de tu boca amable,
 ¡Cuán grandes de tu amor son las caricias!
 Al que te ama, oh Señor, cuando abundoso
 Sus mejillas empapa amargo llanto,
 Tú, luego presuroso
 Preparas el consuelo en su quebranto,
 Ni de los sordos vientos, sus gemidos
 Preña son ó sus ayes doloridos.
 Tú mismo bajas de tu excelso trono,
 Y en el humano pecho penetrando
 Las lágrimas copiosas, una á una,
 Vas del mortal contando
 Sin que alguna se pierda y en tu seno
 Las guardas amoroso; y al instante
 Vuelve la paz; ya límpido y sereno
 Se muestra el cielo al angustiado amante.
 Y aun antes que erizado
 El corazón por las espinas sienta,

Nada en la tierra al impetu resiste
 Del tiempo; que aun las peñas de los montes
 Tenaz acosa y con su choque embiste,
 Y cuanto hay en los vastos horizontes.
 A los reinos, imperios y ciudades,
 Amaga la cruel muerte; cual centellas,
 Del relámpago en alas, las edades
 Rápidas pasan y ni dejan huellas.
 Todo corre veloz y se desvía,
 Como las ondas del bramante río,
 Que chocando se empujan á porfia
 Para lanzarse al piélago bravío.
 Sólo un Ser inmortal, firme, inmutable
 Hay sin igual; que siempre ha preexistido
 Sin cambio alguno, al tiempo deleznable,
 Y será siempre lo que siempre ha sido.
 Por Él no pasa forma ni mudanza;
 El futuro, el pasado y el presente
 Todo se extiende ante Él, todo lo alcanza,
 Igual siempre á Sí mismo enteramente.
 Todo es ante su vista como un punto,
 Que abarca su mirada en un momento;
 Sin sucesión, sin tiempo, todo junto,
 Sin moverse su mente de su asiento.
 Nada hay caduco en Él, nada mudable;
 Desde *ab aeterno* Él ama ó aborrece
 Con un acto firmísimo, invariable,
 Que jamás en su pecho languidece.
 No vacila jamás su inteligencia;
 Cual la mente del hombre que se agita
 Entre inciertos vaivenes con violencia:
 Ni su ánima jamás se debilita.
 En contrarios partidos fraccionado
 Siendo uno su Querer, una su Mente,
 Tan sólo el Gran Señor de lo creado
 Es inmutable y firme eternamente.
 Dios por cierto es Aquel, que de éste modo
 Principio en su existir nunca ha tenido;
 Y abarcar puede y estrecharlo todo,
 De su mente jamás sin ser movido.

CANTO V
 PRESENCIA DE DIOS.

¿QUIEN NOS SEPARA?

Ad. Rom. 8, v. 13.

¿Dónde Jehová Supremo,
 Dónde tu inmensa majestad no se halla?
 Del uno al otro extremo
 El Universo entero por doquiera
 Llena tu gran poder. En fulgurante
 Trono, sentado sobre la alta esfera,
 Al mundo palpitante,
 Cual escabel oprimes con tus plantas,
 Y en todo veo tus huellas sacrosantas.
 Aunque nada á tu inmensa Omnipotencia
 Negarse jamás pueda, no pudieras
 Privarnos ¡oh gran Dios! de tu presencia,
 Y nunca en tu bondad lo pretendieras
 Aunque esto fuera dable;
 Pues en el hombre tienes tus delicias
 Según escucho de tu boca amable,
 ¡Cuán grandes de tu amor son las caricias!
 Al que te ama, oh Señor, cuando abundoso
 Sus mejillas empapa amargo llanto,
 Tú, luego presuroso
 Preparas el consuelo en su quebranto,
 Ni de los sordos vientos, sus gemidos
 Preña son ó sus ayes doloridos.
 Tú mismo bajas de tu excelso trono,
 Y en el humano pecho penetrando
 Las lágrimas copiosas, una á una,
 Vas del mortal contando
 Sin que alguna se pierda y en tu seno
 Las guardas amoroso; y al instante
 Vuelve la paz; ya límpido y sereno
 Se muestra el cielo al angustiado amante.
 Y aun antes que erizado
 El corazón por las espinas sienta,

Antes que estalle hinchando
 El ronco vendaval; cuando violenta
 Fluctúa la mente entre hórridos vaivenes,
 Ni aun presente ella misma la tormenta;
 Tú ya los votos del mortal previenes;
 Desciendes bondadoso
 Y apaciguas el pecho tumultuoso.
 ¿Qué fuerza, dulce amor, mi Dios amante,
 Podrá arrancarme de tu tierno pecho?
 Mil sangrientas espadas por doquiera,
 Armadas de terror amenazante,
 Ya vengan á embestirme; con despecho
 Se me abalance, con mirada fiera,
 El cruel Marte, sus armas asestando,
 Con que envuelto en oscuro torbellino,
 [Nuevo de muerte hallazgo peregrino]
 Truena terrible el rayo despreciando.
 Mis labios se abrirán á una sonrisa;
 Nada podrá arredrarme,
 Ni del brazo de Dios arrebatarme.
 Del fondo del Averno tenebroso,
 Broten las negras sombras inclementes
 Sacuda su sangrienta cabellera
 En retorcidos bucles de serpientes.
¹ Tisifone, ese monstruo fabuloso;
 Ladre con rabia fiera,
 Sus tres fauces hambrientas ensanchando
 Cerbero á quien la fábula pusiera,
 A custodiar del Orco los umbrales,
 Siempre á las negras almas acechando:
 Se arrojen sobre el mundo
 Todos los monstruos del averno inmundo...
 Yo, con risueño impávido semblante,
 Llamándote, Dios mío,
 Pondré en fuga, venciendo en el iustante,
 Esa turba de espectros portentosa:
 Y despreciando ese dragón bravío,
 Hollaré su cabeza ponzoñosa.
 Mas ¡ay! el cielo torvo, encapotado
 Se envuelve en amenazas y furores;

¹ Tisifone, una de las tres Furias que, según la Mitología, atormentaban las almas que estaban detenidas en el Averno. ¿Cómo el Poeta desafía aquí á un monstruo fabuloso? El, bajo este nombre mitológico, y el siguiente del horrible Cerbero, portero del Averno, personifica á algunos de los malignos genios que en el infierno atormentan á los réprobos continuamente.

Gruesas nubes el sol han sepultado,
 Y hórrida negra noche de repente
 Sobre el mundo arrojose:
 Toda luz extinguióse;
 Sólo el rojo relámpago frecuente
 Rompe esa oscura noche indescrutable,
 Y la hace este vislumbre más sensible.
 Brama la tierra en sus profundidades;
 De sus ejes arráncase furiosa;
 Se desgaja y sus lóbregas entrañas
 Abre doquiera; y torres y ciudades,
 Con ruina fragorosa
 Amenazan, desplómanse; crugiendo
 Se ruedan las montañas,
 Se estrella el Universo. Yo sonriendo
 Miraré esas catástrofes estrañas:
 Nada podrá arredrarme,
 Ni del brazo de Dios arrebatarme.
 Con torvo ceño, intrépida, resuelta,
 Dando hórridos aullidos,
 Con su cetrina descarnada frente
 En un oscuro nubarrón envuelta
 Contra mí ¡desdichado! se abalanza
 De la muerte el espectro; y prontamente
 Dobra el arco con toda su pujanza;
 Y vibra luego con silbido horrendo
 Un dardo rapidísimo, tremendo.
 Mas yo sereno, impávido, entre tanto,
 Aunque tu ira redobles y furores,
 De tí me he de burlar, pueril espanto:
 Pues ni armada de todos tus furores
 Podrás así arredrarme,
 Ni del brazo de Dios arrebatarme.
 ¡Oh cuán vienes tardía, cuán perezosa!
 Son lánguidas tus flechas,
 Es débil tu guadaña poderosa.
 Cuántas veces, llamándote anhelante
 Te importuné con ayes y gemidos.
 ¡Oh bien venida! llégate al instante
 A romper estos lazos ya ruidos,
 Estos viles despojos
 De mi cuerpo estos ásperos cerrojos.
 Y pueda finalmente,
 El vuelo desplegando á las alturas,
 Para siempre embriagarme inmensamente

De mi Dios en los goces y dulzuras;
Y abrazado en sus férvidos ardores
El torrente beber de sus amores.

Tú solo, Inmenso Dios, siempre me tienes
Presente á Tí; si vivo, Tú mi vida
Sustentas y mantienes;

Esta luz, de que gozo, es recibida
De Tí; tuyo es mi sér; y este divino
Artificio; y el uso y la destreza
De mi habil organismo peregrino.

Y esta gran ligereza
Con que vuela mi mente arrebatada
Y atrás deja al relámpago violento;
Y sus órdenes todas, al momento,
Diestras mis plantas, ágiles mis marios
Cumplen, como mandatos soberanos.

Si me agrada correr en la pradera,
Ni aun la grama se siente lastimada;
Y cuando lento caminar yo quiera,
Lenta será y pausada
Mi marcha, y como agita suavemente
Sus ramas la palmera
Que el zéfiro acaricia dulcemente.

Nada hay que comparable
Pueda ser con la mágica estructura
Con que mi cuerpo se sostiene y rige:
Ni todo ese conjunto inexplicable
De los astros que brillan en la oscura
Bóveda de zafiro

Que en noche quieta enagenado miro,
Cuyo órden todo tu saber dirige;
Podrá ser comparado
Con el noble organismo que me has dado,
Sus fibras y resortes que lo mueven;
Su ingenioso perfecto mecanismo,
Mil variados meneos caprichosos,
Mil usos portentosos
Y blandas actitudes asimismo
Combinán en magnífica armonía
Que explicar nadie ni entender podría.

Con grande arte mis dedos industriales,
Pliego y aplico en usos singulares;
Con tres de ellos ahora
La pluma sosteniendo,

Trazo ingeniosos signos á millares,
Líquido negro en el papel vertiendo.
Ya el arco zumbador ó bien la espada
Sostengo con mi mano;
O grueso tronco, ó roca aunque pesada;
O bien en la pradera,
Que se adorna risueña y placentera.
Una flor primorosa cojo ufano,
O de un árbol frondoso
Me acerco á desprender el fruto hermoso.
Mil y mil veces dócil articula
Mi lengua, á la garganta obedeciendo,
Que á su arbitrio las rige y las modula.
Esto hago muchas veces, no entendiendo
De qué modo mis órganos se mueven;
Aunque sin fin renueven
Sus variadas funciones, ni aun comprendo
Cuál arte los dirige,
Y sus oficios portentosos rige.

Mas nada á Tí se oculta; tu gran mano
Firme todo sostiene,
Y acción y vida sin cesar mantiene.
Todo ahinco y esfuerzo fuera vano
De Tí por ausentarme.
Si á los cielos quisiera remontarme,
Allí encuentro tu trono sempiterno:
Iré á esconderme en un rincón sombrío
Del caos profundo del oscuro Averno:
Allí terrible truenas ¡oh Dios mío!

Y si en álas del viento atravesara
Por nuevas sendas los hirvientes mares;
Seguro en mi camino,
Escoltándome el ronco torbellino,
Tu fiel mano amigable me llevara.

Y aunque rompa la muerte irresistible
Los más estrechos, más antiguos lazos;
Y con golpe terrible,
La mitad de mi sér venga á arrancarme;
Nunca podrá de tus amables brazos
Con toda su pujanza arrebatarme,
Ni romper ese vínculo amoroso
Que me estrecha á tu pecho bondadoso.

Tú solo á mí presente estás doquiera;
Ni puedes un instante desprenderte;
Tú solo entre las garras de la muerte

No me abandonas en la lid postrera;
 Por eso ya mi pecho en adelante
 Arderá por Tí sólo, fiel amante.

CANTO VI

BENEFICENCIA DE DIOS.

TODO SUJETASTE BAJO LOS PIES DEL HOMBRE,

Ps. 8, v. 8.

Tú tan sólo del hombre ¡oh Dios amante!
 Eres el digno amor; Tú lo has creado
 Para Tí solo, y prófugo y errante
 Sin Tí, en vano, el consuelo suspirado
 Busca sin fin; pues ese gran vacío
 Tú solo llenas, compasivo y pío.
 Tú eres del corazón el goce puro,
 El sincero deleite; y cuanto amamos
 Del lisonjero mundo, amargo y duro
 Nos es al fin, y en el amor hallamos
 Delirio cruel, desgarrador tormento,
 Donde encontrar creíamos el contento.
 Solo Tú me amas con amor ferviente,
 Embeleso del mundo, Dios amable:
 Pues, ¿quién, fuera de Tí, jamás su ardiente
 Amor me prodigó? De inagotable
 Dicha, cual siempre hubieras disfrutado,
 Aunque nunca este sér me hubieses dado.
 En la horrenda caligine espantosa
 De la nada yo estaba sumergido:
 Tu voz agigantada, poderosa,
 Escuché entonces en ese abismo hundido,
 Y dél me arrojó deslumbrado afuera;
 Lo que era entonces, hora sin Tí fuera.
 Siempre esto hubiera sido. Tú me diste
 La vida, y cuanto soy, y en cada hora
 De Tí mi sér depende y sé reviste:
 Pues si de mí tu mano bienhechora
 Un instante apartaras, rodaría
 A la nada y el caos me tragaría.
 Doquier tiendo mi vista, de tus dones

Todo rebosa; el aire que impalpable,
 Me rodea, se insinúa por mis pulmones;
 Y la sangre sutil y delesnable,
 Sus glóbulos vitales renovando,
 Va por sendas tortuosas circulando.
 A ese sol gigantesco Tú mandaste
 Que sobre mí derrame su luz pura,
 Y el constante sendero le marcaste,
 Que, siempre en ríña con la noche oscura,
 Recorre sin cesar, cual si escuchara
 Mi voz y en complacerme se recreara.
 Y apenas muere, mil y mil lumbreras
 Tu mano enciende, que al mortal cuitado
 Alegres centellando y placenteras,
 En sus ojos, del sueño regalado
 Derraman el beleño, que amoroso
 Calma el pesar del pecho borrascoso.
 Al mar también mandaste, que bramante
 En la arena se estrelle: que sostenga
 En su dorso las naves, y á la errante
 Turba de peces que á la playa venga;
 Y en la red y el anzuelo fraudulento
 Caiga, á servirme luego de alimento.
 Todo cuanto Tú creaste has sujetado
 En todo el Orbe á mi servicio y gusto,
 Y el elefante colosal y armado
 De gran colmillo, aunque de aspecto adusto,
 Se rinde á mi mandato, ni se niega
 El camello á la silla, y se doblega.
 Sus poderosas armas entregando
 El toro, se sujeta al duro yugo;
 Y el combo arado placido arrastrando
 Rompe los surcos, y el fecundo jugo
 Remueve de la tierra, que fomenta
 El grano y en su seno lo alimenta.
 Me obedece el caballo, que espumoso
 Fuego por sus narices respirando
 Hace temblar el suelo polvoroso
 Con su pezuña indómito escarbando;
 Obedece, no obstante, ni desdeña
 El freno audaz que su furor domeña:
 Y ya animoso á la pelea se lanza
 Al brillar el acero, y con denuedo,
 Bufando, al enemigo se abalanza;
 Las filas rompe, é impenetrable al miedo

Las espadas afronta, y ni la muerte
 Pueda domar su pecho noble y fuerte.
 Los mismos tigres y el león sangriento,
 Ya prisioneros, cual señor me acatan;
 Ni las aves que vuelan por el viento,
 De mis lazos y redes se desatan:
 Y aun en sus mismos nidos les enciendo
 Gruesas resinas, y la liga tiendo.
 O sin temor de insidias, descansando
 Ellas entre el follaje y aun sus alas
 Rápidas por el aire desplegando;
 Con inflamado azufre ignitas balas
 O dardos arrojándoles, su vuelo
 Corto y las hago abandonar el cielo.
 El animal más ingenioso, al lado
 No puede estar del hombre: vivo fuego
 Sacó del pedernal, cual delicado
 Niño jugar podría; le arrimó luego
 Árido combustible, y sus fulgores
 Aumentan de la noche los horrores.
 Y en vano el animal del bosque umbroso,
 Y las aves del cielo intentarían
 De la noche rasgar el envidioso
 Oscuro manto, mas la luz espían
 Las avecillas de la bella aurora
 Esperando que asome encantadora;
 Ya acusan la tardanza, y suave canto
 Le hacen oír para romper su sueño.
 Mi industria singular se avanza tanto
 Que del sol rutilante como dueño
 Lo concentro en espejos,¹ y desvío
 Su gran calor sobre un zarzal bravío.
 Los árboles y plantas, caprichoso
 Sujeto á nuevas leyes, y les mando
 Que produzcan de un modo misterioso
 Nuevas hojas y frutos, que admirando
 Ya ocultan en sus ramas. De afilada
 Segur, mi mano destructora, armada,
 Las encinas y fresnos seculares,
 Con golpe asolador, en un momento
 De sus bases derribo; y á millares
 Visitan el hogar, de quien violento

¹ Los famosos espejos ustorios á que se alude aquí, se atribuyen á Arquímedes, como su inventor; y aun se refiere de él que en el sitio de Siracusa por los Romanos, se valió de éstos para incendiar sus naves.

Los derribó. Con dentellada sierra
 Divide el mármol que escondía la tierra;
 Y del buril la forma que yo quiero
 Cogen á su pesar; y las alturas
 Escalan de los templos con ligero
 Impulso que les doy. Ni las oscuras
 Hondas entrañas de este vasto globo
 Respetar he sabido en algún modo:
 Pues le arranco á sus senos tenebrosos
 El bronce, plata y oro codiciado,
 Y me atrevo también los perezosos
 Pantanos á secar, el curso hinchado
 Fuerzo á los ríos, y sólidas barreras
 Del mar opongo á las oleadas fieras.
 Creyéndole al timón, el despechoso
 Oceano surco dentro frágil quilla;
 Y las velas torciendo al cariñoso
 Zéfiro alado, impávida barquilla
 Allá se lanza, donde el mar y el viento
 Tal vez castigarán ese ardimiento.
 Tales artes é industrias Tú me has dado
 Que me honra como á rey la tierra entera.
 Mi estable habitación has colocado
 En esta hermosa gigantesca esfera
 Que en medio firmamento suspendiste,
 Y sin cimiento alguno estableciste.
 Árida un tiempo estaba; mas el trueno
 Oyó de tus acentos bienhechores.
 Luego del aire diáfano y sereno,
 Condensados los húmedos vapores,
 Truécanse en lluvia que abundante riega
 El alto monte y la florida vega.
 Mas no un fuerte turbión con furor ciego,
 Las nubes desgarró vertiginoso:
 Mas de éstas á través, con gran sociego,
 Como por un tamiz artificioso,
 Gota á gota se cuela, resbalando,
 Y así el árido prado va regando.
 Y las aguas que el cielo abandonaron,
 Y serpenteando quietas y serenas,
 Por el poroso suelo se filtraran
 Para ir á guarecerse entre sus venas;
 Después más animosas, borbollando
 Y entre roncós hervores murmurando,

¹ Excaban de los montes las alturas;
 Y en su cumbre, entre lípidos raudales
 Brotan para rodar á las llanuras
 Sus fecundos riquísimos raudales,
 Que como venas por la tierra entera
 Circulando, la riegan por doquiera.
 ¡Qué risueña y amable se atavía
 Doquiera exuberante la natura,
 Su vigor ostentando y lozanía,
 Luciendo sus alfombras de verdura!
 En formas mil las caprichosas flores
 Variando sus vivísimos colores,
 Se pavonean vistosas, afectando
 Del prado el señorío con arrogancia,
 A quien halagan, pródigas brindando,
 Exquisita, suavísima fragancia,
 Que en sus álas los zéfiros ufanos
 Esparcen por los montes y los llanos.
 La mies undosa ya su blonda frente
 Hasta el suelo doblega; y en su caña
 Arqueada columpiándose, al prudente
 Segador llama armado de guadaña:
 Llena de néctar la uva rozagante
 Espera los lagares anhelante;
 Y la oliva aceitosa á la tardía
 Almazara reprende, ya impaciente:
 Y los árboles mismos á porfía
 Llaman á quien reciba finalmente
 Sus balsámicos frutos regalados.
 Que sus brazos ya tienen encorvados,
 Y alardean de su aroma y sus colores,
 Y su suave fragancia que revela
 La mezcla de dulcísísimos sabores;
 Y sobre un fruto si algún ave vuela,
 Al hincarle su pico, luego entiendo
 Que está maduro al que mi mano extiendo.
 Para mí el ave sus gorjeos ensaya,
 Y modula sus trinos, pues su canto
 Sólo yo gusto, ni algún otro se halla

¹ Era la creencia que entonces se tenía de los manantiales, cuyo origen se atribuía, en verdad, á las aguas pluviales, que por efecto de la porosidad de la tierra filtrándose en todas direcciones, forman ciertas corrientes subterráneas, que después, en virtud de un principio desconocido, ascienden á las alturas aun en grandes masas, por conductos profundos, y ahí rompen as capas del suelo para rodar después á los valles. La moderna Geología ha esmentido estos principios.

Que apreciarlo pudiera. Yo me espanto
 Al contemplar tus obras primorosas,
 De tus manos hechuras portentosas.
¹ Mas sombra es esto de tu Omnipotencia:
 Tengo aun que admirar dones mayores
 De tu inexhausta espléndida clemencia.
 Debías Tú, con tus rayos vengadores,
 Pues de tu ley el yugo he quebrantado,
 Y me he contra tus fueros rebelado,
 Lanzarme para siempre á la espantosa
 Lúgubre noche del profundo Averno,
 A su ardiente vorágine ambiciosa,
 Pábulo suyo, indestructible, eterno,
 Do eterna pesadísima cadena
 Mordiera airado, en indecible pena.
 Tu ultrajada justicia esto pedía,
 Y hórrido trueno de fatal venganza
 Sobre mi frente criminal rugía.
 ¿Qué harás, Dios Clementísimo? ya alcanza
 El clamor de mi culpa á tu Santuario;
 Que el reo sea castigado es necesario.
 De tu amor infinito ¡oh sorprendente
 Digno artificio! la terrible pena
 Que yo pagar debiera delincuente,
 Descargas sobre tu Hijo, y la terrena
 Vestidura del hombre miserable
 Todo lo envuelve en modo inexplicable.
 Te hiciste hombre por mí; mi culpa pagas
 Tú, quien sólo podías. Atan tus manos;
 Se abre todo tu cuerpo en vivas llagas;
 Bofetadas, azotes inhumanos,
 Y un espinoso casco en tu cabeza,
 ¡Ay! todo te desgarran con fiereza.
 Hasta que al fin en una cruz clavado
 De piés y manos entre dos ladrones,
 Fuiste por el amor sacrificado:
 Mientras el sol, del cielo en las regiones,
 De repentina oscuridad cubriose,
 Y horrorizado, en negra sombra hundiose.
 Mas de esto aun no pagado, bajo el velo
 De blanco pan, tu mismo Sér divino
 Y humano has encerrado; y desde el cielo,
 De un modo portentoso y peregrino

¹ Hace transición el Poeta de los dones en el órden de la naturaleza, á los beneficios de Dios en el órden de la gracia, incomparablemente mayores.

Desciendes de mi pecho á la morada
Lóbrega tanto y tan desalifada.
La inmensa Majestad que el mundo entero
No puede contener, allí Tú ocultas;
Allí eres mi alimento, y prisionero
De amor, allí tu resplandor ocultas,
Buscándote en mi pecho fiel abrigo,
Buscando en él un hospedaje amigo.
Al amante acorred que languidece,
Muere de amor, venid á confortarle;
Ya de mortal herida desfallece:
Calmad su ardor, ea, pronto á mitigarlo
Venid mortales y también heridos,
Sed presa de su amor, sed sus vencidos.

CANTO VII.

BENIGNIDAD DE DIOS.

TODO LO QUE PIDIEREIS EN LA ORACION, COMO TENGAIS FE,
LÓ ALCANZAREIS.

Math. 21, v. 22.

Como en tiempos remotos Grecia y Roma,
En ignorancia y ceguedad iguales,
A Jove dieron culto en sus pinturas;
Así, (este ejemplo toma)
Una gran muchedumbre de mortales
A Jehová se imagina en las alturas
Siempre áspero é iracundo,
Déspota fiero, siempre maquinando
Con torba faz, ó asolador vibrando
Sus vengadores rayos sobre el mundo.
Digno ¡ay! de Averno aborto monstruoso
Un estólido error tan lamentable,
De un polo al otro á la verdad contrario.
Pues Dios, como afanoso,
Con semblante dulcísimo y amable,
Ojea desde su espléndido Santuario
Sobre la baja tierra,
Buscando si algún hombre agradecido,
Que se conozca por su amor vencido,
En sus ámbitos todos ella encierra.
Mas el recto sendero á un lado hicieron

Ya todos los mortales, olvidados
Del Creador, y aun nombrarlo les afrenta.
Todos se sumergieron
En terrenos inútiles cuidados,
Que negro olvido sin igual fermenta:
Cuando aun la torva fiera
No se maneja en modo semejante
Con su señor á quien halaga amante:
¡Oh insensatez, oh insania lastimera!
Por dichoso mil veces es tenido
Aquél que los umbrales del palacio
Pisa de un rey, que le otorgó bondoso,
Prestarle atento oído.
Mas he aquí que sus atrios de topacio
El Rey de reyes nos franquea amoroso:
Benigno en su semblante,
Acerca á todos á su trono augusto,
Ni con el ceño rígido y adusto
Se niega á quien le ruega suplicante.
Todos pueden hallarse en su presencia,
Ni tiene que gemir pobre ó mendigo,
Porque fué de sus puertas arrojado
Con rígida violencia;
No es menester para encontrar su abrigo
Andar y desandar el ya trillado
Sendero, y con paciencia
Esperar á sus puertas, las más veces
Afrontando repulsas y reveses,
Tras de una larga inútil insistencia.
Mas sin tasa de tiempo, sin medida,
A todos Él escucha placentero:
¡Tanta es del Rey Supremo la clemencia!
Y aun insta y nos convida,
De padre con empeño verdadero
A que á su real benéfica presencia
Las súplicas llevemos,
Que risueña forjó firme esperanza,
Que todo obtiene y eficaz alcanza,
Cuanto de ella impulsados demandamos.
Nunca [Él promete] volverán vacías,
Encubriendo su rostro sonrojado;
Y si arrancar de cuajo un alto monte,
Y á las olas bravías
Quisiéramos del mar nunca sondeado,
Arrojarlo tal vez, el horizonte

Desciendes de mi pecho á la morada
Lóbrega tanto y tan desalifada.
La inmensa Majestad que el mundo entero
No puede contener, allí Tú ocultas;
Allí eres mi alimento, y prisionero
De amor, allí tu resplandor ocultas,
Buscándote en mi pecho fiel abrigo,
Buscando en él un hospedaje amigo.
Al amante acorred que languidece,
Muere de amor, venid á confortarle;
Ya de mortal herida desfallece:
Calmad su ardor, ea, pronto á mitigarlo
Venid mortales y también heridos,
Sed presa de su amor, sed sus vencidos.

CANTO VII.

BENIGNIDAD DE DIOS.

TODO LO QUE PIDIEREIS EN LA ORACION, COMO TENGAIS FE,
LÓ ALCANZAREIS.

Math. 21, v. 22.

Como en tiempos remotos Grecia y Roma,
En ignorancia y ceguera iguales,
A Jove dieron culto en sus pinturas;
Así, (este ejemplo toma)
Una gran muchedumbre de mortales
A Jehová se imagina en las alturas
Siempre áspero é iracundo,
Déspota fiero, siempre maquinando
Con torba faz, ó asolador vibrando
Sus vengadores rayos sobre el mundo.
Digno ¡ay! de Averno aborto monstruoso
Un estólido error tan lamentable,
De un polo al otro á la verdad contrario.
Pues Dios, como afanoso,
Con semblante dulcísimo y amable,
Ojea desde su espléndido Santuario
Sobre la baja tierra,
Buscando si algún hombre agradecido,
Que se conozca por su amor vencido,
En sus ámbitos todos ella encierra.
Mas el recto sendero á un lado hicieron

Ya todos los mortales, olvidados
Del Creador, y aun nombrarlo les afrenta.
Todos se sumergieron
En terrenos inútiles cuidados,
Que negro olvido sin igual fermenta:
Cuando aun la torva fiera
No se maneja en modo semejante
Con su señor á quien halaga amante:
¡Oh insensatez, oh insania lastimera!
Por dichoso mil veces es tenido
Aquél que los umbrales del palacio
Pisa de un rey, que le otorgó bondoso,
Prestarle atento oído.
Mas he aquí que sus atrios de topacio
El Rey de reyes nos franquea amoroso:
Benigno en su semblante,
Acercas á todos á su trono augustos,
Ni con el ceño rígido y adusto
Se niega á quien le ruega suplicante.
Todos pueden hallarse en su presencia,
Ni tiene que gemir pobre ó mendigo,
Porque fué de sus puertas arrojado
Con rígida violencia;
No es menester para encontrar su abrigo
Andar y desandar el ya trillado
Sendero, y con paciencia
Esperar á sus puertas, las más veces
Afrontando repulsas y reveses,
Tras de una larga inútil insistencia.
Mas sin tasa de tiempo, sin medida,
A todos Él escucha placentero:
¡Tanta es del Rey Supremo la clemencia!
Y aun insta y nos convida,
De padre con empeño verdadero
A que á su real benéfica presencia
Las súplicas llevemos,
Que risueña forjó firme esperanza,
Que todo obtiene y eficaz alcanza,
Cuanto de ella impulsados demandamos.
Nunca [Él promete] volverán vacías,
Encubriendo su rostro sonrojado;
Y si arrancar de cuajo un alto monte,
Y á las olas bravías
Quisiéramos del mar nunca sondeado,
Arrojarlo tal vez, el horizonte

Veralo en el instante
 Del mar en los abismos sumergirse.
 No hay traba en Dios: con tal que pueda oírse
¹ La voz del que esto pide suplicante.
 Parar del sol el giro impetuoso
 ¿No es un prodigio aun más sorprendente?
 Esto no obstante, pudo el siempre invicto
 Guerrero belicoso
 Josué, obtenerlo con su ruego ardiente:
 A fin de que la noche el gran conflicto
 No envolviera en su manto,
 Ni al feroz enemigo, que iba huyendo,
 Dispersara sus alas sacudiendo:
 Pues él, del Universo con espanto,
 Al sol habló palabra agigantada
 Cuando al término ya de su carrera,
 Al Olimpo enlutando descendía,
 Por la pendiente hollada,
 De su carro á apagar la ardiente hoguera,
 Y lavarle del mar en la onda fría.
 Atónito escucholo
 Febo; y tan nuevo singular mandato
 Cumpliendo de un mortal con grande acato,
 A sus raudos bridones intimolo;
 Y las flotantes bridas recogiendo,
 Llámalos hácia atrás: dando un bufido
 Se encabritan violentos, el ardiente
 Fuego ya conteniendo,
 Aunque siempre rebeldes habían sido
 Al espumoso freno reluciente.
 Nunca sus resplandores
 Había el sol tanto tiempo prolongado;
 Ni otro prodigio igual se ha renovado
 A través de los siglos voladores.
 Pues doce horas el sol firmes detuvo
 En un punto sus rápidos corceles,
 Aunque impacientes por la gran tardanza;
 Y otro tanto contuvo
 La luna del empíreo en los dinteles
 Obedeciendo á insólita pujanza,
 El manso rauda vuelo
 De sus constantes giros silenciosos,
 En medio de los astros luminosos

¹ O sea: con tal que vaya bien dirigida la oración; porque, como dice el Apostol Santiago: *no obteneis, porque no pedis convenientemente.*

Fijos también en el inmenso cielo.
 Armado Elías con su oración potente,
 Cual árbitro del mundo, á Dios clamando,
 Ya de las lluvias el turbión desata,
 O encierra largamente
 Sus pesadas compuertas aherrojando.
 Y aun contra aquél que osado no lo acata,
 De fuego un torbellino
 Hace bajar del cielo fulgurante;
 Y una y dos veces calcinó al instante
¹ Del Rey la escuadra que á hostigarlo vino.

¿Y así, inertes aún y perezosos,
 Ahogando en llanto penas indecibles,
 Al cielo nuestra mente no alzaremos,
 Al cielo, que imperiosos,
 De Dios por las palabras inflexibles,
 Con nuestras preces aun forzar podremos?
 ¿A un Dios, Rey Soberano,
 Espléndido, sin par, nuestros gemidos
 Y ayes esconderemos, siempre oídos,
 Pues el divino oráculo no es vano?
 Muchas veces, por tí no conocida
 Répora corta á la plegaria el vuelo;
 Cuando el recto sendero no le enseña
 Firme esperanza erguida
 O el faro de la fé, que mira al cielo;
 Y aun las más veces, en su error, se empeña,
 Con pertinaz porfia
 En pedir lo que al fin veneno y muerte
 Pudiera inocular en su alma inerte:
 Nunca la justa prece se desvía.

El compasivo Abrahán á Dios rogaba
 Que el torrente de llamas suspendiera,
 Ni aniquilara impúdicas ciudades;
 Y firme así le hablaba.
 ¿Qué, tu ira, gran Jehová, no se extinguiera
 Si limpios del borrón de esas maldades,
 De toda mancha ajenos,
 Entre el número inmenso de malvados,

¹ Dos veces tuvo lugar este hecho prodigioso, según se refiere en el libro IV de Los Reyes. (v. 10 y 12, cap. I) Dos veces mandó el Rey Ocazías un destacamento de cincuenta hombres al mando de un jefe, con orden de hacer bajar á Elías del monte donde se encontraba, y otras tantas hizo el Profeta que lloviera fuego del cielo y los consumiera.

Cincuenta justos fueren encontrados,
 En piedad grandes, de virtudes llenos.
 ¿Acaso Tú, tan bueno y tan clemente,
 Arrojarás tus dardos, enojoso,
 Inocentes y reos en haz juntando?
 Su súplica inocente
 Oyó el Señor, con rostro cariñoso:
 Si estos abriga, dice, el pueblo infando,
 Mi brazo ya no nuevo.
 Mas cobrando vigor nueva osadía,
 Insta Abrahán en su cándida porfía,
 Y así al justo Jehová sondea de nuevo:
 —¿Si tal número, dice, se menguara
 Por cinco menos, de íntegra inocencia:
 Tu diestra á desarmar será potente?
 ¿Acaso no triunfara
 También entonces tu sin par clemencia?
 —Estó también te otorgo:—nuevamente
 Insiste Abrahán: ¿si acaso
 Sólo cuarenta hubiera irreprehensibles,
 Y al contagio de culpa inaccesibles
 De la Ciudad nefanda en el regazo:
 ¿Fuera un dique también á tu venganza?
 —Así será, le dijo: en su cimiento
 Quedará la Ciudad, si los hospeda.
 Insta él con más confianza:
 —¿Y si de aqueste número descuento
 Diez más, y á treinta reducido queda....?
 También esto otorgóle
 Benigno Dios. Pero otra vez suplica
 El pío Abrahán, y animoso le replica:
 ¿Y si veinte se hallaren, preguntóle,
 Desarmarás tu diestra fulminante?
 Consiente Dios, por su bondad movido.
 Pero Abrahán, nueva súplica ensayando,
 Prosigue hácia delante:
 —No te muestres, Señor, dice, ofendido,
 Si pertináz insisto, forcejando;
 Permite que postrera
 Palabra añada: ¿acaso tus furores
 Desarmarás, de dardos vengadores,
 Si diez justos sin mancha élla tuviera?
 Dios otra vez, sonriendo placentero,
 Accede; y, si esta cifra me aseguras,
 Dice, mi espada envainaré clemente.

¡Tanto en el mundo entero
 El coro de los justos, almas puras,
 Es de mil bienes la fecunda fuente!
 ¡Ah, fuiste reducida,
 Oh Sodoma, á cenizas; mas si hubieras
 Contado con diez justos, subsistieras,
 Y éstos serían tu poderosa egida.
 Y ¿podrá hallarse un rey tan bondadoso,
 Como el Rey de las playas celestiales?
 Pues parece que arroja de sus manos
 El cetro poderoso
 Con que hiciera temblar á los mortales.
 Tan afable á los míseros humanos
 Se muestra, cuando llega
 A su oído sensible nuestro llanto,
 Al escuchar el eco del quebranto:
 Tanto el amor humano lo dobliga.
 ¿Pero habrá quien creyera por ventura
 Que el pío Josué y Abrahán tanto podían
 Porque fuera su vida immaculada,
 Y de fé viva y pura
 Un continuo holocausto le ofrecían?
 Mas tú dirás: mi frente está abrumada
 De Dios por la ira horrenda;
 Indigno de que me oiga, ciertamente,
 ¡Ay! soy al presentarme delincuente,
 Ante su Augusta Majestad tremenda.
 ¿Qué esas voces dulcísimas no oíste,
 Con que te afirma, que del cielo vino
 No á recoger al justo fervoroso,
 Mas á tí que seguiste
 Del precipicio el lúbrico camino?
 ¿Te extraviaste? Ah, vuelve presuroso:
 Serás bien recibido;
 Y al mismo primogénito agraciado,
 Jamás por áura impura contagiado,
 Serás por tu buen padre preferido.
 Con los brazos abiertos ya se lanza
 A encontrarte; te estrecha fuertemente,
 Y un ósculo dulcísimo resuena.
 Manda, que sin tardanza,
 El vestido más rico y esplendente
 Que guardara á este fin en arca llena,
 Con oro recamado

Que en la Serrana¹ púrpura campea,
 Se te aderece, y al instante sea
 Tu dedo en el anillo aprisionado
 Quiere que aplausos mil el cielo atruenen;
 Y en banquetes insólitos, suntuosos,
 El gozo se desborde y la alegría,
 Y el pecho henchido llenen.
 Vosotros que apocados, temerosos,
 De terror lleno y majestad sombría
 Creéis al Señor Supremo:
 Solícitos, venid á cercioraros,
 Y gustándolo al fin desengañaros,
 Muy dulce y muy amable es en extremo.

CANTO VIII.

OMNIPOTENCIA DE DIOS.

ÉL HABLO Y TODO QUEDO HECHO: MANOLO Y TODO
 FUE CREADO.

(Ps. 32. v. 9.)

² Al principio del tiempo, el Cielo y Tierra
 Sacó Dios del abismo, de la nada:
 Con manto de tinieblas, noche oscura
 Cubría envidiosa cuanto el Orbe encierra,
 Y el Creador Almo Espíritu en alada
 Centella atravesaba la espesura
 Del Cáos undoso, y en tiniebla fría
 Yacía la tierra, escuálida y sombría.
 Mas: hágase la luz; Dios, de repente,
 Tácito dijo: y ella sonriendo
 Dentro el denso capúz, rápida asoma,
 Cual noble primogénita, su frente
 En bucles cristalinos, aplaudiendo
 Con sus alas cual cándida paloma,
 De júbilo y contento, al mundo entero
 Bellísimo, risueño mensajero.
 Y los Genios alados, á terrena

¹ La famosa púrpura de Tiro, llamada también antiguamente Sarra ó Serra, nombre que tan sólo conservó la púrpura que ahí se teñía.

² Esta interpretación me pareció seguir, entre las muchas que hay de las primeras palabras del Génesis: *In principio*.

Materia extraños, Mentes inmortales,
 [Si firme es de los Padres la doctrina]
 Entonces fueron, con la luz serena
 Creados también: Las playas celestiales,
 Háganse, dijo la Gran Voz Divina,
 Del agua entre las moles superiores,
 Y las líquidas masas inferiores.
 Habló el Grande Jehová; y el cielo puro
 Desplegó sus inmensos pabellones,
 Dividiendo las aguas perezosas.
 Dijo el Señor después: su dorso duro
 Muéstre la tierra; y giman en prisiones
 Del piélago las ondas ambiciosas,
 Juntas en un lugar. Y en un momento,
 Con mayor rapidéz que el rauda acento,
 Ya todas corren á precipitarse
 Entre espumosos vértices bravíos,
 Que unos con otros chócense bramando
 Por dó empieza la tierra á desgajarse,
 Ramblas formando, y alveos mil sombríos,
 Su talle gigantesco ya engrosando,
 Se alzan los montes, cuya hirusta frente
 Va á chocar con los astros de repente.
 Humíllanse los valles y los prados;
 Y aun la tierra, de bochorno llena
 Y aletargada, asoma su cabeza,
 Vertos viendo sus campos y eulutados.
 La voz de Dios suena otra vez en torno:
 Rompa, dice, la tierra su dureza;
 Y yerbas broten de sus hondos senos,
 Y árboles de semilla y fruto llenos.
¹ Cuelgan luego mil frutos de oro y gualda
 De los frondosos árboles gigantes,
 Y la tierra se viste y atavía
 De luciente bellísima esmeralda,
 Que los prados tapiza exhuberantes;
 Y en toda planta que la tierra cria,
 La variada semilla luego abunda,
 Con que al suelo feraz ella fecunda.
 No bien el árbol su arrogante copa
 Sobre el haz de la tierra había asomado,
 Cuando, hinchando su tronco corpulento

¹ En esta estrofa y la siguiente, el Poeta admite la producción instantánea de los seres vegetales, atendiendo á la parte estética del argumento, aunque actualmente la ciencia geológica no va muy de acuerdo en esto.

Se eleva gigantesco, hasta que toca
 Las nubes su ramaje ya cargado
 De los frutos suavísimos sin cuento,
 Que no esperan de otoño los calores
 Para mezclar dulcísimos sabores.
 Dijo Dios, asimismo: dos lumbreras
 Inmensas brillen en el alto cielo,
 Que entre la luz y la tiniebla fría,
 Sean como firmes fúlgidas barreras;
 Y al hombre indique su constante vuelo,
 El fugitivo tiempo, el mes y el día
 Y el año dividiendo; y al instante,
 Al espacio lanzóse el sol gigante,
 Y de los astros Rey; el orbe entero,
 Ebrio de tanta luz, quedó arrobado;
 Y saliéndole al frente, sorprendióse
 La luna al ver ese astro placentero;
 Y queriendo emular de opuesto lado
 Ese sin par fulgor; iluminóse
 Robándole al sol mismo su riqueza,
 Ya pronta á desafiárla en su belleza.
 Al día él preside con su rayo,
 Ella á la noche; entonces encendidos
 Por el sol, centellearon el ardiente
 Marte y Mercurio y Júpiter muy gayo
 Porque á su lado marchan adheridos
 Cuatro pequeños pajes; juntamente
 Sonríe Venus, y flota en los espacios
 Saturno con su anillo de topacios,
 Que entre ¹ cinco satélites campea;
 Y su trémula luz va descendiendo
 Con inciertos vaivenes caprichosos,
 Y por sendas tortuosas serpentea,
 Ya creciendo con fuerza, ó retrayendo
 Cual cansada sus pasos fatigosos.
 A millares entonces pulularon
 Y del cielo las cumbres coronaron
 Infinitas lumbreras rutilantes,
 Que irizadas con mágicos colores,
 No pidieron ya al sol resplandeciente
 Sus variados vivísimos cambiantes,
 Cual otros tantos soles brilladores.
 Dióles Jehová esa luz indeficiente

¹ En tiempo del Autor tan sólo cinco eran los satélites conocidos de Saturno. Ahora se cuentan siete.

Para que del gran sol vicaria fuera;
 Todo en servicio de la baja Esfera.
 Dijo Dios otra vez: el mar profundo
 Agítese, y los peces jugueteones,
 Y la turba parlera de las aves
 Brote de su hondo seno; y ya fecundo
 Hirvió el mar de mil peces retozones;
 Que de los ríos por las corrientes suaves
 Y en los lagos, con gran revoloteo
 Doquier producen férvido escarceo.
 Por otro lado con fragor y estruendo;
¹ De las ondas las aves, borbotando,
 Ufanas asomaban su cabeza,
 El rocío de sus alas sacudiendo;
 Y el aire, á su despecho, sujetando,
 Al remar de sus alas, con presteza
 Las superficies líquidas dejaban,
 Y alegres notas á los vientos daban.
 Habló Jehová otra vez: el dorso duro
 Rompan los brutos de la tierra umbría
 Reptiles y cuadrúpedos, y ansiosos
 A aspirar salgan el ambiente puro.
 Sin más tardanza ya á la luz del día
 Unos se arrastran, lentos, perezosos;
 Otros como el relampago violentos,
 Brincan, corren y atrás dejan los vientos.
 Allá sobre alta roca el león domina
 Y hace al valle temblar con su rugido;
 Y aclamándose rey se enseñorea
 Sobre el valle, y el bosque y la colina.
 Acá el corcel relincha enardecido,
 Y con bélico ardor relampaguea,
 Hiende la tierra, fuego respirando,
 Y su crín á los vientos agitando.
 En otra cima como en atalaya
 Levanta el ciervo su ramosa frente;
 Del rebaño acá se oyen los balidos;
 Allá el cabrito petulante ensaya
 De marcial lucha simulacro ardiente,
 Y por musgosas rocas esparcidos
 Los otros entre zarzas ramonean,
 O brincan, se encabritan, juguetean.
 Entonces dijo Dios: á semejanza

¹ Advértase aquí lo mismo que se dijo en la nota de la pág. 91.

de nuestro ser al hombre fabriquemos,
 Y la imágen él sea de nuestra esencia;
 Y armándole de imperio y gran pujanza,
 En sus manos el ceiro coloquemos,
 Conque el Orbe sujete á su potencia;
 Y Él mismo el tosco lodo manejando,
 Forma y noble figura le fué dando.
 Espiritu infundióle con su aliento,
 Incorpóreo, inmortal, sopro divino;
 Y así al vil fango que la planta oprime,
 Hizo capaz de vida y movimiento:
 Noble razón y libertad le imprime;
 Y enseña al hombre que amé reverente
 A su Padre y Creador Omnipotente.
 ¡Estupenda de Dios obra admirable!
 Que espíritu tan noble y encumbrado,
 Gérmen divino, á una tan vil criatura
 Con el nudo más fuerte y amigable,
 Se haya en íntima unión así estrechado;
 Y alma inmortal, en singular mixtura,
 Y cuerpo, arcilla vil ¡qué opuesto todo!
 Se hayan fundidos en tan extraño modo.
 El hombre resultando, peregrina
 Imágen en su parte incorruptible,
 De su mismo Creador, Triple potencia
 Ella disfruta, y así es una y trina;
 Es una sola esencia indescriptible,
 Son tres sus facultades. De la esencia
 De su grande Creador, como un sagrado
 Sello indeleble, en ella está grabado.
 Como á su rey, la tierra por doquiera
 Sus flores le brindaba, y le ofrecía
 Sus hinchadas espigas ondulantes;
 Los árboles le instaban que cogiera
 Sus frutos sazonados, que á porfía
 Le ostentaban sus galas rozagantes;
 Y su cauda los leones agitando,
 Lo acariciaban á sus piés bufando.
 Al mandato del hombre el pez saltaba,
 De sus líquidos reinos, y las aves
 Su vuelo recogiendo, descendían
 A dó el hombre á su arbitrio las llamaba;
 Y en dulces trinos y gorgeos síaves
 Y festivo susurro, se extendían
 Y en reedor de su rey como aplaudiendo,

Y en ledo son, sus alas sacudiendo.
 Mas hé aquí que indecisa, vaporosa,
 De Adán rompiendo el sueño sosegado,
 Se le presenta, ufana en el semblante,
 Ampo de nieve, una mujer hermosa
 Atónito dejándolo y pasmado;
 Y al mirarla tan bella y tan amante,
 Con un amor castísimo estrechola
 Y en santa eterna alianza desposola.
 Otro pacto más santo y admirable
 Dios al mundo enunciaba de esta suerte:
 Pues su Eterno Unigénito, del mundo
 Arbitro y gran Señor, al implacable
 Ceño se rendirá de la cruel muerte;
 Que al golpe de su acero furibundo
 Romperá con audacia su costado,
 Dejándolo ya todo desangrado;
 Y nacerá de la profunda herida
 Una Esposa muy digna del Esposo
 Que ha de formarse el mismo Omnipotente
 Con primor entre todas escogida.
 Esto, en aquél arcano misterioso,
 Dios bosquejaba entonces sabiamente,
 Cuando de Adán, dormido en sueño ledo,
 Tocó el muelle costado con su dedo;
 Y una costilla entonces destrabando,
 De Eva formó la espléndida escultura,
 Llena de vida, fúlgida, hechicera
 La que á Adán, al romper su sueño blando,
 Presentó al improviso, cual futura
 Esposa digna, amante compañera.
 Esta pues era la figura hermosa,
 Bosquejo fiel de la divina Esposa,
 Que el Rey del imperio fulminante,
 En santísima alianza sempiterna
 Con amor casto desposar debía.
 Así Dios, cuanto quizo en un instante
 Todo lo creó con su palabra eterna,
 Mirando complacido lo que hacía;
 Un sólo *fiat* bastole; y el gran mundo
 Hizo brotar del negro caos profundo.

CANTO IX.

SABIDURIA DE DIOS.

TODO LO HICISTE EN TU SABIDURIA.

Ps. 103, v. 34.

Firme al lado de Dios la Omnipotencia
Estaba, cuando el Orbe
De la nada arrancó; su inmensa Ciencia
Asistióle también indefectible;
Y fué del poderoso
Hacedor como el brazo prodigioso.

Con secreto artificio sorprendente,
En número y medida
Y con fiel peso el Universo entero
Formó al Señor, hechura inimitable,
Sublime, peregrina,
Que sólo comprendió mente divina.

¹ Obras tan grandes admirar podremos:
Un paso hácia adelante
Temerario será; nos hundiremos
En medio de la luz, en noche oscura:
Cual buho misterioso

Suele sobre sepulcro silencioso
Hallar la noche en la mitad del día,
Cuyo fulgor la vasta
Debíl pupila embota, y se desvía;
Y ese nocturno tenebroso canto
Lastima el triste oído

Con su ominoso tétrico gemido.
Se lanza el hombre impávido, no obstante,
Y explora los cimientos
Del Universo entero, y arrogante

¹ El Autor queriendo poner más de relieve la impotencia de las investigaciones humanas, contra la secta de Filósofos, principales enemigos contra quienes compuso esta obra, y que todo trataban de sujetar á la razón humana; sigue fielmente aquel texto del Eclesiastés: *y entendí que de todas las obras de Dios y de cuanto sucede debajo del sol, no puede el hombre hallar ninguna explicación.* (Eccl. c. 8, v. 17.)

A la cuna del Orbe se remonta,
E intenta sorprenderlo
En su niftez, y todo disolverlo:
Como el Arabe vayo del desierto,
Pendencias y reyertas
Trabamos, intentando sin acierto
Fijar á mano armada nuestras leyes;
Y á aquél que se desvía
Motejamos burlados á porfia.

¹ En el centro del mundo descansaba
La tierra un tiempo inmovil,
Que en profundo letargo contemplaba
Al sol rodearla con su carro ardiente,
Ya de la mar brotando,
O lánguido al poniente declinando:

Y á su turno á la luna silenciosa
Miraba levantarse
Su argétea faz mostrando majestuosa;
Y con veloz vertiginoso vuelo
Los astros, las esferas,
Girar en torno raudas y ligeras.

Mas de su antiguo asiento desquiciarla
Al hombre plugo ahora,
Y entre Mavorte ² y Venus arrojarla,
A rodar por elíptico sendero
El que antes recorría
Febo trayendo el resplandor del día;

A quien nuestros abuelos incesante
Veían, siempre afanoso,
Al chasquido del látigo sonante
Agitar sus caballos de aureas crines.
Mas ahora ya el cuitado
Duerme en profundo sueño no turbado.

En el centro del mundo se halla inerte
Donde antes en reposo
Yacía la Tierra. Sobre su eje fuerte
Apenas gira en cinco y veinte días;
Y lánguido, cansado,
Sobre el codo se apoya y cambia lado.
Mas una vez la Tierra revoltosa

¹ Hace el Autor una ligera reseña de las diversas vicisitudes porque ha atravesado la ciencia astronómica y geológica en los distintos sistemas que se han venido adoptando, lo que da á entender cuán cortos sean los alcances del hombre.

² Nombre poético de Marte.

Sus órbitas trazando,
 No contentose aún; pues caprichosa,
 Como niña que inventa nuevos trajes,
 Y ve con repugnancia
 Las que ha poco vestía con arrogancia:
 La Tierra así también con ligereza
 Jugar en carnavales
 Ha sabido, y cambiarse con presteza
 Sus formas y figura de mil modos.
 Otras después buscando
 Y todas inconstante rechazando.
 Fué en otro tiempo una imperfecta esfera;
 Después oval figura
 Tomó desentrañándose altanera
 Para oblongarse hácia sus árdus polos:
 Hora de opuesto lado
 Su aspecto peregrino ha reformado,
 El áureo fruto ¹ remedar queriendo
 Que guardan las Hespérides,
 Y sus oblongos polos recogiendo,
 Cuna glacial del Aquilon y el Noto;
 Su seno agigantado
 Híncha y su vientre colosal prefiado.
 Así á nuestro capricho se trastornan
 Del mundo aun los cimientos,
 Y los que antojos son, leyes se tornan
 ¡Oh bien! de nuestras leyes él se burla;
 Y sordos sus oídos,
 No escuchan de un insecto los zumbidos.
 Muy sabias todas son, todas muy bellas.
 No obstante, si rigiesen
 A la Tierra, á las fúlgidas estrellas,
 Ya desde largo tiempo el Orbe entero
 Se habría desmantelado,
 Y en escombros de Tártaro rodado.
 Es por cierto divina, inimitable
 La gran Sabiduría
 Que gobierna esta máquina admirable.
 Mas ¿de qué modo el Hacedor Supremo
 Un tiempo fabricola,
 Y en medio del espacio suspendiola?

(1) La naranja, que semeja la figura de la tierra. Las Hespérides eran las tres hijas de Atlas y de Hesperis. Guardaban, según los antiguos poetas, un hermosísimo jardín al pié del Atlas, cuyos árboles daban frutas de oro que se cree hayan sido naranjas, lo que dió origen á la fábula.

¿Con qué serie de causas enlazadas
 Gobierna y rige el Orbe?
 Todas son cosas al saber vedadas:
 La cuna y sér del mundo
 Yacerá siempre en negro cáos profundo.
 Mientras más se atormenta y se tortura
 La humana inteligencia,
 Más hundiráse en negra noche oscura,
 Más fatales serán los resbalones,
 Mientras más jactanciosa
 Crea ya tocar la cumbre luminosa.
 He aquí; (pues de los astros ignoramos
 Y planetas, los nombres)
 Las dos Osas al cielo encaramamos,
 El Toro y aun la Cabra petulante,
 El Cisne y la ligera
 Liebre, el León y el Aguila Altanera:
 Ni el Delfin, ni ambos Canes se eximieron,
 Ni el Lobo, ni la Grulla;
 Y casi en la alta bóveda cupieron
 De cuadrúpedos y aves las especies.
 Así tartamudeamos
 Lo que con tanta audacia disputamos.
 ¿Puedes tú ennumerar en el brillante
 Zenit los astros todos?
 Sólo desde su solio rutilante
 Jehová los cuenta y llama uno por uno;
 Y acércanse ligeros
 Al Creador centelleando placenteros.
 ¿Qué digo estrellas? tú, vasta ciencia,
¹ Explicame, si alcanzas,
 Qué fuerza ó qué resortes, cuál violencia
 Haga saltar en alto la pelota,
 Con que juegas á veces
 Haciéndola sufrir fuertes reveses.
 Dime ¿por qué la altura abandonando,
 Bota y rebota luego
 Sus tumbos cada instante acelerando
 En números impares, como ansiosa
 De ver al fin vencida
 La brusca fuerza que la trae rendida.
 Nadie lo explicará. Frutos y flores
 Te brinda alegre huerto:

(1) Vease la primer nota de este canto.

¡Puedes tú comprender los mil colores
 Con que esas florecillas se atavían,
 Y las soberbias galas
 Que muestran rozagantes en sus álas?
 ¿Cómo una misma savia, jugo inerte,
 Insípido, inodoro,
 Que chupan de la tierra, de esta suerte
 Se ha convertido en tan variadas tintas,
 Que ostentan caprichosas
 En formas mil las flores orgullosas?
 ¿Cómo aromas que son tan encontrados
 En ellas se cambian?
 ¿Y cómo esos sabores tan variados
 Condimentar pudieron tantas frutas,
 Todas tan diferentes
 Llenas de mil olores trascendentes?
 El lebrez que te busca aunque distante
 Con su olfato exquisito,
 Y al fin tras largo andar te halla jadeante
 Y en modos mil te halaga y acaricia,
 Tuerce y remolinea
 La cola y se estremece y juguetea:
 ¿Cómo explicarlo? dime ¿con qué instinto,
 De sendas tortuosas
 No implicóse en confuso laberinto?
 Al *Filósofo* esconde tus preguntas:
 Éste, alma querrá darle,
 Y aquél aun de sentidos despojarle.
 Con brío se arrojarán á los aceros;
 Con gran denuedo heroico
 De heridas cubriránse ambos guerreros;
 Sangre á torrentes verterá Minerva,
 Y el lauro de victoria
 Errante, incierta, agitará la Gloria:
 Creyose cada quien invulnerable,
 Seguro del triunfo.
 Al trabar cruda lucha interminable:
 Mas al querer rendir al adversario,
 Del hórrido combate
 Ambos sucumben al furioso embate.
 Nada de lo más vil en todo el mundo
 Que hollamos por doquiera,
 Nadie comprende: un gran saber profundo,
 Mente divina, espléndido artificio

Ostenta inimitable,
 De Dios digno, aun lo que es más despreciable.
 Contempla ese mosquito pequeñuelo:
 ¿Hay sér más vil acaso?
 El elefante del tostado suelo,
 Enorme, colosal, en su gran mole
 No rige un organismo
 Más perfecto ni fuerte mecanismo.
 Y fuerza es confesar que la natura
 Formó con más industria
 De aquél vil insectillo la estructura,
 Y de vigor más grande armó su pecho:
 Mira el yelmo crestado
 Con que á luchar se presta denodado.
 ¿No oyes que en son agudo, amenazante
 Tafe guerrera trompa,
 Que el oído lastima horripilante?
 Con seis ú ocho piés firme se tiene
 Si entrar á la pelea
 Como infante agilísimo desea.
 Mas al viento también sabe lanzarse
 A impulso de sus dobles
 Raudas álas, é impávido á afrontarse
 Y desafiar al Aquilón que brama:
 Mas ¡ay! de aquél que el ceño
 No evita de enemigo tan pequeño.
 Ya sacó de la vaina aguda espada,
 Que en su hociquillo esconde,
 Y la extrajo ya toda ensangrentada
 Del cuerpo del pacífico adversario,
 Que el bélico sonido
 No escuchó á la batalla apercebido.
 Otro más raro insecto por doquiera,
 Oh México, te adorna
 Al despuntar la hermosa primavera.
 El no sabe encender de Marte el campo
 Con hórrida trompeta,
 Ni el arma ensangrentar con que acometa.
 Siempre de paz, inocuo, tiende el vuelo,
 Y sólo á las tinieblas
 Mueve guerra; no sufre que su velo
 Extienda en derredor la negra noche;
 Y apenas sus crespones
 Enlutaron del mundo las regiones:
 Cuando él de entre su seno [¡cosa rara!]

Descubre un claro foco
 Que bajo el celemín de día ocultara,
 En torno removiendo el aire oscuro;
 Y esos bellos fulgores
 Ahuyentan de la noche los horrores,
 Y aun parece que burla y escarnece
 Las sombras enemigas;
 Pues aviva esa luz, ó la oscurece,
 Y su foco ya esconde ó ya descubre,
 Y brilla y centellea
 Como astro que en las ondas cabrillea.
 El no ambiciona remontar su vuelo;
 Y á veces turba impube
 Tras dél se lanza con ardor y anhelo,
 Y en sus huellas de luz tenaz insiste;
 Ni se hartan de mirarlo
 En sus manos y ovantes ostentarlo:
 Y si logran su vida conservarle,
 Diamante ni piropro
 En el brillo y fulgor puede igualarle.
 Juega en el mundo Dios: pero jugando
 ¡Oh qué arte Él evidencia!
 De un Artífice Inmenso inmensa ciencia!

CANTO X.

PROVIDENCIA DE DIOS.

MAS LOS CABELLOS DE VUESTRA CABEZA TODOS ESTAN
 CONTADOS.

Matth. 10. v. 30.

Padre y Señor Supremo

Es el grande Jehová; su augusto trono
 Forma el Olimpo, y desde allí afanoso
 Mira al Orbe del uno al otro extremo,
 Y su influjo benéfico, amoroso,
 Todo anima y alienta,
 Todo gobierna y pródigo sustenta.

1 Es más admirable aún que la común luciérnaga, que aquí se describe, un insecto de la misma familia, que se encuentra, sobre todo en Veracruz, llamado *cocullo*, de mayores dimensiones; y su luz no es intermitente, sino constante y más viva, y aun semeja un precioso diamante, que las damas suelen lucir con ostentación en su cuello.

Nada Jehová descuida.
 Del incauto pintado pajarillo
 La pequeñuela prole cautivada,
 Que en un óbolo vil será vendida,
 No es presa de la red, no recelada,
 Sin que Él lo dispusiera,
 O en sus sabios decretos permitiera
 De la ínfima creatura
 A la más grande del inmenso mundo
 Gobierna Él sin afán, tranquilo rige:
 Del aire azul á la serena altura
 Hacia esos cuervos tu mirar dirige,
 Que en ledo son graznando
 El espacio tranquilos van cruzando.
 Nada los acongoja;
 Al porvenir no atienden, aunque el grano
 Confiar no saben á la fértil tierra,
 Ni forzar con la mies que otoño coje
 El hinchado granero que la encierra;
 Los nutre Dios, no obstante,
 Y sacian ellos esa hambre, aunque incesante.
 Mira con qué ufanía
 Los frescos lirios se alzan majestuosos,
 Creeríase Salomón afortunado
 Si igualarlos pudiera en bazarria:
 Y no obstante, con peines sonorosos
 Las telas no sacuden,
 Ni al artificio de la rueca acuden.
 ¡Quién de tanta hermosura
 Adornó sus corales rozagantes
 Y de aroma llenó sus níveas álas?
 El Padre Celestial, rey de la altura,
 Al lirio de los campos dió esas galas,
 Esa gentil fragancia,
 Y tanta majestad; tanta arrogancia.
 Mas ¡cuánto la excelencia
 Del hombre sobresale! por pequeño
 Que fuere, lo más vil y despreciable,
 Si en algo nos atañe, su clemencia
 Lo mira con empeño infatigable:
 Parece que ha cifrado
 En el mortal su principal cuidado.
 Y cuando se recela
 Que para el vil mortal ya por completo
 Se entorpeció su fuerte mano amante,

entonces más en su defensa vela.
 Mira ese tierno abandonado infante
 Que en el undoso Nilo
 Dentro unos mimbres encontró su asilo.
 Pues éste ¡oh agigantado
 Nilo soberbio! éste inocente niño
 Hará enturbiar tu límpida corriente,
 Y de horror lleno te verás trocado
 En un raudal de negra sangre hirviente,
 Y en admirable modo
 El Dios parecerá de Egipto todo.
 Dios en sus mismas manos
 Nos ha grabado y por doquiera nos lleva:
 Fijos sus ojos con paterno empeño
 Tiene siempre en los míseros humanos,
 Sin que lo venza del olvido el sueño.
 ¿Podrá de su criatura
 No acordarse una madre en su ternura?
 Mas, "ella enhorabuena
 Al olvido lo entregue; yo, á tí nunca;
 Siempre en mi pecho te traeré esculpido:"
 Así de Dios la voz amante suena.
 Mas dime, por ventura, si has sabido,
 O si has tú mismo hallado
 Madre alguna que á su hijo idolatrado
 Contarle los cabellos
 Intentara tal vez; y que cuidara
 De que ninguno falte en su cabeza?
 Y en Dios acaso este cuidado de ellos
 Cabrá para nosotros? con certeza:
 Pues más que madre amante
 Es en cuidarnos nuestro Dios constante.
 Cual llama presurosa
 A sus tiernos polluelos la gallina
 Cuando mira al milán que los asecha;
 Y abre sus blandas álas y afanosa
 Los esconde y abriga y los estrecha:
 Jehová así está dispuesto,
 (El mismo tal ejemplo nos ha puesto.)
 Solicito á buscarnos
 Cuando nos mira errar por precipicios;
 Y con voz lastimera, adolorida,
 Nos llama y con afán corre á encontrarnos,
 Y sus álas extiende y nos convida,

Y brinda un dulce abrigo,
 Una sombra paterna, un pecho amigo.
 Él nos guarda amoroso,
 De sus ojos cual niña delicada,
 De cuanto en algo lastimarnos pueda.
 A gran distancia el vuelo impetuoso
 Mide del tiempo; y antes que suceda
 Lo que aún está lejano,
 Ya todo coordinó su sabia mano,
 Jamás siendo Él renuente
 Puede algo suceder; los mismos males
 Que permite, los mezcla y los prepara:
 Como al enfermo indócil sabiamente
 Util brebaje el médico acibara,
 Y cauto le remueve
 Lo que su gusto y apetito mueve.
 Puede la amable vida
 A veces restituir amargo ajeno,
 Y dulce héctar conspirar contra ella.
 Al cuitado, no obstante, Dios no olvida,
 Ni del dolor descarga la centella
 Con golpe desmedido
 Que deje al hombre mísero oprimido.
 Siempre el esfuerzo humano
 Puede triunfar y cuando más se enciende
 El terrible pelear del sufrimiento,
 Lucha también su poderosa mano,
 Que vigor nuevo infunde y ardimiento
 Y esa humana victoria
 Es del mismo Jehová precípua gloria.
 Él del mortal dirige
 Las variadas sin fin vicisitudes;
 Y de la debil trama de la vida,
 Sólo Él los hilos con su mano rige.
 ¿Acaso por algún fin escogida
 La hora en que debía
 Romper la cárcel maternal sombría?
 ¿O quién la arrulladora
 Cuna, que en llanto mojaría más tarde,
 Escogió, y de su patria la bandera;
 Y pudo con su ciencia sabedora
 Aun los padres fijar de que naciera,
 Y su índole y figura
 A su gusto forjar, ó su estructura!
 Mas Dios, según su agrado

Todo dispuso, nada de esto al hombre
 Factible le será; ni la blancura
 A lo que es negro dar, ni al delicado
 Cabello encanecido
 Volverle el juvenil color perdido.
 Ni es al mortal posible
 De la vida, á su arbitrio, los auspicios
 Cambiar y proteger bajo otro sino:
 Ya la flecha con fuerza irresistible
 Voló lanzada con grande arte y tino:
 Mas fué su golpe en vano,
 Burló la diestra ejercitada mano.
 Se frustran de repente
 Los humanos más hábiles designios:
 Rodeada por doquier de un caos obscuro
 La mente humana ignora torpemente .
 Lo que en sus álas traiga el día futuro,
 La hora venidera
 Que, vendada la vista, el hombre espera.
 Incierta, trépida,
 Se arrastra por incógnito sendero
 Sin columbrar un faro en su camino,
 Norte amigo á su paso vacilante
 Erra, doquier dirijase sin tino
 Por ardua y escarpada
 Senda, de ramblas hórridas flanqueada.
 Parece que el insano
Acaso todo en su corriente arrastra;
 Que á su empuje impetuoso, todo cede
 Mas por el ciego *acaso* (nombre vano)
 En cuanto tiene sér, nada sucede,
 Por más que perturbarse
 Se vea todo, y fluctuar y enmarañarse.
 Pues vive en el sereno
 Empíreo, un Sér sublime, indefectible,
 Que todo rige con grande arte y tino:
 De sus secretos en el hondo seno
 Mezcla Él las suertes del mortal mezquino,
 Y saca del profundo
 Esta ó esa, y la arroja por el mundo.
 Él vé con penetrante
 Vista, lo que es, lo que será y ha sido,
 Y lo que fuera si algo se invirtiera
 Aqueste orden de cosas un instante.
 De causas el conjunto se modera

Por esa Sabia Mente
 Con orden admirable y sorprendente.
 No obstante, disimula,
 Y parece que duerme y se aletarga,
 Ni del hombre le atañen las acciones;
 Ni su cólera luego se estimula
 A una hórrida venganza, ni en prisiones
 Oprime y encadena
 La libertad que ve se desenfrena.
 Mas burla y desvanece
 Del mortal los estóridos conatos,
 Y por más que se esfuerza y se desvela,
 Sereno Él todo ordena y restablece,
 Y aunque esconde los hilos de su tela,
 Nunca ellos se revientan
 Ni de la trama indóciles se ausentan.
 Hé aquí que ha levantado,
 Al trono Egipcio de Jacob al hijo,
 Quebrantando sus grillos afrentosos.
 Todo Egipto lo adora prosternado,
 Y sus mismos hermanos envidiosos
 Dolegan al instante
 La trémula rodilla vacilante:
 Los mismos que intentaron
 De la inocente víctima en la sangre
 Manchar sus manos, y después vendido
 Vilmente como esclavo lo entregaron.
 Del diadema imperial mira ceñido
¹ Aquel que entre el brillante
 Cortejo avanza erguido y arrogante,
 Él mismo á quien terrible
 Enorme cruz ya prevenida estaba
 Hace poco; mas Dios en un momento
 Todo trocó para él en bonancible;
 Y Amán el intrigante y turbulento,
 Que el gran madero ha erguido,
 En él á su despecho es suspendido.

¹ Mardoqueo, uno de los judíos conducidos cautivos á Babilonia. Amán, lo odiaba porque se negaba á rendirle homenaje; y este orgulloso ministro confiado en el gran valimiento de que disfrutaba para con el rey Asuero, tramó la ruina de aquel y de toda su raza. Pero Ester, lo salvó, en cuyo lecho habiendo sido encontrado Amán por el rey en actitud de implorar el perdón de la reina, fué suspendido en el mismo patíbulo que había preparado á Mardoqueo; y éste en premio de una conjuración que descubrió, tramada contra el rey, se le condujo públicamente por las calles, con la mayor pompa. (Véase el libro de Ester, cap. 7.)

Ni creas que esto acontezca
 Tan sólo una ó dos veces; no hay alguna
 De las caducas rápidas edades
 Que casos semejantes no te ofrezca;
 Pues Dios lo humano tiempla y las maldades
 Castiga con frecuencia
 Para vengar del justo la inocencia.
 Mas deja Él al impío
 Impunemente remontarse á veces
 Y lo rodea de pompa deslumbrante,
 De riquezas sin fin y poderío;
 Mientras que el justo gime sollozante,
 Cadenas arrastrando,
 Miseria extrema y odios afrontando.
 Excita por ventura
 Esto tu asombro, y osas preguntarle
 ¿Por qué su fuerte diestra entorpecióse?
 Mas ¿tú quien eres, mísera criatura?
 Acaso mayor ciencia en tí infundióse?
 Pues dime por cuál lado
 La nube el ronco rayo ha desgarrado.
 Dime por cuál sendero
 Rompió las auras resonante flecha,
 Cuáles ondas sureó del mar bravío
 La osada próa de bergantín ligero.
 ¿Ea pues! toma en tus manos con gran brío
 Las riendas de este mundo,
 Y á Dios deslumbre tu saber profundo.
 Díctale en tu osadía
 Las sabias leyes que forjó tu mente
 A cuya luz el Orbe en adelante
 Rija con más acierto y maestría.
 ¡Ah! ignoras temerario y arrogante
 Las penas que amenazan
 A los impíos que la injusticia abrazan.
 ¿No ves la inextinguible
 Llama voraz que á sus espaldas ruge?
 No conoces los grandes galardones
 La espléndida corona inmarcescible
 Preparada por Dios á sus campeones,
 Y cómo de dulzura
 Un mar será la gota de amargura?
 Nosotros por doquiera
 Lo negro con lo blanco confundimos.
 A veces Dios airado, á los humanos

Concede lo que un bien nos pareciera,
 Y niega en su bondad bienes tan vanos,
 Y á veces duerme y calla
 Porque su ira tan grande aun no estalla.
 Los goces y dolores
 Que estréllanse en la meta de la vida,
 Son nada, un sueño vano, una quimera.
 Al romper este sueño á los albores
 De otra vida inmortal que nos espera;
 A risa provocados
 Seremos, por el pasmo enagenados.
 Al ver que fué posible
 A lo que es tan pueril, fútil y vano,
 En nuestro engaño un trono levantarle.
 Vendrá tiempo en que á un precio inconcebible
 El impío al justo intentará comprarle
 Sus lutos y baldones,
 Su miseria y durísimas prisiones:
 Cuando los engafiosos
 Mundanos goces y soberbias pompas
 Odiosos le verán; mientras descansa
 Desiste en tus desvelos afanosos;
 No será muy prolija la tardanza:
 Deja que gobernado
 Sea el mundo por el mismo que lo ha creado.

CANTO XI.

CUSTODIA DE DIOS.

ÉL MANDO A SUS ANGELES QUE CUIDASEN DE TI,
 QUIENES TE GUARDARAN EN CUANTOS PASOS DIERES.

(Ps. 90. v. 11).

También en ésto nuestro Dios clemente
 Ha puesto su mirada.
 Pues á su guardia espléndida y luciente,
 Custodia fiel de su réal morada,
 A sus alados ínclitos campeones
 Flor de su corte hermosa,
 Que asisten en sus altos pabellones,
 Con álas de oro y faz esplendorosa.

Ni creas que esto acontezca
 Tan sólo una ó dos veces; no hay alguna
 De las caducas rápidas edades
 Que casos semejantes no te ofrezca;
 Pues Dios lo humano tiempla y las maldades
 Castiga con frecuencia
 Para vengar del justo la inocencia.
 Mas deja Él al impío
 Impunemente remontarse á veces
 Y lo rodea de pompa deslumbrante,
 De riquezas sin fin y poderío;
 Mientras que el justo gime sollozante,
 Cadenas arrastrando,
 Miseria extrema y odios afrontando.
 Excita por ventura
 Esto tu asombro, y osas preguntarle
 ¿Por qué su fuerte diestra entorpecióse?
 Mas ¿tú quien eres, mísera criatura?
 Acaso mayor ciencia en tí infundióse?
 Pues dime por cuál lado
 La nube el ronco rayo ha desgarrado.
 Dime por cuál sendero
 Rompió las auras resonante flecha,
 Cuáles ondas sureó del mar bravío
 La osada próa de bergantín ligero.
 ¿Ea pues! toma en tus manos con gran brío
 Las riendas de este mundo,
 Y á Dios deslumbre tu saber profundo.
 Díctale en tu osadía
 Las sabias leyes que forjó tu mente
 A cuya luz el Orbe en adelante
 Rija con más acierto y maestría.
 ¡Ah! ignoras temerario y arrogante
 Las penas que amenazan
 A los impíos que la injusticia abrazan.
 ¿No ves la inextinguible
 Llama voraz que á sus espaldas ruge?
 No conoces los grandes galardones
 La espléndida corona inmarcescible
 Preparada por Dios á sus campeones,
 Y cómo de dulzura
 Un mar será la gota de amargura?
 Nosotros por doquiera
 Lo negro con lo blanco confundimos.
 A veces Dios airado, á los humanos

Concede lo que un bien nos pareciera,
 Y niega en su bondad bienes tan vanos,
 Y á veces duerme y calla
 Porque su ira tan grande aun no estalla.
 Los goces y dolores
 Que estréllanse en la meta de la vida,
 Son nada, un sueño vano, una quimera.
 Al romper este sueño á los albores
 De otra vida inmortal que nos espera;
 A risa provocados
 Seremos, por el pasmo enagenados.
 Al ver que fué posible
 A lo que es tan pueril, fútil y vano,
 En nuestro engaño un trono levantarle.
 Vendrá tiempo en que á un precio inconcebible
 El impío al justo intentará comprarle
 Sus lutos y baldones,
 Su miseria y durísimas prisiones:
 Cuando los engafiosos
 Mundanos goces y soberbias pompas
 Odiosos le verán; mientras descansa
 Desiste en tus desvelos afanosos;
 No será muy prolija la tardanza:
 Deja que gobernado
 Sea el mundo por el mismo que lo ha creado.

CANTO XI.

CUSTODIA DE DIOS.

ÉL MANDO A SUS ANGELES QUE CUIDASEN DE TI,
 QUIENES TE GUARDARAN EN CUANTOS PASOS DIERES.

(Ps. 90. v. 11).

También en ésto nuestro Dios clemente
 Ha puesto su mirada.
 Pues á su guardia espléndida y luciente,
 Custodia fiel de su réal morada,
 A sus alados ínclitos campeones
 Flor de su corte hermosa,
 Que asisten en sus altos pabellones,
 Con álas de oro y faz esplendorosa.

Mandó de su alto s6lio, y el destino
 Les dió de que incesante
 Guardia y custodia del mortal mezquino
 Fueran con celo y con amor constante.
 De cuerpo y alma al hombre defectible
 Quiso 6l darlos por guía
 Hacia el dichoso puerto bonancible.
 ¿Quién pedir y esperar tanto podria?
 Más amable que todos los mortales
 Un Angel, fiel amigo,
 Firme y constante asiste en tus umbrales,
 Las noches y los días pasa contigo.
 Este bello sin par Doncel alado
 Que amable y bondadoso
 Te escuda por doquiera, siempre á tu lado
 Siempre incansable, siempre cariñoso,
 Las siete esferas del inmenso cielo
 Con su mente y su mano
¹ Podria regir en su impetuoso vuelo
 La tierra sacudir y el vasto oceano.
 No obstante, no desdefia, enteramente
 A tí como rendido,
 Servirte, aunque tan vil, asiduamente
 Aunque ingrato te vea y en torpe olvido.
 6l sigue por doquier siempre tus pasos,
 El te marca el sendero
 Sin cansarse jamás, y aun en brazos
 Cariñoso te lleva y placentero,
 Para que duras piedras ó zarzales
 Con tu huella sangrienta,
 Lastimándote en ellos, no señales,
 Y los estorbos de tus piés ahuyenta.
 Duermes tú, mas 6l vela cariñoso;
 Sus alas 6l te extiende
 Siempre á tu lado, firme, inseparable,
 Y de ímpetus contrarios te defiende.
 Y aunque 6l te vea que contra Dios levantas
 Osado tus pendones
 Y sus leyes santísimas quebrantas,
 No por eso 6l desdefia tus mansiones:
 No vuela, ni se aleja, ni se niega
 Al mísero pupilo;

¹ Aquí parece que el Autor tuvo presente la conocida doctrina de Santo Tomás, quien asigna á los ángeles, su propio oficio, en el régimen y armonía del universo aun en lo relativo al sistema planetario.

Que antes te llama y te hace instancia y ruega
 Que vuelvas de tu Dios al dulce asilo;
 Y te tiende la mano y aun renuente
 Te aparta, forcejeando,
 Del negro abismo que implacable, ardiente
 Se abre á tus piés, su presa ya asechando.
 ¡Oh! supieras las veces incontables
 Que á tí incauto ha librado
 Del furor de mil monstruos formidables
 Que te habrian engullido y sepultado.
 Cuántas veces sus alas extendiendo,
 Te ha dado dulce abrigo,
 Y su espada flamígera blandiendo,
 Ha rechazado indómito enemigo.
 Del alto cielo al tenebroso Averno
 Luzbel lanzado un día,
 Se carcome de envidia y odio eterno
 Contra el mortal que pertinaz porfia.
 Lívido mira de furor bramando
 Los tronos celestiales
 De los que un día precipitó rodando,
 Y ocupados serán por los mortales:
 Se excita pues, á fiera, atroz venganza;
 Sus garras inclementes
 Aguza y arma de feroz pujanza,
 Gruñe y rechina sus voraces dientes:
 Y como leon famélico rodea
 Su presa apetecida,
 Siempre intentando singular pelea,
 Armado siempre á lucha cruel, reñida.
 Ni esto le basta; al hórrido combate
 Arma la numerosa
 Hueste rebelde, que al violento embate
 Arrastró de su cauda tenebrosa:
 Y su ávida garganta y sed ardiente,
 Y cólera bravía
 Saciara victorioso ciertamente,
 Y á tí en su vientre sepultado habria;
 Si el divino Custodio no velara
 Firme siempre á tu lado:
 Pues ¿quién tantos peligros afrontara
 Y tantos monstruos, sólo y desarmado?
 Mira al joven Tobías; por compañero
 Y guía en su camino

Se le ha dado un celeste mensajero
 Que humano viste aspecto peregrino.
 Joven, tierno mancebo, y de Ananías
 Hijo se había creído:
 Y ¡oh cuántos bienes acarreó á Tobías
 De cuántos dones lo hubo enriquecido!
 Todo en bien trueca; castos himeneos
 Al joven preparóle
 Y felices los hizo; y sus trofeos
 Al malévolo genio arrebatóle.
 El cual ya siete nupcias había hecho
 Infaustas, sufocando
 A los maridos, y el funereo lecho
 Con las téas nupciales abrasando.
 Lejos de allí arrojóle, y gran cadena
 Domó su rebeldía;
 Y aun al padre volvióle la serena
 Luz de sus ojos que perdido había;
 Cuya suerte y contento completóse
 Llorado ya y perdido
 De largo tiempo: pues ¡cuál gusto ó goce
 Cabe al que vive en noche eterna hundido?
 Corre á encontrar, sus fuerzas agotando,
 Al hijo que llegaba;
 Y al báculo apoyado, y tropezando
 Impetuoso á sus brazos se arrojaba.
 Pero ¡ay! que de mirarlo á la esperanza
 Había ya renunciado;
 Mas, su gozo aumentando, esto le alcanza
 De Rafael el cliente así enseñado.
 Pues con la hiel del pece formidable,
 Que casi arrebatóle
 Al padre anciano un hijo tan amable,
 Le ungió la vista, y la áurea luz volvióle:
 Así el guardián divino, en una fuente
 De bienes y ventura
 Lo lúgubre cambió tan felizmente,
 Trocando en risa el llanto y la amargura.
 Mas cuando ya la meta tocaremos,
 La meta de la vida,
 Y en las fauces suspensos nos hallamos
 De la honda eternidad indefinida:
 Es fama que el dragón crudo y sangriento
 Entonce á los mortales

Se mostrará famélico y hambriento,
 Salido de los antros infernales.
 Ruge entonces, cual nunca, ya estallando
 Su saña represada,
 Y de su ira el torrente desbordando,
 Va á trabar cruda lucha encarnizada.
 Ya ha sonado el fatal último instante:
 Espanto y horror doquiera
 Respirase, y al pecho jadeante
 La plétora de sangre se aglomera.
 Saltan los ojos papujados; bronco
 Erízase el cabello;
 Ya se oye el estertor lúgubre, ronco,
 Y dentro el pecho agítase el resuello.
 Mas también, según fama, será dable
 Cerca de nuestro lecho
 Verte, oh guardián, tan fiel y tan amable,
 En aquél paso inevitable, estrecho.
 Y según nuestras obras, con tu egida
 Cubrirnos amoroso
 Te hemos de ver; y la hórrida embestida
 Rechazar con tus armas victorioso.
 ¡Oh! como entonces los que acá vivieron
 De tí en olvido hundidos,
 Y tus voces suavísimas y oyeron;
 Serán de angustia y de pesar roídos.
 Con cuánto ardor desearán sus honores
 Haberte tributado
 Ni haberse ensordecido á tus clamores;
 ¡Tardo pesar, inútil, atrofiado!
 Por la más recta senda tú entretanto
 Llévame á mi destino,
 Y mis pasos inciertos, Angel santo
 De la virtud, afianza en el camino,
 Para que pueda despreciar seguro
 La indómita enemiga
 Hueste de Averno; y sombra y fuerte muro
 En tí encontrar, y una fiel y diestra amiga;
 Y de tí siempre en pos, ya destrozadas
 Del cuerpo las prisiones,
 Aumentar vuestras filas bienhadadas,
 Volar á los sidereos pabellones.

CANTO XII.

PACIENCIA DE DIOS.

TO ERAS UN DIOS CLEMENTE Y MISERICORDIOSO, SUFRIDO
Y PIADO SISIMO, Y PERDONADOR DE LOS PECADOS.

Jonás c. 4, v. 2.

¿Qué furor os arrastra, qué demencia?
Casi el Orbe desplómase crujiendo
Y sacude ya al fin con impaciencia
De la humana maldad el peso horrendo.
Gran parte de los hombres, á la tierra,
Como para insaciable de animales,
Sin acordarse de su Dios, se aferra,
Sin mirar á las playas celestiales.
Oh qué hórridos perjurios sin medida
Se oyen doquiera; cómo cruel, violenta
Víctimas hace la soberbia henchida,
Y la Envidia roedora, macilenta!
La Ira en pos viene, turbulenta, loca,
Siempre rugiendo con rencor eterno,
Sangre chorreando su rabiosa boca:
Son las tres Furias que abortó el Averno,
Quienes, rota su cárcel formidable,
Hora vagan doquiera impunemente.
Y más aún, despótica, indomable,
La Avaricia alza su lodosa frente.
El oro es el Plutón¹ que los umbrales
Rige de Averno; mas de sus horrores
Lo sacaron renuente los mortales,
Y de un Dios le rindieron los honores.
Más improba, mas cruel, se desenfrena

¹ Los antiguos hicieron á Plutón dios de los riquezas por la analogía que hay entre la profundidad en que éstas se encuentran, y las tinieblas y profundidad del Averno mitológico, cuyo rey era el mismo Plutón. Se vale el Autor de esta especie de alegoría mitológica, para indicar el empeño y tesón del hombre en enriquecerse, quien escudriña hasta los senos de la tierra para robarles sus tesoros.

La brutal Liviandad por otro lado,
Que malamente con el nombre suena
De un amor embustero y solapado.
Esta es la esfinge¹ que de cán hambriento
Astuta el cuerpo esconde á quien la adora,
Y la gran cauda de dragón sangriento
Y se muestra cual ninfa seductora.
El cetro ella ambiciona de la Tierra,
El oro ante sus piés rueda al instante;
Tuerzo la vista. Guerra, horrenda guerra
Miro doquier, confuso, trepidante.
Miro de sangre lagos espumosos,
Y hacinados cadáveres sin cuento;
Y entre armas y caballos ardorosos,
Hombres que exhalan el postrer aliento.
Allá ruedan los tronos palpitantes,
Cuerpos sin nombre, pálidas cabezas,
De sangre entre raudales humeantes;
Acá una mano, aun de sus proezas
Acordándose, vibra ya truncada
Del acero sangriento el crudo filo.
¡Ah! ¿dó pondré mi atónita mirada,
Buscando de quietud seguro asilo?
Iré á buscar la paz en los hogares:
De tanto horror descansaré sereno.
Pero ¡oh! ¿qué encuentro? ¡estragos á millares!
Una guerra más cruel mueve el veneno.
Mortal brebaje mezcla astutamente
Pérfida esposa al infeliz marido;
Ni las duras madrastras solamente
La virtud del acónito² han sabido.
Tiende el hermano insidias al hermano;
El hijo contra el padre su osadía
Lleva al extremo, bárbaro, inhumano;
Y aprendieron las madres todavía,
Cruel fierro contra el hijo arrebatando,
A clavarlo impasibles en su pecho,

¹ Compara aquí el Poeta á este vicio con la esfinge, monstruo fabuloso que desolaba el camino de Febas á Delfos, proponiendo enigmas á los pasajeros, y arrojando al mar á cuantos no se los adivinaban. Se le representaba con el rostro, cuello y pecho de mujer, y lo restante de león ó dragón. Fácilmente se hecha de ver que los antiguos quisieron personificar en éste monstruo los halagos y atractivos de los placeres sensuales, y las funestas consecuencias que les siguen.

² Verba muy venenosa, conocida por los antiguos como uno de los más activos venenos.

Ah, sus mismas entrañas desgarrando
 Por desahogar vil cólera y despecho.
 ¿Y otros delitos más aún monstruosos
 Otros males podrán enumerarse?
 ¡Ah, ciertamente! necios presuntuosos,
 Que *Filósofos* osan apelarse,
 Ya sobre toda admiración y pismo
 Prorrumpen contra Dios, y forcejean
 Sus dogmas por mirar con el sarcasmo,
 Y lo más santo y puro babosean,
 Nuevos Tifeos y Encélados,¹ doquiera
 El cielo derrocar han pretendido,
 Y su pluma sacrilega, altanera,
 Contra Dios y el Santuario han esgrimido.
 Ya á la alma Religión atan las manos
 Y el cuello con durísimas prisiones,
 Y trémula y descalza, esos villanos
 La arrastran entre bruscos empellones.
 Bajo el semblante y los modestos ojos,
 Entre infernal confusa vocería,
 Ella avanza tifiéndose en sonrojos
 Por turbas acosada, que á porfía
 La insultan y escarnecen estallando
 En cínicas risadas estruendosas;
 El llanto de los justos ahogando
 Sus gemidos y voces dolorosas.
 ¿Y será de sufrir que impunemente
 Tal triunfo la Impiedad cante atrevida?
 ¿Dónde estás ¡oh! gran Dios Omnipotente?
 ¿Dónde tu fuerte diestra no vencida?
 Aplaste vuestra inmensa pesadumbre,
 Gigantescas montañas, al impío;
 Devora esa maldita muchedumbre,
 Rompe tus diques, piélagos bravío,
 Y un torrente de fuego, en un instante
 La calcine entre rayos vengadores.
 Así clamo: mas Dios, risueño, amante,
 Burla mis amenazas y furorés,
 Y ordena al sol que al justo y al impío
 Ostente su áurea faz de igual manera;
 Y envía su lluvia y bienhechor rocío
 Sin distinción sobre la baja esfera.
 Mas yo insisto: despierta; tu terrible

1 Nombres de dos gigantes de los que intentaron escalar el cielo.

Brazo ya esgrima la fulmínea espada;
 Vuelve Tú mismo con venganza horrible
 Por tu gran causa, por tu ley sagrada.
 ¿Por qué duermes aún?—Dormir parece;
 Tanta es su mansedumbre y su paciencia.
 Pues Él como el mortal no se enfurece,
 Ni el impetu lo mueve, ó la violencia.
 Mas cuando quiere sobre el reo culpable
 El golpe descargar de su venganza,
 Nunca se le escabulle el miserable;
 Su inmensa diestra por doquier lo alcanza.
 Debil fuerza y vigor que poco dura
 Ira impetuosa arguye; Dios clemente,
 Sin igual y benigno es por natura,
 Porque tan sólo Él es Omnipotente.
 Y cuando ya, casi obligado, al reo
 Va á castigar con merecida pena,
 Antes produce horrendo clamoreo:
 Relampaguea su faz, su diestra truena;
 Con hórrido estallido lanza el rayo
¹ Sin trifida saeta; largamente
 Vibra la ardiente espada de soslayo,
 Y hace zumbiar el arco horrendamente.
 Ya te arrancó el terror hondo gemido;
 Un ¡ay me pesa! de dolor sincero
 Apenas de tu pecho hubo nacido,
 Imperceptible, tácito, ligero,
 Ya á su oído ha llegado, y fué bastante;
 Se afloja el arco asolador, ya inerte;
 Caen sin fuerza los dardos al instante;
 Dentro la vaina en paz la espada duerme.
 Tan bondadoso nuestro Dios se ostenta,
 Tan grande es su bondad y mansedumbre.
 A Nínive, ciudad noble, opulenta,
 Poblada por inmensa muchedumbre,
 El profeta Jonás fué enviado un día
 Que á la ciudad culpable y delincuente,
 Entre amenazas anunciar debía
 Desolación, ruina última inminente.
 Mas tal cargo el Profeta recusaba,
 Y el timón á otras playas dirigiendo,

1 Los antiguos poetas pintaban el rayo con tres puntas, semejantes á la de una flecha, por la figura que á veces toma el rayo. Aquí el Autor, en cierto modo, desarma al rayo en mano de Dios, quedando tan sólo la luz y el trueno, mas no sus efectos.

A la opuesta Cilicia navegaba,
 El mandato de Dios desatendiendo.
 Mas ¿podrá contra Dios su rebeldía?
 Al profundo del mar es arrojado;
 Y de un cetaceo en la cabeza umbría
 Vivo el rebelde Vate es sepultado;
 Y después de tres días, con asombroso
 Portento, el monstruo, intacto lo vomita.
 Y ya obediente entonces, presuroso,
 Toda recorre la ciudad proscrita;
 Y por calles, suburbios y por plazas
 Resonaban sus lúgubres clamores;
 Y envueltos en terribles amenazas,
 Tronaba estos acentos voladores:
 "Cuarenta días, y la ciudad entera
 Será de sus cimientos arrasada,
 Y hórrido estrago, ruina lastimera,
 La dejará entre escombros sepultada."
 De espanto y de dolor profundamente
 Los Ninivitas á tal voz movidos;
 El pecho con la mano tristemente
 Golpeaban, exhalando hondos gemidos.
 El mismo Rey, del trono rutilante
 Salta, arrojando las insignias reales;
 Y del dolor más vivo y penetrante
 Dá inequívocas muestras y señaes.
 Viste de cerdas un sayal hirsuto;
 Alimento no prueba, ni agua pura,
 Y su cabeza por el hondo luto
 Con inmunda ceniza desfigura.
 El ejemplo del Rey el pueblo entero
 Sigue al instante, y su tristeza imita;
 Y aun al mismo ganado, en el otero,
 Que á los pastos se acerque se le evita.
 Cuadrúpedo ninguno por los prados
 Liba la onda de límpida corriente;
 Los tiernos corderillos destetados,
 Balando al prado asordan tristemente.
 ¿Serán, pues, indultados los culpables?
 Sin duda alguna; aunque el Profeta en vano
 Truene sus amenazas formidables,
 La espada que ya Dios tiene en su mano
 Embotarán los llantos del que ruega:
 Tan fácilmente nuestro Dios amante,
 A decirlo me atrevo, se doblega

Y su ira apaga el llanto suplicante.
 Y, sin embargo, un tiempo en sus furores
 Sobre el mundo lanzó las avenidas
 De los mares y ríos bramadores.
¹ Cuatro grandes ciudades corrompidas
 Abrazó con ardiente torbellino,
 Que entre brumas espesas aun humea:
 Una mujer que en medio del camino
 Su vista por descuido atrás voltea,
 En estatua de sal luego es trocada.
 De Moisés á los tres murmuradores,
 Bajo sus piés la tierra desgajada,
 Los sepulta el Averno en sus horrores.
 En cuadrúpedo cambia á un poderoso
 Monarca excelso, ² de arrogancia lleno,
 Y á las bellotas ya se arroja ansioso
 Y de los prados á comer el heno.
 Mas hora no es el mismo; ha enmudecido
 Jehová: sus iras tiene encadenadas;
 Y en más profundo sueño sumergido
 Parece, que en las épocas pasadas.
 ¿No hay que extrañar! ¿no ves un tierno infante,
 Que inerte, tiritando, blandamente
 Duerme en el seno de su Madre amante,
 Y de su pecho virginal pendiente?
 El que era en otro tiempo león terrible
 Se ha en Cordero mansísimo trocado,
 Que cual sangrienta víctima apacible,
 Calma del Padre el ceño provocado.
 No como antes la espada enrojecida
 Y el dardo asolador vibrar sus manos:
 Hoy desgarradas por sangrienta herida
 Las traspasan tres clavos inhumanos;
 De ellos ¡ay! cuelga el Hacedor del mundo,
 Conciliando de nuevo, así rendido,
 Con el Padre y consigo al mundo entero;
 Y á sí mismo en bondad hora ha excedido.

¹ Según la común opinión, fueron cinco las ciudades destruidas con el fuego, á saber: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Segol, cuyo lugar ocupa ahora el Mar Muerto ó Lago Asfáltico. Concuerda con este número el nombre de *Pentápolis*.

² *Nabuco Donosor*, que en castigo de soberbia fué despojado del uso de la razón, recibiendo en cambio el aspecto exterior y los instintos brutales; hasta que conociendo su pecado, pidió perdón y se humilló ante Dios.

CANTO XIII.

JUSTICIA DE DIOS.

DIOS ES FIEL Y SIN SOMBRA DE INIQUIDAD, INTEGRO Y JUSTO

(Deut. c. 32. v. 4.)

Creed, oh mortales, y prestadme oído:

Dios es veráz y justo; ni ofuscarse

Puede su mente, por error vencido,

Ni á la verdad su boca revelarse:

Penas y galardones ha fijado,

Y su fiel cumplimiento Él ha jurado.

Horrendas son aquellas; portentosos

Sus premios son, sublimes sus promesas.

Podrán antes los astros luminosos

Desplomarse entre ruinas y pavesas,

Y arrancar los celestes pabellones

Sus sólidas y fuertes trabazones;

Podrá estrellarse el Universo entero:

Mas de Dios las palabras permanecen.

Ningún engaño ni doblez artero

De su equidad los fueros entorpecen;

Aquí no puedes corromper testigos,

Ni al influjo apelar de los amigos,

Ni enmarañar los votos y sentencias,

O introducir postizos documentos.

No hace Él sentir al justo sus violencias,

Vendado por testigos fraudulentos,

Pésimo error humano, ni al malvado

Impune deja, en su maldad holgado.

Jamás Él de su norma se desvía,

Ni provoca su fallo inexorable

Algun viejo rencor ó simpatía.

Nunca sus leyes pisotea el culpable,

Sin que en él con indómита pujanza,

Se descargue el furor de su venganza.

Ante Él los andrajosos son iguales

A los que visten púrpura esplendente;

Nada á su vista somos los mortales.

Él tan sólo examina imparcialmente,
 No las nobles alcurnias y blasones,
 Mas las obras del hombre y sus acciones.
 Pesa Él en su balanza el premio y pena
 Que al mérito responde; en su siniestra,
 De sangre aun y de furor no llena,
 Brilla una ardiente espada, y en su diestra
 Palmas de triunfo y gloria indeficiente,
 Y en ambas Él se muestra Omnipotente.
 Vuela á una seña la implacable muerte
 Su mandato á cumplir pronta y ligera,
 Y todo cimbra con su choque fuerte,
 Lo arrolla todo en su embestida fiera,
 Los héroes y los grandes despreciando,
 Los cetros y diademas pisoteando.
 No como el vil mortal Él se enfurece,
 Y ruje á cada hora; espera, calla,
 Y lento á la venganza, se adormece.
 Mas, finalmente su furor estalla
 Ya desde largo tiempo represado,
 Y la cabeza aplasta del malvado.
 No de otro modo, caudaloso río,
 El fuerte dique con furor rompiendo,
 En que inerme, sin fuerzas y sin brío,
 Se estancaba, sus iras reprimiendo;
 Se arroja con estruendo finalmente
 Entre espumoso torbellino hirviente;
 Y envuelto en amenazas y furores,
 De terror precedido y hondo espanto,
 Arrastra los rebaños y pastores,
 Y las selvas arrolla, y ruge tanto,
 Que apenas un pastor hubo evadido,
 Acaso en risco altísimo subido.
 Y atórito mirando el cruel estrago,
 Ya ni al destroso de su grey atiende;
 Pues todo tiembla ante el terrible amago
 De que apenas el monte lo defiende,
 Y ni aun la erguida roca está segura.
 Mas sombra es ésto, pálida figura.
 Mayores iras guarda el poderoso.
 Un fuego inextinguible Él ha encendido
 De la tierra en el centro pavoroso,
 De eterna noche en el horror hundido:
 Dentro amenaza, agítase y rebrama
 La sempiterna abrasadora llama.

No creas que allí el Tartareo¹ Flegeton
 Adusto por el cieno se desliza,
 Ni que haya Estigio lago que Caronte,
 Con su trémula barca apenas riza:
 Pueril es esto todo; más ardiente
 Fragua se enciende en la región doliente.

Más horrendos suplicios, nunca oídos
 Siempre al reo transgresor, allí se inflijen,
 Por Apolo y sus Musas no sabidos:
 De tal verdad te explicaré el origen.
 Cuando Jehová del negro caos profundo
 La mole hizo surgir del vasto mundo:

Los ángeles soberbios conspiraron
 Rebeldes contra el cetro del Eterno;
 Y los primeros en tropel rodaron
 Al bátratro espantoso del Averno.
 Estos son los verdugos y ellos mismos
 Atormentados son en los abismos.

¡Ah qué crudos verdugos, qué sayones!
 Que con industrias sin cuento y artificios
 Hacen gemir las hórridas prisiones,
 Y alambican mil formas de suplicios
 Por saciar su rencor y negra envidia,
 Refinando su bárbara perfidia.

Y cuanto más su saña represada
 Contuvo Dios sobre el mortal culpable,
 Ni empuñó luego su terrible espada,
 Dando tregua á la muerte inexorable
 Para llamarlo, de ternura lleno,

Al dulce abrigo de su amante seno;
 Con más furor á la fatal venganza,
 Su miserable víctima aferrando,
 La satánica turba se abalanza
 Colérica y hambrienta, trasformando²
 Con artes inauditas su figura
 En monstruos mil y horrores de natura.

¹ Uno de los cinco ríos que circulaban por el infierno pintado por la Mitología. Su nombre significa en griego: *que abrasa con su fuego*. El lago Estigio, ó río del mismo nombre, tiene igual origen, su nombre significa, *odio*. Caronte era el barquero del infierno, que tenía á cargo trasportar las almas al otro lado del Aqueronte y del Estigio. El Tártaro y Averno, se toman también como la parte más honda del infierno, y aun por el mismo infierno.

² Se ha usado siempre de este lenguaje figurado, para describir las penas del infierno. No hay precisamente esos monstruos y animales. Pero como el infierno es *el lugar de los tormentos*, hay ahí cuanto pueda causar pena y dolor, y por lo tanto, algo que cause el horror que sentimos por los animales más horribles y espantosos.

Ora en tigres se truecan, ora en osos;
 Ya en lobos rapacísimos, sangrientos;
 Y sus garras y dientes espantosos,
 Avidos ceban, entre mil tormentos;
 Ni pueden en su víctima saciarse,
 Ni en sus suplicios hórridos hartarse.

Siempre amenazan con feroz aullido:
 Jamás aflojan su aferrada presa:
 El que en tigre feroz se ha convertido,
 Luego en buitre se cambia con presteza;
 Hínca su agudo pico en el culpable,
 Y la sangre le chupa al miserable;

Los miembros le acribilla, y con su garra
 Y con su curvo pico las entrañas
 Rompe, destroza y sin piedad desgarrar
 Con mil suplicios y feroces mañas;
 Y lo azotan sus álas y en su pecho
 Tiene su nido de agujijones hecho.

Mas otros las escamas ponzoñosas,
 De dragones vistiendo, lo sofocan
 Con sus vastas espiras musculosas,
 Y ensangrientan y manchan cuanto tocan
 Ya con los dientes ó redondos ojos,
 De fuego y sangre y de veneno rojos.

No puede describir la lengua humana
 Las penas sin igual que allí atormentan,
 Pues sería empresa temeraria y vana.
 Mas hondo horror y espanto experimentan
 Aquellos reinos á la luz cerrados,
 Por la inmensa caterva de malvados.

La sañuda Discordia, en sangre roja,
 Allí vela sin tregua noche y día;
 Y á las entrañas del proscrito arroja
 Teas impregnadas por su mano impía
 En el veneno y sangre corrompida
 De las horribles Furias que ella cuida;

É indómito rencor, ira terrible
 Dentro ese pecho sin cesar fomenta;
 A cuyo soplo el odio irresistible,
 Que en el réprobo siempre se alimenta,
 Las horrendas pupilas centelleantes
 Hace saltar, á brasas semejantes.

Lúgubres ayes, gritos inclementes,
 Desgarran y ensordecen los oídos,
 Entre el crujiir y rechinar de dientes.

Los réprobos en cólera encendidos
 Chócanse y despedázanse á porfía,
 Ni se hartan de feroz carnicería.
 Pero otra horrible pena punzadora
 Allí castiga y en dolor inunda,
 Más aún que la llama abrasadora
 De la horrenda voráGINE profunda:
 Su bellissimo rostro, Dios torcióles,
 Y sus lampos divinos escondióles:
 Ese rostro ante el cual ríos de dulzura
 Mana el cielo, y el sol resplandeciente
 Su faz oculta en sórdida negrura;
 Y de estrellas la pléyade luciente
 En un borrón se trueca. Más el pecho
 Del réprobo es roído de despecho.
 Al ver qué tan Gran Bien ni aun con la mano
 Pudieron alcanzar, para engolfarse
 En ese de bondad profundo oceano
 Sin que nunca pudiera ya menguarse
 Su goce inmenso; y de esa bienandanza
 Jamás concebirán ténue esperanza.
 Invocarán la muerte, é inaccesible
 Se hará sorda á sus hórridos aullidos;
 Pues jamás por la llama inextinguible
 Quedarán á pavesas reducidos;
 Y arrastrando durísimas cadenas,
 Sin fin se guardarán á nuevas penas:
 Y en el fondo de lóbregas prisiones
 Entre las sombras de aquel cáos eterno
 De ardiente azufre envueltos en turbiones;
 Rugirán siempre en luto sempiterno.
 Estas penas Jehová, como obligado,
 Y á fuerzas, preparó para el malvado.
 Mas ¡con qué amor y paternal empeño
 A los justos reparte á manos llenas
 Las palmas y riquezas de que es dueño!
 En las regiones claras y serenas
 Del alto empíreo en trono levántóles,
 Y el cetro de los mundos dividióles:
 Allí reinan sin fin, sin fin dichosos,
 De los reyes burlando la opulencia,
 Y pasean por los astros luminosos
 Y desafían al sol en transparencia;
 Bajo sus plantas miran las esferas
 Tender su vuelo, raudas y ligeras.

No se escuchan los ayes y gemidos
 En esas vastas playas inmortales
 Que el Señor preparó á sus escogidos;
 Nuuca el dolor penetra esos umbrales:
 El mismo Dios del rostro de sus santos
 Ha enjugado las lágrimas y llantos.
 Lejos de allí la Angustia y los Cuidados
 Y el ceño de la Muerte y sus horrores,
 Y de Tristeza los sombríos nublados,
 Y todos los Afanes roedores
 Que del hombre en el pecho carcomido
 Han fabricado su espinoso nido,
 Y, como herencia de la baja esfera,
 Le mueven siempre guerra desastrosa.
 Tan sólo reina allí la FÉ¹ sincera
 Y la Concordia amable y armoniosa,
 Y el purísimo Amor que sólo existe
 En ese reino que de luz se viste.
 Allí él no sabe flechas ponzoñosas
 Impregnadas de hiel ocultamente
 Forjar, hurdiendo tramas insidiosas.
 Cuanto más uno se ama, más ardiente
 Su puro amor prodiga al coro entero,
 De su inmensa ventura compañero.
 Uno al otro en dulcísimos abrazos
 Estrecha, rebosando la alegría
 Del más sincero amor, con firmes lazos:
 Se dan mil parabienes á porfía,
 Y sus victorias cantan aplaudiendo,
 Siempre entre paz y júbilo sonriendo.
 Reina allí la ventura por doquiera,
 Las Gracias y los coros y los cantos;
 Y el Candor y Amistad, fiel compañera,
 Allí todos desplegan sus encantos.
 De los pasados males la memoria
 Hace entonar mil himnos de victoria:
 Pues mientras con más saña la caterva
 De angustias y congojas y dolores,
 Los hubo de acusar cruda y proterva
 Al durar de esta vida los albores:
 Más crecen en el alma las delicias,
 Del amable Señor tiernas caricias.
 Este júbilo inmenso que impetuoso

¹ La fidelidad y plena seguridad que reina entre todos.

Los inunda, cual rápido torrente,
Será siempre raudal de un nuevo gozo,
De un gozo embriagador, indeficiente.
De tan sublime espléndida ventura,
Dios es el manantial, la fuente pura.
Ya todas en sus vívidos fulgores
Se empapan esas almas venturosas
Y de cerca le beben sus ardores:
Pues de la Fé las voces misteriosas
Ahí ya para siempre enmudecieron,
Y las sombras y enigmas se extinguieron
Que embotaban los rayos del divino
Sol escondido á la mortal creatura.
Pero ahora de un modo peregrino
¹ Toda abarcan de Dios la Esencia pura;
Y allí engolfadas, aun rebosa el pecho
Para esa dicha indefinida estrecho.
Oh felices mil veces sin medida;
Jamás de vuestra dicha los confines
Veréis en las regiones de la vida,
Mientras Jehová en alados querubines
Siente su excelso trono, y sin segundo
Su cetro extiende por el vasto mundo.

CANTO XIV.

BELLEZA DE DIOS.

QUE SI ENCANTADOS POR LA BELLEZA DE TALES COSAS,
LAS IMAGINARON DIOSAS,
DEBIERON CONOCER CUANTO MAS HERMOSO ES EL
DUEÑO DE ELLAS.

Sap. 13, v. 3.

Si algún mortal de la hermosura humana
Siempre los ojos con desdén torciera
Y avasallado por locura insana
Sólo la vana sombra persiguiera;
Y á guisa de cuadrúpedo arrastrando

¹ Esta visión de los bienaventurados, puede llamarse infinita por razón de su objeto que es Dios, y en este sentido abarcan toda la Esencia divina, aunque respecto del modo con que contemplan á Dios, no puede decirse que la abarquen.

Sus piés y manos por el bajo suelo,
Al vano simulacro requebrando
Con dulces voces, con creciente anhelo,
Mil besos le brindara entre sonrisas,
Y estrecharlo sus brazos intentarían:
¡Cuántos dicerios, mofas, cuántas risas
Contra aquél insensato resonarán!
¿Qué es lo que haces? ¿acaso has renunciado
Al bien de la razón? ¿por qué una instable
Sombra fugaz persigues desalado?
¿No ves que su señor es más amable?
De él más bien sigue en pos, y sólo dueño
Sea de tu ciego amor, que bien merece.
Esta sin par demencia y loco empeño
En nosotros también se arraiga y crece:
Y de este error censores tan severos,
Ciegos también, por él somos vencidos.
Corremos extraviados mil senderos
Tras de una sombra de beldad perdidos.
Tras de fugaces pálidos albores,
Delirando sin fin nos arrastramos,
Ni á ver del Sumo bien los resplandores
Jamás la enferma vista levantemos:
Y aunque Él sólo es la Fuente de belleza,
La Esencia de la gracia y hermosura:
La mente humana en su fatal rudeza
Más ama y acaricia sombra oscura.
¹ Bello es, sin duda, el sol y las estrellas
Y la plateada luna; los humanos,
Como rendidos por sus luces bellas,
Las honraron cual dioses soberanos.
Sin mirar cuánto Aquél es más hermoso
Que viste al mismo sol resplandeciente,
Y tachoó el empíreo luminoso
Con astros mil de luz indeficiente.
Mas dirás, que tan loco desvarío

¹ En este canto, el Autor, usando de una hermosa graduación ó climax, nos hace remontar á la Belleza Increada.

Hace punto de partida de lo que primeramente hiere nuestra vista con un dulce encanto, como la luz de las estrellas, de la luna, del sol. Pasa después á la belleza animada, la belleza humana, que no es más que la prisión del alma, y un pálido reflejo de su hermosura. Bosquejada, por fin, con magníficos rasgos esta hermosura, que no es sino una oscura sombra y un destello tenuísimo de la divina Hermosura; despliega arrebatadamente el vuelo hácia este infinito Foco de belleza, y entonces le dá todo el ensanche á los afectos de un corazón embriagado en el amor divino.

Hace ya mucho tiempo desterrase:
 Y de la faz el globo el culto impío
 A esas falsas deidades extinguióse:
 Así es por cierto; ya el mortal no adora
 Las estrellas y el sol: mas ¿qué provecho?
 ¿Si á dioses más despóticos ahora
 Inciensos quema en su mezquino pecho?
 Altaíera mujer, que lo ha hechizado,
 Usurpa á Dios su enseña soberana,
 Y su trono de nubes circundado,
 Le eclipsa su lucero á la mañana,
 Y al mismo sol deslumbra y á la luna,
 Ni se detiene el hombre en su ignorancia,
 Sin que asome á su faz vergüenza alguna
 De confesar, con sin igual jactancia,
 Que demente y frenético la adora,
 Al mismo Omnipotente anteponiendo
 Una falaz sonrisa halagadora
 Con gran desprecio, con desdén horrendo.
 No advierten que del llanto y la amargura
 Ha sido la mujer fecunda fuente;
 Y que por ella en luto y desventura
 Gimió perdido el mundo delincuente.
¹ Tantos pueblos jamás ha desolado,
 Peste voraz ó estrago sanguinoso,
 Como el mortal veneno con que ha armado
 La mujer á su aliento ponzoñoso:
 Más cruel que Marte torvo, furibundo
 Que no se harta de sangre ni de horrores,
 Fué la impúdica Venus para el mundo,
 Fatal por sus mortíferos amores.
 Nos hace enloquecer toda hermosura
 De la que en pös con frenesí corremos;
 Mas cubre nuestros ojos sombra oscura
 Y donde está lo bello nunca vemos.
 Vamos, pues; á esta ninfa seductora
 Quitarle el alma: ¡oh Dios! ¡cesó el encanto!
 Hórrido espectro, un tronco ella es ahora,
 Que pasma y horripila y mueve á espanto.
 Sus fúlgidos luceros se eclipsaron,

¹ Expresiones en que campea la hipérbole. No siempre la mujer há sido causa de los males que se le imputan, tal vez las más, no ha sido sino una mera ocasión. Pero se ve que la mente del Autor es poner de realce las funestas consecuencias ocasionadas por un mar desenfrenado y sin ley alguna.

Y de la blanca cristalina frente
 Los lirios del candor se marchitaron
 Y de las rosas el carmín ardiente.
 Las purpureas mejillas se tifieron
 De palidez, perdiendo su frescura,
 Y los cárdenos labios se torcieron,
 Y entreabierta quedó la boca oscura.
 Tanto brillo y fulgor se ha ya extinguido,
 Al arrancarse en su altivez el alma,
 Y á tan mágico encanto ha sucedido
 Luto, sombra, pavor y glacial calma.
 Un cúmulo de estragos y de horrores
 Se desplomó sobre los fríos despojos,
 Presa de feos insectos que en hervores
 Hacen nido en su rostro y en sus ojos,
 Y se agrupan con hórrida fiereza
 A saciarse de podre y de inmundicias:
 Hé aquí lo que tanto te embeleza;
 La sombra de una sombra tú acaricias.
 La belleza mortal que te seduce
 Es del alma la sombra y la figura;
 Es la estrecha prisión que la reduce
 A gemir sumergida en amargura.
 Sombra, imágen de Dios, vital aliento
 De su divina boca immaculada
 Es nuestra alma; mas ella en un momento
 Rompió ya su prisión desmantelada;
 Y ¡oh! qué ufana se huelga y placentera
 De ver rotos los grillos finalmente
 Que tanto tiempo en la mortal carrera
 Sin sentir arrastró miseramente!
 Se acuerda de su alcurnia y ya impetuosa
 Y frenética anhela allá lanzarse.
 La baja tierra hollando desdeñosa,
 Y á su origen primero remontarse;
 Con su brillo los astros desafía;
 En su rápido vuelo las esferas
 Atónitas la miran á porfía,
 Y suspenden sus órbitas ligeras;
 Y á su paso, en lugar de frescas flores
 Más vivas las estrellas centellean,
 Y le alfombran la vía con sus fulgores,
 Y en ser por ella holladas forcejean.
 Conjetura, si puedes, cuán más bello
 Es el Creador, de quien ésta alma pura

Es ténue aliento, pálido destello,
Sombra, débil fulgor de su hermosura.
Ver tan sólo una vez tu faz hermosa,
Embeleso del mundo, Dios amable,
Y bañarse en tu luz esplendorosa,
Basta para alcanzar dicha inefable,
Y retratar tu viva semejanza
Y reflejar tu brillo semejante.
La pléyade inmortal nunca se cansa
Fijando en Tí su vista penetrante;
Y tus alados ínclitos campeones,
Flor de tu corte, espléndida y luciente,
Que asisten á tus altos pabellones,
No sienten de los siglos la corriente
Y los años seis mil ya deslizados,
De tiempo átomo vil, indivisible
Los creen, en tus dulzuras engolfados,
Disfrutando de dicha inadmisibile
Sólo de verte por ardor movidos,
Del cuerpo las cadenas olvidamos,
Y por fuerza invisible acometidos,
Del aire á la región nos elevamos:
Una ambrosía embriagante se derrama
De lo alto y nos inunda; reverbera
Tu fuego abrasador y nos inflama
Y penetra las médulas doquiera.
Como se arroja á la apacible fuente
El ciervo jadéante que ha corrido
Por montes y breñales largamente,
Por la sed acosado y ya rendido:
Así te busco ansioso, así yo anhele
Sin sosiego y quietud, verte, estrecharme
A Tí por siempre, desplegando el vuelo,
Y en tu Belleza espléndida extasiarme;
Y ya este fuego ardiente me devora
Los huesos, las entrañas, é impaciente
Me consume esta sed abrazadora
De penetrar en tu mansión luciente.
Mas ¡ay de mí! que en triste desventura
Gimo, de esa mi patria desterrado
En mazmorra estrechísima y oscura,
¡Cuán distante, cuán lejos de tu lado!
En tan espesa noche sumergido,
De tu faz se me niegan los fulgores;
Ah ¡cuándo finalmente concedido

Me será contemplar tus resplandores?
Y arrojarme por siempre entre tus brazos,
Y ver de cerca tu áurea faz amable?
¿Cuándo estos nudos, estos viles lazos
Romperé de la carne deleznable
Para volar al sempiterno día?
¡Ya bastante he llorado sumergido
De este destierro en la prisión sombría!
Mis lágrimas ya enjuga condolido.
Aquestas pesadísimas cadenas
Que ya hace tiempo arrastro, al fin quebranta.
De tu poeta entre tanto las faenas
Fecunda, almo Jehová, con tu áura santa,
Y tu luz increada se derrame
En copioso raudal sobre mi mente;
Y sólo piense en Tí, tan sólo á Tí ame,
Sin par, Unico Hermoso, eternamente.

CANTO XV.

SEÑOR DEL CIELO.

EL CIELO EMPIREO ES PARA EL SEÑOR, MAS LA TIERRA,
LA DEJO A LOS HIJOS DE LOS HOMBRES.

(Ps. 113. v. 16.)

Ya vuelve el aterido¹
Invierno perezoso y se revienta
Ya la trama sutil de mi existencia.
De horror sobrecojido
Miro la torva faz que el cielo ostenta
De la cruda estación por la inclemencia;
Y los días tenebrosos
Asomar borrascosos
De la noche copiando los horrores,
Y lluvias entre escarchas prepararse
En continuo vaivén; ya siento el frío
Que emprisiona los ríos bramadores,
Y les prohíbe hacia la mar lanzarse;
Y miro ya por su furor bravío

¹ El Autor se encontraba entonces en Ferrara, situada muy al Norte de Italia; el frío ahí es muy intenso y molestísimo.

Es ténue aliento, pálido destello,
Sombra, débil fulgor de su hermosura.
Ver tan sólo una vez tu faz hermosa,
Embeleso del mundo, Dios amable,
Y bañarse en tu luz esplendorosa,
Basta para alcanzar dicha inefable,
Y retratar tu viva semejanza
Y reflejar tu brillo semejante.
La pléyade inmortal nunca se cansa
Fijando en Ti su vista penetrante;
Y tus alados ínclitos campeones,
Flor de tu corte, espléndida y luciente,
Que asisten á tus altos pabellones,
No sienten de los siglos la corriente
Y los años seis mil ya deslizados,
De tiempo átomo vil, indivisible
Los creen, en tus dulzuras engolfados,
Disfrutando de dicha inadmisibile
Sólo de verte por ardor movidos,
Del cuerpo las cadenas olvidamos,
Y por fuerza invisible acometidos,
Del aire á la región nos elevamos:
Una ambrosía embriagante se derrama
De lo alto y nos inunda; reverbera
Tu fuego abrasador y nos inflama
Y penetra las médulas doquiera.
Como se arroja á la apacible fuente
El ciervo jadeante que ha corrido
Por montes y breñales largamente,
Por la sed acosado y ya rendido:
Así te busco ansioso, así yo anhele
Sin sosiego y quietud, verte, estrecharme
A Ti por siempre, desplegando el vuelo,
Y en tu Belleza espléndida extasiarme;
Y ya este fuego ardiente me devora
Los huesos, las entrañas, é impaciente
Me consume esta sed abrazadora
De penetrar en tu mansión luciente.
Mas ¡ay de mí! que en triste desventura
Gimo, de esa mi patria desterrado
En mazmorra estrechísima y oscura,
¡Cuán distante, cuán lejos de tu lado!
En tan espesa noche sumergido,
De tu faz se me niegan los fulgores;
Ah ¡cuándo finalmente concedido

Me será contemplar tus resplandores?
Y arrojarme por siempre entre tus brazos,
Y ver de cerca tu áurea faz amable?
¿Cuándo estos nudos, estos viles lazos
Romperé de la carne deleznable
Para volar al sempiterno día?
¡Ya bastante he llorado sumergido
De este destierro en la prisión sombría!
Mis lágrimas ya enjuga condolido.
Aquestas pesadísimas cadenas
Que ya hace tiempo arrastro, al fin quebranta.
De tu poeta entre tanto las faenas
Fecunda, almo Jehová, con tu áura santa,
Y tu luz increada se derrame
En copioso raudal sobre mi mente;
Y sólo piense en Ti, tan sólo á Ti ame,
Sin par, Unico Hermoso, eternamente.

CANTO XV.

SEÑOR DEL CIELO.

EL CIELO EMPIREO ES PARA EL SEÑOR, MAS LA TIERRA,
LA DEJO A LOS HIJOS DE LOS HOMBRES.

(Ps. 113. v. 16.)

Ya vuelve el aterido¹
Invierno perezoso y se revienta
Ya la trama sutil de mi existencia.
De horror sobrecojido
Miro la torva faz que el cielo ostenta
De la cruda estación por la inclemencia;
Y los días tenebrosos
Asomar borrascosos
De la noche copiando los horrores,
Y lluvias entre escarchas prepararse
En continuo vaivén; ya siento el frío
Que emprisiona los ríos bramadores,
Y les prohíbe hacia la mar lanzarse;
Y miro ya por su furor bravío

¹ El Autor se encontraba entonces en Ferrara, situada muy al Norte de Italia; el frío ahí es muy intenso y molestísimo.

Los mármoles y troncos desgajados
 Y los campos desiertos y enlutados.
 Los que en tan triste suelo
 Vieron la luz, se ríen de mis congojas;
 Y afirman ser forzoso que la nieve
 Ruede del alto cielo
 Para que el bosque, de sus verdes hojas
 La hermosa pompa y lozanía renueve,
 Y el valle y la pradera
 En la aurea primavera
 Se corone de mieses ondulantes;
 Pues que de otra manera se enervara,
 Perdiendo su vigor, la mustia tierra
 Si el invierno con lluvias incesantes
 Sus fecundas entrañas no empapara;
 Ni el jugo renovara, que ella encierra,
 De las nieves el gélido rocío
 Para hacerla esmerar en el estío.
 Mas yo de haber vivido
 Me acuerdo aún, bajo una tersa y pura,
 Bóveda que los fúnebres crespones
 De invierno no han podido
 Despojar de su espléndida hermosura,
 Ni manchar sus azules pabellones.
 Si alguna vez la nieve
 Con su plumaje leve
 Tapizara los campos, á porfía
 Atónitos los niños se agolparon,
 Los jóvenes y ancianos; y al momento
 Que cayó sobre el suelo que cubría,
 Los calores del sol la disiparon
 Volviéndola á su líquido elemento;
 Ni se endurece, crestas levantando,
 Ni arrogantes montañas imitando.
 No obstante, más fecundo
 Es el suelo feraz de esas regiones,
 Que no sólo prodiga dadivoso
 Lo que este antiguo mundo
 Brinda de sus tesoros ricos dones,
 Sino que aun más se ostenta prodigioso:
 Pues son (aun ignorados
 Y aquí jamás nombrados)
 Mas de treinta los frutos exquisitos
 De sabor y riquísima fragancia
 Y de mayor tamaño y lozanía

Y variados colores infinitos
 Los que produce y brinda en abundancia
 Aquel suelo que nutre en demasía
 A sus hijos que pródigo alimenta,
 Y sin fatiga y sin afán sustenta.
 En nada esta natura
 De esa región remeda los primores.
 El labriego, no obstante, ama el barbecho
 Que con la azada dura
 Él cultiva y empapa en sus sudores,
 Y lo prefiere á todos en su pecho.
 Dulce y amable al hombre
 Es de la patria el nombre,
 Está á uno en su pecho amamantado,
 A otro, aquella con amor materno,
 Y cada quien ensalza á las estrellas
 La madre que por suerte Dios le ha dado.
 Mas Dios de su tesoro sempiterno
 De dones enriquece éstas y aquellas,
 Y ostenta su dominio de mil modos
 Sobre los hombres y países todos.
 Así manda á la nieve
 Que esta región oprima silenciosa;
 Y que empapen las lluvias su hondo seno;
 Mas de aquella remueve
 De la nieve la bruma insidiosa;
 Y al invierno le manda que sereno
 Se muestre y bonancible,
 Y su rostro apacible
 Entre nublados fúnebres, no oculte;
 Hace que aquí sus dardos inflamados
 Arroje el sol en el estío candente,
 Y allá que entre las nubes se sepulte,
 Y que los montes y tendidos prados
 Rieguen las lluvias abundantemente;
 Y sin larga demora se desvíe
 La nube y vuelve al cielo su alegría.
 Nos cubre por doquiera
 La agigantada bóveda del cielo;
 Y aunque de allí no siempre se deriva
 Lo que el mortal espera
 Y exige en su ambición al fértil suelo;
 Mil bienes y mil cómodos de arriba
 Nuestra existencia alientan,
 Y su vigor sustentan.

Mas hacer que su índole ó costumbres
Corrija el cielo aunque el ingenio humano
Se torture, jamás conseguiremos.
Pues el Señor que en las etereas cumbres
Todo gobierna con potente mano,
Y formó de la nada cuanto vemos,
Nos dividió el imperio de este mundo,
Pero en el cielo impera sin segundo.

¹ Cuando retumba el trueno
[Es la voz del Señor] y cuando airosa
Con sus álas flameantes azotando
El ambiente sereno
Se avalanza la muerte, impetuosa,
Hórrida el rayo trifida vibrando;
El hombre palidece;
Su cuerpo se estremece;
Da vuelcos mil el corazón turbado.
Como el reo cuando sube palpitante
El fúnebre tablado justiciero,
Y ya mira al sayón aparejado,
Y el filo relumbrar amenazante
Del homicida sanguinario acero,
Y lo asalta el horror y lo devora,
Insta ya la fatal última hora.

¿Quién podrá en las alturas
Igualarse al Señor? cual denso velo
Las nubes Él extiende con su mano
En las vastas llanuras
Del azulado y luminoso cielo,
Y otra vez las aleja:
Y el empíreo despeja:
A un golpe de ojo al cielo rutilante
Nubarrones densísimos envuelven,
Y con sombras de luto su faz cubren;
Y á otro golpe de vista en un instante
Los húmedos vapores se disuelven
Y las azules bóvedas descubren;
Sonríe el cielo y de nuevo su alegría
Vuelve á la tierra con la luz del día.

² Cuando el turbión bramando

¹ Sigue el Autor amplificando los anteriores conceptos, ó sea la impotencia del hombre en invertir el orden natural, pues el simple estallido del rayo, tanto lo aterra y amedrenta, pensando que aquel terrible meteoro le puede quitar la vida en un instante.

² Sigue aquí un hermoso paralelo entre las regiones tropicales y los paí-

Precipita entre espesos granizales
Entre el fragor horrisono del trueno,
Pavor, luto acarreando,
Nada podrán en contra las mortales.
Ya el triste labrador, de espanto lleno
Huye despavorido;
Y apenas defendido,
Y por hueco peñón mal abrigado;
Sus halagüeñas mieses destrozadas
Por el ronco huracán, ve en un momento
Y el campo todo escuálido y ajado.
Lo que alcanzan sus lánguidas miradas,
Todo aparece triste y macilento
Su grama el prado, y la floresta umbría
De sus hojas perdió la lozanía.

Ni una caña siquiera
En pié se tiene con su blonda espiga,
O aunque sin uvas, pámpano frondoso:
Respirase doquiera
Horror, miseria, pánico que hostiga
Con más quietud y paso silencioso
La nieve que descende
Del cielo, mansa tiende
Sobre la alta montañía y sobre el prado
Sus insidias, ni el hombre pertrecharse
Podrá para esperarla apercebido.
Aunque de su arte y de su industria armado;
Pues sus copos envía sin anunciarse,
Al campo sorprendiendo adormecido,
Y oprime silenciosa los barbechos,
Y los lagos, los montes y los techos,
Cegó todo el sendero
Al triste caminante, que sin tino,
Como en medio del mar el nauta vaga,
Perdió su derrotero,
Al azar entregado y al destino:
Y antes que la primera se deshaga,
Otra hay que le suceda
Que ya del cielo rueda
Con sus ampos de luz la vista hiriendo;
Se derrite después pausadamente

ses colocados en las zonas templadas y frías. En aquellas hay tempestades, huracanes etc., en éstas, la nieve se enseñorea de los prados y montes y todo lo entristece y cubre de luto, causando otras muchas innumerables molestias.

Sobre los yertos techos empapados,
Y con oculta maña, al fin venciendo,
Los destraba y desarma lentamente,
Sin esperar los pálidos nublados;
Tras la primera viene la segunda,
Y con riego peremne el campo inunda.

Ya el vino y agua pura
Y el aceite en las gélidas regiones
El diente de la sierra experimentan:
Lívida, inerte, oscura
Se aglomera la sangre en cuajarones,
Y los hinchados dedos se revientan:
A la nariz tostada,
En forma desusada
Carámbanos se adhieren cual cristales
Y las quijadas dan diente con diente,
Y un murmullo producen no aprendido
Cual producen chocando los metales:
Se abre en grietas la piel miseramente
Cual hondas cuchilladas, y escondido
El frío traidor penetra hasta los huesos
Y se filtra en las médulas y sesos.

Y si de ardiente llama
No amurallas tus miembros ateridos,
Ese fuerte adversario rechazando,
El tu calor derrama
Robándote los pulsos y sentidos
Y la fuerza vital se va menguando.

¿Quién con voz imperiosa
De la lluvia impetuosa
Las embestidas contener pudiera,
Dispersar los nublados envidiosos
Y del cielo alegrar la faz sombría?
¿O mandar que de nuevo se cubriera
De flotantes cendales vaporosos?
¿O navegando por la mar bravía,
A su voz sujetar los elementos,
Y á su capricho gobernar los vientos?

Sería vana demencia:
Pues sólo puede el hombre al alto cielo
Sus ojos levantar, y con sus preces
Hacer dñlce violencia
Al gran Señor, y con ardiente anhelo
De la suerte invocarlo en los reveses.
El manda en un instante

Sobre el prado jadeante
El raudal de sus aguas bienhechoras.
Es su carro el rugiente torbellino,
Los vientos sus alados mensajeros;
Su pabellón las nubes voladoras,
Todo Él gobierna con acierto y tino,
Llenos de luz son todos sus senderos;
Sólo Él disipa la mortal tristeza,
Y dá al hombre salud y fortaleza.

¹ Aprontaba yo un día
(Es fuerza recordarlo) los furores
Del piélago traidor. Por mi experiencia
Ser poca la osadía
Conocí de los poetas descriptores,
Del piélago palpando la inclemencia.
Las olas ví encrespase
Hinchadas y encumbrarse,
Venciendo de los mástiles la altura
A montes gigantescos semejantes,
Y rugiendo chocar frente con frente,
Y salpicar del cielo la faz pura,
Rompiéndose en espumas resonantes.
Éntretanto se lanza bruscamente
La negra noche torva amenazando,
Los horrores del piélago aumentando.

Más y más se enfurece
El crudo cierzo y ábrego impetuoso
Y revuelven del mar los hondos senos.
La vista ya no ofrece
De esperanza alguna rayo luminoso;
Los nautas de terror y espanto llenos,
Al ímpetu bravío
Del piélago sombrío
El timón abandonan; ya hácia un lado
O hácia el otro la nave fluctuante
Se bambolea sus tumbos compartiendo;
El flojo maderaje destrabado
Cruje con ronco son horripilante
Y ya los cables rómpense rugiendo;
Y atruenan y ensordecen los oídos
Hórridos ayes, lúgubres gemidos.

Mas hé aquí un asombroso
Prodigio á nuestra vista en un instante:

¹ Esté fué uno de los episodios de la larga navegación que hizo el Poeta en su destierro á Italia, donde se le asignó á Ferrara como residencia.

Por la vasta cubierta reverbera
 1 Un globo luminoso
 Que resplandece cual antorcha humeante,
 Y de betún ó azufre se creyera.
 Y así todo encendido
 Avanza sin ruido
 Con paso lento y fijo derrotero,
 Hacia el árbol mayor que alto amenaza
 Sobre la nave: con el trueno horrible,
 Del rayo luego estalla; el choque fiero
 Por la base lo troncha y despedaza
 Con impetu pujante, irresistible;
 Y cual encina, ó cedro vigoroso,
 Desplómase crugiendo fragoroso
 Pero suspenso, hondeante
 Se mece por los cables detenido
 Con su maligno vértice oscilando.
 Mas brilla en un instante
 Relámpago fugaz, que apercebido
 Fué por hábil marino, quien vibrando
 Su segur prontamente,
 Cercena diestramente
 Esos flexibles estorbosos lazos.
 Entonces la alta mole agigantada,
 A su peso cediendo, derrumbóse
 Del oceano lanzándose en los brazos;
 Así hallamos salud inesperada
 Donde mayor peligro recelóse.
 Esperar y temer ¡ah! no sabemos,
 Ni de Dios los designios conocemos.

1 Este es uno de los meteoros más raros y caprichosos de la electricidad atmosférica. Se le dá el nombre de *rayo globular*; su figura, en efecto, es casi esférica; su tamaño, poco más ó menos, es el del diámetro aparente de la luna. Unas veces traza curvas y rectas por el aire, otras se avanza lentamente sobre el suelo envuelto en algunas volutas de humo; estalló, por fin, al ponerse en contacto con algún cuerpo, más ó menos conductor, produciendo una fuerte detonación y causando terribles estragos.

CANTO XVI.

REFUGIO EN DIOS.

DIOS ES NUESTRO REFUGIO Y FORTALEZA
 EN LAS TRIBULACIONES QUE TANTO NOS HAN ACOSADO.

Ps. 4, 5, v. 1.

¡Cuán llena de amargura
 Es la vida á nosotros los mortales;
 ¡Ah! vemos la luz pura
 Entre el llanto y dolor, y en los umbrales!
 De la triste existencia presagiamos
 Las desventuras que después lloramos.
 Nos pesa haber nacido
 A respirar el áura luminosa,
 Y haber un día salido
 De la materna tumba tenebrosa:
 Otra tumba después ya nos espera,
 Que guardará la lágrima postrera.
 Por rígida violencia
 El llanto brota de perenne fuente;
 Es del mortal la herencia,
 Y jamás se empobrece su corriente;
 Entre lágrimas nace nuestra vida
 Y se traspone en ellas sumergida.
 Feliz á quien la muerte
 La lágrima postrera ha ya enjugado,
 Y de su cruda suerte
 El trago último amargo ha ya apurado;
 Y más feliz aquél que no viniera
 A la patria del llanto en que gimiera;
 Aquel que no escuchara
 Los ayes en que rompe el miserable,
 Ni el cuello sujetara
 Al durísimo yugo irrecusable
 Que de Adán pesa en la progenie impía
 Desde la cuna hasta la tumba fría.
 No creas que las diademas,
 O el trono y cetro y púrpura esplendente,

De gran poder emblemas,
Llenan del hombre el corazón ardiente,
Ni los vanos honores que anhelamos
Y en que vórtices de humo sólo hallamos.
Ni el fúlgido tesoro
De Plutón á los reinos desterrado,
De inmensa plata y oro,
Que á viva fuerza el hombre le ha robado,
Sacándolo del sol á la luz pura,
Contra el fuerte reclamo de natura.
Avidos y mordaces
Penetran los cuidados turbulentos,
Revoloteando audaces
Por los tronos y excelsos monumentos,
Sin cuidar de la seda y el brocado,
Ni del techo por jaspes sustentado.
Vagos y tumultuosos
Los sueños por la mente se deslizan,
Y cardos espinosos
Dentro del pecho del mortal se erizan:
Nunca la humana mísera esperanza
Aunque en no igual medida,
Ha podido colmar su bienandanza.
Todos el cáliz del dolor bebemos;
Ha sido perseguida
Siempre la paz, mas nunca la podemos
Alcanzar, pues esquiva se retira
Tan lejos que el mortal ya ni la mira.
Desde una valle obscura
Así vemos los montes orgullosos
Con su arrogante altura
Desafiar á los astros luminosos;
Más tanto ellos humillan su alta frente
Cuanto la valle, ante el zenit luciente:
Así á los que miramos
Nadar entre las pompas y riquezas,
Felices aclamamos,
Y creemos que no sienten las durezas
Del implacable arrebatado sino,
Que al hombre siempre acecha en su camino:
Pero ellos entretanto
Más que nosotros en el luto gimen;
Y al enjugarse el llanto,
Sólo á nosotros del dolor eximen,
Y aqueste necio error del que así piensa,

Con otro aún tan necio se compensa.
Es un mar borrascoso
La vida del mortal y la fría muerte
El puerto á que afanoso
Tiende, llevado por impulso fuerte,
La saña de este piélagos afrontando,
Con mil peligros sin cesar luchando.
Apenas respiramos
En nuestro afán; de un poderoso embate
No bien nos libertamos,
Cuando otro con más furia nos combate,
Y nos sumerge al fin; si calma el viento
Ruge después más crudo y turbulento.
Jamás por el oriente
Asoma un día de goce y de ventura
En que el aura clemente,
Rice apenas las ondas con dulzura,
Y no irrite el furor del mar sañudo,
Que luego ¡ay! brama embravecido, crudo.
Si tal vez resplandece
Un rayo de quietud, en un momento
Pérfido desaparece.
Apenas ha brillado, y ya violento
Se disipó como una sombra instable,
Burlando el corazón del miserable,
Y un tiempo arrebatando
Para nunca volver, nuestros gemidos,
Y tras de sí llevando
Nuestros suspiros y ayes encendidos;
Vil tabla apenas aferrar podemos,
Mas fluctuando, al azar siempre nos vemos.
Que sea insensible el alma
A cualquier choque de la suerte impía,
Y en medio de gran calma
Afronte su rigor con osadía,
Como el adusto escollo combatido
Por el mar, pero nunca sacudido:
En su delirio insano
Filósofos parleros nos exigen
En tono hinchado; en vano
Mucho nuestras miserias nos afligen,
Pues no es de encina ó mármol nuestro pecho,
Ni fué de bronce ó de diamantes hecho.
Enviar al alto cielo
Nuestra lánguida vista moribunda,

Esto es todo el consuelo
 Que al lánguido mortal el pecho inunda:
 Sólo en Tí estriba, oh Dios, nuestra esperanza,
 Tú tan sólo nos vuelves la bonanza.
 Ya casi perecemos;
 Extiéndenos, Señor, tu diestra amiga,
 Y tu voz suave oiremos
 Que las ondas del mar rompe y mitiga:
 Habla tan sólo, y la perdida calma
 Tras largo suspirar, ya vuelve al alma.
 Habla, y en el instante
 Veré dormir los vientos bramadores,
 Y el ponto amenazante
 Aplacará sus iras y furiosos,
 Y abrirá ante mis piés firme sendero
 Cual si fuera de mármol duradero.
 Tu gran voz escuchando
 El líquido elemento prontamente,
 Sus olas enrollando
 Se abrirá en dos murallas obediente,
 Y por su firme nunca hollado seno.
 Con firme planta marcharé sereno.
 Habla, y si algún horrible
 Cetáceo de los mares nebulosos,
 De su vientre temible
 Me habrá hundido en los senos cavernosos;
 Harás tú que en la playa él me vomite,
 Sin daño alguno, y su furor evite.
 Si fuere yo arrojado
 A un espantoso bátrato profundo
 Por cien leones guardado,
 Lleno de huesos y de podre inmundo,
 Y obstruida fuere la espaciosa boca
 Por una enorme irremovible roca:
 Una rápida seña
 De tu querer, los atentados fieros
 Y el gran furor domeña
 De esas fieras, trocadas ya en corderos;
 Y no abrirán sus fauces indomables
 Aunque de horror y muerte no saciables;
 Y á mis plantas tendidos
 Cual mimosos gozquejos zalameros
 Y como de sí henchidos
 Haránme mil festejos placenteros;
 Y sus melenas prestarán ufanos

A las blandas caricias de mis manos.
 Si de duras esposas
 Y de grillos cargado me arrojasen
 Cien manos victoriosas
 A una encendida hoguera; aunque irritaren
 Tres veces más con pábulos ardientes
 Sus bramadores vórtices rugientes:
 Tú mis fierros quebrantas
 Y rompes su dureza; yo recobrando
 El uso de mis plantas
 Me pasearé en las llamas, nada osando
 El fuego contra mí; pues ni el vestido
 O el cabello por él será lamido:
 Allí cual recostado
 En un lecho de rosas me encontrara,
 Que blando, aljofarado
 Rocío y aromas mil me prodigara;
 Esto un tiempo tú obraste bondadoso,
 Y siempre tu querer es poderoso.
 Mas si la llama fiera
 Del elemento indómito y ardiente
 Domar no te pluguiera,
 Y aun creiré que de mí ya estás ausente,
 Y la impiedad al moribundo oído
 Me grite: ¿dónde está tu Dios vencido?
 Entonces á mi lado
 Te sentiré; con tu vital aliento
 Mi espíritu inflamado,
 El ceño de la muerte truculento
 He de burlar triunfante, y al verdugo
 Insultaré sin sacudir su yugo;
 Diréle al que me oprime
 "Voltea y come mis miembros ya tostados."
 Un triunfo más sublime
 Será que los incendios sofocados:
 Aquello era evitar la negra muerte,
 Esto, vencerla cual atleta fuerte.
 Estando Tú conmigo
 Nada habrá que mi espíritu amedrente;
 Amable, siempre amigo
 Será cuanto tu diestra me presente;
 O la cruel muerte, sin temerla, huyendo
 O á su rigor burlado sucumbiendo.

CANTO XVII.
SEÑOR DE LOS EJERCITOS.

SEÑOR DE LOS EJERCITOS ES SU NOMBRE.

Is. 48. v. 2.—Am. 4. ult.

Levanta en vano Marte
Sus muros con torreones orgullosos
Cual sólido baluarte,
Y entre terribles truenos fragorosos,
Sulfurea llama asolador vomita,
Y á la batalla su denuedo irrita:
En vano está él guardando
Los portones de acero centelleantes
La ciudad circundando
De densas guarniciones vigilantes:
Si no la pone Dios bajo su egida
Será luego á payesas reducida.
Mas si El bajo su manto
La guarda fiel, del enemigo impío
Contra su muro santo
Se estrellará la fuerza y poderío;
Así bramando el piélago, rebota
Contra el escollo que terrible azota;
Mas éste del estruendo,
Ni de esas iras espumosas cuida;
Y al fin la mar sedienta
Se estrella en sus costados cual vencida,
Y el brillo de sus embates se entorpece,
Y al pié de la alta roca se adormece.
Bajo el rey Ezequías
Gemía Jerusalén ya presagiando
Mil crueles tiranías,
E inauditas barbaries recelando,
Y ya toda esperanza al fin perdida,
Se consternaba en luto sumergida.
Un bárbaro tirano
Con dos veces cien mil fuertes campeones,

Por triunfos mil ufanos,
Ya amagaba sus sólidos torreones;
Y á despreciar los dioses enseñado,
A Dios y al Rey mofaba desbocado.
Pero éste al alto cielo
Sus manos suplicantes dirigía,
Y con ferviente celo
En flébiles acentos prorrumpía,
Así clamando al Dios de las alturas
En medio de sus crueles amarguras:
Tú, oh Dios Omnipotente,
Que á tu pueblo gobiernas, encumbrado
En trono refulgente
Por hermosos querubes sustentado,
Tú que eres el gran Dios, el Rey de reyes;
Y al mundo riges con tus sabias leyes.
Tú que el cielo y la tierra
A la nada arrancaste con tu acento
En que el poder se encierra;
De tu fuerza, oh Señor, muestra el portento,
Ve por tu causa, y oye qué baldones
Lanza el Asirio audaz á tus pendones.
Quebranta esa orgullosa
Cerviz, y en tu gran saña la derriba
Con mano poderosa,
Y la confianza de tu pueblo aviva;
Te cree aquél cual sus dioses que venera,
Y en afícos arroja á ardiente hoguera.
Has fulgurar tu gloria
Como Dios y Señor; vea el arrogante
Que el triunfo y la victoria
Sólo brilla en tu diestra fulminante;
Que sólo Tú eres grande y poderoso
Y vibrador del rayo-sonoroso.
Oyó el Omnipotente
Su férvida plegaria complacido;
Y un ángel esplendente
Manda de fuego y de terror ceñido,
Que ciento ochenta mil, á un sólo embate,
De los Asirios de improviso abate.
Corría por doquiera
La sangre; y aun los montes encumbrados
Y toda la pradera
Gemían ya de cadáveres cargados:
De esa noche el estrago y la matanza

La lengua humana á describir no alcanza
 No obstante, el rey impío
 Del Angel evitó la ardiente espada,
 Y el ímpetu bravío.
 Su existencia, sin duda, fué alargada
 Para que toda la matanza viera
 Y en la sangre humeante se embebiera;
 Y entre el horror y espanto,
 Cadáveres pisando y sangre impura,
 La negra noche en tanto
 Paso le diera entre su sombra oscura,
 Y las espaldas por un breve instante
 El volteara á la muerte fulminante.
 Mas luego el orgulloso
 Por sus hijos rebeldes traspasado,
 Sañudo y despechoso
 Por el Orco ¹ insaciable es devorado.
 Muchas veces así el Omnipotente
 El humano poder burla altamente.
 Y embota y despedaza
 Las locas armas en que el hombre estriba,
 Y pone su amenaza;
 Sólo á Él la victoria fugitiva
 Y la muerte obedecen, y doquiera
 Le siguen siempre á una señal ligera.
 Mas no con raudó vuelo
 Siempre envía sus ministros vengadores.
 Él desde el alto cielo
 Hace escuchar su voz, y los furores
 De un enemigo indómito, potente
 Debil mujer quebranta fácilmente.
 Doncella inerme pudo
 Ejércitos vencer, ya con la espada
 O bien con clavo agudo;
 Y una piedra que fué remolineada
 Por la honda de un zagal con diestra mano,
 Al suelo derribó coloso insano:
 Entrar David no sabe,
 De duro hirro á la batalla armado;
 Le es estorboso y grave
 El peso de las armas desusado;
 Y el yelmo y la loriga luego arroja,

¹ Uno de los hombres mitológicos del infierno, que se han quedado como patrimonio de la poesía.

Y del férreo aparato se despoja.
 Ya al trabar la pelea
 Siente David su diestra entorpecida.
 Trémula titubea
 Cual de tosco pastor que sólo cuida
 Los paternos rebaños; y de Marte
 Los ardidés ignora y la cruel arte.
 Cinco piedras elige
 [Fué su arma;] una bastóle, que zumbando,
 Con arte la dirige
 Al cuerpo del gigante, el cual bramando
 Rueda como peñasco de repente,
 Al clavarse el guijarro en su alta frente.
 Como se eleva adusto
 El lúgubre ciprés, y el cielo toca
 Su alto cono robusto;
 Mas el trífido rayo lo derroca
 Y por la base trónchalo y derrumba;
 Cruje al choque la tierra, el bosque zumba.
 El vencedor se lanza,
 Y desnudando el fierro centellante,
 Le corta con pujanza
 La monstruosa cabeza amenazante;
 Aplauden, cantan: Saúl mil ha vencido,
 Diez mil vencer David hoy ha sabido.
 Mas dirás, por ventura,
 Que son estas rarísimas victorias,
 Y desque el mundo dura
 Sólo pocas registran las historias;
 Mas yo te afirmo, aunque parezca osado,
 Que así Dios las más veces se ha mostrado.
 No por industria ó arte
 Del mortal se gobierna y se sostiene
 El ímpetu de Marte;
 Ni la victoria lisonjera viene
 A coronar la cien del valeroso,
 Llamada por su brazo vigoroso.
 Parece ella constante
 En su capricho; cerca ya aletea,
 Mas luego de repente
 Las espaldas con ímpetu volteá;
 De las manos se fué, y en sus mudanzas
 Del guerrero robó las esperanzas.
 Yace por tierra el fuerte,
 Y el mezquino á las nubes es subido

Con muy diversa suerte;
 Y un guijarro del monte desprendiendo
 Hace rodar al suelo con gran ruina
 Coloso inmenso que al zenit se empina,
 Y arrastra en su caída
 El oro y plata y fierro reluciente
 De que era construida.
 Por eso, que haya un Dios que ocultamente
 Gobierna los azares de la guerra,
 Claman los pueblos todos de la tierra.
 Mil reinos poderosos
 A un impulso ligero sucumbieron,
 Y hasta sus orgullosos
 Nombres en el olvido ya se hundieron;
 Y aunque á Minerva y su Marte insano
 Honores mil rendían, todo fué en vano.
 Esa mano invisible
 Que los vaivenes bélicos dirige;
 Es el fuerte, invencible
 Señor de los Ejércitos que rige
 Las armas sanguinosas, y á su grado
 Valor infunde y frío terror alado.
 Desde su trono envía
 El ingenio, la fuerza y la pujanza;
 Y la ardiente osadía
 Y el denuedo, enemigo de tardanza;
 Él sólo el pecho del mortal alienta,
 O hace que el diente de vil miedo sienta.
 ¿No vez ya claramente
 Por qué á veces de ejército pequeño
 Vencido fué un potente
 Y numeroso, ya del triunfo dueño?
 Las sagradas y públicas historias
 Conservan por doquier altas memorias.
 Testigo luminoso
 Aquí seame Josué, por cuyo acento
 Enérgico, imperioso,
 Jericó desplómase en un momento;
 Sin que ariete ó ballesta resintiera,
 Más de mil trompas la armonía guerrera.
 Vosotros, oh inmortales
 Sansón y Gedeón, también testigos:
 Con armas desiguales
 Cuantas veces á fuertes enemigos
 Vuestras diestras fulmineas derribaron

Y en el polvo, sus glorias sepultaron.
 Tú, oh Judas Macabeo!
 Cuantas vidas talaste con tu espada;
 Y á tí oh Sansón, ya veo,
 Vibrando de un jumento la quijada
 Destrozar turbas fuertes á millares,
 Y yermos dejar al Filisteo sus lares.
 Mas siempre tu memoria,
 Inclito Juan, de Austriacos descendiente,
 En la moderna historia
 Brillará, descollando eternamente;
 Vivirás en las páginas del mundo,
 Campeando en sus anales sin segundo:
 Ya ante tí se oscurecen
 Los Escipiones, rayos de la guerra;
 Los Marios enmudecen;
 Y á cuantos héroes ínclitos encierra
 Roma, la Reina, en su brillante historia,
 Ofusca de Lepanto la victoria.
 Pálida estremeciósese,
 Y eclipsada á los lampos de tu espada,
 Atónita arredróse
 La luna, por el turco venerada,
 Que suspendida en el inmenso cielo
 Cubrió su rostro con sanguíneo velo.
 Neptuno poderoso
 Por vencedor te aclama, y el tridente
 Arroja despechoso;
 Y el tosco cetro de la mar rugiente
 Te cede sin tardanza, y con sañudo
 Rostro se acoje al rey de Averno crudo.
 Tú el mar que de Lepanto!
 El vasto litoral, fervido bañía,
 Entre el horror y espanto
 Con denuedo empeñado en tal hazaña,
 Ya has teñido de sangre por doquiera,
 Sangre chorrea tu espada y tu bandera.
 Tú las flotas audaces

1 Ciudad y puerto de Grecia; celebrísimo por la famosa batalla que lleva este nombre. Uno de los principales héroes á quien se debe tal vez la mayor parte de la victoria en que el poder otomano quedó por siempre derribado, sin volverse en lo sucesivo á levantar, fué el invicto D. Juan de Austria, hijo natural de Carlos V. Fueron muertos 25.000 de la armada turca, rescatados 20.000 cautivos cristianos, y el mismo D. Juan de Austria, atacando la galera que conducía á Ali-Bassa, general de la armada enemiga, dió muerte á éste, é hizo prisioneros dos de sus hijos.

Azote de los mares, deshiciste,
 Y en los senos voraces
 Del piélago por siempre los hundiste,
 En una con sus fieros escuadrones
 Que ornaban con la luna sus pendones:
 En tanto que un pío anciano,
 De nombre también Pío,¹ quien sostenía
 El cetro soberano
 Entonces y la real teara ceñía,
 Al gran Jehová sus manos levantaba,
 Y sus preces ardientes elevaba,
 Para que el Dios Potente
Señor de los Ejércitos, oyendo
 Su súplica ferviente
 Triunfar lo hiciera en aquel trance horrendo.
 ¡Ah, perezca el que pone sa esperanza
 En sus armas y estólida pujanza!

CANTO XVIII.

DIOS ESCUDRIÑADOR DE LOS CORAZONES.

TU SOLO CONOCES EL CORAZON DE TODOS LOS HIJOS DE LOS
 HOMBRES.

(3.º Reg. c. 8, 39 2. Paralip. c. 6, v. 30.)

En el fondo del pecho
 Late el humano corazón guardado
 Y como en cerco estrecho,
 Por foso impenetrable está rodeado.
 Puede el hombre los senos de la tierra
 Romper para arrancarles cuanto encierra.
 El fierro manejando,
 Su blanco oro le roba codicioso,
 Que de color cambiando
 Entonces palidece temeroso
 Pasmado al ver del cielo la luz pura
 Y derrocada su mansión oscura.
 El bátrate insondable

¹ El Papa S. Pío V, por cuyas oraciones y actividad que desplegó en convocar á los príncipes cristianos, se alcanzó la tan destinada victoria.

Explora de la mar con firme sonda,
 Y ese abismo espantable
 Se atreve á penetrar, sin que le esconda
 El oceano voraz, su gran riqueza;
 Y sus joyas le arranca con destreza.
 Ni de esto se contenta;
 Pues al Empíreo de astros tachonado,
 Abrirse paso intenta
 De cristales finísimos armado,
 Y á los astros sorprende en sus tortuosos
 Senderos, y sus giros armoniosos.
 Y á todos va marcando
 La ruta que cada uno seguir debe;
 Y como adivinando
 En las Calendas á fijar se atreve
 Las vueltas y los giros que habrán dado
 Después que siglos cien hayan pasado.
 Mas nunca él ha podido
 Del pecho penetrar en los baluartes;
 Y nada le han valido
 La industria en otros casos y sus artes
 Vencedoras de empresas laboriosas,
 Del cielo y mar y tierra victoriosas.
 Mas esto es sombra vana;
 Un angel baje del zenit luciente,
 Que la prudencia humana
 Y el ingenio sorpasa enormemente;
 Él tampoco podrá en los corazones
 Paso abrirse, rompiendo esas prisiones.
 Tanto así en las entrañas
 El corazón del hombre se recoje,
 Y como con mil mañas
 Se pertrecha dentro ellas y se encoje,
 Y en negro subterráneo, hondo, intrincado,
 Su tenebroso asiento él ha fijado.
 De ese hórrido escondite
 La puerta abre Jehová, sólo á sí mismo;
 A nadie más permite
 Que un paso dé hacia dentro, de este abismo.
 Dos llaves hay: á cada quien ha dado
 La suya, y otra para sí ha guardado.
 Con mote glorioso
 Se nombra Él "sondeador del pecho humano;"
 Es su blason honroso
 Y su título y lema soberano;

Pues todo ante sus ojos está abierto,
 Aun lo más tenebroso y encubierto:
 Cuanto hurdes y maquinas
 A solas con tu vago pensamiento,
 Y apenas lo imaginas
 Lo escondes cual relámpago violento
 De tu mente en el antro más oscuro,
 Dó lo crees ocultísimo y seguro:
 Y aquello que, llegando
 En alas de centella pasajera,
 Y apenas asomando,
 Llegó á querer la Voluntad ligera;
 Cuando ya rapidísima arredróse
 Y más que viento y dardo, deslizóse.
 Entró ella inadvertida,
 Y así también se parte de repente
 Sin ser apercebida
 Por los ojos ú oídos, aunque al frente
 En guardia están; burló esa vigilancia
 Al entrar y salir en su inconstancia.
 Incierta y oscilante
 Agítase otras veces, sus meneos
 Complica á cada instante
 Y se envuelve y revuelve en mil rodeos;
 Tortúrase ella misma, y su recinto
 Conviértese en oscuro laberinto:
 Y sin saber confunde
 Y borra hasta sus huellas y pisadas,
 Y en el asombro se hunde
 Y se cree entre enemigas emboscadas;
 Atónita, no sabe de sí misma
 Y más y más en ese caos se abisma.
 Y allí adentro oteando
 Dios todo ordena con su vista aguda,
 Y todos va contando,
 Los pasos y de ambajes los desnuda;
 Y desata los nudos complicados
 Y el disfraz quita á los deseos manchados,
 Y en el postrer gran día
 Todo dará á saber al mundo entero:
 Mas nadie hora podría,
 Ni jamás se ha avanzado á abrir sendero,
 Y desbarrar esos oscuros lares
 Defendidos por fuertes valladares.
 Nadie el humano pecho

Ni la mente del hombre ha sojuzgado,
 Ni en el recinto estrecho
 De aquel, leyes fijar nunca ha intentado,
 O al odio ó al amor pudo obligarle
 O á su arbitrio de entrambos despojarle.
 Ninguna ley humana
 Embotar nunca pudo sus deseos;
 Y fuera audacia vana
 Quererlo sorprender con mil rodeos,
 Y algún hurto allí hacer con mano oculta;
 Tanto él en sus repliegues se sepulta.
 Más fuerte y poderosa
 Es la ley del Señor Omnipotente;
 Su voz firme, imperiosa,
 Todo penetra el corazón y mente
 Del hombre, y lo subyuga, y le prohíbe
 Los deseos ó el afecto le prescribe.
 Es suave y apacible
 Por cierto; mas del hombre está esculpida
 Por un dedo invisible,
 En el pecho y entrañas, y embebida
 Él la lleva en sus médulas y sesos,
 Y se filtra y penetra por sus huesos.
 Le manda que, agotando
 El vigor y las fuerzas de su pecho,
 Y en su alma concentrando
 Todo su brío y vigor; con nudo estrecho
 Se enlace á su Creador Omnipotente,
 Y lo ame hasta el extremo ardientemente.
 Es este su primero
 Y principal mandato, semejante
 Es su segundo fuero
 Que con un dulce amor, firme y constante
 Enlaza y encadena á los humanos
 Y á todos los estrecha como hermanos.
 Con esto se contenta
 La ley tan dulce del amor hermoso;
 Es firme y no se ahuyenta
 De la mente su rayo esplendoroso
 Aunque alguno en las selvas sumergido,
 O entre fieras por siempre haya vivido:
 Y aunque por ley humana
 Nunca este edicto se haya promulgado,
 En la última membrana
 Siempre del corazón está grabado

Y dentro de tu pecho palpitante
 La voz de tu Creador suena incesante.
 Vendrá aquél día postrero
 En que hórrida trompeta retumbando,
 Al Universo entero
 Dará señal terrible, convocando
 A los pueblos de todas las naciones
 Que del mundo han poblado las regiones.
 A ese eco imperioso
 Se estrellarán las lozas sepulcrales;
 Y en modo portentoso,
 Del fondo de esos lóbregos umbrales
 Brotarán al instante sacudidos,
 Los huesos y cadáveres roídos.
 Un soplo omnipotente
 Remirá las cenizas por doquiera,
 Y todos nuevamente
 Los cuerpos que la muerte consumiera,
 Integros se alzarán, ya reformados,
 Por el vital espíritu animados.
 Entonces compelidos
 Ante el gran tribunal nos hallaremos;
 Y allí todos reunidos
 Cuán pálidos entonces temblaremos
 Sorprendidos de pánico terrible
 Como reos ante un Dios, Juez inflexible.
 Entonces finalmente
 Los abismos del pecho impenetrables,
 Por una fuerza ingente
 Y sus oscuros senos insondables
 Ante la luz del día serán abiertos,
 Y sus hondos arcanos descubiertos.
 Oh si entonces pudiera
 La tierra en simas hórridas abrirse
 Con sacudida fiera,
 Y el bátrato de Averno descubrirse
 Y sus pálidas sombras espantadas,
 Por la luz repentina deslumbradas.
 Venid acá, yo os cito
 Arrogantes *Filósofos* sin ciencia,
 Que alzáis al cielo el grito,
 É intentáis aun borrar de la conciencia
 El sello que el Creador allí ha grabado,
 Y de cuajo arrancar lo más sagrado.
 Vosotros, oh impostores,

Venid también, que astutos, embusteros,
 A la virtud traidores,
 Fingís sus celestiales reverberos,
 Y redes insidiosas entretanto
 Tendéis de la sonrisa bajo el manto.
 Así el buho malicioso
 Viste á veces del cisne la blancura,
 Y el lobo revoltoso
 La lana viste de la oveja pura,
 Disimulando su feroz ahullido
 De la tímida grey con el balido.
 Mas ese día postrero,
 El antifaz hipócrita arrancando,
 Y todo engaño artero;
 Y al soberbio en el polvo derribando,
 Se rasgará por fin la nube obscura
 Que del mundo robaba la figura.
 Entonces halagüeños
 Respirarán aquellos que los dientes
 Sintieron y los ceños
 De la negra calumnia, aunque inocentes;
 Y verán que esos grillos, y esos yugos
 Pasaron á oprimir á sus verdugos.
 Y si algún alma pía,
 De la vida en los pálidos albores,
 Entre tiniebla umbría,
 Sepultando sus vívidos fulgores,
 Del hombre á las miradas se ocultaba
 Y sólo por testigo á Dios llamaba:
 Alegre y placentera
 A las estrellas alzará su frente,
 Y en la celeste esfera
 Reinará en alto trono eternamente:
 Como la luna al fin rompe orgullosa
 De las nubes la masa perezosa.

CANTO XIX.

UNICO HACEDOR DE MARAVILLAS:

Ps. 71, v. 15—Ps. 135, v. 4.

Por doquiera dirijas tus miradas,
 Tu espíritu y tu mente, allí aparecen
 Del Artífice Inmenso y Soberano
 Las huellas sapientísimas grabadas:
 Los seres todos á porfía te ofrecen
 Magníficas hechuras de su mano,
 El cielo gigantesco, el mar y tierra
 Y cuanto, en fin, el Universo encierra.
 Mas estas maravillas sorprendentes
 Cansados ya de ver desde la infancia,
 Sólo raros prodigios admiramos,
 Y curiosos fenómenos recientes,
 Y de ellos en pos va nuestra ignorancia;
 Y así el sol y los astros despreciamos
 Sin dirigir la vista á su hermosura,
 Sin atender á su admirable hechura.
 Mas si acaso un cometa amenazante
 Su gran barba y sangrienta cabellera
 Por el cielo despliega misterioso:
 Todos, niños y ancianos, al instante
 Corren, se agolpau, y la azul esfera
 Contemplan con asombro y alborozo,
 Ni les pesa olvidar del sueño blando
 Los arrullos, su empeño redoblando.
 El letargo fatal luego rompemos
 Que nuestras facultades encadena,
 Cuando una nueva luz resplandeciente
 Con la pupila deslumbrada vemos;
 Cuando el trueno magnífico resuena
 Mensajero, del Dios Omnipotente,
 Y cuando Él mismo, dueño soberano,
 Rompe las leyes que fijó su mano.
 Las que suspende á veces, en su ciencia
 A fin de sacudir el torpe olvido
 En que están sumergidos los mortales;
 O para proteger con su clemencia

A sus siervos y amigos que ha elegido,
 Y admite bondadoso en sus umbrales.
 Así Él mostróse á la nación Judía
 Que en deplorable esclavitud gemía.
 Este pueblo, que Él mismo había apartado
 Para sí entre millares de naciones,
 Por religión ilustre y ascendientes,
 De un yugo infame y cruel había cargado
 Faraón entre enormes vejaciones
 E insufribles faenas contundentes;
 Y con mano terrible lo abrumaba,
 Y ya su lenta destrucción tramaba.
 Mas Jehová de una vara portentosa
 Arma y manda á Moisés que al inhumano
 Déspota audaz preséntese y quebrante
 La esclavitud del pueblo ignominiosa,
 Y cautive á este fin al gran tirano
 Y con prodigios sin igual lo espante:
 ¡Oh, si tu Rey, y tu nación supieran
 De esa vara los golpes que os esperan!
 Primero se transforma en gran serpiente;
 Trífida lengua vibra, y las dentadas
 Fauces agita de improviso; fieros
 Silbidos lanza, y luego, de repente
 Se traga á sus congéneres formadas
 Por la turba de magos y agoreros
 Que vibraron también mágico acento,
 De Moisés emulando el gran portento.
 No obstante, otros aún más admirables
 Se mostrarán. Su maño levantando
 Moisés, el Nilo atónito arredróse;
 Y contuvo sus hondas incansables;
 Y en rojo oscuro su color cambiando,
 De sangre en lago pútrido cuajose,
 Y en medio de su curso entorpecido
 Se vió languidecer, de sí en olvido.
 Ya los peces tan ágiles en vano
 Remar con sus aletas intentaban
 La masa por romper; pero impotentes
 Entre los negros grumos del pantano,
 Prisión y tumba miserable hallaban:
 Los estanques, los lagos y las fuentes,
 Urnas y vasos negro humor vertían,
 Ni calmar la sed tórrida podían.
 De nuevo eleva el gran Moisés su vara;

Y de ranas inmensa muchedumbre,
 Con fuerte craseitar horripilante
 Por doquiera de súbito saltara;
 Y á borbotones, casas y techumbres
 Y palacios invaden al instante,
 Y acometen del Rey las amplias salas,
 Sin respetar sus esplendentes galas,
 Y todo afean entre sus roncós sonos,
 Ni tomar corto sueño ó alimento
 Permite la importuna obscena hueste.
 Después de tan gran plaga, cual turbiones
 Ennegrecen el vasto firmamento,
 Nubarrones de moscos, rara peste,
 E invadiendo el espacio por doquiera
 Brotan llamando á la embestida fiera.
 Como se lanza en el estío candente
 Austro vertiginoso en torbellinos,
 Así se alza esta nube tenebrosa,
 A los ojos robando el sol luciente
 En confusos y espesos remolinos,
 Y con su púa arremeten belicosa,
 Y al marcial éco de su trompa aguda,
 Traban la lucha sangüinaria y cruda.
 Pésima mosca ó tábano signióse,
 [Con el nombre de *asilo* entre Romanos,
 Y entre los Griegos de *estro* fué nombrado.]
 Ésta, hórrida zumbando, compartióse
 En grande escuadra por los aires vanos.
 Y á los hombres acosa y al ganado;
 Y mientras más bebía, más se excitaba,
 Y en arroyos la sangre derramaba.
 Vino en pos de esta plaga otra más fiera:
 De un golpe corrompiéndose el ambiente,
 Se desata una peste desastrosa
 Que los ganados todos invadiera
 E implacable mataba de repente.
 La fuerte yunta avanza muy airosa,
 Y caé un buey á plomo en un momento,
 Y el otro aún sin vida y sin aliento.
 Inclina las orejas abatido
 El corcel indomable, belicoso;
 Por la hinchada nariz lento respira;
 Hiende la tierra, y ya de muerte herido,
 Sobre el suelo se tiende tembloroso,

Y la vida y calor se le retira;
 Los camellos también pierden doquiera
 Las áuras de la vida placentera.
 En medio de la grey caé sin aliento
 El corderillo, flor de su rebaño.
 Más la terrible peste devorante
 No osa tocar de Israel el campamento
 Ni causar en sus bestias algún daño.
 Pasmábase el tirano, mas no obstante,
 Su corazón impío no se ablandaba,
 Y triste ejemplo al porvenir dejaba.
 Moisés arroja un puño de ceniza
 Aute la faz del cielo, y nueva plaga
 Caé sobre el pueblo, que un ardor horrible
 Siente que por su cuerpo se desliza,
 Y todo lo convierte en una llaga,
 Y lo devora un fuego irresistible:
 Mas encanto ninguno ó maleficio
 A los magos prestóles su servicio;
 Ni con yerbas ó cántiga aprendida
 Pudieranse librar de tan gran peste.
 Del Rey, no obstante, la fatal torpeza
 Ni su pérfida mente fué vencida:
 Mil veces prometió á la hebraica hueste,
 Y revocó otras tantas su promesa.
 Pero Moisés con más ardiente celo
 Alzó la vista al encumbrado cielo:
 Sus elementos turba y de repente
 Se oyó estallar el rayo majestuoso,
 Y llueve sobre Egipto horrorizado¹
 De lluvia y de granizos un torrente;
 Retumba por doquiera el tenebroso
 Amenazante cielo, desgarrado
 Por el ardiente rayo, que bramando
 Los bosques y las selvas va arrollando;
 Y cual lluvia de piedras el granizo
 Oprime con su peso irresistible
 Los bosques y pastores y rebafios:
 Mas en Gesén algún destrozo no hizo
 A la judaica gente, que apacible
 Libre se vió de tan terribles daños.

¹ Esta plaga ó castigo se hizo más sensible en el Egipto, porque sabido es cuan raras sean las lluvias en ese país que no cuenta mas que con las inundaciones de su caudaloso Nilo, fuente única de la fecundidad de ese suelo.

El Rey aún se obstina, ni en sí vuelve
 Ni á libertar al pueblo se resuelve.
 Mas de nuevo Moisés á Dios clamando,
 Nueva plaga terrible sobrevino;
 Nubarrón de lucustas que al momento
 Todo lo arranca, todo destrozando
 Cuanto dejó el rugiente torbellino:
 Ni un bosque, ni un arbusto macilento
 Ni un fruto, ni una yerba, ni hoja alguna
 Se sustrajo á ese azote con fortuna.
 Escuálidos los campos por doquiera
 Sus galas destrozadas deploraban;
 Gemía la tierra en fúnebres despojos.
 Pero el Rey se excusaba y pareciera
 Que sus negras entrañas se ablandaban;
 Mas apenas todo esto de sus ojos
 Desparecía calmando sus terrores,
 A sus fraudes volvía y á sus furoros.
 De nuevo, pues, Moisés su fuerte vara
 Amenazante, levantando al cielo,
 Llamó y desparramó tiniebla oscura,
 Calígene avernal que se palpara
 Incógnita hasta entonces á aquel suelo,
 Y que el mundo jamás desde que dura
 Había visto del hombre en la memoria
 O en las páginas vastas de la historia.
 Ninguna antorcha ó lámpara podía
 Rasgar la sombra de esa noche oscura,
 O hacer brillar cual pálidos fulgores
 Que consuelo ofrecieran y alegría,
 Vislumbrar no podíase la figura
 Del más vecino; y solamente horros
 De espectros se miraban; y el oído
 Desgarraba un monótono silbido.
 Tres noches y tres días fijo quedóse
 En su lugar cada uno cual si fuera
 Por esposas y grillos aferrado;
 Y más el pueblo atónito pásmose
 Al ver brillar risueña y placentera
 La luz dó el Israelita había acampado.
 El rey al fin atónito les dijo:
 Id, no os lo impido; y luego se desdijo.
 Y más contra Moisés enardecido
 Con muerte le amenaza ó con destierro
 Si osaré presentarse ante su trono.

¡Oh vil y desdichado! has convertido
 Contra tí mismo tu sangriento fierro,
 Tu horrible maldición, tu negro encono,
 Y á tí mismo serás, déspota adusto
 Fatal, y á tu hijo y á tu reino agosto.
 Cuantos el reino en su extensión tenía
 Primogénitos hijos, esperanza
 Y encanto de sus madres, juntamente
 Bajo las alas de la noche umbría,
 Taló la muerte en su feroz pujanza;
 Ni al hijo perdonó del rey potente
 A quien él su diadema ya aprestaba;
 Y el cetro del Egipto aparejaba
 Mueren los que de esclava habían nacido,
 O aquellos que la púrpura envolviera
 Y en rica cuna fueran arrullados.
 El llanto y el sollozo y el gemido
 Resonaba en las casas por doquiera;
 Mirando ¡ay! sus primores destrozados
 Las madres, que del duelo en la vehemencia,
 Un sueño ésto creían, vana apariencia.
 Sin cesar sus hijuelos estrechaban
 Las infelices; pero en una roca
 Sus torrenciales lágrimas caían
 Que esa yerta dureza no ablandaban,
 Aunque ellas más y más, boca con boca,
 En sus despojos el dolor vertían.
 Un paterno sintió fuerte latido
 El rey entonces de dolor transido.
 A Israel concedióle que á su antojo
 Los confines de Egipto abandonara,
 Marchándose muy lejos; prontamente
 Reuniera de sus reales el despojo,
 Y todos sus ganados se llevara
 Y todos sus enseres juntamente.
 Guardara ¡oh! su palabra y no volviera
 A revocar lo que antes concediera.
 Mas el rey furibundo en el instante
 Capitanes y carros alistando
 Cuantos tenía el Egipto, ya violento
 Tras de Israel se arroja y anhelante
 Sobre él con su escuadrón avanza instando.
 Trescientos y más carros su armamento
 Formaban y sus tropas por millares,
 Veremos dejarán sus tranquilos lares.

Los guiaba Faraón que ya aferraba
 Victorioso su presa y aun de frente
 Como auxiliar el Ponto se ofrecía.
 Mas la hueste enemiga que avanzaba
 Viendo Moisés, levanta derepente
 Su vara, á la que el Orbe obedecía,
 Y del mar Eritreo la onda golpea
 Que á tal seña vacila y titubea.
 Y luego, ¡oh maravilla! de ambos lados,
 Enrollándose, se abren los undosos
 Senos del mar, á guisa de arrogantes
 Montes, y entre sus tímidos costados
 Se agitan los abismos arenosos:
 Y de Israel las huestes anhelantes
 Se lanzan al incógnito sendero
 Hasta entonces oculto al mundo entero.
 También el rey se arroja sin demora,
 Creyendo el insensato en su locura,
 Para él también aquel camino abierto.
 Y ya asomaba la rosada aurora,
 Tímida, destellando su luz pura
 Del aureo seno apenas descubierto,
 Cuando mira Moisés de opuesto lado
 Al rey, de su escuadrón acompañado.
 Y haciendo una seña, mandó al instante
 Que de nuevo las ondas refluyeran
 Á ocupar su primer movil asiento
 Cediendo á su gran mole exorbitante;
 Y ya, tan luego que esta voz oyeran,
 Deslizanse en confuso movimiento
 Unas con otras con fragor chocando,
 Y en tropel sus dominios ocupando:
 En sus inmensos vórtices furiosos
 Arrebatan y envuelven al insano
 Monarca con sus carros esplendentes,
 Con su ejército y jefes belicosos.
 Los corceles indómitos, en vano
 Con fuerte pecho forcejean ardientes
 Con los embates de la mar bravía
 Que uno tras de otro férvida absorvía,
 Y después los vomita al enrollarlos
 Entre yelmos, escudos y carruajes
 Y mítilos cadáveres marchitos;
 Y se rompe otra vez para tragarlos,
 Y una tumba les abren sus oleajes;

Ninguno entre escuadrones infinitos,
 Nadie huyó del estrago ¡Al Dios potente
 Admira ya y adora reverente!

CANTO XX

ANUNCIADOR DE LOS FUTUROS

DECLARA LAS COSAS PASADAS Y LAS FUTURAS, Y DESCUBRE
 LOS RASTROS DE LAS QUE ESTAN ESCONDIDAS

Eccl. 42, v. 9.

Los hombres siempre de romper ansiosos
 El densísimo velo del futuro,
 Y de ésto siempre á oscuras; se afanaban,
 Suertes y hados sin fin escudriñando,
 Por colocarse entre los signos mudos
 De cosas y sucesos venideros,
 Que ya sobre ellos aletear sentían.
 Consultaban la estólida experiencia
 De oráculos y vates, las entrañas
 Expiaban de las víctimas sangrientas,
 Ovejas, cabras, y cornudos bueyes,
 Y pronósticos muchos ensayando
 En el vuelo y el canto de las aves:
 Y cuantas cosas de improviso herían
 Sus ojos y pulsaban sus oídos;
 Otros tantos agüeros y presagios
 De allí sacaban en su oscura ciencia.
 Del sol analizaban los eclipses;
 Y los afanes con que va alternando
 La luna sus crecientes y menguantes,
 Conjeturas sin fin les ofrecían;
 Y en cuál parte del cielo rompió el rayo;
 Qué sitio y con qué aspecto cintilaban
 Los astros, y qué signo á cada uno
 Tocó por suerte á iluminar su cuna;
 Qué notas cabalísticas tenía
 Grabadas cada quien en ambas palmas:
 Y cuantos sueños y delirios vanos
 Abortaba el cerebro monstruoso
 De maléficos, sagas y agoreros.

Los guiaba Faraón que ya aferraba
 Victorioso su presa y aun de frente
 Como auxiliar el Ponto se ofrecía.
 Mas la hueste enemiga que avanzaba
 Viendo Moisés, levanta derepente
 Su vara, á la que el Orbe obedecía,
 Y del mar Eritreo la onda golpea
 Que á tal seña vacila y titubea.
 Y luego, ¡oh maravilla! de ambos lados,
 Enrollándose, se abren los undosos
 Senos del mar, á guisa de arrogantes
 Montes, y entre sus tímidos costados
 Se agitan los abismos arenosos:
 Y de Israel las huestes anhelantes
 Se lanzan al incógnito sendero
 Hasta entonces oculto al mundo entero.
 También el rey se arroja sin demora,
 Creyendo el insensato en su locura,
 Para él también aquel camino abierto.
 Y ya asomaba la rosada aurora,
 Tímida, destellando su luz pura
 Del aureo seno apenas descubierto,
 Cuando mira Moisés de opuesto lado
 Al rey, de su escuadrón acompañado.
 Y haciendo una seña, mandó al instante
 Que de nuevo las ondas refluyeran
 Á ocupar su primer movil asiento
 Cediendo á su gran mole exorbitante;
 Y ya, tan luego que esta voz oyeran,
 Deslizanse en confuso movimiento
 Unas con otras con fragor chocando,
 Y en tropel sus dominios ocupando:
 En sus inmensos vórtices furiosos
 Arrebatan y envuelven al insano
 Monarca con sus carros esplendentes,
 Con su ejército y jefes belicosos.
 Los corceles indómitos, en vano
 Con fuerte pecho forcejean ardientes
 Con los embates de la mar bravía
 Que uno tras de otro férvida absorvía,
 Y después los vomita al enrollarlos
 Entre yelmos, escudos y carruajes
 Y mítilos cadáveres marchitos;
 Y se rompe otra vez para tragarlos,
 Y una tumba les abren sus oleajes;

Ninguno entre escuadrones infinitos,
 Nadie huyó del estrago ¡Al Dios potente
 Admira ya y adora reverente!

CANTO XX

ANUNCIADOR DE LOS FUTUROS

DECLARA LAS COSAS PASADAS Y LAS FUTURAS, Y DESCUBRE
 LOS RASTROS DE LAS QUE ESTAN ESCONDIDAS

Eccl. 42, v. 9.

Los hombres siempre de romper ansiosos
 El densísimo velo del futuro,
 Y de ésto siempre á oscuras; se afanaban,
 Suertes y hados sin fin escudriñando,
 Por colocarse entre los signos mudos
 De cosas y sucesos venideros,
 Que ya sobre ellos aletear sentían.
 Consultaban la estólida experiencia
 De oráculos y vates, las entrañas
 Expiaban de las víctimas sangrientas,
 Ovejas, cabras, y cornudos bueyes,
 Y pronósticos muchos ensayando
 En el vuelo y el canto de las aves:
 Y cuantas cosas de improviso herían
 Sus ojos y pulsaban sus oídos;
 Otros tantos agüeros y presagios
 De allí sacaban en su oscura ciencia.
 Del sol analizaban los eclipses;
 Y los afanes con que va alternando
 La luna sus crecientes y menguantes,
 Conjeturas sin fin les ofrecían;
 Y en cuál parte del cielo rompió el rayo;
 Qué sitio y con qué aspecto cintilaban
 Los astros, y qué signo á cada uno
 Tocó por suerte á iluminar su cuna;
 Qué notas cabalísticas tenía
 Grabadas cada quien en ambas palmas:
 Y cuantos sueños y delirios vanos
 Abortaba el cerebro monstruoso
 De maléficos, sagas y agoreros.

Y estos no obstante, oh Roma! oh sábia Grecia,
 Fueron tus nobles religiosos ritos.
 Cuando el cielo había el áugur dividido,
 Con su lituo; entre pueblo numeroso
 Era su voz oráculo divino,
 Cual si fuera el heraldo del Tonante,
 O del augusto olímpico senado.
 Roma, la reina espléndida del mundo,
 Para mover su juventud guerrera
 Pendiente está si los voraces pollos
 Salidos del corral, han engullido
 La fatídica torta preparada.
 El dictador y el cónsul las segures,
 Luego dejaban, si un siniestro agüero,
 Armado de terror, se interponía
 De su elección en los augustos ritos:
 Y aunque dignos de elogios, pues cedía
 De la aurea religión al sacro fuero
 El imperio supremo y real dominio:
 No obstante, esos oráculos insanos,
 De mofas y ruidosas carcajadas,
 Solo eran dignos y de indignos dioses.
 Esos falsos finjidos vaticinios
 A finjidas deidades convenían;
 Mas al Dios verdadero, los veraces.
 Pues solo Él los futuros tenebrosos
 Con intuitiva rápida mirada
 Penetra, y sin ninguna diferencia
 Se extiende ante Él lo que es, será y ha sido,
 Y todo esa mirada lo gobierna.
 Él en su beneplácito supremo,
 Su ciencia que sondea todo futuro
 Manda á la tierra en silencioso vuelo,
 Y despliega por boca de sus santos
 De los futuros la escondida trama.
 Así ¡oh José! cuando en prisión oscura
 Gemías entre prisiones inocente,
 Con el trono de Egipto tus cadenas,
 Intérprete felísimo, cambiaste,
 Descifrando de un sueño el hondo enigma
 Sin titubear; y qué significaban
 Aquel racimo de uvas exprimido
 Dentro la copa real, y las tres cestas
 Llenas de pan y las ligeras aves
 Que tufanas en reedor revoloteaban;

Las siete vacas nítidas y pingües,
 Y otras tantas entecas, macilentas;
 Y las siete también cañas lozanas
 Que sus ricas espigas remecían,
 Y otras tantas raquílicas y enfermas.
 Así Jacob patriarca, moribundo
 La palabra á sus hijos dirigiendo
 En reedor de su lecho les revela,
 Enlazando por orden los sucesos
 El lugar que cada uno sobre el mundo
 Debía ocupar, su hogar y residencia
 Después de épocas largas y períodos.
 Así Moisés y el pío Samuel, volviendo
 Éste de la honda tumba; y aquel Vate
 De muerte aun no experto, semejante
 A un torrente de llamas impetuoso;
 Con intrépido acento denodado
 En los oídos reales fulminaban
 Tristísimos, fatales vaticinios.
 Ni con menos valor truena Miqueas
 Al oído de Acab tristes anuncios.
 Un áulico adivino salariado,
 Las cosas todas faustas y propicias
 Al rey anuncia y que la faz serena,
 Le mostrará fortuna; y á aquel Vate
 Que cosas verdaderas le anunciaba,
 Le tuerce el rostro y lleno de arrogancia
 La faz le hiere, y en oscura cárcel
 Lo hace gemir como un trofeo glorioso.
 Y luego, lleno de jactancia loca,
 Monta en su carro, mueve sus pendones,
 Y llama á la batalla: más silbando
 Rompe una flecha rápida los vientos,
 Acaso disparada, y se le clava
 Al monarca, entre el pecho y los pulmones.
 Y el alma se le arranca despechosa,
 Burladas sus risueñas esperanzas;
 Y lámele una jauría de mastines
 La sangre en borbotones arrojada.
 Y ¿qué diré de aquél á quien Elías
 Su duplicado ardor hubo otorgado?
 Una hambre asoladora nunca oida
 Sintióse en la ciudad de Samaría
 Por sitio largo tiempo hostilizada;
 Rodeada por doquier de un ancho foso.

Bien comprado el estiércol reemplazaba
 El alimento: más promete el Vate
 Que pronto todo cambiará de aspecto;
 Y á la siguiente aurora de improviso
 El trigo en abundancia yacería
 Por tierra sin valor. Escarnecióle
 Incrédulo altamente, un cortesano,
 Del cual como de apoyo se valía
 El rey; y, oh tú, le dice con jactancia,
 Has que al cielo á una seña de tu mano
 Se desate de mieces en torrentes
 Como á veces el agua y el granizo
 Rompe de las celestes cataratas,
 Y así, no obstante, estas hambrientas bocas
 No saciarás. No fué de otra manera:
 Pues en las sombras de la noche oscura,
 De carros y caballos y escuadrones
 Uz horrible fragor y enorme estruendo
 Se escuchó entre los reales enemigos,
 Y un pánico mortal irresistible
 De las hostiles huestes se apodera;
 Y huyen en confusión sin freno alguno,
 Dejando armas y tiendas y equipajes,
 Copia inmensa de víveres, é ingentes
 Tesoros y riquísimos despojos.
 Y ya por tierra el precio de cereales,
 Fué público su acopio en abundancia:
 Y el que esto de imposible ayer tachaba,
 Desengañóse por sus mismos ojos,
 Mas vedado le fué por el profeta
 De ello gozar: Pues por el rey mandado
 A resguardar las puertas contra el pueblo
 Que impetuoso sobre ellos se arrojaba;
 Fué pisoteado por la turba inmensa;
 Y vomitó los dientes sanguinosos,
 La lengua y las entrañas palpitantes.
 Qué diré de Baruc? Él anunciaba
 Destierro y pesadísimas cadenas,
 Aunque otras ya sus manos oprimían;
 Y á la ciudad predice el cautiverio,
 Y que habían de emigrar á Babilonia,
 Y verían deslizarse años setenta.
 No fué de otra manera: y de los vates
 Que mentidas lisonjas prodigaban
 Al populacho crédulo, impasible

Resiste á los embates pertinaces,
 Cual rudo escollo que la mar flagela.
 Y: oh tú Ananías, que con halagos falsos
 Pacés al pueblo, dice, en las regiones
 Te hallarás de la muerte, antes que veas
 El presente año en el ocaso hundirse.
 Ni otro el evento fué: la austera muerte,
 Sin atender á sus sonoras voces
 Y pomposo hablar arrebatóle,
 Antes que el año lánguido espirara.
 Aun más osa Daniel: los misteriosos
 Sueños que de la mente del tirano
 Ya borrádose habían, fiel reproduce;
 Y después desenvuelve una por una
 De los reinos las suertes y destinos
 Que á los ojos del rey se proponían
 Bajo el emblema de gigante estatua.
 La aurea cabeza él asignó al Asirio;
 El pecho argenteo y relucientes brazos
 A los Medos y Persas belicosos;
 El vientre y muslos de sonoro bronce
 A los griegos apropia; y las de fierro
 Enormes piernas déjale al Romano:
 Mas porque hácia el talón ligado estaba
 El bronce con el barro deleznable,
 Muy débil en sus bases ser debía,
 Y al impulso por tanto de un guijarro
 Desprendido del monte, ruina enorme
 A su soberbia mole amenazaba.
 Y vé también brotar una leona
 Blonda y alada de la mar hirviente;
 Un oso ve después, y un ágil pardo
 Con impetu arrojarse, haciendo alarde
 De sus cuatro cabezas, y cuatro alas;
 Y otro animal aún más torvo y fiero,
 Que todo con su garra pisoteaba.
 Estos eran emblemas de las cuatro
 Poderosas naciones: ¹ en seguida
 Un cabrío macho rápido se lanza,
 Ensayando sus cuernos á la liza,
 Venido de la playa dó el sol muere.
 Es ágil tanto, que no toca el suelo;

¹ Son las mismas de que se habla arriba que estaban representadas en la estatua que vió Daniel, y eran las más fuertes y poderosas del mundo.

Pues un carnero ¹ que le está de frente
 Torvo, feroz, para vencer nacido,
 Y á mandar sin rival en la pradera,
 Le dá valor, y á la pelea le inflama;
 Ya se acometen, chocándose; un terrible
 Frigor producen al trabar los cuerpos,
 Y al dar frente con frente, encabritados,
 Tiembla el entero bosque y enmudece.
 Más al fin el carnero, la pujanza
 Y el ímpetu de aquel ya no sostiene;
 Vacila retrocede, en fuga es vuelto,
 Y al fin sucumbe y el imperio deja.
 Hé aquí el joven Peleo, y al sojuzgado
 Arrogante Darío, monarca extremo
 De los Persas, dos siglos precedido
 Por aqueste verídico profeta
 Quien reinando el gran Ciro, ² esto anunciaba.
 Mas ¿á dónde me avanzo? en coto estrecho
 Intento yo encerrar campo tan vasto?
 De mi ánimo siguiendo los impulsos,
 Quiero allá dirigir todo mi esfuerzo,
 A dó miro el profético senado
 Señalar siempre con el dedo fijo
 Aquel augusto Rey á quien clamaba
 Con acordes, gemidos y plegarias,
 Quien vendría á reparar la inmensa ruina
 En que el mundo yacía ya moribundo.
 Anuncian el futuro, y tú creyeras
 Que narraban, testigos oculares,
 Lo que una historia registrar podría.
 Así con tal acierto se anticipan
 A los mismos sucesos, con tal orden
 Emprenden á anunciar cosa por cosa.
 Nacido de su regia descendencia
 David lo canta al son de ardiente lira;
 Y á su prole augustísima venera,
 Y Dios lo llama y su Señor augusto.
 Como baja la lluvia silenciosa
 De la fresca mañana á los fulgores

¹ En este animal se cree figurado á Alejandro el Grande, nacido en Pela de Macedonia, venció tres veces á Darío III rey de los Persas quien en la última fué asesinado cuando huía. Está representado este último en el carnero vencido por el macho cabrío.

² Ciro el mayor, bajo cuyo imperio tuvo lugar la cautividad de Babilonia, en la que también Daniel fué comprendido.

Y riega mansamente la pradera
 Sin que la grama se lastime ajada,
 Así, otros ¹ cantan, que de Virgen pura
 Ha de insinuarse en el fecundo seno;
 Y por parto castísimo vendría
 A respirar las auras de la vida.
 Canta otro, que Belén su augusta cuna
 Ha de mecer, ² y que la paz amable
 Mostraría en todo el orbe su sonrisa
 Para arrullar al celestial Infante;
 Y que al recién nacido, del oriente
 Vendrían los reyes á ofrecer incienso,
 Oro fulgante y olorosa mirra.
 Regocíjate oh Sion, ³ he aquí á tu amable
 Modesto rey que ya hácia á tí camina,
 De un pollino los lomos oprimiendo;
 El traerá la salud porque suspiras
 Y la amable justicia desterrada.
 Cuando El venga, los sordos sus oídos
 Abrirán, ⁴ y los ciegos igualmente
 Verán de la aurea luz los resplandores;
 Cojos, tullidos saltarán de gozo,
 Y del mudo la lengua será libre.
 Mas no obstante, ¡oh dolor! será vendido
 Y por treinta dineros entregado ⁵
 Por aquel mismo con quien El partía
 El pan, y cuya mano al mismo plato
 A leve se extendiera asiduamente.
 Nada El rehusará de amargo y duro.
 Y aún cargará ⁶ sus delicados hombros
 Gustoso, ufano, con nuestras miserias;
 Ni saldrá de su boca un ay doliente:
 Él mismo para ser sacrificado
 Al ara marchará con ansia viva
 Inocente cordero, y ni un valido.
 En son de queja emitirá en su duelo.
 Más ¡ay! ¿qué son estas profundas llagas ⁷
 Que abiertas miro en tus sangrientas manos?
 ¡Ay! de ambos piés y manos enclavado
 Cruelmente cuelga de áspero madero.
 Languidece de sed; y hé aquí á su boca ⁸

¹ Ps. 72. v. 6. Is. 7. 14:

² Mich. 5. v. 2.

³ Zach. 9. v. 9.

⁴ Is. 35. v. 5.

⁵ Zach. 11. v. 12. Ps. 40. v. 10.

⁶ Is. 53. v. 4. 7.

⁷ Zach. 13. v. 6. Ps. 21. v. 16.

⁸ Ps. 68. v. 22.

Vinagre y hiel se le propina amarga.
 ¡Es ya todo su cuerpo llaga viva!¹
 No hay parte sana en él, corre á torrentes
 La sangre de sus venas desgarradas;
 Contársele pudieran en su cuerpo²
 Sus huesos descarnados uno á uno.
 Más no permitirá que ni uno sólo³
 Se viole ó se triture; ni que en partes
 Su túnica inconsútil rota sea;
 Y aunque excentos no estén otros vestidos,
 Integra aquella tocará á uno sólo:⁴
 Moverá su cabeza el populacho,⁵
 Pasándole delante, y con sarcasmos
 Le insultará feroz en su agonía.
 Pero atónito el sol por tan gran crimen,⁶
 Su aurea cabeza esconderá entre tanto
 En un negro espesísimo capuz;
 Y en la mitad de su carrera ardiente,
 En pleno día de sombra tenebrosa
 Se cubrirá la delincuente esfera,
 Y el cielo y las estrellas enlutadas,
 Suspendrán su cintilar alegre.
 Envolviéndose en triste negro velo;
 La luna esconderá sus resplandores,
 Y sobre su eje cimbraráse el mundo.
 Más después, vencedor del ceño fiero
 De la indómita muerte, á la venida
 Conculcará su planta victoriosa,
 Y á esa misma muerte, dará muerte;⁷
 Y al reinador del tenebroso Averno
 Arrancará glorioso sus trofeos,
 Rompiendo el ya tan largo cautiverio,⁸
 De las almas que allí tristes gemían.
 Para que tomen parte en su triunfante
 Ovación, y después de eterna dicha
 Colmarlas, luego que sobre aurea nube⁹
 Haya él subido á su estrellado alcázar
 Ya conquistadas por su noble triunfo.
 Esto á grandes distancias y aún algunos
 De diez siglos el velo descorriendo
 Los oráculos santos anunciaron;

1 Is. 1. v. 6.

2 Ps. 21. v. 8.

3 Exod. 12. v. 46.

4 Ps. 21. v. 8.

5 Ps. 21. v. 8.

6 Am. 8. v. Joel. 3. v. 15. 16.

7 Ocas. 13. v. 14.

8 Ps. 106. v. 14.

9 Ps. 103. v. 3. Ps. 23. v. 8.

Y aquellos que testigos oculares
 Fueron de éstos sucesos portentosos,
 ¿De mas vivos colores usarían
 O mayor energía para narrarlos?
 Aun más allá se avanzan los profetas,
 Y la horrenda perfidia de su pueblo
 Flagelan, con enfáticas figuras.
 "Ellos con el mortífero veneno¹
 De la víbora cruel se amamantaron,
 Y en sí reprodujeron sus furores;
 Como el áspid cerraron sus oídos"²
 ¡Ah malhadada, pérfida progenie!
 A Cristo matarán, pero ¡oh! cuán cara³
 Pagarán su satánica osadía.
 Dios mismo en su furor, como enemigos
 De sí los lanzará, y en adelante
 Los verá con desdén; hasta su nombre
 Borrará airado, ni en lo sucesivo
 Su mimado será querido pueblo.
 De la Italia vendrán, cual torbellino,⁴
 Tremes, capitanes y escuadrones,
 Y la Ciudad con su gran templo augusto
 Será arrasada y presa de los vientos,⁴
 Y vil ludibrio sus cenizas mudas;
 Total será su destrucción y ruina,
 De que alzarse jamás le será dado.
 Dispersados sus tristes moradores
 En medio de los pueblos y naciones,
 Prófugos, sin hogar, sin fin errantes,
 Serán por todas partes recibidos
 Con silbidos, dicteros y risadas.
 Compañeros tendrán inseparables
 El horror, el pavor, la saña y odio,
 Y el oprobio, el baldón y la ignominia
 Que á su lado irán siempre como sombra.
 Sus ojos cerrarán en pleno día;⁵
 Y aunque envueltos en nítidos fulgores,
 En noche eterna vivirán hundidos.
 Mas ya tocar podemos con la mano
 Estos santos sublimes vaticinios.
 Ya los romanos árbitros del mundo
 Desparecieron, ya la voz suena

1 Ps. 57. v. 5. Deut. 32. v. 20.

2 Dan. 9. v. 26.

3 Id. 11. v. 30. 33.

4 Id. 9. v. 26. Ezech. 5. v. Id. v.

15.

5 Is. 6. v. 10. Joa. 12 v. 39.

De sus guerreros lituos belicosos:
 Al golpe del guijarro pequeñuelo
 La estatua colosal ya desplomóse
 En añicos y polvo convertida.
 Y los Hebreos aún vagos y errantes
 Tienen el vasto globo por destierro;
 Ni ven en parte alguna sus murallas
 Ni de Salin las torres y siluetas,
 Ni reunirse han podido en punto alguno
 Ni fijar residencia permanente.
 Buscan siempre las sombras y escondites,
 Ludibrios por doquier, mosas temiendo,
 Haraposos, escuálidos, sombríos,
 Por negra honda tristeza consumidos.
 De su temor la marca ignominiosa
 Es el nombre *Judio* que suena odioso.
 Aun los niños y niñas de tres años
 Les guiñan maliciosos y señalan
 A dedo sin que nadie los incite.
 Ellos, no obstante voluntariamente
 Miseros se endurecen, y rodeados
 De fulgurante luz por todas partes
 Pertinaces sus párpados le cierran;
 Y entre las sombras de la eterna noche
 Viven en blanda paz aletargados.
 Más tarde al fin recibirán los rayos ¹
 De la divina luz y á sus fulgores
 Los ojos abrirán, cuando del cielo
 Desfallezcan las fúlgidas lumbreras,
 Y en grande ruina se desplome el mundo;
 Y la Arca entre tinieblas escondida
 Vuelva á la faz del mundo. Escrito se haya.
 He aquí por qué ya habiéndose extinguido
 Los que al mundo vencido sojuzgaran,
 Sobreviven aún, cual monumento,
 Y durarán innúmeros Hebreos
 Del orbe hasta los tristes funerales.

¹ Ad. Rom. 11. v. 25, Ad. Gal. 3. v. 14. Ibid. 2. v. 15.

PARTE II.

GANTO I.

DIOS HOMBRE.

HIZO ALARDE DEL PODER DE SU BRAZO.

Luc. 1. v. 51.

Cuando al mundo de su eje suspendía
 El Todopoderoso, y con sus manos
 Del cielo la gran bóveda extendía,
 Todo en peso y medida; en los arcanos
 De su mente, ya entonces concebía
 Empresa sin igual, que á los humanos
 Y del cielo á la corte venturosa
 Pareciera increíble y portentosa.
 Obra mayor para la cual debiera
 Reunir sus fuerzas y que atentamente,
 Antes que ningún ser del caos surgiera,
 Y al fabricar el mundo mayormente;
 Ya en bosquejo trazaba en la alta esfera:
 Vestirse el barro de la humana gente
 En seno virginal inmaculado,
 (¡Pásmate, oh santo cielo!) había intentado.
 Y aquel gran Dios de Majestad terrible
 A quien el orbe á contener no alcanza,
 Infante quería ser, niño apacible.
 ¿Cómo, este Dios inmenso, sin mudanza,
 Que ofusque su esplendor será posible
 Con la mortal humana semejanza;
 Y del empíreo excelso descendido,
 De humano cuerpo muéstrese vestido?
 Ya el astro gigantesco había trazado
 Cuatro mil giros por el vasto cielo,
 Desde que en ruina aciaga derribado,
 De llorarse sin tregua y sin consuelo,
 Yacía el género humano, contagiado

De sus guerreros lituos belicosos:
 Al golpe del guijarro pequeñuelo
 La estatua colosal ya desplomóse
 En añicos y polvo convertida.
 Y los Hebreos aún vagos y errantes
 Tienen el vasto globo por destierro;
 Ni ven en parte alguna sus murallas
 Ni de Salin las torres y siluetas,
 Ni reunirse han podido en punto alguno
 Ni fijar residencia permanente.
 Buscan siempre las sombras y escondites,
 Ludibrios por doquier, mosas temiendo,
 Haraposos, escuálidos, sombríos,
 Por negra honda tristeza consumidos.
 De su temor la marca ignominiosa
 Es el nombre *Judio* que suena odioso.
 Aun los niños y niñas de tres años
 Les guiñan maliciosos y señalan
 A dedo sin que nadie los incite.
 Ellos, no obstante voluntariamente
 Miseros se endurecen, y rodeados
 De fulgurante luz por todas partes
 Pertinaces sus párpados le cierran;
 Y entre las sombras de la eterna noche
 Viven en blanda paz aletargados.
 Más tarde al fin recibirán los rayos ¹
 De la divina luz y á sus fulgores
 Los ojos abrirán, cuando del cielo
 Desfallezcan las fúlgidas lumbreras,
 Y en grande ruina se desplome el mundo;
 Y la Arca entre tinieblas escondida
 Vuelva á la faz del mundo. Escrito se haya.
 He aquí por qué ya habiéndose extinguido
 Los que al mundo vencido sojuzgaran,
 Sobreviven aún, cual monumento,
 Y durarán innúmeros Hebreos
 Del orbe hasta los tristes funerales.

¹ Ad. Rom. 11. v. 25, Ad. Gal. 3. v. 14. Ibid. 2. v. 15.

PARTE II.

CANTO I.

DIOS HOMBRE.

HIZO ALARDE DEL PODER DE SU BRAZO.

Luc. 1. v. 51.

Cuando al mundo de su eje suspendía
 El Todopoderoso, y con sus manos
 Del cielo la gran bóveda extendía,
 Todo en peso y medida; en los arcanos
 De su mente, ya entonces concebía
 Empresa sin igual, que á los humanos
 Y del cielo á la corte venturosa
 Pareciera increíble y portentosa.
 Obra mayor para la cual debiera
 Reunir sus fuerzas y que atentamente,
 Antes que ningún ser del caos surgiera,
 Y al fabricar el mundo mayormente;
 Ya en bosquejo trazaba en la alta esfera:
 Vestirse el barro de la humana gente
 En seno virginal inmaculado,
 (¡Pásmate, oh santo cielo!) había intentado.
 Y aquel gran Dios de Majestad terrible
 A quien el orbe á contener no alcanza,
 Infante quería ser, niño apacible.
 ¿Cómo, este Dios inmenso, sin mudanza,
 Que ofusque su esplendor será posible
 Con la mortal humana semejanza;
 Y del empíreo excelso descendido,
 De humano cuerpo muéstrese vestido?
 Ya el astro gigantesco había trazado
 Cuatro mil giros por el vasto cielo,
 Desde que en ruina aciaga derribado,
 De llorarse sin tregua y sin consuelo,
 Yacía el género humano, contagiado

Por sus infaustos padres, que en su duelo
 Su descendencia mísera arrastraron,
 Y en eterno dolor la sepultaron.
 Una mujer á tanta desventura
 Misero origen dió; cuando cediendo
 Al encanto, á la pérfida impostura
 Del astuto dragón, y el pecho abriendo
 A su mortal veneno y baba impura
 Y el santísimo pacto ya rompiendo;
 Gustó el fruto fatal por Dios prohibido,
 E importuna, brindóselo al marido.
 Mas doliéndose el Padre Omnipotente
 De tan funesta ruina, (pues había
 Desmantelado el orbe enteramente
 La mujer,) jura entonces que vendría,
 Noble Reparador, que el delincuente
 Mundo á su noble alcuña volvería;
 Y que una Virgen Madre, vencedora
 Hollaría á la serpiente engañadora.
 Mas no solo una vez el Soberano
 Hace oír esta espléndida promesa;
 Dos y más veces tan profundo arcano
 Al justo Abrahán anuncia con largueza:
 Que la honda ruina del linaje humano,
 Rodado de su pristina grandeza,
 Vendría quien reparara en fausto día,
 Y de quien él progenitor sería:
 Y que había de borrar compadecido
 La mancha infame y marca vergonzosa
 Con que nace el mortal. Ya repetido
 Esta misma promesa venturosa
 Se había á David tres veces: que medido
 Habría el futuro Rey con la espaciosa
 Tierra, su eterno trono, y juntamente
 Rey sería del Jeseo y su descendiente.
 Y ya el tiempo dichoso se acercaba
 De cumplir la promesa: Virgen pura
 A quien Dios por su madre destinaba,
 Púdica, humilde, singular criatura,
 Tal vez entonces, atenta meditaba
 Este arcano feliz: y á la futura
 Madre de Dios colmando de loores,
 Rendíase, sin saberlo, esos honores
 Mas hé aquí, se le muestra de repente,
 Esparciendo suavísima ambrosía,

Entre lampos de brillo sorprendente,
 Angel hermoso que el Señor envía
 De su altísimo trono refulgente,
 Uno de la suprema gerarquía,
 De los que asisten á su augusto trono
 Y así le habló con apacible tono:
 "Salve, honor de las playas celestiales,
 Timbre glorioso del linaje humano;
 Por tí desde los fúlgidos umbrales
 La alma Gracia bajó, con larga mano
 En tu alma á derramar sus inmortales
 Dones y enriquecerte: el Soberano
 Rey del cielo su vista á tí dirige,
 Y por madre entre mil hoy te elige.
 Y entre todas las madres que han poblado,
 Y poblarán la tierra, á tí hoy confía
 Jehová su mismo Verbo que ha engendrado
 De su grah Mente en el eterno día:
 Tu seno llevará fruto sagrado,
 Y nacerá del mundo á la alegría
 El Hijo del Altísimo, y por nombre
 Jesús le será impuesto, Hijo del hombre.
 De su padre David eternamente
 Ha de ocupar el trono y por doquiera
 Extenderá su cetro omnipotente
 Con magestad y gloria duradera."
 Tales voces oyendo la inocente
 Virgen, blasón de nuestra baja esfera,
 Palpita y se estremece, y con voz grave
 Sus labios desplegó, meliflua, suave.
 Mas ¿cómo esto será? yo intacta he sido
 De varonil contacto, el dulce acento
 Fué por su aureo candor luego extinguido,
 Y sus labios cerró de nuevo el viento
 Por el ardiente rosicler herido,
 De la boca del Angel al momento
 Vibró esta voz: "oh Reina, todo susto
 Destierra, arroja de tu pecho augusto.
 Espíritu divino, Aura sagrada
 Descenderá á tu pecho, y en tu seno
 Fijará su dulcísima morada;
 De fruto celestial él será lleno,
 Intacta tú, quedando inmaculada,
 Y de mancilla tu candor ajeno:
 Concebirás al Verbo, y la Increada

Prole de Dios, de un modo sorprendente,
 Será tu prole augusta juntamente,
 A tus oídos cree Virgen amable;
 Aun Isabel tu prima, á quien contigo
 De sangre enlaza vínculo inviolable,
 Ya lleva de su seno al dulce abrigo,
 Estéril antes, feto venerable
 Seis meses ha; pues ya con rostro amigo,
 De madre con el cargo la ennoblece
 Dios á cuyo poder todo obedece;
 Vigor cobra la Reina y noble aliento
 A tales voces; pero más ahondando
 En su misma humildad: "hé aquí al momento
 Esclama, su cerviz ya doblgando,
 La humilde esclava del Señor; consiento
 En tu augusto mensaje." Aun no acabando
 De proferir tal vez, el vasto cielo,
 Se inclina amable hacia el mezquino suelo.
 Deja el grande Jehová ya los umbrales
 Del cielo; el Unigénito, increado
 Verbo del Padre baja á los mortales;
 El que es igual al Padre el engendrado;
 Antes que de las cosas primordiales
 Los gérmenes brotaran, y asomado
 La luz hubiera, á la impaciente esfera
 Sonriéndole halagüeña y lisonjera:
 A quien la tierra, el mar, el sorprendente
 Giro de las esferas armoniosas
 Adoran por Creador omnipotente:
 Por quien todo el conjunto de las cosas
 Se mantiene en su ser constantemente,
 Quien todas sus criaturas numerosas
 De su gran majestad inmenso llena,
 Cuyo almo nombre por doquier resuena.
 Este gran Dios intenta asemejarse
 Al mísero mortal, lo más sublime
 Con lo ínfimo enlazar, y prepararse
 Mansión humilde en el mortal que gime,
 Y ser hijo del hombre y encerrarse
 En el claustro materno que lo oprime,
 Su grandeza en un niño reduciendo,
 La alma y figura humana recibiendo.
 Pudo varón maduro, en la estatura
 Y vigorio mostrarse al bajo suelo,
 Sin tener que sufrir la estrecha oscura

Cárcel materna: más su grande anhelo
 Lo hizo gemir en lóbrega estrechura:
 Y aunque en igual clausura, [denso velo
 Nuestra mente ofuscando] los sentidos
 Tuvimos en letargo entorpecidos,
 Ni nuestro ánimo entonces forcejeaba
 Por romper esos grillos y prisiones,
 Ni tan negra mansión le atormentaba:
 No así el Rey de las fúlgidas regiones;
 Ya él su mente y sentidos gobernaba.
 Era dueño y señor de sus acciones,
 Y con digna de un Dios sublime mente,
 Gemía sufriendo esa mansión doliente.
 Varón era ya entonces, pues un día,
 Como augusto cantó vate divino,
 Encerrar Virgen púdica debía
 Un infante y varón, con peregrino
 Inaudito portento. De alegría
 Y júbilo rebose ya el mezquino
 Miserable mortal; ya el saludable
 Rocío le enviaste, oh! cielo inagotable.
 Porque ya, oh tierra, de tu estéril suelo,
 Que el germen virginal ha recibido,
 El Salvador brotó; ya el grande anhelo,
 De tantos siglos fué por fin cumplido;
 Ya vino el gran Reparador que el cielo
 A la humana progenie ha prometido
 Del antiguo dragón para vengarla,
 Y hasta el empíreo mismo levantarla.
 De Jehová fué tan grande la clemencia
 Con el hombre, que á su Hijo muy amado,
 Que es su misma substancia y real esencia,
 Nos dió cual prenda amable y don sagrado,
 Agotando su inmensa omnipotencia;
 Y el que sostiene el orbe agigantado
 Con tres dedos, ensaya aquí su diestra,
 Y así la esfuerza en tan grandiosa muestra.
 Tú ¡oh! casa pequeñuela, sabedora
 De tan grande misterio, tú, envidiable
 Aún por el mismo cielo, desde ahora
 Santa serás llamada y venerable.
 De donde nace la rosada aurora,
 Del ocaso, del austro y formidable
 Abrego, llegarán entre ovaciones
 A adorarte fervientes las naciones.

Del último rincón del orbe entero,
 De las remotas playas de los mares
 Vendrán pueblos con rostro placentero
 A ofrecerte sus dones á millares;
 Y los reyes potentes con esmero
 Adornarán esos humildes lares,
 Y tus humbrales al besar fervientes,
 Inclinarán sus coronadas frentes
 El tiempo audaz con impetu terrible
 Todo derribará, nobles ciudades
 Se holgará en arrasar; y el invencible;
 Capitolio, que reta á las edades
 Talará al fin con su hoz irresistible:
 Del mundo los portentos y beldades
 Hollará, y las cenizas y despojos
 Ha de engullir, cebando sus enojos:
 Más en tí estrellárase su potencia,
 Se arredrará á tu vista, y ni sus dientes,
 Aunque nada se escape á su violencia,
 Para roer tus muros esplendentes,
 Osará descubrir en tu presencia;
 Por invisibles manos reverentes
 Serás de tus cimientos arrancada,
 Y de tu antiguo asiento trasportada:
 Y en los eburneos hombros descansando
 De alados escuadrones numerosos,
 Las nubes y los vientos traspasando,
 Volarás por senderos misteriosos,
 Yacer en lontananza contemplando
 Los mares y los montes nebulosos;
 Y aún otra vez por el sereno cielo
 Emprenderás este asombroso vuelo.
 El adriático golfo finalmente
 Traspasarás, fijando tu morada
 En la cercana playa de occidente,
 Del Piceno región [que celebrada
 Será por tal insignia] ricamente

1 El primer lugar que recibió este precioso tesoro fué la Dalmacia, separada de Italia por el golfo Adriático. Despues, atrevesando dicho golfo, se colocó en un lugar bescoso cerca de la que despues se llamó Loreto por los muchos bosquecillos de laureles que adornaban aquel lugar. Pero como esos bosques estaban invadidos por ladrones y salteadores, fué últimamente trasportada por mano de los ángeles al lugar que hoy ocupa, que es la misma ciudad de Loreto, situada en las llamadas *March d'Ancona*, como á una legua del mar. Yo mismo tuve la dicha varias veces de visitar ese augusto santuario, y besar sus venerables paredes, en cuyo recinto tuvo lugar el misterioso de la Encarnación del Verbo.

De verdes arboledas adornada;
 Y en tí los pueblos todos á porfía
 Verán grandes portentos cada día.
 La luz restituirás al que ha perdido
 De sus ojos la antorcha luminosa,
 Y á los sordos el uso del oído;
 Y aún volverás el alma desdefiosa
 Al cuerpo que otro tiempo había movido:
 Y volará tu fama sonora
 Por el ávido tiempo no eclipsada,
 En retablos y exvotos consignada.

CANTO II.

PRINCIPE DE PAZ

FLORECERA EN SUS DIAS
 LA JUSTICIA Y ABUNDANCIA DE PAZ.

Ps. 71. v. 7.

Nueve veces la luna ruborosa
 Se había ya entre las sombras ocultado,
 Y otras tantas risueña, esplendorosa
 Con el sol aureo había rivalizado,
 Cuando la Virgen á Belén llegaba
 Por los santos oráculos movida,
 A do su feto celestial llevaba,
 Para darle las auras de la vida.
 Augusto, de todo esto aunque ignorante,
 Le daba cumplimiento con esmero,
 Y había dado un edicto terminante
 De empadronarse el Universo entero.
 La tierra en ese entonces dulcemente
 De la paz disfrutaba las delicias,
 Al niño en obsequiar ya diligente
 Y brindarle pacíficas caricias.
 Ya de las armas acallara el trueno,
 Ni fruncía Marte el entrecejo adusto,
 Para que el suefio plácido, sereno
 No se turbara del Infante augusto;

Y el que había de venir á las naciones
 Cual príncipe de paz, ya al mundo había
 De la paz conquistado con los dones,
 A los cuales su nombre respondía.
 José también sométese fielmente
 Al edicto imperial, y había venido
 Con su Esposa á Belén, pues igualmente
 De David noble alcuña habían tenido;
 Y aunque de ilustres reyes germinaron,
 Eclipsólos su porte y su pobreza,
 Al grado de que albergue no encontraron,
 Y fueron rechazados con dureza.
 Profunda gruta, oscura y erizada
 De silvestres espesos matorrales,
 Y en su interior de musgo tapizada,
 Se abría en medio de toscos peñascales.
 Cuando el cielo rompiase en un torrente,
 Los pastores solían apresurarse,
 Sus rebaños reunir, y prontamente
 De esa gruta al abrigo pertrecharse;
 O ya al caer la tarde, desunciendo,
 Los labriegos, allí se refugiaban,
 Y sus cansados bueyes recogiendo,
 Dentro esos tosco lares los guardaban.
 Y el cielo destinaba en sus arcanos
 Al Rey de reyes que venir debía
 Esa cuna real ¡oh soberanos
 Juicios de Dios! ¡oh cómo se desvía
 De ellos la mente del mortal! Extiende
 Dios sobre ellos un velo, y los oculta;
 Y cuando descorrerlo audaz pretende
 El hombre, en negras sombras se sepulta.
 Ya había la húmeda noche silenciosa
 Sus alas gigantescas extendido,
 Y en su carro de estrellas, vaporosa
 La mitad de la esfera había medido;
 Y señalando al orbe aletargado,
 Hondo silencio adusta le intimaba:
 Cuando ya el Unigénito increado,
 El Verbo hecho al fin hombre se mostraba.
 Como el limpio cristal la luz tramite,
 Sin que nada se ofusque su tersura,
 Ni ajado se lastime ó debilite,
 Que antes su brillo aumenta y hermosura:
 Así la Virgen real, sin que empañara

Su aureo candor, su virginal pureza,
 A un niño daba á luz de gran belleza
 Sin esfuerzo y dolor que la agobiara.
 Venid conmigo, alados mensajeros,
 Raudos venid en escuadrón brillante,
 Y en armoniosos coros placenteros,
 A la madre cantad y al Dios infante.
 Salve de Dios Progenie verdadera,
 Y de tí, Virgen púdica, igualmente:
 Tu gran poder, tu nombre en nuestra esfera
 Y tú saber es hoy más sorprendente:
 Cuando en establo vil, sin pompa alguna,
 Naces como del mundo el deshechado;
 Cuando forma la paja tu real cuna,
 Y ni tus miembros abrigar te es dado
 De fajas y pañales careciendo
 Tu misma Madre, quien al frío punzante
 No puede hurtar tu cuerpo, que escondiendo
 Estrecha con afán al pecho amante;
 Cuando de tus ojuelos silenciosa
 Lágrima brota, y al materno pecho
 Se pega tu boquita temblorosa,
 Y tu Madre te cife en nudo estrecho;
 Cuando apacible tiernecico infante
 Gimes ó duermes entre arrullo blando;
 Cuando te veo afanoso á cada instante
 Tus pequeñuelos brazos alargando,
 Porque asirte á tu Madre forcejeas;
 Cuando abriendo tu boca delicada,
 Madre quieres decir, y balbuceas,
 Y dejas esa voz entrecortada.
 ¡Oh! cómo en el materno gremio blando
 Te veo sobre tus plantas tiernecitas,
 A tu Madre mil ósculos brindando
 Y mil caricias con tus manecitas;
 Le dirijes á veces dulcemente
 Fija mirada, y sus modestos ojos
 Ella alza y te responde tiernamente,
 Pintándole el amor suaves sonrojos.
 Salve, ¡oh Creador Supremo! Rey de vida,
 De paz y de alianza verdadera;
 Cerráronse por fin en tu venida
 Las férreas puertas de la guerra fiera;
 Y tras largo destierro y larga ausencia,
 Nuevamente la paz á los mortales

Vuelve risueña, llena de inocencia
 Desplegando sus galas divinales,
 Trocárase en la reja del arado ¹
 Y en la hoz aguda el sanguinoso acero;
 Y se aliarán en el florido prado ²
 El cabrillito con el lobo fiero.
 Vivirá con el pardo en armonía
 El tierno corderillo, y juntamente
 Se verá entre la grey durante el día
 Inofensivo y manso el león rugiente.
 Las hórridas cavernas, habitadas ³
 Mas allá por dragones ponzoñosos,
 De cálamos serán engalanadas
 De juncias y de nardos olorosos.
 El cinamomo Asirio y la preciada
 Mirra visitarán pobres umbrales;
 Verterá aceite y miel cumbre escarpada, ⁴
 Y leche correrá entre peñascales.
 Salve ¡oh Madre sagrada, Virgen pura!
 Sin ejemplo ni igual; te has concedido
 Solo hasta aquí de humilde créatura
 De esclava el nombre, de tu boca oído:
 Ya del nombre de Madre, finalmente,
 Usa del dulce nombre; pues confiado
 Se te há ese cargo por tu Dios potente,
 Quedando el Orbe atónito, asombrado:
 Y á tu mismo Creador, que entre mortales
 Quizo vivir dejando su alto asiento,
 Y es hora tierno niño, esas vitales
 Auras le diste, oh! Madre, ese almo aliento.
 El Altísimo en tí, el Omnipotente
 Se ensayó y agotó, sobrepujando
 Su mismo gran poder, sublimemente
 Toda su omnipotencia en tí ostentando.
 Y aquel que puede á una señal lijera
 Hacer brotar más soles fulgorosos
 Y de más astros esmaltar la esfera,
 Y otros mundos hacer mas portentosos:
⁵ Jamás ha de poder, ni lo intentara,

1 Is. 2. v. 4.

2 Id. 11. v. 7. 6.

3 Id. 35. v. 7.

4 Joel 3. v. 18.

5 Esto se extiende no de *potencia absoluta* de parte de Dios ú *obediencial* por parte de la criatura, como hablan los teólogos, sino de *potencia ordenada*, ó sea; para los altos fines de Dios en la reparación y *dignificación* del género humano.

Otra madre créar, que á tí en nobleza
 Y en dignidad venciera, ó igualara,
 Tu inocencia, tu espléndida grandeza,
 Salve otra vez, Madre ínclita, divina,
 Virgen sin par, hermosa cual ninguna:
 Tú eres aquella zarza peregrina
 Del fuego intacta, sin lesión alguna;
 Tú, el blanco vellocino, muellemente
 Empapado en rocío mientras ardía
 De sed el campo todo, y nuevamente
 Intacto, cuando de agua se embebía.
 Tú eres de Dios el monte agigantado
 Que de los cielos desafía la altura,
 Y sobre altas montañas encumbrado,
 Campea y descuella en colosal figura.
 Tú eres aquella cándida, flotante
 Nubecilla de Elías que todo el cielo
 En los crespones envolvió al instante,
 De su nevado vaporoso velo.
 Tú la fecunda vara misteriosa
 Que pululó de la raíz Jesea,
 De la que germinó flor olorosa
 Que toda te engalana y hermosea:
 Aquella blanca flor, por la que un día
 En ardientes suspiros se inflamaban
 Las eternas colinas, y á porfía
 Los antiguos patriarcas suspiraban;
 Tú el tálamo nupcial del casto Esposo
 Que el vestido mortal no ha desdefiado,
 Y con pacto estrechísimo, amoroso,
 Se ha con la humana stirpe desposado.
 El buey tardío y el asno conocieron
 A su Dios y Señor, y comedidos
 Con su calor y aliento le envolvieron,
 Los ya lívidos miembros ateridos.
 Ea, pastores, acudid ligeros;
 Cestillas llenas de olorosas flores
 Traed, para regalarlas placenteros;
¹ Hora os brindan los campos sus primores.
 Y no olvidéis la flor que más galana
 Entre las otras el prima do ostenta,

1 No se ve bien la razón por qué en el rigor del invierno, en pleno Diciembre, pueda verificarse lo que el Poeta dice; á no ser que se entienda de una manera figurada, en cuanto que la venida de Jesucristo colmó todo el mundo de incomparables bienes.

La reina sin igual flor ¹ mexicana
 Que de la redención signos presenta.
 Esconde ella tres clavos con erguida
 Piramidal cabeza, que rematan
 En acerada punta retorcida,
 Y un color ferrugineo en sí retratan;
 En su centro levántase y campea
 Pequeña columnita, que erigida
 De mármol se creyera, y la rodea
 Sanginosa corona entretegida
 Con cinco llagas su corola esmalta,
 La noble flor, y mírase hacia un lado
 Un nudoso flagelo que resalta
 En actitud como de ser vibrado.
 Gratisima será al divino Infante
 La hermosa flor del mexicano suelo;
 Pues le recuerda su pasión que amante
 El ya suspira con ferviente anhelo.
 Aquí entona tu cántico, oh Cumana,
 Noble Sibila, el mismo que otro día
 Mal torció no sé cual Musa profana,
 Y era [ya me acordé] de gran valía.
² "Ya nace orden completo sorprendente,
 De siglos una nueva descendencia
 Del cielo baja ya resplandeciente:
 Si alguna huella aún ó apariencia.
 De nuestra antigua infame mancha dura,
 Por tu mano será toda raída
 Y el decreto de eterna desventura
 Que en pavor á la tierra tenia hundida;
 Reventarán las sierpes venenosas,
 Y morirá la yerba emponzoñada,"
 Estas cosas tan altas y grandiosas
 Sin conocer aquella Musa osada
 Sacrilega usurpó, y á la armonía
 Las trasladó de su profano canto.
 Tú, Virgen, Madre augusta, la bravía
 Serpiente trituraste hórrida tanto:

¹ Anacronismo poético. No consta que esta flor conocida bajo el nombre de *pasionaria* ó *flor de la pasión* (*passiflora ccerulea*) sea original de México; parece que es común tanto al Viejo como al Nuevo Mundo.

² Estos versos los tomó el Autor entresacándolos de la égloga cuarta de Virgilio, quien sin culpa alguna, los aplicó á Polión, y él á su vez los tomó de la muy conocida profecía de la Sibila Cumana, una de las cuatro Sibilas, que según la común opinión, profetizaron varias cosas relativas á la venida de Jesucristo, y aun dicen algunos Santos Padres, que en premio de la virgindad que guardaban, Dios les reveló alguno de estos misterios.

No pudo ese sagáz dragón obsceno
 Sus colmillos pestíferos clavarte,
 Ni de sus fauces el mortal veneno
 En tu púdico seno inocularte,
 Ese horrendo veneno, baba impura,
 Tósigo oculto, con que, aun no nacida,
 Osa impregnar á la mortal criatura,
 Desde su origen ya de muerte herida.
 En vivas prorrumpid, cantos de gloria
 Resuenen por doquiera; derribado,
 Herido ya el dragón, de tal victoria
 Es un trofeo hasta el cielo levantado;
 En sus nudos y espiras replegarse
 Apenas puede, en ellas envolviendo
 Su cerviz machacada, y revolcarse,
 Sus últimos alientos recogiendo.
 Tú, oh Virgen Madre, y tu muy dulce Infante
 Nos habeis á la vida restituido;
¹ Está ya con nosotros Dios amante,
 De forma peregrina revestido.
 Y su eterna Progenie que engendada
 Dos veces fué, sublime, estirpe nueva,
 Viefe á fundar; pues ya su faz manchada
 El mundo cambia y toda la renueva.
 De esa reparación dulce memoria
 En nuestra alma por siempre grabaremos,
 Y al empezar tal época de gloria,
 Nuestros sólo esos años llamaremos.
 Siguen los siglos fúlgido sendero;
 Corre la edad del oro y al olvido
 Rueda la vil; y por el orbe entero
 Gente aurea nace ya, pueblo escogido.

¹ Este es el significado de la palabra *Emmanuel*, uno de los nombres de Cristo.

CANTO III.
NOMBRE SOBRE TODOS LOS
NOMBRES.

LE DIO UN NOMBRE SOBRE TODO NOMBRE, A FIN DE QUE
AL NOMBRE DE JESUS SE DOBLE
TODA RODILLA EN EL CIELO, EN LA TIERRA
Y EN LOS INFIERNOS.

Ad Philip. 2. v. 9. 10.

¿Tan tiernecico pues y que aun apenas
Las primeras respira auras vitales,
El Párvulo divino con señales
De su sangre y vivísimo dolor
Marcarse deberá su nombre augusto?
No quieras, Niño, el impetuoso vuelo
Acelerar del tiempo con tu anhelo,
Tus ansias calmar, tu indiscreto ardor.
Cuando hayas á seis lustros añadido
Tres años, colmarás tu amor ardiente,
Y de tu misma sangre en el torrente
Tu cuerpo desgarrado empaparás;
Y aún después de exhalar tu último aliento,
Con fuerte empuje aguda lanza fiera
Osará derramar tu postrimera
Gota de sangre con furor audaz.
Por todo esto suspira desde ahora
El tierno Niño el amoroso Infante;
Un siglo le parece cada instante,
Ya devora ese tiempo con ardor:
Y su amor grande desahogar queriendo,
A darnos desde entonces se apresura
Esa prenda sangrienta tan segura
De sus dolores, de su muerte atroz.
Y aunque del viejo rito el duro yugo
Su cerviz á inclinar no era potente
No obstante, él se somete docilmente
De esa observancia al áspero rigor:
Creyérase más bien con este ejemplo

Sancionar dicha ley, se aparejaba,
Sin embargo, á abolirla; esto intentaba,
Y él mismo con su sangre lo efectuó:
Más en lugar de sangre, hora nos manda
Lavar en sacra onda á que él ha dado
Virtud para borrar nuestro pecado,
Y la mancha afrentosa, ese baldón
Que de raíz impura, á los mortales
En su origen contagia; Mas la herida
En cuya sangre entonces fué teñida
Su tierna carne con atroz dolor;
Ese afilado cortador acero
Desde entonces suprime el dulce Infante;
Pero á su cuerpo este dolor no obstante,
Para sí cruel, no quiere perdonar.
A precio de esa sangre su gran nombre
Ha de grabarse ya, nombre divino
Que alado mensajero peregrina
Trajo del cielo por mandato real;
Y se le impuso antes que se encerrara
En el materno claustro inmaculado.
Los que otro tiempo el coro señalado
De varones santísimos llevó
Gloriosos nombres; místicas figuras
Fueron del Dios Infante que vendría,
Quien sólo los oficios cumpliría
Del nombre sin igual que se le dió:
Pues de salud al puerto venturoso
Sólo éste dulce Niño ha conseguido
Encaminar al hombre desvalido;
Ni ese nombre sublime de *Jesús*
En vano y sin misterio le fué dado.
Del Padre, oh Niño, tú eres la sapiencia,
Su esplendor, su magnífica potencia
Su misma imagen y su eterna luz.
Eres Tú el primogénito del mundo;
Pues del caos tenebroso de la nada
Tan sólo por tu gloria fué arrancada
Esta máquina inmensa, singular.
Tú el gran cetro del mundo por derecho
Has empuñado, y solo Tú dictarle
Puedes tus leyes, tus mandatos darle,
Y tu aureo trono sobre el sol fijar.
Tú eres de la verdad senda y modelo,
La vida incorruptible y duradera;

Tú luz eres del mundo verdadera
 Que rompió su espantosa oscuridad.
 Tú eres el buen Pastor, el apacible
 Mansísimo Cordero, la hostia santa
 Que de tu Padre el gran rigor quebranta,
 Y nos da eterna, inalterable paz.
 Tú eres también el Santo de los Santos;
 El Sacerdote eterno, y juntamente
 El Emanuel, el Adonái potente,
 Grandes, sublimes nombres de Jehová:
 Nombres que en sí reúne y acumula
 El nombre de Jesús, nombre sagrado,
 Que por el alto cielo le fué dado,
 Nombre dulce, armonioso sin igual.
 Más dulce que la miel que de los prados
 Acarrea la abejuela en el estío,
 Que el matutino bienhechor rocío
 Sobre el campo tostado por el sol;
 Más delicioso que el amable sueño
 Al labriego que siente asiduamente
 Del trabajo la férula inclemente
 Bajo el rayo de Febo abrasador:
 Más grato que la luz al que ha llorado,
 Sumergida en calígine espantosa
 De sus ojos la antorcha luminosa,
 Y la luz vuelve finalmente á ver;
 Que la deseada venturosa playa
 Para el mísero náufrago afanoso,
 Que agitado en el piélago furioso
 Sus brazos siente ya languidecer:
 Que la salud violenta y repentina
 Del hijo á quien la madre idolatraba,
 Y ya sin esperanza le aprestaba
 El fúnebre ataúd devorador.
 Los que pueblan las bóvedas del cielo,
 Y huellan las estrellas numerosas,
 Los que habitan las playas espaciosas
 Del bajo globo que ilumina el sol;
 Todas esas regiones infinitas
 Que alumbra el padre del ardiente día
 O naciendo del mundo á la alegría
 O al esconderse en el océano azul,
 Y aún los que habitan las mansiones hórridas
 Del espantoso Averno inexorable,
 Donde nunca penetra rayo amable

Débil destello, moribunda luz:
 Doblarán respetuosos la rodilla
 Para adorar con gran temor y espanto
 Este nombre grandioso y sacrosanto
 Que entre todos descuella sin igual.
 Es bálsamo precioso tan gran nombre
 Que suavísimo y terso se derrama;
 Alma luz que las nieblas desparrama,
 Y la salud devuélvele al mortal.
 A la puerta del templo que *Especiosa*
 Era llamada, un mísero gemía
 Que entorpecido de ambos piés yacía,
 Arrastrando tristísimo existir
 Desde que el seno maternal dejara.
 A Pedro mira entrar y al compañero;
 Y de costumbre en tono lastimero
 Les pide por la vida óbolo vil:
 Plata no tengo yo, ni oro precioso
 Pedro responde; mas lo que me es dable,
 Eso te doy; y luego al miserable
 Le manda sin tardanza con gran fé
 Que de Jesús en nombre se levante;
 Y sin nada dudar, con rostro ufano
 Lo hace surgir, prestándole su mano,
 Y salta aquel con rapidez en pie:
 Fuertes siente sus bases al momento;
 Ya en sus firmes columnas se sostiene
 Derecho, erguido, corre, ya va y viene,
 Y la tierra golpea con noble ardor;
 Como corcel retoza y escarcea,
 Y al zéfiro agilísimo pudiera
 Desafiar y vencer en la carrera;
 Tan ágil ya se siente y tan veloz.
 A éste nombre, de dioses la horda espuria
 Antes por todo el orbe entronizada,
 Caerá ya de sus templos derribada,
 Sin que nunca jamás vuelva á surgir:
 Raída de los mares y las tierras,
 Rodarán sus sacrílegos altares,
 Y esos ídolos mudos, á millares
 De las llamas serán ludibrio vil
 Los oráculos ¹ délficos famosos,

¹ Había en la ciudad de Delfos un famosísimo oráculo consultado de todas partes. La sacerdotiza llamada Pitria ó Pitoniza daba las respuestas sentada sobre un tripode, y se creía que el mismo Apolo hablaba por su boca,

Intérpretes de Averno largamente,
 Se hundirán en silencio eternamente,
 Ni sus hórridas fauces osarán
 Vapor negro erutar; ya ni el cornudo
¹ Hamón en las arenas africanas,
 Ni de Dodona² las columnas vanas
 Ni sus encinas volverán á hablar;
 Ni las lóbregas furias de la Estige,
 Ni los monstruos de Averno en adelante
 Se atreverán á abrir su hocico humeante,
 Hundidos en silencio y gran quietud:
 Estas horrendas pestes, victorioso
 De Jesús derrotó tan sólo el nombre
 Que la miel muy más dulce para el hombre,
 Su vida, sus delicias, su salud.

CANTO IV.

REY DE LAS GENTES

TRAERANLE PRESENTES

LOS REYES TODOS DE ARABIA Y DE SABA; LE ADORARAN

TODOS LOS REYES DE LA TIERRA,

TODAS LAS NACIONES LE RENDIRAN HOMENAJE.

Ps. 71, v. 10-11.

¡Ah qué luz, qué tinieblas! Invertido
 El orden primordial, en las naciones
 Que ha la muerte invadido,
 Y de las sombras entre las mansiones,
 Brilló luz de repente;
 Y donde iluminaba astro esplendente,
 Negra noche fatal, de las prisiones

² Hamon, una de las divinidades de los Egipcios, venerada bajo la figura de un carnero. Es fuera de duda que el demonio hablaba por boca de los ídolos para afianzar de esa manera su culto entre los gentiles.

³ Ciudad de Epiro celebre también por sus oráculos. Sus encinas eran el instrumento de las respuestas del oráculo.

Lanzándose del Orco tenebroso
 Sobre esas esparció vastas regiones
 Las sombras de su manto pavoroso.
 A tres reyes de Oriente, peregrina
 Su elocuente fulgor muestra una estrella,
 Y con su luz divina,
 Anuncia la más fausta nueva bella:
 Que Aquel ha ya nacido, á quien clamabañ
 Los pueblos, por quien siempre suspiraban.
 Mas al contrario, la nación Judía,
 Que otra luz más divina poseía
 Ha tantos años, á quien este Infante
 Se había ya prometido
 Que de Virgen sin mancha nacería;
 Ahora se endurece, y al brillante
 Día feliz, ya nacido,
 Los torvos ojos ciérrale no obstante,
 Y sombras palpa en la mitad del día,
 Rehusando así orgullosa
 Su espléndida riqueza más valiosa.
 Ya de la mano el cetro se rodara
 A la inclita Judá, y aun la postrera
 Ráfaga de esperanza se apagara.
 Una extranjera mano
 Ya empuñaba este cetro soberano,
 Que usurpara ambiciosa y altanera.
 Este era pues el tiempo
 En que mostrarse ya debiera al mundo
 El prometido Rey, el anunciado
 Del patriarca Jacob, ya moribundo;
 Oráculo hasta entonces celebrado
 Por rústicos y sabios,
 Y solía ya escucharse hasta en los labios
 De tiernos rapazueros retozones,
 Que apenas empezaban
 Su lengua á desatar, y callejones
 Y plazas, balbuceándole cruzaban.
 Las setenta semanas misteriosas
 Cotejándose aún, estos recientes
 Hechos, serían las pruebas contundentes
 De que esas venturosas
 Epocas ya tocaran
 La meta que los Vates les fijaran.
 Mas insensatos los Judíos, no obstante,
 A su Rey suspirado tanto tiempo,

Le voltean las espaldas, y no quieren
 Reconocerlo aunque lo ven delante,
 Ni á su dominio paternal se adhieren,
 Sus mismas ilusiones pisoteando,
 La flor de su esperanza deshojando.
 Esta es aquella raza malhadada,
 Pérfida raza que con voz impía
 Más tarde y con sacrilega osadía,
 Gritará por el Orco atosigada:
 Su reino no queremos,
 Ese falso diadema quebrantemos.
 Guiados entre tanto
 De aquel astro por la aurea cabellera,
 Los tres reyes á Sólima llegaban.
 Preciso esto será; pues con ello arguidos,
 Efugio alguno ó excusación artera
 Los Hebreos, pertinaces no encontraban
 Con avidez preguntan de mil modos:
 ¿Dónde mecerse debería la cuna
 Del Rey nacido? y respondíanles todos,
 Sin turbación y sin tardanza alguna
 Que en Belén pequeñuela nacería;
 Y el celebrado oráculo divino
 Unánimes citaban á porfía,
 Que honor tan peregrino
 A la humilde Belén atribuía.
 Entonces perturbado
 Oye esto Herodes, monstruo detestable,
 Más cruel que cuantas fieras ha abortado
 De sus antros la Libia inagotable;
 Y hundiendo su cerebro borrascoso
 En el mar tempestuoso
 De confusas ideas, se enfurece,
 Se duele y se entristece
 De ver que ya aquel cetro que empuñara
 Su diestra fratricida,
 Y que fraudes sangrientas le costara:
 Ay se desliza y pásase á la mano
 Del Infante divino;
 Y entre inútil afán y empeño vano,
 Saña y negro furor muerde al mezquino.
 Monarca aborrecible
 A arrebatarse los reinos no ha bajado
 Este niño apacible;
 Antes bien, el emperio él ha dejado,

Las playas celestiales,
 Para franquear su reino á los mortales:
 No despoja á los reyes ambicioso;
 A hacernos reyes viene, ese importuno
 Temor lanza del pecho tumultuoso:
 Es Rey de paz y ofrece dadivoso
 Del alma paz, los dones, que ninguno
 De los reyes magníficos podría
 Quitar del pecho humano,
 O de ella enriquecerlo por su mano.
 Él mira con desdén estos diademas
 Que brillar suelen en la indigna frente
 Del que bebió la sangre al inocente,
 Y que tú mismo con estratagemas
 Cefiste, derramando
 De sangre copiosísimo torrente.
 Mas ¿qué estoy yo intentando?
 Los mordaces cuidados, los furoros
 Que de Herodes el pecho ya devoran,
 Al ver del Rey supremo los albores
 Y de los reyes la precoz llegada,
 Todo feliz medicamento ignoran.
 Disimula no obstante, y de su frente
 Finje apartar la espesa nube oscura,
 Y su faz muestra quieta y sosegada.
 Como maligna, pérfida serpiente,
 Su ágil cuerpo sesgando,
 Se envuelve en sus espiras, y asegura,
 Alta la frente y con el pecho erguido,
 La horrenda vigorosa
 Embestida que está ya maquinando;
 O como el cocodrilo ha bien sabido
 En la arena africana
 Finjir la voz humana:
 Así, para cebar sus intereses,
 Herodes finje hipócrita y artero,
 Que al Niño adorar quiere y suplicante
 El incienso quemarle de sus preces,
 Y con preguntas mil, rastrea el sendero,
 Y se le informe manda terminante.
 Su marcha hacia Belén los reyes siguen;
 Y la aurea estrella que su faz torciera
 Como indignada á la nación Judía,
 A su ciega Salén; ya en la alta esfera
 De nuevo se mecía,

Y hacia flotar su rubia cabellera;
 Y espléndida, risueña les señala
 La senda y en su marcha les es guía;
 Hasta que al fin llegando á do se instala
 Del tierno Rey, la cuna, parecía
 Decirles: aquí está el divino Infante,
 Esta es su humilde cuna; y reforzando
 Su resplandor, más fúlgida y brillante
 En alto se detiene; y terminando
 Su oficio ya fielmente,
 Retrocede y se pierde lentamente.
 Con unánime aplauso y alborozo
 Las bóvedas del cielo resonaron,
 Y al séquito pomposo
 Los resonantes cuernos intimaron
 Hacer alto; responden los bramidos
 De los adustos vastos elefantes,
 Relinchan arrogantes
 Los corceles indómitos, fogosos,
 Y tascando los frenos espumosos
 El noble cuello arquean,
 Y en mil bélicos modos escarcean.
 Luego, sin mas demora, reverentes
 Los reyes se posternan, colocando
 Las fúlgidas diademas de sus frentes
 Ante los piés del rubicundo Niño
 Que estaba en el regazo descansando
 Y estrechado en los brazos virginales,
 No se admiran de ver el desalifo
 De esos humildes rústicos umbrales,
 Esa grande pobreza. No ignoraban
 Que un tiempo fué anunciado
 Todo esto, en misteriosa profecía,
 Y que al Rey la pobreza ha cautivado.
 En seguida, sus dones á porfía,
 Al Niño amable cada quien ostenta:
 La mirra representa
 Su amarga muerte cruel; reconociendo
 Que él de su amor el ímpetu siguiendo,
 Había de someterse á la más dura
 Pasión y honda amargura;
 Con el místico incienso lo veneran
 Cual Dios, y finalmente
 Con el blondo oro como Rey potente.
 Del orbe aplaudan todas las regiones;

Los que sienten el hálito inflamado
 De los fogosos rápidos bridones
 Del sol, cuando en las playas orientales
 Asoma sonrosado,
 O los que en el profundo
 Del mar lo ven hundirse moribundo,
 Aplaudid ledos todos los mortales.
 A vosotros ya entonces designaban
 Esos rayos Sabeos de ilustre nombre;
 Por vosotros sus dones presentaban:
 Bajo esa imagen ya desde ese día
 Tributado le habéis vuestras ofrendas
 Al Dios Omnipotente, hecho ya hombre,
 Nacido ya, prestándoos su guía
 Ese astro rutilante,
 Esa su divina luz; con sus primeros,
 Vagidos el Infante
 A vosotros invita. El Dios amante,
 Antes desconocido, hora aparece
 Y en medio de tan claros reverberos,
 Presente á vuestros ojos ya se ofrece:
 Antes tiniebla oscura
 Habéis sido; sois hora lumbre pura.

CANTO V.

BLANCO DE CONTRADICCIONES

ESTE NIÑO ESTA DESTINADO PARA RUINA Y RESURRECCION

DE MUCHOS EN ISRAEL

Y PARA SER EL BLANCO DE CONTRADICCIONES.

Luc. 2. v. 34.

La Virgen pura sus modestos pasos
 Al templo de Salén encaminaba;
 Con su derecha al párvulo estrechaba,
 Llevando en su siniestra un blanco par
 De gentiles palomas que vencían
 Los blancos copos de la alpestre altura:

Camina así la intacta Virgen pura
 Siguiendo la costumbre nacional
 Que el sexo pobre mujeril guardaba;
 Y aunque á ella esa ley no comprendía
 Porque alumbrado sin mancilla había,
 Y era su Hijo el real legislador:
 Obedientes, no obstante, se someten.
 La Madre á su Hijo en todo se asemeja,
 A su real Madre el Hijo, quien refleja
 En ella de su gracia el gran fulgor.
 Al penetrar del templo en el recinto,
 Al encuentro les sale anciano amable,
 Por su piedad y canas respetable;
 A quien de un fuego y estro celestial
 El Creador, almo espíritu llenando:
 De mil faustas promesas, otro día
 Enriqueciera, y prometido había
 Que antes que él viera el día de gozo y paz
 De su Señor, por quien ya tantos años
 De los Vates la lira suspirara;
 Sus párpados la muerte no cerrara.
 Apenas, pues, sintió que de un gran Dios
 La majestad llenaba el vasto templo;
 Frenético arrojóse á sus umbrales,
 Y de los tiernos brazos virginales
 Trémulo al tierno Niño arrebató;
 Y estrechándolo al pecho fuertemente,
 Su blanca barba y rostro demacrado
 Empapó en llanto; y luego arrebatado
 Como estaba de un estro divinal;
 Vaticinó rompiendo entre sollozos
 Y frecuentes suspiros y gemidos,
 En aquestos acentos encendidos,
 Que podía á mala pena articular:
 "¡Ah veniste por fin! y estos mis ojos
 Pudieron contemplarte ¡oh refulgente,
 Risueña luz, deseada largamente!
 ¡Blasón, ínclita gloria de Israel!
 Venturosa salud del orbe todo;
 Mi larga edad caduca, esto alentaba,
 Esto mis esperanzas sustentaba,
 Y el peso agobiador de mi vejez.
 Magnífico cumpliste tus grandiosas
 Promesas, ¡oh! gran Padre omnipotente;
 Rompe de ya éste cuerpo la prisión,

Pábulo más no tengo de esperanza.
 Y ¿qué diré de tí, Virgen Sagrada?
 Tú sola la salud tan suspirada,
 Tú intacta diste al mundo un Salvador.
 Mas he aquí, que este tu Hijo, luz y vida
 Para muchos será, y arma de muerte;
 De blanco será puesto; y de esta suerte
 Saetas mil en él se clavarán
 De fierro armadas y mortal veneno:
 Se verá sin cesar contradecido;
 Y de ese amargo oceano enfurecido.
 Tú misma en los oleajes fluctuarás.
 Vendrá tiempo en que espada penetrante
 Dentro tu pecho y corazón hundido,
 Rasgará tus entrañas sin medida
 Dejándote ahogada en gran dolor."
 Del anciano esta fué, del blanco cisne
 La última voz canora; y ya entregando
 Su alma, y sus graves párpados cerrando,
 Quieto, deseando fin, allí encontró.¹
 ¿Qué más espera el rey? por las noticias
 Y amenazas al fin desengañóse,
 Y su ira represada desbordóse,
 Todo dique rompiendo con desdén,
 No bien conoce que fué vano el golpe,
 Y se ve por los Magos engañado,
 Y en sus pérdidas miras defraudado,
 Y ultrajado se siente en su altivez.
 Como el cerdo espinoso que á sí mismo,
 Erizándose, ensancha de repente,
 Y se sacude y bufa horriblemente,
 Y se arma por doquier de dardos mil:
 O cual sierpe escondida entre la grama
 A orillas de una fuente que ha sentido
 Incauto, inocuo pié que la ha oprimido,
 Y se hincha y su furor rompe sin fin;
 Y la cabeza y espumoso pecho
 Alza erguida, de cólera silbando,
 Y su horrible venganza descargando,
 La fuente impregna de veneno atroz;
 Mata la grama y las mullidas yerbas,
 Y las risueñas rozagantes flores,
 Que apenas de la aurora á los fulgores

¹ Tradición que han conservado los Griegos en su Menologio, según lo afirma Benedicto XIV.

Rompían su tierno broche con rubor.
 ¡Crimen horrendo, detestable! Manda
 Que cuantos niños en Belén había
 Y en todo al rededor su cercanía,
 De dos años abajo, sin piedad
 Mueran al filo de la espada todos,
 Que sus cunas se inunden de inocente
 Sangre: fuerte lamento, voz doliente;
 Flébil en Roma se oye resonar.
 Llora Raquel sin tregua, sin sosiego,
 Sus tiernos pequeñuelos ¡ay! talados,
 Y de su mismo pecho arrebatados
 En su primero más risueño albor;
 Y sin cesar los busca noche y día,
 Rehusa todo lenitivo al llanto,
 Y languidece y muere de quebranto
 Porque en ningún lugar los encontró.
 Bárbaro, cruel, más sanguinario y crudo
 Que las hórridas hienas insaciables,
 Más que los cocodrilos formidables,
 Que el sordo aspid astuto en fascinar.
 ¡Tan tierna edad que encaadenado habría
 A los mismos leones africanos,
 Merecer pudo que tus fieras manos
 En su sangre la hundieran sin piedad?
 Frenético, demente; ¡qué es lo que haces?
 Al cielo mueves guerra en tu arrogancia;
 ¡Crees acaso en tu estólida jactancia
 Que te sea dable á su despecho herir
 Con prematura muerte á aquel que cimbra
 El azulado inmenso firmamento,
 Y ante quien las estrellas, ciento á ciento,
 Vienen sus homenajes á rendir?
 En vano te enfureces; á éste sólo
 No tocará tu sanguinario acero:
 Este único, que buscas con esmero,
 Es el Creador magnífico, es Jehová.
 Cuando él á su querer diere el impulso,
 Y cuando haya por fin ya terminado
 La que su Padre excelso le ha confiado
 Misión importantísima sin par;
 Cuando á los sordos restituido Él haya
 El uso ya olvidado del oído,
 Y á los ciegos la antorcha que han perdido;
 Cuando el trueno sonoro de su voz

Haga oír á las tumbas tenebrosas,
 Y su presa aferrada haga que vuelvan
 Y á vitales regiones la devuelvan,
 Y otras leyes dé al mundo, otro fulgor:
 Ese día finalmente (pues para esto
 Vistió la innoble humana vestidura)
 De su real sangre en la corriente pura,
 Entonces guiado ya por su querer
 A afrontar de la muerte los rigores;
 Borrará la fea mancha y las señales
 Antiguas que heredamos los mortales
 De los primeros padres, al nacer.
 Mas ahora, por más que te enfurezcas;
 Aunque contra él empufes mil espadas,
 Las verás que no pueden, embotadas,
 La muerte al tierno Niño anticipar.
 Mas tú, infame, aun en vida pasto horrendo
 De gusanos serás abominables
 Que en tus mismas entrañas, insaciables,
 Con hórrida avidez se cebarán;
 Y un fuego abrasador dentro encendido,
 Una á una insidioso atormentando
 Las irá, y sin reposo devorando,
 Y tu alma fiera exhalarás por fin;
 Y despeñado al tenebroso Averno,
 Un nuevo horror y náusea, espanto eterno
 Causarás siempre, monstruo horrendo, allí.
 Niño amable, huye en tanto, huye real Virgen;
 A tu párvulo esconde, y al tostado
 Suelo de Egipto, nunca recreado
 Por frescas lluvias, pártete veloz
 Y á Hermópolis dirígete; esta orden
 Un celestial alado mensajero
 Trajo del cielo ya raudo y ligero,
 Y á José sin tardanza la intimó:
 Al real José quien del Monarca Excelso
 El cargo recibió de que guardara
 A su Hijo como Padre, y le prestara
 En su amargo destierro fiel solaz.
 Marcha, ya pues, ¡oh Madre! entre sollozos,
 Camina, Virgen pura; ya desde hora
 Del dolor á la espada cortadora
 Se acostumbre tu noble pecho leal.
 Más terribles heridas tus entrañas
 Después desgarrarán; esta tormenta

Que bramando á tu vista se presenta,
 Calmarse prontamente la has de ver;
 Y llamado más tarde del Egipto
 (Ambas cosas estaban anunciadas)
 Sus brazos abrirán alborozadas
 Galilea al dulce Niño y Nazaret.
 Y cuando ya después á la risueña
 Adolescencia, tu Hijo haya llegado,
 Y á dos lustros dos años á tu lado
 Haya añadido en el paterno hogar:
 Nuevamente tus ojos en raudales
 Se trocarán de llanto, y nuevamente
 La espada del dolor terriblemente
 Entre tus fibras se vendrá á clavar.
 Pues á la sombra de tu hogar volviendo
 De la augusta Salén, de un día el camino
 Andado ya: con ansia y desatino,
 ¡Ay! llorarás á tu perdido Amor
 Que se te ha sin saberlo arrebatado;
 Y volverás sobre tus pasos luego,
 Y á deudos, conocidos, sin sosiego
 Preguntarás transida de dolor:
 Acaso en el camino, los parientes
 Del Niño compañeros hayan sido;
 Acaso á la fatiga ya rendido
 Buscado haya una sombra; ó si por fin,
 En los caminos todavía inexperto,
 En confuso vaivén de encrucijadas
 Dejado haya las sendas más trilladas:
 Nada sabrás en tu inquietud febril.
 Ya tres días habrás visto sepultarse
 Con otras tantas noches, en que el sueño
 Negará su dulcísimo beleño
 A tus ojos cansados de llorar.
 Hasta que al fin del templo en el recinto
 Encontrarás á tu Hijo, circundado
 De un coro de Doctores que asombrado
 Lo escuchan preguntar y contestar
 Acerca de los altos vaticinios
 De los antiguos Vates, cuya mente
 Él les explica en modo sorprendente;
 Y á la dulce elocuencia de su voz
 Ellos le abren su pecho, aunque de bronce:
 ¡Oh! cómo entonces, á tí, Virgen Madre,
 Y á José que el oficio hace de Padre,

Trocaráse ya en júbilo el dolor.
 Se te guardan heridas más profundas:
 Hasta el puño sangriento aun otra espada
 En tus tiernas entrañas enclavada,
 Traspasándote toda, sentirás.
 Ni entonces tú podrás, como hora sueles,
 Con tu esposo partir tus amarguras:
 Del Anciano las voces ¡ay cuán duras!
 Con su gran peso sobre tí caerán.

CANTO VI.

SUJETO A ELLOS

Y ESTABA SUJETO A ELLOS.

Luc. 2, v. 51.

¿Qué haré de admiración sobrecogido?
 ¿Hablar debo ó callar? vacilo incierto.
 Los fúlgidos anales
 De treinta años, que Cristo, revestido
 De nuestro ser, pasó entre los mortales;
 Se han todos resumido
 En esta frase enérgica elocuente:
 "Obedecía á sus padres dócilmente."
 A la sombra de rústico, pequeño
 Techo, como en un yermo silencioso,
 (¿Decirlo debo?) todo afán y empeño
 Cifra él en servirles obsequioso
 A sus augustos padres, ignorado
 Del vulgo, y con el vulgo nivelado.
 Por tanto en el trabajo endurecía
 Sus delicadas manos celestiales,
 Toscos leños labrando,
 O á su peso los hombros sujetando;
 Ni mengua á su grandeza parecía
 Encallecer sus manos, en las cuales
 Ya el padre omnipotente
 El cetro refulgente

Que bramando á tu vista se presenta,
 Calmarse prontamente la has de ver;
 Y llamado más tarde del Egipto
 (Ambas cosas estaban anunciadas)
 Sus brazos abrirán alborozadas
 Galilea al dulce Niño y Nazaret.
 Y cuando ya después á la risueña
 Adolescencia, tu Hijo haya llegado,
 Y á dos lustros dos años á tu lado
 Haya añadido en el paterno hogar:
 Nuevamente tus ojos en raudales
 Se trocarán de llanto, y nuevamente
 La espada del dolor terriblemente
 Entre tus fibras se vendrá á clavar.
 Pues á la sombra de tu hogar volviendo
 De la augusta Salén, de un día el camino
 Andado ya: con ansia y desatino,
 ¡Ay! llorarás á tu perdido Amor
 Que se te ha sin saberlo arrebatado;
 Y volverás sobre tus pasos luego,
 Y á deudos, conocidos, sin sosiego
 Preguntarás transida de dolor:
 Acaso en el camino, los parientes
 Del Niño compañeros hayan sido;
 Acaso á la fatiga ya rendido
 Buscado haya una sombra; ó si por fin,
 En los caminos todavía inexperto,
 En confuso vaivén de encrucijadas
 Dejado haya las sendas más trilladas:
 Nada sabrás en tu inquietud febril.
 Ya tres días habrás visto sepultarse
 Con otras tantas noches, en que el sueño
 Negará su dulcísimo beleño
 A tus ojos cansados de llorar.
 Hasta que al fin del templo en el recinto
 Encontrarás á tu Hijo, circundado
 De un coro de Doctores que asombrado
 Lo escuchan preguntar y contestar
 Acerca de los altos vaticinios
 De los antiguos Vates, cuya mente
 Él les explica en modo sorprendente;
 Y á la dulce elocuencia de su voz
 Ellos le abren su pecho, aunque de bronce:
 ¡Oh! cómo entonces, á tí, Virgen Madre,
 Y á José que el oficio hace de Padre,

Trocaráse ya en júbilo el dolor.
 Se te guardan heridas más profundas:
 Hasta el puño sangriento aun otra espada
 En tus tiernas entrañas enclavada,
 Traspasándote toda, sentirás.
 Ni entonces tú podrás, como hora sueles,
 Con tu esposo partir tus amarguras:
 Del Anciano las voces ¡ay cuán duras!
 Con su gran peso sobre tí caerán.

CANTO VI.

SUJETO A ELLOS

Y ESTABA SUJETO A ELLOS.

Luc. 2, v. 51.

¿Qué haré de admiración sobrecogido?
 ¿Hablar debo ó callar? vacilo incierto.
 Los fúlgidos anales
 De treinta años, que Cristo, revestido
 De nuestro ser, pasó entre los mortales;
 Se han todos resumido
 En esta frase enérgica elocuente:
 "Obedecía á sus padres dócilmente."
 A la sombra de rústico, pequeño
 Techo, como en un yermo silencioso,
 (¿Decirlo debo?) todo afán y empeño
 Cifrabá él en servirles obsequioso
 A sus augustos padres, ignorado
 Del vulgo, y con el vulgo nivelado.
 Por tanto en el trabajo endurecía
 Sus delicadas manos celestiales,
 Toscos leños labrando,
 O á su peso los hombros sujetando;
 Ni mengua á su grandeza parecía
 Encallecer sus manos, en las cuales
 Ya el padre omnipotente
 El cetro refulgente

Del Universo colocado había;
 Y Aquel que con el trueno agigantado
 De su potente voz, al mundo entero
 Del negro caos antiguo hubo arrancado:
 Empapando en sudor su regia frente,
 En fabriles faenas se ocupaba;
 Y así Dios de su gloria el reverbero
 A la faz de los hombres ocultaba.
 Cual perla inestimable,
 Grande honor del mar Líbico ó Eritreo,
 En el oscuro piélago insondable,
 Dentro pequeña concha, sus fulgores
 Celosa oculta, y yace inapreciable,
 Aunque imperial diadema esplendorosa,
 La buscará afanosa
 Un día para ataviarse,
 Y con sus bellas galas hermosearse:
 Como el alto magnífico Apenino,
 Que esconde entre las nubes su real frente;
 Y aunque á los astros desafía imponente,
 Se envuelve en un sudario peregrino,
 Y esconde en niebla oscura
 Su colosal figura;
 Sólo una blanca nube á ver alcanza
 Engañado el viajero en lontananza.
 Mas ¿á dónde me arrojé enagenado?
 ¿Asunto tan sublime y estupendo
 Con lo más vil encarecer pretendo?
 Al Hombre Dios compararé á sí mismo;
 Esto tan sólo, creo, me será dado.
 Un vil pesebre fué su regia cuna:
 Mísero, pobre infante,
 De todo desprovisto, sin ninguna
 Sombra ó amparo á todos parecía.
 Mas testimonio espléndido, brillante
 Las celestiales gerarquías aladas
 De su deidad exhiben á porfía,
 Y de armonías sagradas,
 De melifluos suavísimos cantares
 Llenan el vasto ambiente,
 Y alegres coros forman á millares,
 Llamando á los pastores
 A tributarle al Niño sus honores:
 Lleva á tres reyes del púrpureo oriente
 Un nuevo astro que el cielo les envía

A presentarle triple real ofrenda,
 Y al volver de los años, cuando un día
 Cual reo, cual delincuente,
 Será clavado entre fascinerosos
 De piés y manos en un cruel madero,
 Y entregado á suplicios afrentosos;
 Cuando aún el sol dorado
 Acompañarlo en su hálito postrero
 Querrá languideciendo, y un gemido
 Inmenso dará el mundo adolorido,
 Y de su eje será casi arrancado:
 Hasta las duras piedras insensibles
 Entonces con horrisono crugido
 Pruebas darán de su deidad visibles.
 Mas en ninguna parte hora aparece
 Este gran Dios; su resplandor oculta,
 Todo lo desvanece,
 Y en densa sombra oscura lo sepulta.
 No á los ojos mortales
 Deslumbra con portentos *asombrosos*;
 Solo descubro en él estas señales,
 Tan sólo estos destellos
 Alcanzo á columbrar: "*sujeto á ellos.*"
 Era, por cierto rey, rey soberano,
 El árbitro del mundo:
 Mas buscas aquí en vano
 Pompa real, ni algún brillante emblema
 De su eterno dominio sin segundo,
 No empuña cetro, ni su noble frente
 Cifre la augusta fúlgida diadema;
 No se ve descollar soberbiamente
 Su alcazar real construido
 De mármol y de púrpura vestido;
 Ni fuertes escuadrones,
 Ni guardias incesantes
 Defienden los magníficos torreones,
 Cefidas siempre de armas fulgurantes.
 Por doquiera dirijas tu mirada;
 Uno de entre el vil pueblo numeroso,
 Tan sólo uno del vulgo lo creerías;
 Con mano delicada,
 Desbistar tosco leño lo verías,
 Y á José y á la Madre, servicioso
 Obedecer fielmente,
 Sujeto en todo á ellos dócilmente.

Era él la plena luz; se preparaba
 A descorrer el tenebroso velo
 Que en calígine al mundo sepultaba,
 Y abrir á los mortales
 La estrecha senda que conduce al cielo,
 De su luz con los rayos divinales;
 Y abiertamente ante la faz del mundo
 Descubrir los incógnitos arcanos
 De su saber profundo,
 Antes desconocidos por los vanos
 Filósofos antiguos,
 E ignorados por todos los humanos.
 Mas allá, tierno aun adolescente,
 Ejerció tan sublime ministerio,
 Llenándose de pasmo la asamblea:
 Pero ahora él esconde enteramente
 La ciencia de tan alto magisterio;
 Y esa espléndida luz no centellea,
 Ocultando sus rayos celestiales
 De un oscuro silencio en los umbrales;
 Y por seis lustros calla solo oyendo,
 Y sólo ante los hombres aparece
 A sus padres en todo obedeciendo.
 Escucha: este divino misterioso
 Silencio de elocuencia no carece;
 El á tu corazón habla imperioso;
 Te manda sojuzgarlo,
 Todos sus bríos romper, aunque le pese,
 Y á dulce mansedumbre doblegarlo.
 Y esto en que amaestraste no pudiera
 El filósofo fatuo, ni intentarlo;
 Hora con el ejemplo, en adelante
 El lo hará con su ciencia verdadera.
 Intentaron á Dios asemejarse
 Los padres de la humana descendencia
 [Que estólida arrogancia, que altivez,]
 Y desde entonces esa gran demencia
 Intenta en nuestro pecho desbordarse;
 E hinchada, en su vapor caliginoso,
 Todo lo envuelve, y mínase doquiera,
 Esta, el infausto germen ponzoñoso,
 Está de todo mal cabeza fuera.
 Mas quiso el buen Jesús con poderoso
 Antídoto arrancarla,
 Y del humano pecho desterrarla

Con su ejemplo y su voz, pero primero
 En su ejemplo su espléndida doctrina
 Quiere asentar, modelo verdadero
 Y maestro exhibiéndose á sí mismo
 En esa peregrina
 Ciencia, nunca enseñada
 Hasta entonces, de todos ignorada.
 Se hunde de la humildad en el abismo,
 Y quiere ser tenido por doquiera
 Como si un hijo de artesano fuera.
 El primer hombre de su frágil lodo
 Olvidándose, á Dios ser semejante
 Pretendía; más Jehová se oculta todo
 Bajo humana figura, y olvidado
 Deja el divino trono fulgurante.
 Esta gran medicina él ha aplicado.
 Digna de un Dios, para borrar la antigua
 Culpa primera ¡Ah, cierto, es insanable
 Aquel que de este fármaco divino
 La gran virtud no sienta y la eficacia.
 Mas ¿tú quién eres, hombre miserable?
 Hasta dónde te arrojas, ser mezquino?
 ¡No ves todo abajarse
 Al Dios-Hombre, y á hombres sujetarse?

CANTO VII.
 LUZ DEL MUNDO

YO SOY LA LUZ DEL MUNDO.

Jean. 8, v. 12.

Largo tiempo ignorado
 Se muestra al fin Jesús; mas de sombría
 Nube al través su luz resplandeciente
 Esconde todavía,
 Y quiere ser lavado
 Del Jordán en la límpida corriente;
 Sin remover aún la niebla oscura

Que lo envuelve, pues toda de repente
 El no quiere que brille su luz pura:
 Tímida así la aurora y ruborosa
 Por el oriente asoma, descubriendo
 Su aureo fresco matiz de gualda y rosa,
 Del sol al carro ardiente precediendo;
 Para que el mundo en negra sombra hundido,
 No sea por tan grande astro sorprendido.
 No sé qué semejanza
 De la luz con los pálidos albores
 Conservan de la noche los horrores.
 Mas del cielo entré tanto en las alturas,
 Por las inmensas bóvedas resuena
 Sonora voz que la deidad pregona
 De Cristo egregiamente;
 Y baja suavemente
 Por la risueña atmósfera serena,
 Ampo de nieve, cándida paloma,
 [El Soberano Espíritu divino
 Que tomaba este aspecto peregrino,]
 Y sobre su cabeza el mauso vuelo
 Contiene al desprenderse desde el cielo.
 Entonces del Dios Trino
 La voz por vez primera
 Rosonó en los confines de la esfera;
 Por vez primera hubo escuchado el hombre
 Del Padre el almo nombre,
 Y de su Hijo Unigénito Increado.
 Tan brillante Jesús, aún no patente,
 Al mundo se mostró desde su oriente.
 Entonces su tesoro, su ventura
 El Jordán reconoce, y orgulloso
 Desdefía de su cauce la estrechura,
 Y azota sus riberas espumoso;
 Y sus húmidos ¹ cuernos levantando
 De musgos revestidos,
 Sus bullidoras ondas encrespando
 Que unas con otras rómpanse chocando,
 Hace hervir sus oleajes sacudidos;
 Ledo se pavonea,
 Y henchido de sí mismo, se recrea:
 Al impetuoso ² Araxes ya hace á un lado,

¹ Los antiguos poetas de este modo personificaban á los rios, considerándolos como divinidades de segundo orden.

² Araxes río de la antigua Persia de corriente muy impetuosa.

En medio de sus glorias,
 Y al Nilo celebrado
 Porque esconde y defiende su cabeza,
 Aunque de ellos ha oído altas historias;
 Al Eufrates y al Tigris ve humillarse,
 Y al ¹ Eridano altivo por nobleza,
 Aunque osó hasta los cielos remontarse
 Y de los otros rios el rey llamarse.
 A tan gran luz sus deslumbrados ojos
 Alzó el tirano de la noche eterna
 Que en las rebeldes almas, sus despojos,
 Ejercita su saña sempiterna;
 Y rápido lanzóse
 De las negras cavernas dó instalóse
 Del horror y del luto el cruel dominio;
 Y su informe cabeza en el instante
 Al cielo contra Dios alzó arrogante,
 Maquinando su ruina y esterminio.
 En un monte apartado
 Orando asiduamente noche y día,
 Un prolongado ayuno riguroso
 Jesús había guardado.
 Mas del hambre sentir la rebeldía
 Quizo él, y con su ejemplo poderoso
 Darnos vigor é intrépida energía
 Para poder vencer al indomable
 Dragón antiguo, en luchas incansable.
 Audaz éste preséntase é impudente;
 Y una piedra en su mano sustentando:
 Ea, le dice; si la real diadema
 Cifre de la deidad tu augusta frente,
 (Pues lo estaba tal duda atormentando)
 Dí que en pan esta piedra sea trocada.
 Desurdiendo Jesús la estratagemas:
 Escrito está, responde,
 Que el hombre se mantiene
 Con la palabra santa que recibe
 De la boca de Dios, la que sostiene
 Su vigor, ni tan sólo de pan vive.
 Quebrantado había sido; más no obstante

¹ Eridano nombre antiguo del Pó, río principal de Italia al N. de la misma. Se le confundió por los poetas con Facton hijo de Apolo, que fué arrojado á ese río y después convertido en la constelacion que lleva su nombre ó sea Eridano, nombre tambien de Facton y dió origen á esa ambigüedad. Virgilio principalmente lo hizo rey de los otros rios.

El pérfido adversario no desmaya,
 Lo arrebató al instante,
 Y del templo en la altísima atalaya
 Lo coloca, y: despénate, le dice;
 Pues Dios les ha prescrito
 A sus alados nobles cortesanos,
 Que en sus rosadas manos
 Te lleven y sustenten
 A fin de que tus plantas,
 En la piedra al chocar, no se ensangrienten.
 Así aquel por primero se atrevía
 A corromper las Escrituras santas.
 Corrigiendo Jesús con energía
 Ese yerro: no es lícito, le dice
 A tu Señor tentar; y en el sagrado
 Libro aún esto se encuentra registrado.
 Más persiste, no obstante, el insidioso
 Maligno tentador; y á un alto monte
 A Cristo por fin sube impetuoso
 Y por mágico encanto en un instante
 Mostrándole en vastísimo horizonte
 Los reinos todos de la vasta esfera:
 Todo esto te daré, dice arrogante,
 Si en tierra prosternado
 Me adorares: Jesús con voz severa:
 Pérfido, atrás, responde; solamente
 Al Dios de lo creado
 Debe adorarse, al Dios Omnipotente.
 Entonces aturcido
 El maligno adversario, y escondiendo
 Su hispida cauda bajo el vientre inmundo
 Y su hórrida cabeza; da un gemido;
 Y su grande ignominia resintiéndose,
 A los antros del bátraro profundo
 Se arroja de sí mismo confundido.
 Llama después Jesús sus inmortales
 Fúlgidos cortesanos,
 Que á cumplir sus mandatos soberanos,
 Raudos dejan del cielo los umbrales;
 Y rompe finalmente
 Aquel rígido ayuno sorprendente.
 Doce fieles discípulos elige,
 Sus redes á tejer acostumbrados,
 E insidiar á los peces nadadores
 Con los chinchorros que su mano rige:

No eran por sus riquezas celebrados,
 Ni por timbres gloriosos de mayores,
 No por industria ó artes liberales;
 Ni por lauros de ingenio, ó de gran ciencia,
 O por noble facundia y elocuencia.
 A estos, empero, el magisterio dales
 Del Universo entero,
 Y maestros los hace: las lumbreras
 Sois, les dice, del mundo,
 Y los trueca en antorchas verdaderas.
 Y así aquellos oscuros pescadores,
 Convertidos en astros esplendentes;
 De ese fulgor divino
 El rayo peregrino
 Esparcieron doquier entre las gentes,
 Y de la noche el tenebroso imperio,
 Que había ya tanto tiempo dominado
 Al orbe por doquier, fué derrocado:
 Como el lucero hermoso
 Que descuella entre todas las estrellas,
 Y de la aurora el sueño perezoso
 Rompe risueño con sus luces bellas;
 El no obstante, es de tierra tosca mole,
 Y todos sus fulgores
 Del sol bebe en los claros resplandores.
 Y aun á aquellos que nunca la luz pura
 Habían en su pupila recibido,
 Hundidos siempre en negra noche oscura;
 El fulgor de la luz, no conocido
 Por primero Jesús hizo que vieran.
 Nacidos en gran luto y amargura
 Aquestos miserables,
 Desde que el seno maternal rompieran,
 Por siempre inseparables
 Esas sombras consigo habían traído;
 Y ¡ay! nada más les era permitido
 Que en abundoso llanto
 Su angustia desahogar y su quebranto.
 Y aunque las sombras de la tumba fría
 Muchos años atrás rompiera alguno;
 Estas sombras romper, jamás ninguno,
 Desde que el mundo es, podido había:
 Abrir los ojos á la luz del día
 Al que nació en tinieblas sepultado,
 Esto nunca la historia ha registrado.

Pequeño era esto. Más grandiosos dones
 Preparaba Jesús, más esplendentes:
 Del cielo había dejado las regiones
 Para alumbrar nuestras oscuras mentes;
 Y tanto á esto solo se entregaba,
 (Cosa de ponderarse)
 Que aún de su madre parecía olvidarse.
 Nada de tal faena lo desvía;
 Por campos y ciudades, por doquiera
 El Jordán cual Meandro tortuoso
 Corre, y por donde el piélago espumoso
 De Palestina azota la ribera;
 Jesús va y viene; el monte y la pradera
 Y sendas, sin cesar, y encrucijadas,
 Y vastas hondonadas
 Y todos los suburbios recorriendo;
 En el templo, en las calles, va encendiendo
 Su luz, y esa doctrina
 Sublime, peregrina
 Hace oír á la turba innumerable
 Que por doquier se agolpa, y ni un momento
 Le deja, insaciable
 Para tomar su módico alimento.
 Un tiempo en caos informe convertido
 Se hallaba el mundo, en noche tenebrosa
 En caligine espesa sumergido.
 Artífices se hicieron los humanos
 De una turba de dioses numerosa;
 Y el que había medio leño consumido
 En el hogar, la otra mitad guardaba,
 Que al fin labraba por sus mismas manos,
 De una deidad el trono ya ocupaba;
 Y este así su nobleza envileciendo,
 Y la misma razón á un lado haciendo,
 A esa deidad fantástica adoraba.
 De los muchos Filósofos antiguos
 Apenas uno ú otro conocieron
 A un Dios supremo; mas también erraron,
 Y á muchos torpemente ellos rindieron
 Sus vanos homenajes. Se extraviaron
 Por precipicios; y sin luz, á tientas,
 A otros ciegos sirviéronles de guía
 Sócrates y Zenón con Aristóteles,
 Pitágoras, Platón; los que á porfía
 Grandes nombres la Grecia pronunciaba

Con boca inflada y de ellos se jactaba.
 Pues un cuerpo al humano semejante
 Estos al Sér Supremo atribuían;
 Ni logró su mirada penetrante
 Discernir del espíritu la esencia,
 Ni tampoco podían
 Al bien y al mal su límite fijar,
 Ni con su vasta ciencia
 Al vicio en valladares encerrar;
 Y aún de aquellas verdades los fulgores
 Que con frecuencia aquestos enseñaban;
 De mil torpes errores
 Con las oscuras sombras ofuscaban.
 Como el redondo peón vertiginoso
 Por las pueriles manos azotado;
 Con rail ágiles tumbos caprichoso
 Bota y rebota de uno y otro lado,
 Y en un vaivén prolijo
 Sus vueltas y revueltas confundiendo,
 Y el giro rapidísimo siguiendo,
 No guarda en su inconstancia punto fijo.
 Así aquellos filósofos variables
 Flotan sin lastre alguno en ese oscuro
 Océano sin hallar puerto seguro.
 Hora que por la muerte invulnerables
 Las almas son, afirman, y ninguna
 Destrucción sufrir pueden, pues su esencia
 No admite, dicen, mezcla ó liga alguna:
 Mas después esta misma noble creencia
 Vacila tristemente y titubea.
 Hora afirman que rígese lo humano
 Por la mente divina y sabia mano;
 Hora creen que el azar todo voltea,
 Y que el destino insano
 Todo lo arrastra, rígido indomable,
 Ni cuida Dios del hombre miserable.
 Hora condenan al que fué violento
 Contra sí mismo, y cercenó su vida
 Llena de tedio, llena de tormento,
 O una gloria le rinden sin medida.
 Y después de esto mimo, avergonzados,
 Se marcan nueva ruta, y finalmente
 Por un vórtice ciego arrebatados
 Revolotean sin fin confusamente.
 Desde que resonó la voz divina

Del celestial Maestro por el mundo,
Sobrepuja y excede por doctrina
Al más sabio filósofo profundo
Rugosa anciana ó sencilluelo niño.
Él de un nuevo amor santo, de un sincero
Purísimo cariño
Los vínculos forjó, y Él por primero
Nos mandó que á los mismos enemigos
Amor les prodiguemos como amigos,
Aunque odiarlos en tiempo más austero
Era virtud, y una salvaje gloria.
Ni basta que esas deudas perdonemos,
Borrando su memoria;
Quiere aún que los males les paguemos
Con bienes, y que amor les dispensemos.
Manda que el matrimonio sea inviolable
Y firme su coyunda, pues veía
Ser tal vez lo contrario practicable,
No por uso, pues ley contradecía.
Nos advierte que el crimen de adulterio
[Nefando crimen] aunque sea fraguado
Tan sólo en nuestra mente,
A la que una mirada ha estimulado,
Hace nuestra conciencia delincuente:
Tan violento y activo es el veneno
De un torpe ardor manchado, aunque escondido
De nuestro pecho en tenebroso seno,
Y todo en la mirada ya embebido.
La puerta de su reino esplendoroso
Franquea al pobre, al mendigo:
Mas para el hombre rico y poderoso
Afirma estar forzada;
Y que más ardua le será la entrada
Que de pequeña aguja por el ojo
Hacer pasar gruesa maroma ó cable.
Les manda á sus discípulos que ardientes
De Él en pos sigan bajo el peso amable
De su cruz encurvados; si renuentes
Halla algunos, los niega y los desdefía.
Que aquellos son dichosos nos enseña
Que sus mejillas bañan con el llanto,
Y que sin culpa alguna
Cruda sienten contra ellos la fortuna,
Que los hunde en angustias y quebranto:
Una gran recompensa les espera,

Inmenso galardón en la alta esfera.
Quiere que al arrogante,
Cuya mano nos hiere una mejilla,
La sana presentémosle al instante
Con mansedumbre y humildad sencilla.
Quiere que sus campeones los horrores,
Impávidos arrosten de la muerte,
Y desprecien de aquellos los furores
Que hieren sólo al cuerpo deleznable
Que por sí ha de trocarse en polvo inerte.
Y sólo de aquel Juez inexorable
Temer la gran pujanza,
Cuyo poder á castigar alcanza
Al alma y con el cuerpo en el ardiente
Abismo atormentarla eternamente.
Manda que honor reciba
Del gran Moisés la cátedra, aunque en ella
Se siente indigno escriba.
Manda que aquel cuyo poder descuella
O dignidad, se porte cual si fuere
El ínfimo, ni intente levantarse,
Ni del negro humo del orgullo hincharse.
Si algo tu diestra diere
Benéfica mostrándose, no quiere
Que lo sepa su hermana la siniestra.
Y aquella pompa y fasto sonoro
Que únicamente en la virtud buscaba
El Filósofo, y de ella se jactaba;
Fué altamente proscrito, al poderoso
Eco del gran Maestro. Él ha enseñado
A elevar nuestras preces
Como se debe, al Dios de las alturas
Asiduamente y sin contar las veces;
Y Él mismo con su voz nos ha alentado
[¿Lo osarían por sí mismas sus criaturas?]
Señor no ya á nombrarle,
Sino *Padre amantísimo* llamarle.
En el vasto universo no cupieran
Los volúmenes grandes, numerosos
Que todos de Jesús los portentosos
Hechos y sus preceptos contuvieran.
Era la noche, y su estrellado velo
La faz del vasto globo ya envolvía;
Tímidas las estrellas en el cielo
Centelleaban con trémula alegría.

Cuando á un monte Jesús subia asociado
 A tres de sus discípulos queridos
 A quienes distinguía
 Con dones más crecidos,
 Y sus mismos secretos les abría;
 Y á su Padre, como él costumbraba,
 Sus reverentes preces elevaba.
 Mas remóntase al aire de repente;
 Un resplandor innato deslumbrante,
 Que dentro como en foco se encerraba,
 Hizo que prorrumpiera en gran torrente
 Que sobre él desbordose fulgurante,
 Todos desparramando sus destellos.
 No era la misma faz; sus rasgos bellos
 Todos se transformaron; parecía
 Que en sus copos blanquísimos trocara
 La nieve su vestido:
 Su rostro aparecía todo encendido,
 Y del sol los fulgores eclipsara;
 En viva luz cambióse,
 Y como él era entonces ostentose.
 Dos Profetas con él aparecieron
 A uno y otro lado; el que animoso
 Rompió la esclavitud en que gimieron
 Mas allá de Jacob los descendientes,
 Y los sacó de Egipto, al orgulloso
 Tirano sepultando, y sus potentes
 Huestes en el oceano tenebroso;
 Y aquel que por el viento tremulante
 Fué arrebatado en carro flaméante.
 Discurrían entre tanto [¿quién creyera
 Esto oportuno?] de la cruz y muerte,
 Y del inmenso exceso que más tarde
 Llevar á cabo él en Sion debiera.
 Esta su gloria es; este amor arde
 Siempre en su pecho; forma sus delicias,
 Y todas le merece sus caricias.

CANTO VIII.

REY APACIBLE.

HE AQUI A TU REY QUE VIENE A TI LLENO DE
 MANSEDUMBRE.

Math. 21, 5.

Del torpe labio humano,
 Del vuelo del osado pensamiento
 Sería el empeño vano
 Si intentara en su arrojo y ardimiento
 De nuestro rey Jesús la mansedumbre
 Delinear aunque en pálido vislumbre.
 Hijo del frágil hombre
 Él mismo no desdenea de llamarse,
 No lo afrenta tal nombre,
 Ni así con los mortales nivelarse,
 Aunque es el gran monarca de la altura;
 Jamás hubo en otro hombre tal dulzura.
 Él es Rey de los reyes,
 Arbitro y juez del Universo entero,
 Él dictale sus leyes;
 Mas no arruga su frente adusto, austero;
 Ni esa gran majestad y poderío,
 Lo pinta melancólico, sombrío.
 Con tono imperioso
 Su voz él no levanta, ni aparece
 Con rostro tempestuoso,
 Ni arrogante mirar; y al que merece
 Por sus delitos la postrera pena,
 Le concede el perdón, no lo condena.
 De la muerte, no obstante
 Y de la vida es arbitro: ésta ha dado
 Muchas veces amante,
 Y de ella nunca á alguno ha despojado;
 Pues él dejó las fúlgidas mansiones
 A traer al mortal de paz los dones,
 Y á aquellos que oprimidos
 Gemían entre durísimas cadenas,
 En prisión detenidos;

Cuando á un monte Jesús subia asociado
 A tres de sus discípulos queridos
 A quienes distinguía
 Con dones más crecidos,
 Y sus mismos secretos les abría;
 Y á su Padre, como él costumbraba,
 Sus reverentes preces elevaba.
 Mas remóntase al aire de repente;
 Un resplandor innato deslumbrante,
 Que dentro como en foco se encerraba,
 Hizo que prorrumpiera en gran torrente
 Que sobre él desbordose fulgurante,
 Todos desparramando sus destellos.
 No era la misma faz; sus rasgos bellos
 Todos se transformaron; parecía
 Que en sus copos blanquísimos trocara
 La nieve su vestido:
 Su rostro aparecía todo encendido,
 Y del sol los fulgores eclipsara;
 En viva luz cambióse,
 Y como él era entonces ostentose.
 Dos Profetas con él aparecieron.
 A uno y otro lado; el que animoso
 Rompió la esclavitud en que gimieron
 Mas allá de Jacob los descendientes,
 Y los sacó de Egipto, al orgulloso
 Tirano sepultando, y sus potentes
 Huestes en el oceano tenebroso;
 Y aquel que por el viento tremulante
 Fué arrebatado en carro flaméante.
 Discurrían entre tanto [¿quién creyera
 Esto oportuno?] de la cruz y muerte,
 Y del inmenso exceso que más tarde
 Llevar á cabo él en Sion debiera.
 Esta su gloria es; este amor arde
 Siempre en su pecho; forma sus delicias,
 Y todas le merece sus caricias.

CANTO VIII.

REY APACIBLE.

HE AQUI A TU REY QUE VIENE A TI LLENO DE
 MANSEDUMBRE.

Math. 21, 5.

Del torpe labio humano,
 Del vuelo del osado pensamiento
 Sería el empeño vano
 Si intentara en su arrojo y ardimiento
 De nuestro rey Jesús la mansedumbre
 Delinear aunque en pálido vislumbre.
 Hijo del frágil hombre
 Él mismo no desdenea de llamarse,
 No lo afrenta tal nombre,
 Ni así con los mortales nivelarse,
 Aunque es el gran monarca de la altura;
 Jamás hubo en otro hombre tal dulzura.
 Él es Rey de los reyes,
 Arbitro y juez del Universo entero,
 Él dictale sus leyes;
 Mas no arruga su frente adusto, austero;
 Ni esa gran majestad y poderío,
 Lo pinta melancólico, sombrío.
 Con tono imperioso
 Su voz él no levanta, ni aparece
 Con rostro tempestuoso,
 Ni arrogante mirar; y al que merece
 Por sus delitos la postrera pena,
 Le concede el perdón, no lo condena.
 De la muerte, no obstante
 Y de la vida es arbitro: ésta ha dado
 Muchas veces amante,
 Y de ella nunca á alguno ha despojado;
 Pues él dejó las fúlgidas mansiones
 A traer al mortal de paz los dones,
 Y á aquellos que oprimidos
 Gemían entre durísimas cadenas,
 En prisión detenidos;

La libertad volverles, y sus penas
Y llanto mitigar y su dolencia;
Mas contra nadie á dar fatal sentencia.
En un crimen reciente
De adulterio había sido capturada
Una mujer; [cruelmente
Era antes esta culpa castigada;
Y al culpable con piedras se le hería
Y un gran cúmulo de ellas lo oprimía.]
Atada la presentan,
La acusan sin piedad sus asesores,
La ley severa ostentan
Vindice de tal crimen, é impostores
Porque sea ejecutada están clamando,
Las piedras cual primero levantando.
¿Qué hará el juez apacible?
Cifras desconocidas traza luego,
Y una no inteligible
Inscripción en la arena, y con sosiego,
Su cuerpo enderezando: el que manchado
No se sienta, les dice, de pecado;
Arroje la primera
Piedra contra ella. Cual de rayo herido
Cada uno se creyera;
Y como si las piedras convertido
Se hubieran contra de ellos; ya la frente
Inclinan, callan, y huyen lentamente.
Él entonces ufano
Dirigiéndose á aquella, desatada
Por tan clemente mano
[Según fama:] ¿dó está la coligada
Turba en tú contra? nadie te condena,
Le dice, aun yo te eximo de la pena:
Ve pues libre y segura;
Vuelve del precipicio, y extinguida
Sea en tí la llama impura,
Y por su fómes ya no seas vencida.
Rey y legislador, Señor supremo,
La ley deroga y el suplicio extremo.
Hacia Salén un día
Sus pasos presuroso encaminaba,
Y á entrar en Samaria,
Cediendo á la fatiga se aprestaba;
Y pedía que hospedaje allí le dieran,
Y la noche pasar le concedieran.

Mas con torvos semblantes
Su humilde ruego aquellos desoyendo
Asperos habitantes,
Ni al cansancio del huesped atendiendo;
Acogida ferinos le negaron,
Y en su cara las puertas le cerraron.
Habrían todos querido
Los discípulos fieles con gran celo,
Se hubiera derretido
En torrentes de fuego el alto cielo,
Que á la ciudad ingrata devoraran,
Y en cenizas humeantes la trocaran.
Tan iracundas voces
No sufre el buen Jesús en su indulgencia,
Y sus pechos feroces
Refrena y los inclina á la clemencia;
Aunque una indignación tan justa y pia
En sus férvidos ánimos ardía:
¡Ah! no sabéis, les dice,
A dó os lleva ese ardor no reprimido;
Cuánto de mí desdice
Ese arrojito indiscreto: yo he venido
No á dar muerte, mas vida á los mortales,
Abriéndoles las fuentes eternas.
Las burlas despreciando
De censores estúpidos, se empeña,
Nada de sí cuidando,
Por conquistar un triunfo, ni desdefía
Los banquetes de aquellos desdichados.
Que gemían por las culpas contagiados.
Y aun á Zaqueo, benigno
Y apacible se muestra, aunque él buscaba
Con arte y lucro indigno
Las riquezas que avaro acumulaba:
Mas calmose esa sed insaciable
Al recibir un huesped tan amable.
Vuelve cuadruplicado
Lo que con fraudes adquirido había,
Y el caudal allegado
Con los pobres mendigos compartía:
Así pagó Jesús, huesped amigo
Al que en sus lares concediole abrigo.
Y aun más es sorprendente
Que afable era á las torpes meretrices,
Calmando así el ardiente

Fuego voraz de aquestas infelices;
 Para que esa pocilga las nauseara
 Y de nuevo el pudor las sonrojara.
 Era la hora del día
 En que el sol sus caballos impetuosos
 En el zenit regía:
 Y vibrando sus rayos ardorosos
 Los montes y los prados abrasaba,
 Y del bosque las sombras recortaba.
 Rendida la natura
 Desmaya por doquiera, palidece
 Del prado la verdura;
 Su corola cerrando, languidece
 La flor en el sediento mustio prado,
 De sirio por las llamas abrasado:
 Se tienden por el suelo
 Los animales, su pescuezo estiran,
 Y con afán y anhelo
 Por la hinchada nariz fuego respiran;
 Callan entre los árboles las aves,
 Y de las selvas los susurros suaves.
 A esta hora fatigado
 Por largo andar y por el sol ardiente,
 El buen Jesús sentado
 Descansaba en la márgen de una fuente;
 Muy cerca la opulenta Samaría
 Majestuosa á sus ojos se extendía.
 De la ciudad cercana,
 Para llenar su cántaro en la pura
 Cristalina fontana,
 Llegose una mujer con andadura
 Desenvuelta y procaz, de ojos altivos
 Que de amor despedían vislumbres vivos.
 El cántaro en la diestra,
 Y como era costumbre, sostenía
 Sus trenzas la siniestra;
 Y ya al hogar sus pasos dirigía,
 Cuando Jesús, benigno en su semblante
 Agua pidiole en tono suplicante:
 Mas ¡cómo la osadía,
 Responde aquella, abrigas, hijo siendo
 De la nación Judía,
 A mí de dirigirte agua pidiendo?
 Mas: ¡oh! Jesús le dice, ¡si supieras
 Quien soy y al que te ruega conocieras!

Tal vez me habrías pedido
 Agua más viva, más salubre y pura,
 Que habrías de mí obtenido.
 Y otros puntos tocando, al fin la dura
 Alma Jesús bloquea con su clemencia,
 Y á la virtud la inclina sin violencia.
 Y la que inmundo aliento
 De los burdeles antes exhalaba;
 Ya desde aquel momento,
 Otro amor, otras llamas fomentaba
 En su púdico pecho que ya ardía,
 Y en aras del pudor se consumía.
 Y la hidria dejando,
 Rauda recorre la ciudad entera;
 Enérgica aclamando
 A Cristo, como ilustre mensajera,
 Y enciende de su amor la ardiente llama,
 En todo el pueblo que á su voz se inflama.
 Suerte más envidiable
 Te hubo de sonreír ¡oh! Magdalena;
 Con qué ardor inefable,
 De santa intrepidez y audacia llena,
 Que avergonzarte entonces no debía,
 Penetras de un banquete en la alegría.
 Lágrimas derramando,
 Entre sollozos flébiles te arrojas,
 De Jesús estrechando
 Los piés divinos que con llanto mojas,
 Y enjugas de tu frente con los rizos
 Otro tiempo, de amor armas y hechizos.
 Mas esto inútilmente;
 Pues otra vez de tu impetuoso llanto
 Desbórdase el torrente,
 Que impulsa tu dolor, sensible tanto:
 Y aunque estreches sus piés con brazo fuerte
 Y ósculos mil imprimas; de esta suerte
 Jesús con aspereza
 No te rechaza, ni rehusa airado
 Que unjas su real cabeza
 Y sus piés con unguento perfumado,
 Con cinamomo y cacia, y oloroso
 Nardo y estacte, bálsamo precioso;
 Tesoros que derramas
 Con ambas manos en su augusta frente,
 Y doquier desparramas

El suavísimo aroma trascendente,
 Aun el rico alabastro quebrantando,
 Para tí gota alguna no guardando.
 Ese hecho tan glorioso
 Júdas ha de tachar como testigo;
 Y aunque éste revoltoso
 Arrastre á los discípulos consigo;
 No dejará Jesús que impunemente
 En tí haga presa del escarnio el diente.
 De esas lenguas mordaces
 Embotará los filos, defendiendo
 De sus mofas procaces
 Tu fama singular, que irá cundiendo,
 Y él hará que resuene, por doquiera
 Brilla del sol la rubia cabellera.
 Prosigue, pues, termina;
 Ungelo con balsámicos olores:
 Pues ya casi declina
 Tu hermoso sol y esconde sus fulgores;
 Mas ¡ay! después ya no te será dable
 Que le prestes obsequio tan amable.
 De nuestro Rey clemente
 Estos son los grandiosos monumentos.
 Otro más sorprendente
 Se ofrece á nuestra vista. En los momentos
 En que cuelga enclavado á un tronco rudo
 De piés y manos en tormento crudo,
 Infame soportando
 Suplicio cruel en medio de ladrones,
 Su espíritu exhalando
 Entre inhumanos pérfidos sayones:
 Para estos mismos pide con instancia
 El perdón, excusando su ignorancia.
 Entre esos postrimeros
 Flébiles ayes de la muerte fría,
 En écos lastimeros
 Dirige al Padre su plegaria pia,
 Mientras más se encarnizan, y furiosos
 Lo insultan sus contrarios alevosos:
 Mientras más aguerridos
 Mil denuestos le arrojan é improperios,
 Y hieren sus oídos
 Con mofas y sarcásticos dicerios:
 ¡Tan grande es la dulzura sorprendente
 De nuestro Rey Jesús manso y clemente!

CANTO IX.

EL BUEN PASTOR

YO SOY EL BUEN PASTOR

Joan. 10, v. 11, 14.

¿Quién es este Pastor que del frondoso
 Líbano viene, raudo atravesando
 Las cumbres de los montes, traspasando
 Los humildes collados presuroso?
 Anda en rocío empapado, es rubicundo,
 Fresco su rostro y de sin par blancura,
 Y sin él no hay belleza ni dulzura,
 Ni hay cosa amable sobre el vasto mundo.
 Por zarzales y horrendas madrigueras,
 Por escarpadas cumbres y breñales,
 Por cimas, por abruptos peñascales,
 Y por regiones hórridas y fieras
 Vaga sin tregua al rayo del estío,
 Buscando la ovejuela descarriada,
 De su tranquilo aprisco arrebatada
 Por fatal yerro ó estólido extravío.
 Y aunque ya fatigado y jadante,
 Mil tortuosos senderos recorriendo,
 No cuida del sudor que va vertiendo
 En cálidos arroyos su semblante,
 Ni del sol teme el áspero, inflamado
 Cefío, ni el hielo de la noche umbría,
 Ni escarcha matinal, ni la bravía
 Faz del rígido cielo encapotado.
 Nada siente en verdad; de amor herido,
 En cuidados ahogado, mientras ansioso
 Corre por el camino peñascoso
 Que su ovejuela prófuga ha seguido.
 Nada le arredra; impávido y ardiente
 Arrostra todo afán, toda fatiga:
 Tanto el amor solícito lo hostiga.
 Y aunque todo su aprisco juntamente
 Viera desierto, y hórrida y sombría
 Rambla sus ovejuelas devorara:
 No por eso entre pobres se contara,
 Ni su rico tesoro menguaría.

Cual rey por los pastores es tenido;
 No conocen sus prados coto alguno
 Ni número su grey, y no hay ni uno
 Que por él no creyérase excedido.
 Mas ansioso y solícito se afana
 Por una ingrata descarriada oveja
 Y entre los montes á las otras deja,
 Como olvidadas, como cosa vana:
 Y porque ella no sea presa de muerte,
 Afanoso la busca sin sosiego,
 Como si única fuera; y con su ruego
 La hace al redil volver seguro y fuerte.
 Y como él de cantar el arte sabe,
 Al uso pastoril, con gran frecuencia
 Su voz suena en dulcísima cadencia,
 Que acompaña el rabel en ritmo suave,
 Por si acaso pudiera el dulce encanto
 Atraer la ovejuela descarriada
 Y encerrarla de nuevo en la majada;
 Fresca tengo su letra, fresco el canto:
 "Vosotros todos, cuyo pecho, herido
 Por el dolor, solloza y en tristura
 Os sumergió funesta desventura,
 Cargados ¡ay! de un peso desmedido:
 Ea pronto á mí corred, y de consuelo
 Henchiré vuestro pecho, y los raudales
 De llanto en que os inundan vuestros males,
 Enjugaré con paternal anhelo:
 Yo mismo á vuestra carga aunque pesada,
 Someteré mis hombros, y caricias
 Hallaréis en mi pecho y mil delicias,
 Y un asilo y dulcísima morada."
 Me acuerdo que en los antros del Jordán
 Estos versos cantaba, y con destreza,
 Grabólos de alto cedro en la corteza,
 Y claros é indelebles aun están.
 En el tronco también de una palmera
 Otras coplas grabadas se leían;
 Y según los pastores me decían,
 Estas mismas cantaba en la pradera:
 "¡Ea! levántate y ven paloma mía,
 Casta paloma, ven, sencilla y pura;
 En los huecos te haré de peña dura
 Tu dulce nido, tu mansión sombría:
 Donde segura del milano hambriento

Duermas tranquila ¡Ah! muestra ya tu hermosa
 Faz á mi vista, y esa tu armoniosa
 Voz, me haga oír su delicado acento;
 Pues muy bella es tu faz, y tu voz suave."
 Tiernas vírgenes castas de Idumea,
 Raudas corred, antes que tarde sea:
 Del divino Pastor la herida es grave.
 Llenad vuestras cestillas prontamente
 De azucenas, narcisos y fragantes
 Rosas entre las caltas rozagantes,
 Con que él refresque ese su pecho ardiente.
 Traed también entre las frescas flores
 El membrillo oloroso, y exprimido
 Con agua y miel brindádselo al herido
 Para calmar un tanto sus ardores.
 Atroz contagio, peste asoladora
 Cebábase en su grey, que enteramente
 Ya perecía; pues hórrida serpiente,
 Vomitando ponzoña destructora,
 Pérfida había infestado en un momento
 Los arroyos y pastos por doquiera,
 Y aun la fuente que riega la pradera
 Violado había su baba é inmundo aliento.
 Los cadáveres yertos, hacinados
 Yacían doquier por sendas y caminos,
 Ya á la márgen de arroyos cristalinos,
 Ya dispersos por montes y por prados.
 Y como si esta peste aun no bastara;
 Torvos lobos también, fieros ladrones,
 Devastaban sin tasa esas regiones
 Y cuanto de la peste se librara.
 Hasta que de las playas celestiales
 Bajó este buen Pastor, benigno, amante;
 Y arrojó de su aprisco en el instante
 Salteadores y crudos animales.
 Extinguió de la peste el foco insano,
 Y enseñóle á su grey, á que en la fuente,¹
 Que él mismo le mostró pura y reciente
 Hecha brotar por su divina mano:
 Acudiera á calmar la gran vehemencia
 De aquella sed mortal que la abrasaba,
 Y el tósigo á destruir, que devoraba
 A gran prisa su lánguida existencia.

¹ Se enumeran aquí bajo el velo alegórico los siete sacramentos, como puede verlo el lector.

Ni esto bastó: pues bálsamo oloroso
 Cen aceite mezclando, un suave unguento
 Preparó á su rebaño macilento
 Para hacerlo robusto y vigoroso,
 Y aumentar la salud que había alcanzado
 En el puro lavacro cristalino,
 De vida origen, manantial divino.
 Y aun presagióle á su redil amado
 Que á impulso de un delirio atroz, vehemente,
 Sus ovejas ansiosas correrían
 A su ruina y los pastos gustarían
 Que envenenó la pérfida serpiente.
 Y en lugar de indignarse con el que ama
 Perecer, inventó su peregrina
 Fecunda ciencia, nueva medicina
 Para extinguir tan impetuosa llama.
 Y de ciertas palabras misteriosas
 Instruyó á los pastores, con que luego
 Calmáran de esa insania el torpe fuego,
 Y todas las dolencias desastrosas.
 Aun no contento; para que ninguna
 De aquel pasto mortífero gustara,
 Y en su tósigo dulce se enviscara
 Dominada de ardor y hambre importuna;
 Pan celestial que el cielo preparara,
 Manjar muy dulce y saludable dioles,
 Y un convite magnífico aprestóles
 Que la vida y salud les conservara.
 Y para guiar del cielo á las regiones,
 A mejores majadas su rebaño;
 Por si acaso algún vicio ó antiguo daño
 Escondieran sus cándidos vellones,
 O si aún débil huella ó mancha impura
 Del pasado contagio se ocultará:
 Supo borrarla, haciendo que cobrara
 Con santa unción espléndida blancura.
 Y pues del cielo descendido había
 A revestirse de nuestra terrena
 Humana carne de miserias llena,
 Y más tarde con ansia inmolaría
 Por su rebaño su inocente vida:
 En su lugar otros pastores deja
 Que pudieran lavar la inmunda oveja,
 En los fétidos fangos sumergida;
 Y del cielo bajar el pan divino

Como el Pastor benéfico enseñoles
 Con palabras que él mismo consignoles
 En misterioso rito peregrino
 Mas viendo á su rebaño desbocarse,
 Y á su ruina correr aguijoneado
 Por las furias de amor desenfrenado:
 Quiso de su grey mísera apiadarse,
 Y al yugo sujetó con su pujanza
 Ese amor vago, indómito, flotante:
 Y el social fuero endeble, vacilante
 Consolidó é inviolable santa alianza.
 Dulcísimo Pastor, si hay quien sensible
 No sea á tu amor: el odio sempiterno
 Sea de los hombres todos; pasto eterno
 De tenebrosa llama inextinguible.

CANTO X.
 EL TRIUNFO.

HE AQUÍ A TU REY QUE VIENE SENTADO SOBRE UN POLLINO

Joan. 12. 15

Ya cesa, oh Roma, aunque á tu voz guerrera
 Calla el entero mundo sojuzgado,
 De jactarte soberbia y altanera
 De tus pompas y carros que al sagrado
 Capitolio conduces victoriosos,
 Y hasta el cielo elevar trofeos gloriosos:
 Triunfo más grande, espléndido admirable
 Miro en Salén los tuyos eclipsando.
 No hay aquí reyes [¡cuadro miserable!]
 Cadenas en las manos arrastrando,
 Lánguida su mirada, macilentos,
 Ni inmensos de oro fúlgidos talentos:
 Ni ciudades cautivas ó arrasadas
 A este triunfo pacífico enaltecen;
 Ni gimen á la muerte destinadas

Ni esto bastó: pues bálsamo oloroso
 Cen aceite mezclando, un suave unguento
 Preparó á su rebaño macilento
 Para hacerlo robusto y vigoroso,
 Y aumentar la salud que había alcanzado
 En el puro lavacro cristalino,
 De vida origen, manantial divino.
 Y aun presagióle á su redil amado
 Que á impulso de un delirio atroz, vehemente,
 Sus ovejas ansiosas correrían
 A su ruina y los pastos gustarían
 Que envenenó la pérfida serpiente.
 Y en lugar de indignarse con el que ama
 Perecer, inventó su peregrina
 Fecunda ciencia, nueva medicina
 Para extinguir tan impetuosa llama.
 Y de ciertas palabras misteriosas
 Instruyó á los pastores, con que luego
 Calmáran de esa insania el torpe fuego,
 Y todas las dolencias desastrosas.
 Aun no contento; para que ninguna
 De aquel pasto mortífero gustara,
 Y en su tósigo dulce se enviscara
 Dominada de ardor y hambre importuna;
 Pan celestial que el cielo preparara,
 Manjar muy dulce y saludable dioles,
 Y un convite magnífico aprestóles
 Que la vida y salud les conservara.
 Y para guiar del cielo á las regiones,
 A mejores majadas su rebaño;
 Por si acaso algún vicio ó antiguo daño
 Escondieran sus cándidos vellones,
 O si aún débil huella ó mancha impura
 Del pasado contagio se ocultará:
 Supo borrarla, haciendo que cobrara
 Con santa unción espléndida blancura.
 Y pues del cielo descendido había
 A revestirse de nuestra terrena
 Humana carne de miserias llena,
 Y más tarde con ansia inmolaría
 Por su rebaño su inocente vida:
 En su lugar otros pastores deja
 Que pudieran lavar la inmunda oveja,
 En los fétidos fangos sumergida;
 Y del cielo bajar el pan divino

Como el Pastor benéfico enseñoles
 Con palabras que él mismo consignoles
 En misterioso rito peregrino
 Mas viendo á su rebaño desbocarse,
 Y á su ruina correr aguijoneado
 Por las furias de amor desenfrenado:
 Quiso de su grey mísera apiadarse,
 Y al yugo sujetó con su pujanza
 Ese amor vago, indómito, flotante:
 Y el social fuero endeble, vacilante
 Consolidó é inviolable santa alianza.
 Dulcísimo Pastor, si hay quien sensible
 No sea á tu amor: el odio sempiterno
 Sea de los hombres todos; pasto eterno
 De tenebrosa llama inextinguible.

CANTO X.

EL TRIUNFO.

HE AQUÍ A TU REY QUE VIENE SENTADO SOBRE UN POLLINO

Joan. 12. 15

Ya cesa, oh Roma, aunque á tu voz guerrera
 Calla el entero mundo sojuzgado,
 De jactarte soberbia y altanera
 De tus pompas y carros que al sagrado
 Capitolio conduces victoriosos,
 Y hasta el cielo elevar trofeos gloriosos:
 Triunfo más grande, espléndido admirable
 Miro en Salén los tuyos eclipsando.
 No hay aquí reyes [¡cuadro miserable!]
 Cadenas en las manos arrastrando,
 Lánguida su mirada, macilentos,
 Ni inmensos de oro fúlgidos talentos:
 Ni ciudades cautivas ó arrasadas
 A este triunfo pacífico enaltecen;
 Ni gimen á la muerte destinadas

Víctimas ¡ay! sin fin ni se humedecen
 Estas palmas de sangre con rocío,
 Tefidas de un color triste, sombrío.
 Aquí todo convida á un dulce gozo,
 A un júbilo sin tasa y alegría:
 He aquí, ya viene amable y majestuoso
 El manso Rey de la región del día;
 No pompa real ó sequito él ostenta,
 Mas montando un pollino se presenta.
 De este modo anunciaron los acentos
 De un profeta¹ esta espléndida venida,
 El velo descorriendo de quinientos
 Años dentro su mente enardecida.
 Entonces todo en él más se engrandece,
 Y su aspecto apacible resplandece,
 Sus nobles ojos, su serena frente,
 Y una insólita gracia en rostro humano:
 Como vivo destello refulgente,
 De su divino brillo soberano.
 Su hermosa cabellera no sombreada
 Y por sencillos bucleos encrespada
 Los hombres recibían; suelta corría
 Hacia el pie la inconsútil vestidura
 Que la violeta pálida teñía
 Con su color modesto, hermosa hechura
 Que de la blanca mano primorosa
 Saliera de su Madre cariñosa,
 Quien otro tiempo, con afán constante
 Noches y días en su labor tejiendo,
 Le dió fin cuando aún pequeño infante
 Era Jesús; y ya después creciendo
 Con el Niño á la par, había durado.
 Sin que el tiempo la hubiera señalado.
 En tropel por las puertas se avalanza
 El pueblo todo, cual del alto cielo
 Un turbión espesísimo se lanza.
 Por donde él pasa, por dó huella el suelo,
 La turba se aglomera en el instante,
 Al tempestuoso oceano semejante;
 Y todos se apresuraron á porfía
 Por tenderle en su paso los vestidos,
 Y anhelan excederse en hidalguía,
 Y no quieren por otros ser vencidos;
 Y se atropellan con impulso fuerte,

¹ Zach. 9. v. 9.

El turno disputándose y la suerte.
 Lirios, purpureas rosas desparraman
 Cuál densa nube que el ambiente ofusca;
 Las hojas de los árboles derraman,
 Y aun de cuajo con mano fuerte y brusca
 Arrancan tiernas palmas á millares,
 Y destrozan los verdes olivares;
 Y cada quien su trecho merodeando,
 Tienden las verdes ramas por la vía,
 O en las manos las llevan vitoreando.
 Una entera floresta se creería
 Allí fluctuar; tan densa, tan espesa
 Era aquella gentil verde maleza.
 Aun los laureles de raíz sacados,
 Y las esbeltas palmas columpiarse
 Verías y con vaivenes compasados,
 Sus copas fluctuantes inclinarse;
 Y doblegar sus cumbres orgullosas
 A su Rey las montañas magestuosas.
 Vendrá tiempo en que humille su alta frente
 El Capitolio indómito de Roma,
 Y los siete collados juntamente
 Se encurven bajo el yugo que los doma.
 Entre tanto, resuenan mil clamores,
 Con estrépito inmenso y mil lores.
 ¡Hosanna! exclaman todos, oh clemente
 Inclito rey, que de David glorioso
 Vástago eres y augusto descendiente.
 Resuena aquel aplauso majestuoso,
 Y botan y rebotan esos ecos
 De las montañas en los hondos huecos.
 Como campeón del triunfo acompañaba
 Lázaró la compacta comitiva,
 A quien de contemplar no se cansaba
 La ávida turba con sorpresa viva;
 Pues su reciente muerte presenciara,
 Y el fúnebre cortejo acompañara:
 Nosotros, afirmaban, recibimos
 El aliento postrer de su agonía,
 Y en llanto sus despojos condujimos
 Para confiarlos á la tumba fría.
 Ya cuatro días su cuerpo había pasado
 De la muerte á las garras entregado;
 Ya exhalaba pestíferos olores
 De pavor impregnados y de muerte:

Mas entre aquellos tétricos horrores
 Resonó de Jesús el eco fuerte;
 Y se levanta á su imperioso acento
 Aquel negro cadáver al momento.
 Mas no ya por sus piés; en ancha faja
 Envuelto, como estaba, aparecía,
 Y sus miembros la fúnebre mortaja
 En vueltas triplicadas envolvía,
 Y piés y manos, rígidas, inmóviles,
 Ataban, según uso, vendas dobles;
 Así esto era por unos referido;
 Otros contaban hecho semejante:
 Cómo Jesús á compasión movido
 A una madre volvíole en el instante
 Su único dulce hijo idolatrado
 Por la muerte envidiosa arrebatado,
 Por hado prematuro en los mejores
 Años de juventud y lozanía,
 Cuando apenas entre cándidos albores
 El boso en sus mejillas sonreía;
 Al cual llamó del Érebo inclemente,
 Tocando su ataúd tan solamente,
 Y en gozo inmenso súbito cambiósese
 De la madre el dolor y la querella.
 También por otros muchos refirióse
 Como otra vez una gentil doncella
 Restituyó á sus padres, que en su duelo
 Alivio no encontraban ni consuelo:
 Y cual si en blando sueño ella durmiera,
 No en los fauces de muerte inexorable,
 Con sólo esta palabra que dijera:
Levántate, doncella; la insaciable
 Muerte aflojó su presa aletargada
 Que por sus padres fué recuperada.
 Cómo también Jesús lanzado había
 Las molestias doquier y enfermedades,
 Que, consanguíneos de la muerte fría,
 Se extendían por los campos y ciudades,
 En gran tropel, las fiebres é incurable
 Hinchada hidropesía, sed insaciable;
 Y cómo de Diana ¹ los furoros

¹ Parece que esta enfermedad es la epilepsia, llamada por los latinos *morbis Diana* porque los efectos de la luna (Diana) tienen mucha parte en esa enfermedad, y aun llamamos *lunáticos* á los que padecen esto ó semejantes achaques.

El domaba, y la saña fulminante;
 Y sus nobles acentos bienhechores
 La fuerza y vital jugo, en un instante
 Infundían en los miembros ateridos,
 Por el mal ya gastados y roídos.
 Y cómo hizo que aquellos que, sudando,
 El torpe cuerpo apenas arrastraran;
 Sus indebles cimientos afirmando,
 Con paso igual veloces avanzaran:
 Y su fimbria tocada solamente
 Restañara de sangre impura fuente.
 Y que también, narraban, el acento
 Y el uso de la lengua devolvía
 A aquellos en que el noble pensamiento
 Esos muelles resortes no movía;
 Y hacia que el insensible muerto oído
 Respondiera á la voz, por ella herido.
 Y á los que en noche eterna sepultados
 Nacido habían, mostroses la luz pura
 Varias veces, rompiendo esos nublados
 Manantiales de llanto y amargura;
 Y los cuerpos su mano bondadosa
 De la inmunda limpió lepra escamosa.
 (Este mal repugnante por doquiera
 Entonces se cebaba; mas ahora
 Ya desterróse de la baja esfera.) ¹
 Y cómo, referían, su aterradora
 Voz á los genios del Averno inmundo,
 Había lanzado al bátratro profundo
 De donde con furor se desbocaron
 Los cuerpos á invadir de los mortales,
 En los cuales fijar acostumbraron
 Triste morada de infinitos nales;
 Y cómo al ser lanzados, rebramaban,
 Y ¡ay! veniste á perdernos, exclamaban.
 Se levanta doquier gran vocería,
 Y resuenan aplausos estruendosos:
 Cada quien se abre paso en su hidalguía,
 Y ostentando sus dones prodigiosos,
 Se atraen de aquel concurso innumerable
 Las miradas y pasmo insaciable.
 Otros narraban que lo habían mirado
 Hollar del mar las ondas resonantes

¹ Al menos en gran parte ha desaparecido la lepra, ó es más benigna que entonces, y sus efectos no son tan malignos como sucedía en ese tiempo.

Con firme planta; y aún había enfrenado
 Los cierzos y aquilones tumultuantes,
 Y que solía del piélago espumoso
 Aplacar el oleaje tempestuoso.
 Y aun afirmaban otros que habían sido
 Un día sus comensales, y gustaran
 El vino sin igual no conocido
 En que á su voz las aguas se trocaran
 No bien su augusta Madre, allí presente,
 Indicó sus deseos modestamente.
 Muestran otros en tanto el pan dichoso
 El divino manjar en cestas llenas,
 Y narran el prodigio portentoso:
 Eran cinco tan sólo; mas apenas
 Quiso Jesús, ya todo en el momento
 Multiplicose á su imperioso acento;
 Y manda que aquel pueblo innumerable,
 Recostado en la grama, se reparta
 El celestial manjar; y la insaciable
 Muchedumbre famélica se harta,
 Aunque ya de gran tiempo detenida,
 Y rústica, voraz, y no medida.
 Cinco mil eran estos, excluyendo
 Con los niños al pueblo desvalido
 Que tenaz por doquier le iba siguiendo.
 Y aunque ellos consumir habrían podido
 Grandes mieses, no obstante los primeros
 Cinco panes sobraronles enteros.
 Doce grandes canastos, que colmaron,
 Quedaron cual despojos gloriosos,
 Que, ya domada el hambre, se guardaron.
 Esto aquellos narraban; estruendosos
 Aplausos más y más doquier resnenan,
 Y del cielo las bóvedas atruenan.

CANTO XI. DIOS ESCONDIDO.

TU ERRES, EN VERDAD, EL DIOS ESCONDIDO.

(Isa 45. v. 15.)

Jesús habiendo amado á los que un día
 Como fieles amigos escogiera;
 Ya hácia el fin, todo límite excedía
 Su amor, que cual torrente,
 Rompió los diques de su pecho ardiente.
 Ya cercano al océano de su vida,
 En aquella fatal, terrible noche,
 En que un traidor discípulo deicida,
 Uno de sus amigos
 Venderlo debería á sus enemigos:
 En esa misma noche se levanta
 De la mesa, y no obstante que en los doce
 El vil traidor se hallaba, no se espanta;
 Y á todos los coloca
 En el asiento que á cada uno toca;
 Y de afán lleno y paternal ternura,
 Derrama en un sartén límpidas ondas;
 Una toalla se ciñe á la cintura,
 Y en tierra arrodillado,
 Y con todo su cuerpo doblegado;
 El agua cristalina va vertiendo,
 O la toalla maneja diligente;
 Y de sus mismas manos uso haciendo,
 Ya á lavarles empieza
 Y á enjuagarles los piés con gran fineza.
 Llega á Pedro, que pásmase altamente,
 Y en contra tiernos ruegos le dirige,
 Y forcejea después, y tenazmente
 Intenta disuadirle,
 Y aquel arranque férvido impedirle:
 ¿Lavarme tú los piés? ¿has pretendido
 Que impasible te vea? ¿Tanto humillarte?
 Nunca por mí será esto permitido.
 Mas nada, ¡oh santo anciano!
 Nada aventajas; es tu empeño vano.

Los piés te ha de lavar; esta divina
 Prenda de amor te dejará en su muerte,
 Opones tu á su amor traba mezquina:
 Mas sombra es esto, y nada;
 Prueba mayor te estaba reservada.
 De su amor monumento más brillante
 Ya prepara Jesús dentro su pecho.
 ¡Ea! venga toda la gran turba amante
 A un certámen ardiente
 Hoy cito y reto á vuestro amor ferviente.
 Concurrid todos los que habeis poblado
 La vasta esfera en los pasados siglos,
 O que mirais aún el sol dorado;
 Emplead cuantos loores
 Haya para realzar vuestros amores.
 Narrad lo más sublime y portentoso
 A que un amor frenético os indujo;
 De la fábula el éco sonoro
 Traed á nuestro oído
 Con lo más exquisito que haya hurdido.
 Acumulad mil sueños y quimeras;
 O de la historia hojeando los anales,
 Poned de frente hazañas verdaderas.
 ¡Oh, cómo se envilecen!
 ¡Cuán fríos vuestros amores aparecen!
 Todos, todos se ofuzcan, son hollados
 Por la nobleza de este amor divino.
 Miro á ¹ Niso y Eurialo derribados,
 Y hasta con náusea veo
² A los hijos de Leda y los de Atreo:
 A Pilades ³ y Horestes veo ocultarse,

¹ Niso y Eurialo son célebres en Virgilio por el mútuo amor que se profesaron, é impulsó á Niso á entregarse á la muerte por salvar á Eurialo.

² Los hijos de Leda, Castor y Pólux, gemelos con Elena y Clitèmnestra de Leda, esposa de Tindaro, rey de Esparta. Se guardaron un amor singular, y según la fábula, habiendo muerto Castor en una lucha, obtuvo Pólux de Júpiter, su padre, la gracia de pasar un día en el cielo, con su hermano, y otro en la tierra. Ambos fueron cambiados en la constelación que lleva su nombre.

Los hijos de Atreo, Agamemnón y Menelao, modelos de un fraternal cariño en extremo: y sólo por vengar á su hermano Menelao, marchó Agamemnón contra Troya.

³ Pilades y Horestes dejaron consignado también su nombre en la Historia por la misma causa, y aun refiere la fábula que llevado Horestes del amor á Pilades, entró al infierno para sacar á su amigo, ya detenido allí por las Parcas.

A Pátroclo y ¹ Aquiles; las cenizas
 Del célebre Mausolo ² congelarse,
 Que con vino mezclara
 Y lágrimas su esposa, y las tragara.
 Cuánto más admirable y sorprendente
 Es lo que el buen Jesús ya meditaba:
 Y pues es su querer omnipotente,
 Pudo aun más todavía
 Impulsar el amor que en él ardía.
 Hizo de su poder extraña muestra,
 Y esa entonces nos dió; y en el profundo
 Más oculto rincón del alma nuestra,
 Una mansión buscose,
 Y en ella reduciéndose, encerrose.
 De su ciencia y amor con un portento,
 Inaudito hasta entonces, en sí trasforma
 El pan y vino: es ya nuestro alimento
 No bien su poderosa
 Voz hizo oír palabra misteriosa.
 Parece ya un manjar; y se reduce,
 Y se divide él mismo con sus manos,
 Y él mismo todo entero se introduce
 En el mezquino pecho.
 De sus amigos, con enlace estrecho.
 Y el Dios-Hombre que entonces allí presente
 Se hallaba á sus discípulos, se esconde
 En aquellas especies totalmente,
 Y su figura deja,
 Y sólo aquel manjar hora semeja.
 Se complacen á veces de ocultarse
 Los amantes; buscando un escondite,
 Y hablarse allí á hurtadillas y mirarse,
 Y estar allí escondidos,
 Y no ser por alguno interrumpidos.
 Tal usanza seguir á Jesús plugo;
 Ni en buscarse se afrenta tan estrecho,
 Tenebroso rincón: de la uva el jugo,
 Blanco pan fué bastante
 Para ocultarse este divino amante.

¹ Pátroclo fué muy querido amigo del invicto Aquiles, quien por vengar la muerte de su amigo, tomó nuevamente las armas contra los Troyanos, hasta que por fin mató á Héctor, el principal caudillo de éstos.

² Rey de la Caria, (Asia Menor) fué tan amado de su esposa Artemisia, que después de muerto, le levantó ella un suntuoso monumento, de donde tomaron nombre los mausoleos, y fué una de las siete maravillas de ese tiempo, é hizo con sus cenizas lo que el P. refiere.

A un sólo punto él se haya reducido,
 Dentro un cándido velo, allí está todo,
 Todo el gran Dios se encuentra allí escondido.
 Mucho, por cierto, osara
 La fábula, mas nunca esto forjara.
 Mas perdona, ¡Oh Jesús! déjame, ¡oh suave
 Amante! que yo tilde en mi osadía
 Este exceso de amor, si no te es grave.
 ¿Qué haces, Jesús divino?
 ¿Qué no conoces al mortal mezquino?
 Parece que no te es muy bien sabido
 Que rebelde es é impía la raza humana;
 Y que ese inmenso amor, en tí encendido,
 ¡Ah! muchos insensatos
 Pagarán con enormes desacatos.
 Y cual si embuste fuese, ó vil quimera;
 Con sardónicas risas y con mofas,
 Las grandes maravillas por doquiera
 Oirán de tus amores,
 Y ese el éco será de sus loores.
 Otros un amor fiel aparentando,
 Visitarán tus templos con frecuencia,
 Y en tierra sus rodillas doblegando,
 Ante tu altar, presente
 Se hallará el cuerpo, mas el alma ausente.
 Volará por doquier el pensamiento
 De ese su vago espíritu, y tan solo
 En tí fijarse no podrá un momento;
 ¿Y no ves que aun meditan
 Otros amores cuyo fuego irritan?
 Y en esos tabernáculos amables,
 Asistiendo á tus ritos sacrosantos,
 Solo tu amor los halla impenetrables;
 Sólo tu amor olvidan,
 Y de esas tus caricias nada cuidan.
 Será tanto ese arrojito temerario,
 Como si lo más sórdido trataran;
 Que osarán profanar aun tu santuario,
 Y llenos de inmundicias
 De tu mesa acercarse á las delicias.
 Mira que el traidor pérfido ya intenta
 Un crimen tan nefando: todo el que ama
 Exige amor, y al ménos se contenta
 De amor con la esperanza;
 Más tu ¿qué haces? ¿Tu amor ni aun esto alcanza?

Nada de esto lo mueve, nos ha amado
 Con tal ardor, que nuestra cruel perfidia
 Y negra ingratitud ha superado;
 Ni del pesar el diente
 Lacerar puede ese su pecho ardieñte.
 Como una tierna madre, entre ternuras
 Y besos mil estrecha en su regazo,
 Y llama sus encantos y dulzuras
 A un hijo enfurecido,
 Y de un delirio y frenesí invadido.
 Lucha él por desasirse de sus brazos,
 Y ella asimismo más y más se empeña
 En sujetarlo con más fuertes lazos;
 Y perdida en amarle
 Sus dulzuras agota al cautivarle.
 Pero más ruge aquel y se enfurece;
 Torvo la mira con torcidos ojos,
 Y arrójale á la cara, y la humedece
 De espuma é inmundada baba;
 Pero el materno amor no menoscaba.
 Así, mayor aún, es la vehemencia
 Del amor de Jesús; le fué insufrible
 Remover de nosotros su presencia,
 Partir de nuestro lado,
 Y quedar de nosotros apartado.
 Y quiso que más bien se desbordara
 Contra él de los impíos la cruel perfidia,
 Y de ultrajes y escarnios lo inundara:
 Y escondido y presente
 Los olvidos espía de nuestra mente.
 Nada hay que allí no afronte con firmeza,
 Por más que con nefando atrevimiento
 Crezca de sus contrarios la braveza;
 Nada puede arredrarle,
 Ni de esa soledad hastío causarle.
 Sin fin crece su amor, y crece amando,
 En cierto modo, el mismo amante tierno,
 Su presencia sin fin multiplicando:
 Pues cuantas veces quiere
 Su ministro, y enfático profiere
 Sublime voz, palabra portentosa,
 Y: "Este es mi cuerpo," dice, mil prodigios
 Esta sola palabra poderosa
 Acumulando, todo
 Ya se transforma en admirable modo.

Ya todo es nuestro, todo sin medida
 A nosotros se entrega á nuestro arbitrio:
 Parece que á sí mismo se descuida,
 Y ese su amor ferviente
 Todo lo sacrifica enteramente.
 Y: esto mismo que yo hago, haced, les dice,
 A vuestro agrado, siempre que os pluguiera;
 De mi querer el vuestro no desdice;
 Sólo una cosa os pido:
 Que no me releguéis en el olvido.
 ¿Quién tuviera palabras divinales
 Que con amor tan grande compitieran?
 Hé aquí que yo, el más vil de los mortales,
 Apenas he vibrado,
 Y esa voz sacrosanta formulado;
 Aquel pan se destruye en el instante,
 Todo entero en Jesús ya transformado;
 Y aún el vino de un modo semejante,
 Al eco de ese acento,
 Es sangre de Jesús en el momento:
 De uno y otro tan sólo la apariencia
 Resta ya, las especies subsistiendo.
 ¡Cuán grande de este amor es la vehemencia!
 ¡Cuán grande el nombre suena
 De este amor santo que de pasmo llena!
 Nombre ¡oh dolor! sin tasa profanado:
 Qué sea por fin amar, hora conozco:
 Sólo tú con verdad nos has amado
 Dulce Jesús; tú has sido
 Altamente ese Dios que está escondido.

CANTO XII. LA TRISTEZA

MI ESPÍRITU PADECE TERRIBLES ANGUSTIAS; MI CORAZON
 ESTA LLENO DE ZOZOBRAS.

(Ps. 14 2v. 4)

Se levanta de allí sin más tardanza
 Jesús, y sube á un monte do solía
 Pasar en oración la noche umbría,
 Entregado á su eterna bienandanza.
 Más negra y pavorosa
 Que de costumbre, en su funéreo manto
 Todo envolvía la noche silenciosa;
 Parecía que la luna con sangriento
 Sudor teñía su rostro macilento,
 Y aquel horror y espanto
 Al orbe acrecentaba,
 Y como maga adusta amenazaba.
 Tímidos, consternados lo seguían
 Los discípulos todos, que de Júdeas
 La execrable perfidia no ignoraban,
 Pues Jesús removiérase las dudas;
 Y llanto taciturno derramando,
 Lo miraban, su duelo desahogando.
 Y rompiendo Jesús con su luz pura
 Del porvenir el tenebroso velo:
 Vosotros, dice, en esta noche oscura,
 Habéis de abandonar aqueste suelo;
 Huiréis como esparcido
 Rebaño se desmanda en la llanura,
 Porque fué su pastor de muerte herido,
 Y en medio de mi angustia y mi quebranto
 Os llenaréis de turbación y espanto.
 Mas no os desalentéis; cuando vencido
 Haya á la muerte audáz, á Galilea
 Marcharé ante vosotros nuevamente;
 Pues arde indeficiente
 Para vosotros de mi amor la llama.
 Mas del ardor que su alma agujijonea
 Pedro impulsado, exclama:

Ya todo es nuestro, todo sin medida
 A nosotros se entrega á nuestro arbitrio:
 Parece que á sí mismo se descuida,
 Y ese su amor ferviente
 Todo lo sacrifica enteramente.
 Y: esto mismo que yo hago, haced, les dice,
 A vuestro agrado, siempre que os pluguiera;
 De mi querer el vuestro no desdice;
 Sólo una cosa os pido:
 Que no me releguéis en el olvido.
 ¿Quién tuviera palabras divinales
 Que con amor tan grande compitieran?
 Hé aquí que yo, el más vil de los mortales,
 Apenas he vibrado,
 Y esa voz sacrosanta formulado;
 Aquel pan se destruye en el instante,
 Todo entero en Jesús ya transformado;
 Y aún el vino de un modo semejante,
 Al eco de ese acento,
 Es sangre de Jesús en el momento:
 De uno y otro tan sólo la apariencia
 Resta ya, las especies subsistiendo.
 ¡Cuán grande de este amor es la vehemencia!
 ¡Cuán grande el nombre suena
 De este amor santo que de pasmo llena!
 Nombre ¡oh dolor! sin tasa profanado:
 Qué sea por fin amar, hora conozco:
 Sólo tú con verdad nos has amado
 Dulce Jesús; tú has sido
 Altamente ese Dios que está escondido.

CANTO XII. LA TRISTEZA

MI ESPÍRITU PADECE TERRIBLES ANGUSTIAS; MI CORAZON
 ESTA LLENO DE ZOZOBRAS.
 (Ps. 14 2v. 4)

Se levanta de allí sin más tardanza
 Jesús, y sube á un monte do solía
 Pasar en oración la noche umbría,
 Entregado á su eterna bienandanza.
 Más negra y pavorosa
 Que de costumbre, en su funéreo manto
 Todo envolvía la noche silenciosa;
 Parecía que la luna con sangriento
 Sudor teñía su rostro macilento,
 Y aquel horror y espanto
 Al orbe acrecentaba,
 Y como maga adusta amenazaba.
 Tímidos, consternados lo seguían
 Los discípulos todos, que de Júdeas
 La execrable perfidia no ignoraban,
 Pues Jesús removiérase las dudas;
 Y llanto taciturno derramando,
 Lo miraban, su duelo desahogando.
 Y rompiendo Jesús con su luz pura
 Del porvenir el tenebroso velo:
 Vosotros, dice, en esta noche oscura,
 Habéis de abandonar aqueste suelo;
 Huiréis como esparcido
 Rebaño se desmanda en la llanura,
 Porque fué su pastor de muerte herido,
 Y en medio de mi angustia y mi quebranto
 Os llenaréis de turbación y espanto.
 Mas no os desalentéis; cuando vencido
 Haya á la muerte audáz, á Galilea
 Marcharé ante vosotros nuevamente;
 Pues arde indeficiente
 Para vosotros de mi amor la llama.
 Mas del ardor que su alma agujijonea
 Pedro impulsado, exclama:

Todos desertarán de tus banderas;
 Mas ni peligros ni embestidas fieras,
 Fiel campeón, de tu lado
 Me apartarán; pues armas y escuadrones
 Burliando denodado,
 Y de cruel suerte todos los reveses,
 He de seguir tus fúlgidos pendones.
 Y Jesús le replica: por tres veces,
 Oh Pedro, tu perjura
 Lengua mi nombre negará vilmente,
 Antes que el ave que á la noche oscura
 Guerra mueve, dos veces con su canto
 Haya hecho resonar el pardo ambiente.
 Mas Pedro aún se obstina y asegura
 Que ni temor ó espanto
 Lo hará arredrar, y que con pecho fuerte
 Vencerá las espadas y la muerte.
 Y ya al huerto en silencio se acercaban
 Getsénamí nombrado,
 Lugar de espesos árboles poblado
 Que de la luna el rayo interceptaban,
 Y el horror de la noche acrecentaban.
 Y ya era el tiempo en que Jesús debía
 El cáliz apurar de mil tormentos
 Los más desgarradores y violentos,
 Y el amor desahogar que en él ardía:
 Este anhelo ferviente,
 Esta sed insaciable
 De morir por el hombre miserable,
 Sin tregua lo abrasaba en ansia ardiente.
 Podrían, sí, los verdugos desgarrarlo
 Y acumular herida sobre herida
 Y golpe sobre golpe y entregarlo
 A una muerte de afrenta indefinida:
 Mas hacer que tristeza sucediera
 A su siempre sereno eterno día;
 Nunca obtener el cruel sayón pudiera.
 Esto no obstante, esa melancolía
 Sentir quiso, y que su alma devorara
 Terrible, inexplicable,
 De pena inagotable,
 Y que jamás algún mortal gustara.
 Y así, de una mirada penetrante
 Los crueles ya cercanos
 Tormentos inhumanos;

Ya todos va en la mente anticipando
 Como en más viva imagen sus horrores,
 Y más vivos resultan sus colores.
 Allí se representan á sus ojos
 Los escarnios é insultos, ciento á ciento,
 Las salivas y crueles bofetones,
 Sus manos y sus piés de sangre rojos,
 Que del modo más cruel y más violento
 Por bárbaros sayones,
 De un clavo traspasados,
 Habían de ser en una cruz clavados.
 ¡Ah! ya sus sienas penetradas siente
 Por un casco de juncos espinosos,
 Que á repetidos golpes, bruscamente
 De pértigos nudosos
 Había de taladrar su angusta frente.
 Bárbara lanza retemblando cruje
 Ya en sus oídos, que con fuerte empuje
 Vibrada, va derecha
 A abrir en su costado grande brecha,
 Aun después de exhalar su último aliento.
 Siente ya de esa sed abrasadora
 El sin igual tormento,
 Que enjuta sus entrañas y devora,
 Y con vinagre y hiel será abrevada.
 De resonar no cesan en su oído
 De aquella cruel mesnada
 Las mofas y baldones,
 Los escarnios, denuestos, maldiciones,
 Con que ha de ser sin límite zaherido,
 En medio de las ansias de la muerte.
 Mas observando al pié de aquel madero
 A su afijida Madre, inmóvil, inerte,
 ¡Ay! traspasada por sangriento acero:
 Se estremece de horror, angustia fiera,
 Negra melancolía,
 Congoja atroz, mortal, desgarradora,
 Que el suplicio más hórrido excediera;
 De su alma apoderose,
 Y en las ansias la hundió de la agonía;
 Y á guisa de una mole abrumadora,
 Gigantesca sobre ella desplomose.
 Y esto la muerte habríale anticipado,
 Si él no hubiera querido substraerse,
 De más y más sufrir siempre ansioso,

Y reservarse á un fin ignominioso;
 Y á la muerte no hubiérale vedado
 Aun más allá atreverse
 Aquel á quien tan solo ella al instante
 Entrega su hoz y el arco resonante.
 Cuanto un tiro de piedra avanzaría,
 Aun de los tres se arranca preferidos
 Discípulos queridos
 Que llevara consigo en compañía;
 Y después de exhortarles
 A la asidua oración y amonestarles
 A precaverse de los muchos lazos
 Tendidos por Satán: se postra en tierra,
 Inclina su alma faz, abre sus brazos,
 Y su voz llega hasta el empíreo hermoso,
 Y penetra del cielo los umbrales:
 Si es éste tu querer, Padre, destierra
 Este cáliz amargo, que espumoso
 ¡Ay! rebosa de tósigos mortales:
 Mas no mi voluntad cumplida vea,
 Solo la tuya ejecutada sea.
 Parece aun olvidarse
 De su divino trono y rayo ardiente,
 Y todo, despojarse
 De su gran majestad; pues no consiente
 En su mortal angustia algún consuelo,
 Y de más padecer crece su anhelo.
 Mas él de nuevo entonces penetrando
 Las distantes regiones del futuro,
 Con la vista de un Dios todo abarcando;
 Mira á través de aquel abismo oscuro
 Cuántos hombres ingratos, cuántas veces
 Ese cáliz amargo hasta las heces
 Propinarle de nuevo intentarían;
 Y de nuevo en el duro y cruel madero,
 Con audacia y furor lo clavarían
 Aquellos mismos ¡ay! por quienes iba
 A ser sacrificado cual cordero,
 Llevado de su amor por la ansia viva.
 Mira que Arrío su refulgente trono
 Pretendería minar, y que el encono
 De Nestorio y Elvidio había de aliarse
 Y contra su real Madre rebelarse.
 Por otro lado mira
 Levantarse á Lutero y á Calvino,

Furias que Averno pestilente espira,
 Arrebatando en pos cual torbellino
 Naciones fascinadas,
 De mortales venenos impregnadas.
 Y que aun mayor la estólida arrogancia
 Sería de los Filósofos insanos,
 Abortos de esta edad, cuya jactancia
 Declamaría contra lo más augusto,
 Con ridículas mofas recibiendo
 Los inspirados libros sobrehumanos;
 Y en tribunal sacrilego, á su gusto,
 A la alma Religión cual reo, exhibiendo.
 Ve que esa su obra colosal, grandiosa,
 Obra de salvación que él preparaba,
 Y el precio de su muerte ignominiosa,
 Que á pagar por el hombre se aprestaba;
 Para una muchedumbre innumerable
 Vana, inútil sería;
 Aunque toda su sangre vertiría
 Por el hombre caduco y miserable.
 Un terrible dolor, pena más dura
 Entonces inundolo,
 Y un oceano insondable de amargura
 En sus vórtices negros sumergiolo.
 Entonces de sus venas abundante
 En rojizo sudor la sangre brota,
 Y comienza á escurrir gota por gota,
 De púrpura cual cinta rozagante.
 Ya de sangre se empapan los vestidos;
 De sangre un arroyuelo
 Ya se desliza y corre por el suelo,
 Al romperse los vasos y tejidos
 Que el líquido contienen,
 Y en vivo movimiento lo mantienen.
 ¡Ay! que gran parte en tu pesar tau grave
 Yo también tuve: ese dolor ingente
 Renové tantas veces inclemente
 Cuantas osé romper tu yugo suave,
 Todas tus cicatrices restregando,
 Tus heridas y llagas renovando.
 Mas tú, dulce Jesús (solo esto resta)
 Mis lágrimas recibe y mis gemidos;
 Y estos sollozos y ayes doloridos
 Que un quebrantado corazón te envía.
 Angel divino, ya tu vuelo apresta

A consolar á Cristo en su agonía:
Pues quiere ¡oh maravilla! tu consuelo
Necesitar el mismo Rey del cielo.

CANTO XIII.

OPROBIO DE LOS HOMBRES.

EL OPROBIO DE LOS HOMBRES Y EL DESHECHO DEL VULGO

Ps 21. v. 7.

¡Cielos llorad! Vosotros que hasta ahora
Lo amargo del dolor no habéis gustado,
Ni el llanto vuestros ojos ha empafado,
Ángeles hermosísimos del cielo
Llorad y vuestra faz encantadora
Cubrid de luto con funereo velo.
¡Ah! vuestro Amor, cuya perenne llama
Tanto os enciende é inflama,
Que en su esencia os perdéis al contemplarlo,
Y os inunda en delicias celestiales;
Venid hora á mirarlo
Hecho oprobio, ¡oh dolor! de los mortales,
Juguete de la aleve,
Escarnio de la vil abyecta plebe.
Por un amigo cuanto más amado
Más pérfido traidor, es entregado,
Vendido á sus contrarios;
Y de treinta denarios
En el precio vilísimo es valuado,
Ínfimo precio que solía fijarse
A infame esclavo á fin de rematarse.
Fulminense terribles maldiciones
A este traidor, terríficas lanzadle
Cruelles imprecaciones,
Y heridle sin piedad y acribilladle:
Tu alta silla por otro sea invadida,
Y de ella ¡oh! monstruo infame! te derribe.

Corte un lazo tu vida,
Y tu cadáver insepulto avive
Entre lobos y fieras alimañas
Sobre tu carne inmunda
Una sangrienta riña furibunda:
Te desgarre y arranque las entrañas
Combo pico de buitre carnicero;
Y en el rincón más sucio y tenebroso,
Entre las sombras del Averno fiero
Seas hundido en el llanto y el sollozo.
El gran dragón, el déspota inclemente,
Arbitro cruel del Erébo sombrío,
A tu derecha rígido se siente;
Y todo su terrible poderío
En tí ejerza, sus iras agotando,
Una hórrida venganza en tí ensayando.
Pues con negra perfidia abominable
Beneficios tan grandes retribuiste,
Y amigo tan amable
Con ósculo sacrilego vendiste;
Y osaste de los cielos con espanto,
Arrojar á los canes lo más santo.
Ya aquel tropel con ímpetu se lanza,
Al que Jesús con pecho noble y fuerte
Sale al encuentro; pues mostrar quería
Que al ceño de la muerte
La indómita pujanza
De un extraño poder no lo impedia:
Aquí tenéis les dice, al que afanosos
Buscáis, yo soy: y apenas este acento
Hizo escuchar; al suelo en el momento
Todos esos sátelites rabiosos
Caen de espalda, aturdidos,
Como por rayo ó por centella heridos.
Y además á los suyos evitando
Que aquel fiero escuadrón los insultara,
Ó en su osadía dañarlos intentará;
Con imperioso mando
Todo ímpetu refrena;
Y aun á Malco que osara por primero
Un lazo echarle al cuello, una cadena;
Le vuelve bondadoso
La oreja que ardoroso
Pedro de un sólo tajo de su acero,
Cercenara; mas luego á su debido

Lugar le es aquel miembro restituido.
 Reconocer debían y confesarlo
 Por Dios, y en sus prodigios venerarlo:
 Mas era aquella la hora señalada;
 Del bátrato sombrío
 Era aquel el funesto poderío.
 De nuevo, pues, ardientes se abalanzan
 De furor ciegos, y sus santas manos
 Con manillas y esposas, inhumanos
 Le cifien por la espalda, y lo afianza
 Cual si galeote fuera,
 Y las espadas y las teas humeantes,
 Llenos de rabia fiera
 En la boca amenazan sumergirle;
 E hiriéndolo cruelmente,
 Y estirando las sogas fuertemente,
 A empellones intentan conducirle:
 ¡Ay! al mismo que ha poco bendijeran,
 Y en magnífico triunfo recibieran.
 ¡Oh! cuán grande ignominia, qué dolores
 Aquella noche oscura
 Le trajo envuelta en tétricos horrores:
 Me estremezco al dejarla bosquejada,
 Un vil infame esclavo esa faz pura
 Con sacrílega horrenda bofetada
 Osa herir y golpearla enfurecido,
 Y de un furor satánico invadido:
 Gimió pasmado el suelo,
 Y consternose palpitando el cielo.
 Conciliábulo horrendo ya se abría;
 Lo preside Caifás, el cual vencía
 A todos en maldad, odio, y fiereza:
 Responde, habla, le instaba con porfía;
 Te lo conjuro por el Dios viviente,
 Si tú eres finalmente
 El Cristo, si Dios eres; con firmeza
 Respóndele Jesús: yo soy el mismo;
 El que tú dices soy; y añade luego
 Que ellos mismos bajar de las regiones
 Del cielo lo verían esplendoroso
 En torbellino abrasador de fuego,
 A un juicio riguroso
 Para citar á todas las naciones.
 Entónces el anciano
 Pontífice de cólera rugiendo,

Y sus vestidos con furor rompiendo,
 Como si algo execrable hubiera oido:
 Para qué, exclama, os afanais en vano
 Testigos en buscar ¿qué no os ha herido
 Esa horrenda blasfemia pronunciada?
 ¿Qué sentencia fraguáis en vuestra mente?
 Es reo de muerte; todos al momento
 Alzan gran vocería concordemente:
 Cual si tuviera aquella vil mesnada
 Una boca tan solo, un pensamiento.
 Su bella faz se atreven á escupirle,
 Sin más tardanza; y en furor montando;
 Se le arrojan frénéticos á herirle,
 Golpes y puñetazos descargando,
 Y no pueden aún saciar su envidia,
 Y desahogar sus iras y furores.
 Con avidéz se ceban en su presa;
 Y llenos de perfidia
 Le acosan como leones bramadores.
 Y por que nada su hórrida fiereza
 Por ensayar dejara;
 Cubren sus bellos ojos con un velo;
 Y entre risas, y bárbara algazara:
 Ea, le dicen, pues eres Rey del cielo,
 Adivina por nombre quien te ha herido,
 De quien aqueste golpe has recibido.
 De Pedro en tanto; [no pequeño fuera
 A Cristo este otro embate] aunque él ha sido
 No ha mucho amonestado;
 La turbación y el miedo se apodera
 Y ya el tino perdiendo, amedrantado;
 Por tres veces lo niega abiertamente,
 Y abandona sus reales, aquel mismo
 Que antes heroicamente
 Un armado escuadrón habría afrontado,
 Y no dudara por su buen Maestro
 El peligro arrostrar de un fin siniestro.
 Ya todos lo abandonan, por doquiera
 Aquella jauría sin cesar lo hostiga:
 Ni uno solo siquiera
 Se apiada de él y su dolor mitiga.
 Mas después que entre pálidos albores
 Despuntó, á su pesar, la blanca aurora
 De aquel crimen temiendo los horrores:
 Se hubo instalado en la primera hora

Conciliábulo infame, y nuevamente
Presentan á Jesús cual delincuente
Ya procesado, ante el Pretor romano
Pilatos, cuya mano
Regía el timón de la nación Judía,
Hombre sagaz y astuto en artería.

Ante el mismo vestíbulo mezclados
Los sacerdotes con la vil ralea
De aquella necia plebe,
Lo acusan con protervo clamorío,
De que él agita sediciosa tea
De Augusto contra el alto poderío.
Esta odiosa calumnia les parece,
Apta para su intento
Y acelerar el golpe tan violento,
Que ya por descargarlo les escuece
Sobre la angusta víctima inocente,
Condenada á morir cual delincuente;
Ni su odio se frustó ni su esperanza.

Pero viendo el Pretor el odio fiero
Y el gran tumulto de los asesores
Contrastar con el rostro placentero,
Tranquilo, imperturbable
Del acusado [cualesquiera él fuese]
Conoció que la envidia esos furoros
Atizaba insaciables,
Y aun le instaba tenaz que respondiese:
¡Rey tú eres por ventura;
Porque te abrumba acusación tan dura?

Y oye que él en verdad rey se nombraba;
Pero caducos reinos terrenales
Restuelto despreciaba;
Ni para derrocarlos él viniera,
Mas para abrir las fuentes celestiales
De la verdad que nadie conociera;
E ignorada hasta entonces y escondida,
Fuera después por todos conocida.

Al frente se hace el Juez, y la inocencia
Del reo, según deber atestiguando;
Quería calmar la tumultuosa plebe:
Pero ella más su rabia acumulando,
Con más fuerza clamaban é insolencia,
Sedicioso llamándole y aleve,
Cabeza de discordias, tea incendiaria
A la paz y quietud siempre contraria:

Ha empezado, decían, en Galilea
A amotinar al pueblo; últimamente
Ha encendido ya toda la Judea.
De tal causa el Pretor toda evasiva
Buscando con ardor y astucia viva;
No bien ha oído que aquel reo inocente
De Galilea es oriundo; sin tardanza
A Herodes lo remite, el cual siguiendo
La nacional usanza,
En la ciudad se hallaba en aquel día
A los legales ritos asistiendo;
Y entonces él regía
La fracción del imperio que obtuviera
Su padre y por herencia le cediera.
Ya los grandes portentos había oído
De Cristo, Herodes; y esperando en vano
Alborozado que Jesús movido
Hubiera los resortes de su mano
A hacer algún prodigio en su preseñcia;
Lo sitia con preguntas y rodea,
Y aun le ruega tenaz con insistencia.
Mas Jesús puerta alguna no franquea,
Y ante tantas preguntas, enmudece,
Y cual si nada oyera permanece.
Al que era de Jesús la voz sonora
Había recientemente
El monarca inextinguible ya extinguido;
Y en medio de una orgía deslumbradora,
En funérea escudilla, su cabeza
Como trofeo sangriento había exhibido
De una venganza de sin par fiereza.
Y este ahora creyéndose burlado,
Contuvo de sus iras el torrente,
Un disimulo hipócrita oponiendo:
Y á Jesús con ridículo vistiendo
Disfraz burlesco como á un demente;
Al Pretor le remite nuevamente.
Y él entonces: he aquí; crimen ninguno
Digno de muerte en él hemos hallado;
¡A dó os lleva ese ardor y odio importuno?
La esposa del Pretor había mandado
Un mensaje entre tanto: que no fuera
A derramar la sangre de aquel justo,
Ni á mancharse con crimen execrable;
Que era inocente y nada mereciera;

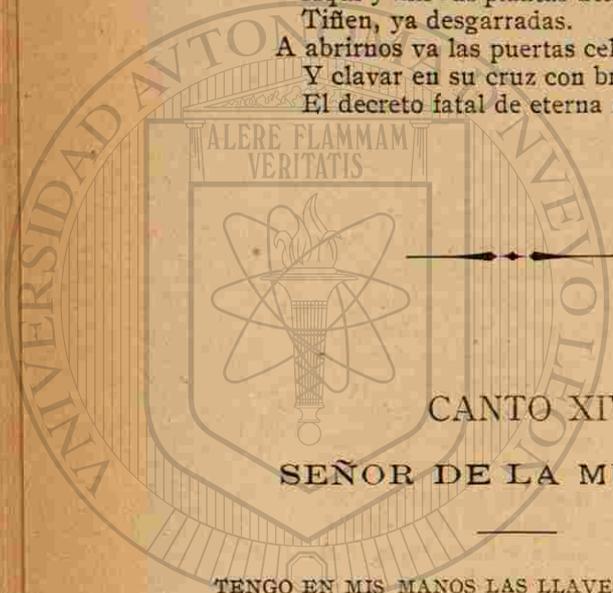
Que gran pavor y susto
 Durante la quietud del sueño amable
 De visiones horribles recibiera.
 Era costumbre cuando se acercaban
 Las fiestas solemnisimas anuales
 Que con vocablo hebreo *Pascua* llamaban:
 Que aquel reo se indultara, que exigía
 Todo el pueblo y unánime pedía.
 Mas restringiendo ahora esos usuales
 Fueros, según su arbitrio, el presidente:
 ¿Quién optais, les decía, que os sea devuelto;
 Jesús ó Barrabás? el juez creía
 Que á Jesús pedirían forzosamente.
 Mas con clamor unísono, resuelto,
 De Averno por las furias encendidos,
 Y de un terrible frenesí invadidos;
 Por Barrabás clamaron,
 Y por su vida á voz en cuello optaron.
 ¡Ay! raza infame, pérfida, maldita:
 Esas penas y horribles maldiciones
 Que cayeran quisiste en tu prescita
 Frente y en todas tus generaciones;
 Por cierto lo obtendrás, y tan nefando
 Delito pagarás terriblemente.
 Centenares de miles circundando
 Verás de tus murallas los torreones
 Cadáveres informes, pestilente
 Negra podre manando,
 En cruz sobre altos troncos suspendidos;
 Hasta que al fin doquiera
 Falte al bosque madera,
 Y espacios que no estén aún rehenchidos.
 Cruel hambre irresistible
 Unos sobre otros con furor terrible
 Los hará avalanzarse,
 Y los dientes famélicos clavarse.
 Las mismas madres ¡ay! sus tiernecicos
 Recientes partos dentro sus entrañas
 Volverán otra vez á sepultarlos
 Después de devorarlos,
 Con los dientes haciéndolos añicos.
 Esas tus desventuras tan extrañas
 Tus mismos enemigos con espanto
 Mirarán consternados hasta el llanto.
 Tu magnífico templo gigantesco

Mirarás desplomarse, reducido
 De cenizas á un cúmulo grotesco,
 En ruina eterna, irreparable hundido;
 Y ni una piedra ha de quedar siquiera
 Encima de otra en la ciudad entera.
 Pero tu pena durará no obstante.
 Por todo el universo desbandada
 Será tu descendencia,
 Y será para todos repugnante,
 Con justo horror y execración marcada,
 Sujeta á la común maldicencia.
 Mas el Pretor entonces esperando
 Poner en salvo la inocente vida
 De aquel reo, y ensayando
 Con su sangre extinguir la sed ardiente
 Indómita ferina
 De aquella innoble gente;
 Ejecuta una atroz carnificina,
 Y manda que sangriento
 Jesús sufra de azotes cruel tormento.
 ¡Ay! solo al delinearlo, se horroriza
 Mi espíritu, mi mente:
 Calla la voz, la idea se me desliza.
 ¡Oh, cuán terriblemente
 Sobre tí ese tormento descargóse!
 Enorme, atroz, infame cual ninguno;
 Otro igual nunca hallóse.
 Añaden ¡ay! sin miramiento alguno
 A las llagas y heridas inhumano
 Bárbaro escarnio. Envuélvenle andrajoso
 Girón de roja púrpura que un día
 Manto real fuera, y pónenle en la mano
 Como cetro ridículo, afrentoso,
 Arida caña que en los ríos se cria:
 Y de un junco de espinas erizado
 Una corona tejen, y con ella
 Un sangriento diadema le han formado;
 Y doblan entre risas la rodilla:
 Y: ¡oh Rey! le dicen, salve. A su faz bella
 La infame chusma sin cesar arroja
 Salivas, y con furia le martilla
 La cruel corona ya de sangre roja,
 Y con la dura caña la golpea;
 Y estallando en horribles carcajadas,
 Bruscas, desenfrenadas,

Lo hiere sin piedad y abofetea:
 Hombre alguno jamás tanto ha sufrido.
 Creyera el magistrado finalmente
 Que con aqueste aspecto adolorido
 Aquel vil populacho fácilmente
 Calmar y enternecerse habría podido,
 Aunque en lugar de corazón tuviera
 La hiel de un tigre ó de hórrida pantera.
 Lo exhibe á aquella turba nuevamente,
 Viva sangre chorreando
 De las recientes ¡ay! frescas heridas;
 Por las espinas en el cráneo hundidas,
 Y con el dedo á Cristo señalando:
Hé aquí, les dice, al Hombre;
 Pero esas furias: quitálo, clamaban,
 Clávalo en una cruz; y más crecía
 El tumulto y más fuertes resonaban
 Los gritos en confusa vocería;
 Y acosan más y más al magistrado
 Y se atreven también á intimidarle
 Y retos y amenazas arrojarle:
 Si al suplicio, á la muerte éste no entregas,
 Al imperio romano
 Odías y á César tu amistad le niegas:
 Pues contra el soberano
 Cetro conspira aquel, y por doquiera
 Alza de rebelión audáz bandera.
 Entonces el Pretor ya derrocada
 Sintió su resistencia,
 De un vil temor cayendo en la emboscada;
 Y del reo atestiguando la inocencia,
 Y sus manos lavando, ya teñidas
 De esa sangre inocente,
 Para después mancharlas nuevaménte;
 Lo entrega á aquellas hordas deicidas:
 Y á una muerte afrentosa es condenado
 El que salud y vida nos ha dado.
 Ni un momento se pierde; ponderosa
 Enorme cruz preséntase á la vista,
 Que con rabiósa prisa ya se alista,
 Aspera toda, basta y escabrosa.
 Y su mismo vestido
 Poniéndole otra vez para que sea
 De todos conocido;
 Y aunque ya casi agonizar se vea,

Trémulo, vacilante,
 Todo despedazado y anhelante:
 Cargan sobre sus hombros el pesado
 Madero en que clavado ser debía,
 Y en plena luz del día,
 A la vista de todos levantado.
 Una árida colina cenicienta
 Llena de horror, sombría se destacaba
 Por la parte do el sol se hunde y ausenta;
 De humanos huesos por doquier blanqueaba
 De los muchos infames criminosos
 Que allí sufrían suplicios afrentosos,
 Y aquel era su osario,
 Que dió origen al nombre de *Calvario*.
 Allí Jesús debía ser conducido:
 La bélica trompeta horripilante
 Da de marcha terrífico sonido;
 En pórticos y techos y terrados
 Con avidéz el pueblo se aglomera;
 Y en ventanas y puertas
 Grupos sin fin se miran apiñados:
 Calles y plazas ya se ven cubiertas,
 Y correr y chocarse por doquiera
 En confuso tropel la muchedumbre
 Y dirigirse á la sangrienta cumbre.
 Y entre el flujo y reflujo del gentío,
 Los crueles vencedores
 Aplauden con estrépito ruidoso,
 E insultan, sin dar tregua á sus furores,
 Al vencido entre horrendo clamorío.
 Una que otra matrona acompañando
 Se ve el convoy sangriento,
 En tono de lamento
 Su pecho entre sollozos golpeando.
 Dos espesas falanges aguerridas
 De un lado y otro avanzan divididas
 En grandes alas; el desnudo acero
 Y las lanzas enhiestas
 Empuñando con torvo aspecto fiero:
 Las arrogantes crestas
 Y los brufidos yelmos que el ardiente
 Rayo del sol inflama,
 Relampaguean, hiriendo vivamente
 La débil vista con terrible llama.
 Con cuerdas arrastrado y á empellones,

Jesús manso camina,
 En medio de verdugos y ladrones,
 En medio de enemigos escuadrones;
 Agudas piedras ó punzante espina,
 Y cardos y zarzales
 Aquí y allí sus plantas delicadas
 Tienen, ya desgarradas.
 A abrirnos va las puertas celestiales,
 Y clavar en su cruz con brazo fuerte
 El decreto fatal de eterna muerte.



CANTO XIV.
 SEÑOR DE LA MUERTE.

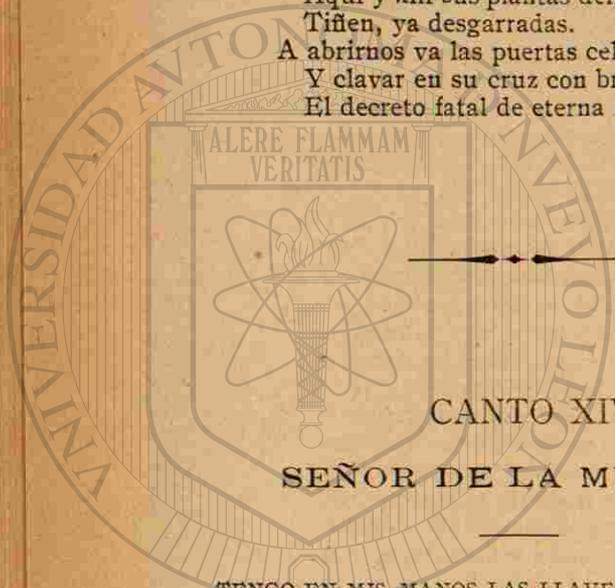
TENGO EN MIS MANOS LAS LLAVES DE LA MUERTE.

(Apoc, I v. 18.)

Nada más indomable é irresistible
 Hubo jamás que la sañuda muerte;
 Con ambición despótica, increíble
 Acosa siempre del mortal la suerte,
 Y sin tasa, sin freno, caprichosa
 Contra él ejerce una pujanza briosa.
 Jamás á alguno es dable su violencia
 Contrarrestar; pues ella, trastornando
 Todo órden, todo estado, la opulencia
 De reyes y magnates despreciando:
 Huella niños y ancianos y vil plebe
 Con igual pié, con arrogancia aleve:
 A todos doma y avasalla fiera
 Cuando y como le place; por su saña
 E instinto guiada, vibra por doquiera

Su inexorable, su fatal guadaña,
 Y tiende su arco horripón, tremendo
 Con firme pulso, con empuje horrendo;
 Ni embotar puede su saeta aguda
 Algún mortal ó suavizar su yugo,
 Y de su brazo la potencia ruda.
 Solamente Jesús, porque le plugo,
 Por su arbitrio espontáneo, de la muerte
 Doblegó su cerviz al golpe fuerte.
 A él tan sólo elegir fué concedido
 El modo y el lugar y aun el momento;
 Así como otro tiempo había escogido
 La madre y el lugar del nacimiento:
 No fué, como al mortal, arrebatada
 Su vida por la muerte no llamada.
 Por nosotros él quiere su existencia
 Inmolar, para darnos nueva vida;
 Y á fin de que ese monstruo y su violencia
 Y su saña feroz sea escarnecida.
 Por el fragil mortal, él dominarlo
 Quiso y con fuerte brazo sofocarlo.
 De la muerte cual rey Cristo fenece;
 No en su garganta el estertor resuena,
 Ni su ánimo abatido desfallece:
 Mas con un alma intrépida y serena,
 Cual de costumbre, con mirada suave,
 Con tersa frente y continente grave;
 Y con el mismo rostro con que un día
 Las tempestades férvidas calmaba,
 Hora se muestra; y: Padre, en su agonía,
 Perdónales su crimen, exclamaba,
 Los excusa su error: tan gran mesura
 Y paz tiene al morir, tanta dulzura.
 De sus contrarios á la hueste fiera,
 De ciega rabia y de furor henchida;
 De su vida ya en la hora postrimera
 A su perdón á su amistad convida;
 Y eleva á Dios su Padre en són doliente
 Una sensible súplica ferviente.
 De sus dos compañeros de infamante
 Doloroso suplicio, á uno elige,
 Del cielo para el trono fulgurante
 La súplica atendiendo que dirige;
 Mas no truenas su voz contra el malvado
 Que lo maldice y lo denuesta osado;

Jesús manso camina,
 En medio de verdugos y ladrones,
 En medio de enemigos escuadrones;
 Agudas piedras ó punzante espina,
 Y cardos y zarzales
 Aquí y allí sus plantas delicadas
 Tienen, ya desgarradas.
 A abrirnos va las puertas celestiales,
 Y clavar en su cruz con brazo fuerte
 El decreto fatal de eterna muerte.



CANTO XIV.
 SEÑOR DE LA MUERTE.

TENGO EN MIS MANOS LAS LLAVES DE LA MUERTE.

(Apoc, I v. 18.)

Nada más indomable é irresistible
 Hubo jamás que la sañuda muerte;
 Con ambición despótica, increíble
 Acosa siempre del mortal la suerte,
 Y sin tasa, sin freno, caprichosa
 Contra él ejerce una pujanza briosa.
 Jamás á alguno es dable su violencia
 Contrarrestar; pues ella, trastornando
 Todo órden, todo estado, la opulencia
 De reyes y magnates despreciando:
 Huella niños y ancianos y vil plebe
 Con igual pié, con arrogancia aleve:
 A todos doma y avasalla fiera
 Cuando y como le place; por su saña
 E instinto guiada, vibra por doquiera

Su inexorable, su fatal guadaña,
 Y tiende su arco horrisono, tremendo
 Con firme pulso, con empuje horrendo;
 Ni embotar puede su saeta aguda
 Algún mortal ó suavizar su yugo,
 Y de su brazo la potencia ruda.
 Solamente Jesús, porque le plugo,
 Por su arbitrio espontáneo, de la muerte
 Doblegó su cerviz al golpe fuerte.
 A él tan sólo elegir fué concedido
 El modo y el lugar y aun el momento;
 Así como otro tiempo había escogido
 La madre y el lugar del nacimiento:
 No fué, como al mortal, arrebatada
 Su vida por la muerte no llamada.
 Por nosotros él quiere su existencia
 Inmolar, para darnos nueva vida;
 Y á fin de que ese monstruo y su violencia
 Y su saña feroz sea escarnecida.
 Por el fragil mortal, él dominarlo
 Quiso y con fuerte brazo sofocarlo.
 De la muerte cual rey Cristo fenece;
 No en su garganta el estertor resuena,
 Ni su ánimo abatido desfallece:
 Mas con un alma intrépida y serena,
 Cual de costumbre, con mirada suave,
 Con tersa frente y continente grave;
 Y con el mismo rostro con que un día
 Las tempestades férvidas calmaba,
 Hora se muestra; y: Padre, en su agonía,
 Perdónales su crimen, exclamaba,
 Los excusa su error: tan gran mesura
 Y paz tiene al morir, tanta dulzura.
 De sus contrarios á la hueste fiera,
 De ciega rabia y de furor henchida;
 De su vida ya en la hora postrimera
 A su perdón á su amistad convida;
 Y eleva á Dios su Padre en són doliente
 Una sensible súplica ferviente.
 De sus dos compañeros de infamante
 Doloroso suplicio, á uno elige,
 Del cielo para el trono fulgurante
 La súplica atendiendo que dirige;
 Mas no truenas su voz contra el malvado
 Que lo maldice y lo denuesta osado;

Y aun lo escucha con ánimo apacible
 Mil baldones en vano vomitando.
 Mas traspasada de dolor terrible
 Cerca de sí á su madre contemplando;
 Para no lastimar la honda herida
 Y su terrible angustia desmedida:
 Calla el nombre de madre, y solamefite
 Nombrándola *mujer*; al más amado
 De su cortejo fiel, allí presente,
 Se la encomienda como dón sagrado;
 Y á su vez á la madre con ternura
 Le encarga del discípulo la cura.
 Y á fin de que conozca el mundo entero
 Que cuanto hay de más cruel y doloroso,
 De la vida en el lance postrimero
 Agotó de buen grado; congojoso
 Volviéndose á su Padre, se lamenta
 Porque ningún consuelo le presenta;
 Y Dios le llama, ni en su boca sueña
 De Padre el nombre; como si su frente
 La abyección le envolviera en tan gran pena;
 O le fuera cerrado bruscamente
 El seno de su Padre, y olvidado
 No mereciera el paternal cuidado.
 De nuevo se querella con voz fuerte
 Que lo aflige la sed; pues lo angustiaba
 Aun más violenta que la cruda muerte,
 Y su boca y entrañas devoraba.
 Y si no fuera de esa sed ardiente
 Cual de la muerte, dueño omnipotente:
 Articular sonido no pudiera,
 Y en sus cárdenos labios congelado
 El moribundo acento se extinguiera;
 Y aunque esa sed terrible así lo hostigue,
 El nada busca que su ardor mitigue.
 Los oráculos todos que otro día
 De profetas el coro juntamente
 Hizo escuchar en grata melodía;
 Quiere que en sí se cumplan puntualmente:
 Escrito está que su divina boca
 Vinagre guste y hiel; y apenas toca
 Con sus tostados lábios sin sentido
 Aquel brebaje, en alta voz exclama
 Que todo en su persona se ha cumplido:
 Y con eco sonoro otra vez clama

A su amoroso Padre, á quien entrega
 Su vida que á la muerte ya doblega.
 Y sobre el pecho, al fin lánguida, inerte
 Dulcemente reclina su cabeza,
 Y su espíritu exhala de esta suerte.
 ¡Ah! murió... ¡sí!... de respirar ya cesa
 Las auras de la vida el que vitales
 Fuentes había ya abierto á los mortales.
 El que tiene en la vida sin segundo
 Supremo mando; á quien la muerte fiera
 Rinde el terrible acero furibundo.
 Mirando el Centurión que en tal manera
 Con tan grande clamor había exhalado
 Cristo Jesús su espíritu sagrado:
 Atónito conoce que altamente
 Aquesto excede la mortal costumbre,
 Y por Dios y Señor abiertamente
 Lo confiesa; tan grande certidumbre,
 Inspiróle el altísimo gemido
 De Jesús, á la muerte ya rendido.
 Se dividen después sus vestiduras;
 Mas la inconsutil túnica que un día
 Su misma Madre con sus manos puras
 Afanosa y solícita le hurdió,
 Tocó por suerte á uno; así cumpliöse
 Aun esto que á los vates no ocultöse.
 Por costumbre las piernas se quebraban
 Con férrea maza ó con bastón nudoso
 A aquellos que en la cruz agonizaban;
 Y este crudo tormento doloroso
 A entrambos delincuentes fué aplicado;
 Mas no á Jesús que lo tenía vedado.
 No quizo que sus huesos se rompieran
 O se astillaran; y aun la ley prohibía
 Que al pascual corderillo aquesto hicieran,
 Porque representaba en otro día
 A este manso Cordero inmaculado
 Como inocente víctima inmolado.
 Todo esto, aunque pequeño que fielmente
 A su muerte atañía, Cristo dirige
 Y dispone por orden sabiamente:
 Que es el Dios y Señor, quien doma y rige
 A la inflexible muerte, aun espirando
 Está á la faz del mundo declarando.
 Por esto el primogénito llamöse

De todos los humanos, cuyo aliento
Al soplo de la muerte ya extinguióse;
Pues de su agrado, al impetu violento
De ella se rinde; quien después cedióle
Las llaves y su cetro renuncióle.

CANTO XV.

EL EXCESO DE AMOR.

TRATABAN DEL EXCESO (DE AMOR) QUE HABIA EL DE
LLEVAR A CABO EN JERUSALEN.

(Luc. 9, v. 31.)

¡Ay! ¿Por qué gime y toda se estremece
En ruina inmensa la creación entera?
¿Por qué tanto se enluta y ennegrece
El día, y en la mitad de su carrera
Con lívido semblante
Mira el sol y desmaya agonizante?
Lejos está la luna que envidiosa
No pudiera extender tan negro velo
Ni una noche esparcir tan tenebrosa,
Que el vasto globo, el encumbrado cielo
Envuelve con su manto,
Esparciendo doquier terror y espanto.
Del templo el cortinaje majestuoso,
Aunque ninguna mano lo violenta,
De arriba abajo rómpese furioso
Y su gran pasmo é indignación ostenta;
Quebrántanse rugiendo
Las peñas, mil astillas esparciendo;
De los sepulcros la prisión oscura
Rómpese y aparecen mil extrañas
Sombras en triste pálida figura;

Sacúdense la tierra en sus entrañas;
Luto y terror domina
Que inmensa anuncian prematura ruina.
Si el Hombre-Dios á tan indigna muerte
Entregado, en la cruz al fin espira;
Lo siente el orbe, da un gemido fuerte,
Y de horror lleno y sobresalto mira
Su mismo Autor supremo
Exhalar el vital aliento extremo.
¿Este es el Hombre-Dios? ¿Quién ha intentado,
Quién pudo cometer crimen horrendo?
¡Oh, cómo está su cuerpo desgarrado
Los descarnados huesos descubriendo!
¡Yerto, ya sin figura
Todo inundado en esa sangre pura!
¡A una llaga lo miro reducido!
Miro ¡oh dolor! sus negros cardenales,
Su rostro abofeteado y escupido,
Y de las duras sogas las señales,
Que por doquier dejaron
Sangrientas huellas, y su cuerpo ajaron!
Miro su cuerpo lánguido é inerte
Dislocado por bruscos estrujones,
Y cerrados sus ojos por la muerte,
Y de sangre por negros cuajarones,
Y en forma lastimera
Conglutinada su áurea cabellera;
La sangre aún chorrea de su real frente;
Las espinas están todas bañadas,
Sus piés y manos miro, tristemente
Por tres enormes clavos traspasadas,
Que honda brecha han abierto;
Rasgado está su pecho y descubierto.
Esta es ¡ay! la más cruel terrible herida:
El aliento postrero ha ya exhalado;
La muerte en su semblante está esculpida;
Quien celebrando un triunfo tan deseado,
Esos yertos despojos
Palpables ostentaba ante los ojos:
Y todavía una lauza belicosa
Se clava en su costado retumbando,
Y esa punta ferina se hunde ansiosa,
Del corazón los senos penetrando,
Por si acaso allí hubiera
Calor de vida que robar pudiera.

¡¡ Bárbara lanza, cruda sin segundo,
 Que los ásperos clavos muy más dura!!
 ¡¡ Nada jamás tan cruel ha visto el mundo!!
 Mas dime, ¡oh tierna Madre, oh Virgen pura!
 ¿Dime lo que sentías
 Cuando á aquel espectáculo asistías?
 ¿Cuando al pié de la cruz, rígida, inmoble,
 Veías á tu Hijo, el Dios de las alturas,
 Clavado en un infame, áspero roble
 De piés y manos, blanco á mofas duras,
 En medio de indecibles
 Dolores y amarguras tan sensibles;
 Ya por última vez en tí fijando
 Su entreabierta mirada moribunda,
 Sus últimos gemidos tú escuchando,
 Y viendo ya de muerte una profunda
 Huella en sus ojos bellos
 Que al fin apagan todos sus destellos?
 ¿Cuando miras aún hasta bravía
 Después de muerto hundirse en su costado?
 En pié ella estaba: tácitas vertía
 Lágrimas de un dolor desmesurado,
 Bañando mansamente
 De sus mejillas el marfil luciente;
 Su llanto no desbórdase, no estalla
 En altísimos ayes de gemidos,
 En ayes mujeriles; no desmaya.
 Un terrible dolor, cruel, desmedido,
 Rugía dentro su pecho
 Para tan grande tempestad estrecho;
 Y allí todo encerrado destrozaba
 Sus sensibles entrañas maternas,
 Mientras al mundo, firme contemplaba
 Casi arrancarse ya de sus quiciales:
 ¡Valor digno, asombroso,
 De la Madre del Todopoderoso!
 ¡Ayl que al menos contemplo dos varones
 Por su piedad insignes y nobleza,
 Que ascienden ya á la cruz por escalones.
 Primeramente de la real cabeza
 Arrancan con cuidado
 Las espinas que en ella se han clavado.
 Sangre vierten aún al lastimarse
 Las recientes heridas; tristemente
 Con un sordo gemir al manejarse,

Cruje el martillo que golpea frecuente;
 Y con tenaz pujanza
 Los retorcidos clavos afianza.
 La tenaza mordáz por la rotunda
 Cabeza, hasta que al fin son arrancados;
 Y aparece á los ojos la profunda
 Llaga en los piés y manos taladrados.
 Entonces les es dable
 ¡Ay! estrechar el cuerpo venerable,
 Que oprimen en sus brazos con ternura,
 Y besan llenos de dolor profundo.
 ¡Oh, grande de ambos sin igual ventura!
 Al que sustenta el gigantesco mundo,
 Hora en sus manos tienen,
 Y en sus hombros y cuello lo sostienen.
 Más terrible dolor, más cruel tormento
 Ya te aguardaba, Virgen amorosa:
 El destrozado, lívido y sangriento
 Cuerpo de tu hijo recibiste ansiosa
 En tu regazo amable,
 En estado tan triste y miserable.
 Pálida, enagenada lo estrechabas
 Contra tu tierno pecho fuertemente;
 Boca con boca, trémula juntabas;
 Y el raudal de tu llanto suavemente
 Lavaba esas heridas,
 Ya todas de tus lágrimas henchidas.
 Dime, ¿podrías reconocer, ¡oh Madre!
 Esa boca, esas manos, esos ojos?
 ¿Es este el Unigénito del Padre,
 El Verbo Omnipotente? ¿Estos despojos
 Son los de tu hijo amado?
 ¡¡ Ah, cuán desemejante, cuán trocado!!
 No es ni sombra de aquel, cuya hermosura
 Los días enteros toda te arrobaba,
 Te henchía de gozo y de sin par dulzura;
 A cuya voz el Erébo temblaba,
 La muerte obedecía,
 Y su aferrada presa devolvía.
 ¡Tanto pudo el amor! pudo ¡oh portentoso!
 Dios y muerte mezclar; he aquí palpable
 La extraña mezcla: un Dios y su sangriento
 Cadáver yerto ¡escena lamentable!
 Murió sí; mas la vida
 Nos fué ya con su muerte restituida:

Murió para lavar nuestros delitos
 De su sangre divina en la corriente;
 Y para libertarnos, ya malditos,
 Reos de muerte inmortal, de esa rugiente
 Llama voraz terrible,
 Que ardía ya para el hombre, inextingible.
 Lágrimas mías, corred: fúnebres dones
 Llevad vosotras en mi acerbo llanto
 Al que por mí morir entre ladrones
 Quizo en suplicio atroz, infame tanto.
 Regad esas heridas,
 Lágrimas mías, en mi dolor vertidas.
 Ay podré en esa cruz clavado verte?
 ¿Y quién soy yo para que mereciera
 Que hayas muerto por mí de aquesta suerte?
 ¡Ah! por cierto, á decirlo me atreviera;
 Que mi amor llevado,
 Un frenesí de amor te ha arrebatado:
 Cuando en el hombre, cuando en mí has vertido
 Ingrato tanto, sin medida alguna,
 De tu amor el torrente indefinido;
 Y á una infame, atroz muerte cual ninguna,
 Ansioso te entregaste,
 Toda por mí tu sangre derramaste.
 Este era aquel exceso misterioso,
 De amor exceso, que en Salén un día
 Debía cumplirse en modo portentoso,
 Y que á Elías y á Moisés de pasmo hechía;
 Del que estos conversaban
 En voz baja en el monte y disputaban.
 Ya excedióse el Altísimo altamente;
 Más allá de la muerte nos ha amado;
 Son de amor estas llagas voz ardiente:
 Calla mi plectro atónito, cascado;
 Calla la tierra, el cielo:
 ¡Lágrimas mías, suplid en mi gran duelo!

CANTO XVI.

EL SUEÑO SACUDIDO.

YO DORMI Y ME ALETARGUÉ, PERO RESUCITE

Ps. 3, v. 5.

Léjos el ay doliente;
 Lejos endechas de dolor amargo;
 Un sueño solamente
 Durmió Jesús; fué un plácido letargo,
 No de la muerte la feroz victoria:
 Pues ya resucitó lleno de gloria.
 ¿Por qué tú ¡oh Magdalena!
 De su tumba no puedes arrancarte,
 Y en tan profunda pena
 Tus lágrimas no cesan de empaparte;
 Y ya casi sucumbes en tu duelo
 Sin poder encontrar ningún consuelo?
 ¿Por qué suaves olores
 Mezclas aún, frenética buscando
 De muerte en los horrores
 Al que llama de vida está animando?
 Buscan en vano tus hinchados ojos
 De tu amado los fúnebres despojos.
 No está quien tú quisieras
 Impaciente estrechar contra tu pecho,
 Y que afanosa ungieras
 Con mirra y áloe, en lágrimas deshecho,
 Regándole jacintos funerales,
 Violetas, y cantuesos inmortales.
 Acércate; vacía
 Mira la tumba que lo había guardado;
 Cree á tus ojos, Maria:
 Aquel por quien ya tanto has suspirado
 Y tu llanto derramas sin medida,
 Vive; lo alienta ya soplo de vida.
 Vive sí, mas ausente
 Tu bien se encuentra, tu Jesús amable:
 Ya derrocó potente

De la muerte el imperio inexpugnable
 Tan fácilmente como habría rotpido
 Blando sopor que lo tenía vencido.
 Burló la vigilancia
 De las guardias y armadas guarniciones,
 Burló su hostil jactancia,
 Quebrantó de la tumba las prisiones,
 Sin que la piedra inmensa que cerraba
 La boca, le opusiera débil traba:
 Y en vano hubiera sido
 Con la fuerza del brazo suspenderla;
 Y aunque Jesús podido
 Habría con una seña removerla;
 Quiso dejarla intacta: así otro día
 El seno maternal dejado había.
 Al sueño un tiempo hermano
 La muerte y colactáneo apellidaba;
 Después de orgullo vano
 Llena, tal parentesco desdefiaba:
 Pues refería sus triunfos y victorias,
 Y sus sublimes é infinitas glorias,
 Tantos reinos, ciudades
 Y pteblos en escombros sepultados,
 Hoy vastas soledades;
 Tantos tan poderosos y afamados
 Monarcas y fortisimos campeones,
 Pasmó y terror un día de las naciones,
 Cuyo gran nombre y fama
 Se hundió entre sus cenizas y pavezas,
 Que el viento desparrama;
 Y de tan grandes fastos y proezas
 Tan sólo este girón les ha quedado:
 "Aquí yace el monarca sepultado."
 Mas no así el Rey de reyes;
 A la muerte llamó; no compelido
 Fué por sus férreas leyes:
 Pero ésto en su sepulcro está esculpido:
 "Resucitó Jesús gloriosamente;
 De su tumba vacía se haya él ausente;"
 Hora la muerte fiera
 A un plácido sopor muy semejante
 Fué por la vez primera.
 Ella hinchada por triunfo tan brillante,
 Los pasado hollando, se jactara
 De que al mismo Inmortal ya derribara.

Ella con brazo duro,
 Todavía de su triunfo desconfiando,
 Creyéndolo inseguro;
 Redobló su furor, aglomerando
 Herida sobre herida, y con gran losa
 Cauta obstruyó la tumba ambiciosa.
 Y ya le parecia
 De sí misma poder al fin jactarse;
 Y ufana revestia,
 Para más en sus triunfos encumbrarse,
 Unas gigantes alas tenebrosas,
 Semejantes á nubes tempestuosas
 Y haciendo el carro á un lado
 Y sus negros raquíuticos bridones;
 Alzar su vuelo osado
 Ya intentaba del cielo á las regiones,
 Y avasallar protérva y altanera,
 Como á la tierra, á la celeste esfera.
 ¡Ah ignoras, oh demente!
 A quien en tu arrogancia desafiaste;
 El que espontáneamente
 A tí rindióse, es el que derribaste:
 Pagarás con la muerte tu victoria;
 Te clavará en su cruz, trofeo de gloria.
 Ella mientras pretende
 Las estrellas hollar y el vasto mundo;
 De su alta cruz desciende
 Cristo al Averno, al Erébo profundo
 Donde han fondado su terrible imperio;
 Y de toda maldad el magisterio,
 Las crueles potestades,
 Aerios genios que con yugo impio,
 Los reinos y ciudades
 Del mundo, y con inmenso poderio;
 Opriman, sujetándolo inflexibles
 A sus infames leyes ya insufribles.
 Mas hora palidecen;
 Y de pánico henchidas, á porfia
 Huyen y se guarecen
 En la parte más tétrica y sombría;
 Abren su boca á un hórrido alarido,
 Y frustrado se ahoga aquel bramido.
 Ante el campeón glorioso
 Se postra á su pesar todo el Averno;
 Y entónces, pavoroso

Estremécese y cruje el caos eterno;
 Y en ronco son resuena retumbando,
 Esas bóvedas negras atronando
 Mas el gran Rey debía
 Del cielo remontarse á las regiones
 Después que la sombría
 Mansión y esas escuálidas prisiones
 Desbarrando, su triunfo completara,
 Y un gran botín glorioso le arrancara.
 Rompe, pues, con potentes
 Manos, aquellas férreas ataduras
 Que á espíritus dolientes
 Oprimían en mazmorras tan oscuras,
 Ya tantos siglos; libra al gran senado
 De profetas y al coro laureado
 De aquellos, que el divino
 Estro siguiendo, al orbe un día anunciaban
 En ritmo peregrino
 Al que todos los pueblos aclamaban:
 Mas después esa cárcel triste tanto
 Los hundiera en tinieblas y entre llanto.
 Y á turba innumerable
 De santos cuyos cuerpos, ya destruidos,
 El tiempo no domable
 A cerizas dejara reducidos;
 De ese polvo les manda levantarse,
 Y en orden toda entera colocarse
 En cortejo luciente
 En reedor de sus fúlgidos pendones,
 Y hacer más esplendente
 Su triunfo, y sus triunfales ovaciones;
 Para formarse un pedestal de gloria,
 Y darle más realce á su victoria.
 Manda; y en el momento
 En esos cuerpos, antes polvo frío,
 Sopla vital aliento,
 Y enciende en ellos su vigor natío,
 Y los bañía una luz que rebervera,
 ¡Trofeo viviente de la muerte fiera!
 Y hora á la misma Muerte,
 Pálida, sollozante, temblorosa,
 [Trocada ya su suerte,]
 El vencedor con mano poderosa
 Por la espalda las manos le encadena
 A su triunfante carro, y la condena

A acompañar su pompa
 Y á que en las áureas ruedas relucientes,
 A su despecho, rompa
 Los carcomidos y voraces dientes;
 El largo cuello sobre el dorso frío
 Caer deja ella sin vigor, sin brío.
 Abrense con estruendo
 Las puertas del abismo cavernoso;
 Lanza un gemido horrendo
 La tierra bajo un cielo tenebroso
 Que truena amenazante: y ya la aurora
 Aparece risueña, encantadora;
 Despierta placentero,
 Al trinar de los pájaros cantores
 El húmido lucero
 Dejando ya los mares bramadores;
 Y ante aquella, flotando en los espacios
 Sus galas va luciendo de topacios.
 Se lanza ya ligero,
 Al claro ambiente el Vencedor glorioso:
 ¡Salve, noble guerrero!
 ¡Salve, gran Vencedor! el poderoso
 Cetro romper de la invencible muerte
 Pudiste solo tú con brazo fuerte.
 Tú sólo debes
 Del Erebo las horribidas prisiones;
 Tú solo le arrancaste
 Sus diamantinos firmes aldabones:
 El gran Reparador tú eres del mundo,
 Del universo tú eres sin segundo.
 El vengador tú fuiste
 De la humana progenie; tú del cuello
 Cautivo sacudiste
 El ferreo yugo, y del empíreo bello
 La senda abriste á los que en llanto eterno
 Gimieran siempre en el profundo Ayerno.
 Venciste; Mas vencido
 Fuiste por el amor! pues ya triunfante
 Ostentas esculpido
 En piés y manos y en tu pecho amante
 De tu amor el emblema; él ha triunfado,
 Y al que venció á la muerte, muerte ha dado.

CANTO XVII.

REY DEL CIELO.

ARRANCAD, O PRINCIPES, VUESTRAS PUERTAS:
 ELEVAOS OH PUERTAS DE LA ETERNIDAD, Y ENTRARA
 EL REY DE LA GLORIA

Ps. 23 v. 7

Era Cristo inmortal; ya de inmortales
 Merecidos honores circundado,
 Y quebrantar debiendo nuevamente
 A la muerte feroz; los celestiales
 Palacios á su Rey, tan suspirado
 Ya reclamaban con ardor creciente;
 Y todavía en la tierra procuraba
 Retardar su demora, cual si fuera
 Frágil aún mortal: tedio ni hastío
 Del hombre á quien amara lo hostigaba;
 Y ni molesto, ni afrentoso le era
 El recordar que por el hombre impío
 Lo más infame, cruel é ignominioso
 Había apurado; y en sus piés miraba
 Y en sus manos y pecho, las amables
 Señales. Con frecuencia, ya glorioso
 Con los suyos como antes conversaba;
 Y sus heridas les hacía palpables
 En su inmortal humanidad sensible;
 Y aún á Tomás él hubo concedido
 Que en sus llagas el dedo introdujera,
 Y su costado fuérale tangible,
 ¡Oh gran bondad! y no le fué prohibido
 Lo que él con arrogancia pretendiera.
 Después á otros dos en apariencia
 De peregrino, se les hace al frente;
 Y envueltos de la duda en los nublados,
 Les pregunta con plácida insistencia:
 ¿Por qué de ellos la paz se encuentra ausente,
 Qué congoja los tiene así angustiados:
 Y óyelos de sí mismo refiriendo

Su reciente pasión tan cruel y amarga.
 Y él les enseña que forzoso esto era,
 Paso en sus dudas á la luz abriendo:
 Y una marcha finjiéndoles más larga,
 Seguir en su camino pretendiera.
 Pero le ruegan con tenaz porfía,
 Y le impiden que siga hacia delante;
 Y lo conocen mientras, de costumbre
 Con sus manos el pan les dividía;
 Mas huye de sus ojos al instante,
 Y los deja en amarga pesadumbre:
 Y á tí bajo el aspecto de hortelano,
 Visible se te muestra ¡oh Magdalena!
 Y ¡oh! cómo en sus preguntas más envuelve
 A tus ojos su aspecto soberano:
 ¿Por qué lloras mujer, ¿quién en tu pena
 Con ansia buscas? y tu llanto vuelve
 A romper, tus mejillas inundando;
 Mientras, fuera de tí por la dolencia,
 Que era ignoto hortelano barruntabas,
 Y á que te diga le urges, sollozando,
 Si él te lo ha hurtado; y ya con impaciencia
 Á tal carga tus hombros aprestabas.
 Mas ¿quién tanto vigor en tí ha infundido?
 ¿Un cadáver llevar te será dable?
 No dudes: á quien buscas éste ha hurtado,
 Él lo tiene, en sí mismo lo ha escondido,
 Con él se identifica; óyelo, amable:
 "María," ya por tu nombre te ha llamado.
 Y ya cuarenta veces impetuoso
 Sobre su eje girara el alto cielo,
 Alternando la noche con el día;
 Y más brillante el sol y esplendoroso
 Hasta el zenit tendido había su vuelo:
 Cuando Jesús, que ya subir debía
 Hacia el radiante Olimpo, á un monte asciende
 Que ante Betania alzábase sombrío,
 Al que espeso olivar el nombre ha dado
 Frigor alguno el aire aquí no hiende;
 Ni de ruedas monótono chirrió,
 Ni el chasquido del látigo ha sonado
 Ni bajar de las nubes por el viento
 Se mira aquí flamígera quadriga.
 No quiere que su triunfo sea rodeado
 De horror y espanto entre convoy sangriento;

Ni al triunfal carro tembloroso siga
 Enemigo escuadrón encajado.
 Por su virtud tan solo sostenido;
 De sus fieles amigos en presencia,
 Con su púdica Madre allí presentes:
 Ascende ya de amable luz vestido,
 En medio de sin par magnificencia,
 A las altas regiones transparentes:
 Como el argenteo lago abandonando,
 Del Caistro,¹ se eleva silencioso
 El cisne, blanco cual la nieve pura,
 Poco á poco su vuelo remontando;
 Y ni agita sus alas majestuosas
 Ya dominando la celeste altura.
 Sigue ¡oh! tu vuelo; sigue ¡oh! gloria nuestra;
 Sube ya al alto empireo esplendoroso
 Tu solio encumbra, y de tu Omnipotente
 Supremo Padre siéntate á la diestra.
 Quisiste con tu brazo poderoso
 Paso abrirte á ese trono refulgente:
 Y aunque tú eres el Hijo, el Heredero,
 Vencer quisiste en guerra, y has vencido.
 Sube, pues, sube, oh Vencedor deseado,
 Disfruta de tu triunfo verdadero;
 Ese espléndido trono te es debido,
 Lo has con tu mismo brazo conquistado.
 Elevábase ya; su gran ventura
 Sintió entonces la piedra en que apoyose
 Al hacer hincapié, y una sensible
 Marca, allí impresa, para siempre dura.
 ¡Piedra feliz! el dón que en tí grabóse²
 Será tu posesión inadmisibile:
 No podrán los píos hurtos numerosos
 Menoscabar tu herencia, é intolerable
 Bóveda te será ó artesanado
 Que te robe los astros luminosos;
 Y aún hubieras querido inseparable,
 Las huellas de él seguir que en tí ha estampado.
 Los humildes collados, los gigantes
 Montes inclinan su selvosa frente
 Al mirar á su Rey que va ascendiendo:

¹ Lago y río en la Misia (Asia menor) muy celebrado por los cisnes que en sus riberas se criaban.

² Esto y lo que sigue parece estar conforme con las relaciones que se hacen de la Tierra santa por los que la han visitado.

Sus variados tapetes rozagantes
 Ante él extienden, y un aplauso ardiente
 Van sus ecos sonoros repitiendo.
 Lo ve el aire llegar, y comedido
 Por los costados se abre, y alternando
 Sus turnos, sube y baja y se desliza
 Por todas partes, como de sí henchido;
 Y sus húmidas alas agitando,
 Le hace sentir su embalsamada brisa.
 Manda él entonces irizada nube
 Que á su Rey forme pabellón sombrío;
 Abre ella luego sus doradas alas,
 Y á formarle un dosel rápida sube:
 Es de púrpura y oro su atavío,
 Y desplegando sus vistosas galas;
 Ya desafía la rubicunda aurora,
 De Iris desprecia el múltiple ropage,
 Y del sol mismo el disco refulgente.
 Se abre, entre tanto en ovación sonora
 Del Olimpo el soberbio cortinaje,
 Y su espléndida corte reluciente
 Sale á encontrar al vencedor glorioso,
 A quien toda la alada gerarquía,
 Al són de ebúrneas cítaras cantando;
 Aclama entre el sonido belicoso
 De trompetas, en grata melodía
 Con himnos mil su triunfo celebrando.
 Y al verlo que entra ya, toda al instante
 Se postra con profunda reverencia
 Y saluda á su Rey, al Rey venera;
 En unísono aplauso resonante
 De los Padres prorrumpe en su presencia
 Y Profetas el coro que lo espera:
 Cuyas cadenas y sombrías prisiones,
 Que con amargo llanto éste inundara,
 Ya había recientemente sacudido
 El gran Libertador, y á las regiones
 Del empireo estrellado se elevara,
 De ese cortejo espléndido seguido:
 Y aquel himno le entonan armonioso,
 Que al compás de sus rítmicas dulzuras,
 Ya guiaba el Vate insigne coronado:
 "Vosotros, guardias del Olimpo hermoso,
 Romped ya las eternas cerraduras
 Que hasta aquí su diintel tenían guardado."

He aquí, ya viene vuestro Rey triunfante
 A un pueblo antes cautivo conduciendo,
 Más cautivado aún; todo lo envuelve
 Una purpúrea veste rozagante;
 Y en su sangre teñido, va ascendiendo,
 El vencedor glorioso que ya vuelve.
 Con esa misma sangre ha destronado
 Al reinador del Erébo sombrío,
 Y á la cara en pedazos arroja
 Los cerrojos en que éste había confiado,
 Y el cetro de su eterno poderío,
 Y á la turba cautiva el cielo abrióle.
 Vuestras puertas abrid; sean arrancadas
 Ya de sus mismos goznes: " Incansables
 Van repitiendo este himno acordemente
 Que resuena en las playas estrelladas,
 Y otros muchos aún, inenarrables
 Por lengua humana, por la humana mente.
 El Padre de la humana descendencia
 Que á todos nos perdió en aciago día,
 Llegaba como atónito; y cayendo
 Súbito de rodillas, con vehemencia
 Las taladradas plantas oprimía,
 Un torrente de lágrimas vertiendo.
 Desprenderse de allí, de allí arrancarse
 Le era imposible; todo embebecido,
 Mil suavísimos besos estampaba;
 Ni su llanto podía menoscabarse,
 Aunque el júbilo inmenso; desmedido,
 Impetuoso en su pecho rebosaba.
 Y pues se acuerda que al haber gustado
 Fatal manzana, su progenie entera
 Fué en ruina atroz con él precipitada;
 Atrévase á exclamar enagenado:
¹ ¡Feliz culpa! ¡oh feliz! que mereciera
 Por tan gran Redentor ser cancelada.
 Mas ¡ah! yo soy el reo; llevar no debes
 Esas llagas sanguíneas; esculpidas
 Sean en mí; las merezco: ¡Oh cuál te veo!
 Mas ¿yo quien soy? preciso es que las lleves;
 Llévalas para siempre en tí imprimidas:
 Solo ellas salvar pueden tan gran reo.
 Al cielo en tanto numerosa asciende
 Ya la pompa triunfal, que ha penetrado

¹ Palabras que usa la Santa Iglesia en los oficios del Sábado Santo.

A esa santa Ciudad, límpida, clara;
 A la que en vano penetrar pretende
 La voz y el ojo del mortal cuitado,
 Y ni el mismo silencio bosquejara.

CANTO XVIII.¹

EL SACERDOTE.

TU ERES ETERNAMENTE EL SACERDOTE, SEGUN EL ORDEN
 DE MELQUISEDEC

(Ps. 10. v. 4.—Ad. Hebr. 6. v.—7. v. 17.)

Al fin nuestra salud establecióse;
 Ya subió al cielo, y en su excelso trono
 A la diestra del Padre Omnipotente
 El Pontífice nuestro está sentado.
 Rasgóse el velo que al mortal mezquino
 El Santo de los Santos ocultaba,
 Y entró la luz á ese recinto oscuro,
 Y nos precede, y márcanos la senda
 El que primero entró gran Sacerdote
 Un lugar allí mismo á prepararnos.
 Restablecidos al fulgor antiguo
 Fuimos los que Adán por la nativa
 Mancha afrentosa, en duelo y llanto eterno
 Debiéramos, por siempre sumergidos,
 Ser arrojados del sublime empíreo
 En perpetuo destierro irrevocable.
 Aunque Él es Dios, la imagen verdadera
 Del Padre sempiterno; sus fulgores
 Quiere eclipsar, y del humano cuerpo

¹ El canto XVIII del texto original se omitió en esta versión según en las advertencias preliminares dejó indicado, aunque la numeración siguió corrida.

Del frágil barro del mortal vestido;
De su Padre prostérnase ante el trono,
Y todo anodarse no rehusa:
Pues de otro el ponderoso cargo.
De Pontífice sumo no pudiera
Desempeñar y desarmar la diestra
Del Padre vibrador del rayo ardiente.
Mas todo con el hombre se nivela,
En su barro apagando sus fulgores;
Ni se afrenta en llamarnos (¡oh! admirable
Dignación inaudita) sus hermanos,
Y lo que es más nombrarnos sus amigos;¹
Y estos dos cargos plenamente llena
Que á nombres tan amables corresponden.
Se avanza más; y como Sacerdote
De sus hermanos y Fiador, Él mismo
De su Padre ante el trono se presenta;
Promueve nuestra causa, y suplicante
Intercepta sus dardos vengadores.
Siendo El de santidad límpido espejo,
El Santo de los Santos, cual su Padre,
[Mi mente al ponderarlo se horroriza]
Sufre que se le carguen nuestras culpas,
Grandes infames, ni se afrenta en que ellas
Se le impúten cual tuyas. Y el Dios santo
A quien nunca la sombra de la mancha
Ha empañado su brillo; voluntario
Cual reo ya comparece; y oprimido
Del peso abrumador de nuestras culpas,
Se angustia, ya sucumbe, y el bochorno
Viene á abatir su coronada frente.
Se halla el Padre á aquel lado; está el humano
Linaje á este, que lo acosa y urge;
En medio el Hijo. Exige inexorable
Fatal venganza el Padre, y sus divinos
Honosres defraudados por el crimen,
Su ajada Majestad firme reclama.
Por otra parte, empero, los humanos
Lágrimas de dolor tristes vertiendo

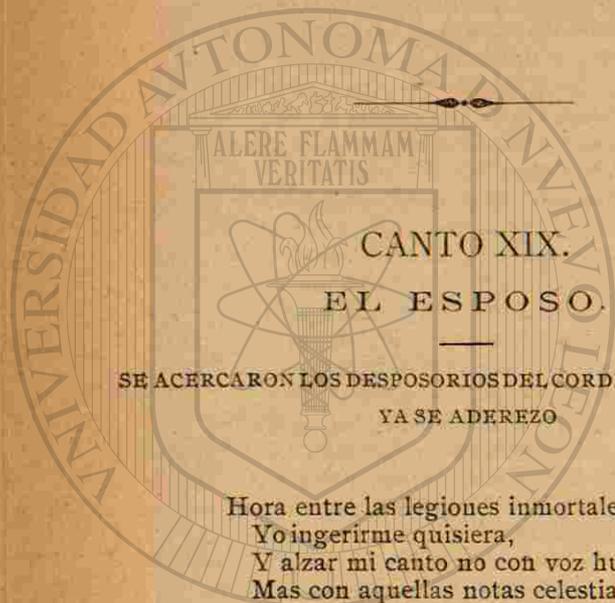
¹ A primera vista parece que es más el título de hermano que el de amigo; pero examinando esto; aparece que, aunque en el orden natural es más hermano que amigo; sin embargo en el orden moral es de más importancia el nombre de amigo, porque el de este no nos lo proporciona la naturaleza, sino el estudio de las cualidades y dotes que adornan á una persona, por lo que en cierta manera se hace acreedora por su mérito á nuestra amistad.

Entre ayes y gemidos; suplicantes
Imploran el perdón, clemencia imploran:
Y del Fiador bajo la fuerte egida
Tímidos se guarecen, y del Padre
Lo exponen como blanco á los rigores.
¿Qué hará, pues, Cristo? Apelará de nuevo
A los antiguos expiatorios ritos,
Y sangre derramando en abundancia
De tiernos corderillos; reverente
Del gran Jehová se postrará ante el trono,
E intentará aplacarlo, en sus altares
Machos cabríos y toros inmolando?
¿Y á qué todo esto? ¿Comerá estas carnes
Dios por ventura y beberá esa sangre?
Débiles elementos todo esto era,
Sombras, tenues emblemas del futuro:
Fuerza alguna en sí mismos no tenían;
Ni podían agradar al Dios Supremo,
Ni levantar un tanto la abatida
Lánguida frente del linaje humano,
Ni auxilio alguno ó medicina darle.
Preciso es, sin embargo, es necesario
Que haya aquí alguna víctima sangrienta;
Sólo la sangre aplacará al Eterno.
Esto representaba aquel antiguo
Ceremonial que á la nación hebrea
El gran Legislador impuesto había.
Una á una fielmente á esto miraba
Cuánta víctima el suelo y los cuchillos
Tifera con su sangre; y así mismo,
Que todo con la sangre se debía
Rociar según la ley, y mancha alguna
No podía sin la sangre cancelarse.
Así es por cierto. Pero qué hostia hubiera
Qué víctima podría dar un alivio
Al hombre vil por tierra derribado?
Qué víctima, cuál de ellas pretendiera
Tanto valer, que al mismo Dios, propicio
Hacernos alcanzara, con El mismo,
Compitiendo en valor, y restituirle
Su altamente ultrajado honor y gloria?
Sólo el Hijo, sólo él. De esto fué emblema
El primer Padre del hebreo linaje,
Que por orden de Dios ya se aprestaba,
De un alto monte en la elevada cumbre;

A descargar su temblorosa mano
 De fierro armada, sobre la cabeza
 De su tierno hijo único, que atado
 Ya estaba sobre el rogo que debía
 Consumir á la víctima inmolada,
 El inocente Isaac; quien voluntario
 Al puñal ya su cuello sometiera,
 Después que aun en sus hombros trasportara
 El haz de leña para el holocausto,
 Todo como en un símbolo y figura.
 Tanto el Supremo Padre ha amado al mundo,
 Que á su mismo Unigénito mandonos
 Para que él celebrara eterna alianza
 Sellada con su muerte ignominiosa.
 Unica salvación aquesta era
 Del mísero mortal: sólo tal muerte
 La vida devolverle habría podido;
 Y quimérica fuera otra esperanza.
 El Hijo en tanto que es el Sacerdote
 Y la víctima misma; ya impaciente
 Por cumplir arde la misión paterna,
 E impulsar más allá su amor inmenso;
 Y que el torrente de su amor, sin dique
 Ya se desborde, rebosando vida,
 Sobre el linage humano. Por lo mismo
 Entregarse no busca á fácil muerte.
 Mas quiere que ella, armada de furores
 Y de ignominias, cruda en él se ensañe:
 Quiere ser el escarnio y el oprobio
 De sus mismos contrarios, y que se harten
 En los raudales de su sangre pura,
 Y arrebatado ser por los verdugos;
 Y suspendido en un sangriento tronco,
 Su espíritu exhalar entre tormentos.
 Así fué con su sangre establecida
 Entre Dios y los míseros mortales
 Esta alianza de paz: quedó extinguida
 La antigua enemistad, y aun su recuerdo
 Jehová quiere borrar eternamente:
 Y en un profundo grato olvido el Padre
 Ya aplacado reposa inamovible.
 Así el Hijo, al morir, sus herederos
 Nos hizo por su sangre, hasta su trono
 Encumbrando á la humana descendencia.
 Mas se anticipa, y preludiar queriendo

A su afrentosa muerte; el cargo empieza
 De sacerdoté; y en la misma noche
 Que debía á sus verdugos entregarse:
 Sacrificase él mismo, en aquel rito
 Y forma misteriosa, que teniendo
 Melquisedec presente ante su vista,
 (Sacerdote de Dios, Rey de los hombres;)
 En pan y vino al Todopoderoso
 Ofrecía un sacrificio, En él se calla
 Todo linage, toda descendencia,
 No sin misterio; como sombra y tipo
 Muy marcado de aquel que es de su Padre
 Sin madre alguna, altísima Progénie,
 Y de madre castísima, sin padre,
 El Hijo sempiterno. Por tal causa
 El mismo Abrahám, patriarca esclarecido,
 Homenaje le rinde, y cual tributo
 Las décimas le dá de cuanto tiene;
 Cierta que de los dones celestiales
 Sería por él colmado á manos llenas,
 La diestra al extender sobre su frente.
 Porque ya desde entonces conocía
 A Cristo en esa imágen como augusto
 Gran Sacerdote. El mismo que aun ahora
 Hostia digna en el Pan á Dios se ofrece,
 Y en los altares es sacrificado,
 Por donde quiera el sol vibra sus rayos
 Al nacer ó morir, ya recorriendo
 El antiguo hemisferio conocido,
 O el nuevo, antes cerrado á sus fulgores.
 Aquí verdugos no hay, que con enorme
 Crimen, de sangre tñanse las manos:
 Lejos, lejos el crimen. Mas la misma
 Víctima al Dios Supremo aquí se ofrece,
 Y que en cierta manera se destruye
 Al golpe de la muerte, en semejanza
 De aquella que otro tiempo por el hombre
 Quiso amante afrontar. Pues de su cuerpo
 Su sangre es separada en el instante
 Que las palabras suenan, de consuno
 Su muerte recordando. Y aun el mismo
 Que en el vino y el pan presente estaba;
 Allí ya cesa de existir tan luego
 Como aquestas especies se destruyen.
 Así á este amante, tierno cual ninguno,

De su muerte el recuerdo le es muy grato,
Y hacerse nuestra víctima incesante;
Aunque inmortal en el radiante Olimpo
Es el sumo y eterno Sacerdote.



CANTO XIX.

EL ESPOSO.

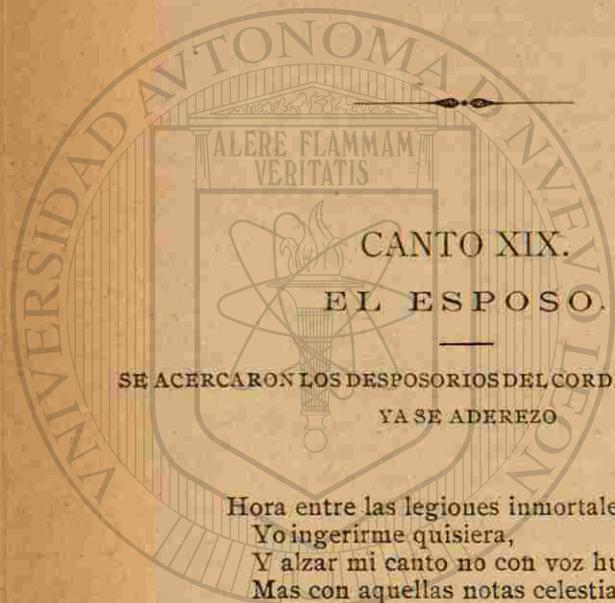
SE ACERCARON LOS DESPOSORIOS DEL CORDERO; Y SU ESPOSA
YA SE ADEREZO

Apoc. 19, v. 14.

Hora entre las legiones inmortales
Yo ingerirme quisiera,
Y alzar mi canto no con voz humana;
Mas con aquellas notas celestiales
Con que la corte alada por doquiera
Sigue, entonando aquel sublime *hosanna*
De sus liras al son armonioso,
Al Cordero sin mancha, al dulce Esposo.
Argumento sublime, indescriptible
Todo lo humano excede enormemente;
Y solo es accesible
A una divina mente.
Mas tú, Esposo divino, no por tanto
Con desprecio verás los pobres dones
Del rudo humano canto:
Pues las nobles angélicas legiones
Tú mismo á un lado hiciste
Y á nuestra estirpe mísera escogiste
Para estrechar con ella eterna alianza,
De amor eterno enlace, y bondadoso
La elevaste á tu tálamo grandioso.
Permite, pues, benigno

Que yo con labio indigno
A balbucear me atreva torpemente
Tema tan noble, y óyeme paciente.
Y si mi canto para tí importuno,
Y áspero fuere, será culpa tuya:
Pues sin medida, sin reparo alguno,
Tanto nos has amado;
Que del impulso de tu amor llevado,
Tales cosas hiciste,
Que ni la corte de tu gran palacio,
Que de seis alas rápidas se viste
Para surcar el infinito espacio;
Jamás podría este asunto, noble tanto
Con su vuelo igualar y con su canto.
¿Qué, pues, haré? lo que el amor me inspira;
Esto por tí al amor le será dable;
Y tú me escucharás, benigno, amable,
Como suenen los écos de mi lira:
O tú mismo señálame el camino,
Y abre mi mente á tu fulgor divino.
Enferma, triste, lánguida yacía
La progenie de Adán ya moribunda.
Su mismo Padre con su mano impía
Fué á despertar á la sañuda muerte,
Para hacerla más triste de esta suerte;
Y ella, herida profunda,
Grave, mortal causole,
Y en la más honda ruina sumergióle.
Fué aquella en el instante despojada
De aquel almo fulgor y lozanía
Con que fuera por Dios engalanada,
Y al mismo empíreo en resplandor vencía:
Toda débil sintiose y enervada;
Y una espesa calígene sombría,
Envolvió en negro nubarrón su frente;
Latió sin vida el corazón doliente.
Suenta de rebelión un grito agudo
En su interior que se descompagina,
Y entra consigo en un conflicto rudo.
La dulce paz se ausenta;
Y la ansiedad, la angustia, los temores
Dentro suscitan tempestad violenta,
Y entregada al furor de Libitina;
Escuálida se arrastra y macilenta,
Y parecía que en ese triste estado

De su muerte el recuerdo le es muy grato,
Y hacerse nuestra víctima incesante;
Aunque inmortal en el radiante Olimpo
Es el sumo y eterno Sacerdote.



CANTO XIX.

EL ESPOSO.

SE ACERCARON LOS DESPOSORIOS DEL CORDERO; Y SU ESPOSA
YA SE ADEREZO

Apoc. 19, v. 14.

Hora entre las legiones inmortales
Yo ingerirme quisiera,
Y alzar mi canto no con voz humana;
Mas con aquellas notas celestiales
Con que la corte alada por doquiera
Sigue, entonando aquel sublime *hosanna*
De sus liras al son armonioso,
Al Cordero sin mancha, al dulce Esposo.
Argumento sublime, indescriptible
Todo lo humano excede enormemente;
Y solo es accesible
A una divina mente.
Mas tú, Esposo divino, no por tanto
Con desprecio verás los pobres dones
Del rudo humano canto:
Pues las nobles angélicas legiones
Tú mismo á un lado hiciste
Y á nuestra estirpe mísera escogiste
Para estrechar con ella eterna alianza,
De amor eterno enlace, y bondadoso
La elevaste á tu tálamo grandioso.
Permite, pues, benigno

Que yo con labio indigno
A balbucear me atreva torpemente
Tema tan noble, y óyeme paciente.
Y si mi canto para tí importuno,
Y áspero fuere, será culpa tuya:
Pues sin medida, sin reparo alguno,
Tanto nos has amado;
Que del impulso de tu amor llevado,
Tales cosas hiciste,
Que ni la corte de tu gran palacio,
Que de seis alas rápidas se viste
Para surcar el infinito espacio;
Jamás podría este asunto, noble tanto
Con su vuelo igualar y con su canto.
¿Qué, pues, haré? lo que el amor me inspira;
Esto por tí al amor le será dable;
Y tú me escucharás, benigno, amable,
Como suenen los écos de mi lira:
O tú mismo señálame el camino,
Y abre mi mente á tu fulgor divino.
Enferma, triste, lánguida yacía
La progenie de Adán ya moribunda.
Su mismo Padre con su mano impía
Fué á despertar á la sañuda muerte,
Para hacerla más triste de esta suerte;
Y ella, herida profunda,
Grave, mortal causole,
Y en la más honda ruina sumergióle.
Fué aquella en el instante despojada
De aquel almo fulgor y lozanía
Con que fuera por Dios engalanada,
Y al mismo empíreo en resplandor vencía:
Toda débil sintiose y enervada;
Y una espesa calígene sombría,
Envolvió en negro nubarrón su frente;
Latió sin vida el corazón doliente.
Suenta de rebelión un grito agudo
En su interior que se descompagina,
Y entra consigo en un conflicto rudo.
La dulce paz se ausenta;
Y la ansiedad, la angustia, los temores
Dentro suscitan tempestad violenta,
Y entregada al furor de Libitina;
Escuálida se arrastra y macilenta,
Y parecía que en ese triste estado

La muerte en ella habíase transformado.
 Pero el Hijo del Padre Omnipotente,
 Que es su misma Substancia, condolido
 Desde su excelso trono refulgente
 Del hombre en tal abismo sumerjido:
 Dirígele mirada carifiosa;
 Y lleno de ternura
 A la humana natura
 Escoge desde entonces por Esposa,
 Y esa tan triste lamentable ruina
 [Oh cuán grande trabajo,
 Cuántos sudores al Esposo atrajo]
 Reparar compasivo determina,
 Ya la ya moribunda restituírle,
 La vida, y constituirle
 En su antigua grandeza; ricamente
 Revestirla otra vez con sus fulgores,
 Y estrecharla también con sus amores
 Para hacerla su esposa eternamente.
 Es fama que tan luego
 La noble alada jerarquía esto supo;
 Gran pasmo y maravilla
 A toda entera cupo;
 Y que los más doblaron la rodilla,
 Y con gran reverencia tributaron
 Pleito homenaje á la divina esposa;
 Y por los vastos ámbitos sonaron
 De la estrellada bóveda espaciosa
 Mil aplausos de júbilo á porfía,
 Que apenas el cielo contener podía.
 Mas que en contrarias partes divididos,
 De rebelión alzaron la bandera
 Otros sin cuento alados escuadrones,
 Que de sí mismos vanamente henchidos,
 Rehusaron arrogantes,
 Con gran desdén, rendírle esos honores;
 Y cñiendo sus armas fulgurantes,
 Entre confusos bélicos clamores,
 Contra la esposa augusta conspiraron;
 Y contra el mismo Esposo,
 Hijo único del Padre poderoso,
 Sus tumultuosas armas empuñaron.
 Mas es fama también, á ésta contraria,
 Que tan sublime arcano
 Siempre á los inmortales escondióse;

Y que ninguno conocerlo pudo
 Cuando en tumulto insano
 El escuadrón rebelde levantóse
 Pronto á mezclarse en un combate rudo;
 Y cuando al golpe horrendo
 Del rayo cayó al Tártaro tremendo.
 Y ésta más se avecina
 De la verdad al foco, pues la ampara
 La infalible escritura, voz divina:
 Que afirma que este arcano se encerrara
 Siglos muchos de Dios en la gran mente,
 Ignorado de todos altamente.
 Mas los padres, no obstante
 Que á su mísera estirpe derribaron
 Con herida tan grave en grave ruina;
 Un rayo columbraron
 De esta amable esperanza peregrina,
 Cuando con abundante
 Llanto su crimen tan enorme expiaron,
 Y la gran desventura,
 La triste muerte dura
 En que á su hija imprudentes sepultaron.
 Y aquesta misma espléndida esperanza
 De nueva vida que alentaba el pecho
 De nuestros padres; repetidas veces
 Confirmada les fué, y en lontananza,
 De los vates el coro, en armonía,
 De sus plectros al són, esta nutría;
 Y los muchos portentos y señales
 Y emblemas y figuras
 De variados aspectos y colores:
 Y aquello, aún que suceder debía
 A través de los siglos voladores;
 Como cosas presentes y hechos reales
 Los oráculos todos anunciaban,
 Y pintar lo pasado semejaban.
 Así pues que esta nueva divulgose,
 Y fué cundiendo por el orbe entero;
 De la estrellada bóveda mandóse
 Alado paraninfo, que ligero
 Bajó cual mensajero:
 Y sin tardanza alguna, ya el Esposo
 Deja los estrellados pabellones,
 Y en el virgíneo tálamo oloroso
 Halla dulces mansiones,

Dulces delicias halla; y reclinado,
 Con vínculo castísimo, amoroso,
 A la divina Esposa hubo estrechado,
 Y con amor inmenso vinculado.
 Los brazos le echa al cuello; fuertemente
 Con amplexo suavísimo la oprime,
 Y la ata con coyunda indisoluble,
 Y murmura en su oído blandamente
 Dulcísimos requiebros en que exprime
 De ese su amor purísimo la esencia;
 Y lo más tierno y suave
 Que el lábio humano sabe,
 Repítele mil veces con vehemencia,
 Todo en ella embebido;
 Y entónale al oído,
 En dulcísima plácida cadencia,
 Aquel himno armonioso
 Que en verso misterioso
 Salomón sapientísimo hubo incluido.
 "Cuán bella eres, cuán bella, esposa mía,
 Eres toda hermosura,
 Blanca paloma mía;
 Todo mi encanto tú eres y dulzura;
 Son de púrpura y rosa tus mejillas;
 Tus labios una cinta de escarlata;
 Simétricos y blancos son tus dientes,
 Blancos cual las sencillas
 Ovejas que en las ondas transparentes,
 En que el límpido cielo se retrata,
 Lavado han sus vellones.
 Miel la más dulce mana de tu boca,
 Leche destilan tus rosados labios;
 É impregnas del ambiente las regiones,
 De incienso y de suavísima ambrosía
 Con los vestidos que tu cuerpo toca;
 Nada que tú más suave el huerto cría:
 A la palma remeda tu estatura;
 Campea tu noble cuello
 Y desafía en blancura
 Un torreón de marfil; con un destello
 Único de tus ojos, dulce, amable,
 Con un solo cabello me has herido:
 Con herida profunda, inmedicable,
 Y has por mitad mi corazón partido,
 Tus miradas dirige hácia otro lado,

Pues me arrastran en pos enagenado;
 Así el divino Esposo
 A la esposa le brinda mil caricias,
 Imitando el estilo y voz humana,
 Y su esposa la llama y sus delicias
 Una y mil veces, y su tierna hermana.
 Tanto el divino Esposo asemejarse
 Quiso á su Esposa pura,
 Y en sí mismo copiar nuestra natura.
 Nuestros eran sus ojos
 Sus manos y su boca; en sí llevaba
 Nuestros humanos frágiles despojos
 De ellos todo cubierto enteramente,
 El gran Dios inmortal: el Invisible
 Pudo de esta manera sorprendente
 Hacerse á los mortales ya sensible,
 Y ser de ellos tocado,
 Y expuesto estar al frío
 Y á todos los rigores del estío,
 Y rendido sentirse y fatigado
 Y pedirle á la fuente refrigerio,
 Y á guisa del mortal, el duro imperio
 Sentir de hambre importuna,
 Y sus ojos cerrar al blando sueño:
 Y finalmente, para que ninguna
 Semejanza mortal en sí faltara;
 Quiso que de la muerte el fiero ceño
 Con su hoz, aguda tanto, cercenara
 Los hilos de su vida.
 Del cuerpo quedó el alma dividida:
 Pero romper no pudo
 La misma muerte, armada de pujanza,
 Los vínculos nupciales del Esposo,
 Y el fuerte estrecho nudo
 Del castísimo amor, de eterna alianza.
 Quedó intacto ese vínculo amoroso
 Que más fuerte apretóse. Qué insufrible
 Del Esposo á la Esposa separarse;
 Ni de la muerte al golpe irresistible
 Pudo de sus caricias arrancarse.
 Mas no porque debía ya á su palacio;
 A su alcázar eterno devolverse,
 Pudo algún intervalo interponerse
 De tiempo, ó bien de espacio
 Entre su esposa amante.

Mas le manda que en pos siga sus huellas:
 Ella con igual pompa se remonta
 Más allá del empero fulgurante
 Del sol y las estrellas;
 Y en los áureos querubes apoyada,
 Y á la diestra sentada
 Del Padre Omnipotente;
 Del mismo real esposo
 Ocupa el áureo trono esplendoroso
 Como reina magnífica ataviada,
 Y empuña el mismo cetro eternamente.
 Tú tambien, Santa Si3n, la vestidura
 Toma de esposa, y las nupciales galas:
 De la Fé santa con las fuertes alas,
 También tú á ser su esposa te encumbraste.
 Lejos el llanto, léjos la amargura;
 Los nublados disipa de tristeza;
 Esa tu ebúrnea frente
 Levanta con nobleza,
 Y los duros aherrajos que llevaste,
 Sacude de tu cuello finalmente;
 Alzate victoriosa,
 Despierta de esa noche tenebrosa.
 Han sobre tí brillado
 Del Señor los magníficos fulgores
 Que toda ya de luz te han circundado.
 Ya marcha hácia adelante;
 Y puedan al instante
 Reyes y pueblos todos de la esfera
 Seguir en pos tu senda rutilante.
 Extiende tu mirada
 En todo el derredor; mira reunidos
 En grande muchedumbre aglomerada
 A los pueblos de todas las regiones.
 Han sido acá traidos
 A tí como á su madre á venerarte;
 Esta es tu misma prole; tú llamada
 Madre serás de todas las naciones.
 Al júbilo ya puedes entregarle
 Al goce y alegría;
 Tú que infecunda, estéril, tu sombría
 Casa verías gemir en abandono.
 Mas hora de una estirpe numerosa
 Eres madre amorosa,
 Que del mismo Jehová hasta el alto trono,

Ante sus mismas plantas
 Conduces á millares de almas santas.
 Numerarse podrían más fácilmente
 Los astros que en un cielo de zafiro
 Cintilan mansamente
 De noche oscura recamando el velo,
 Que los santos sin número que miro
 Penetrar en gran pompa al alto cielo.
 ¿Quiénes son estos ínclitos campeones
 En número de doce, que conducen
 Inmensos escuadrones?
 Alas talaes en sus piés relucen,
 Y vencen en su rápida carrera
 A las nubes y al viento
 Y al rápido relámpago violento,
 Y esa su voz resuena por la esfera,
 Y es por su eco vencido
 Del mismo trueno el hórrido estallido.
 Miro después en coros incontables
 Los magnánimos héroes que atrás vienen,
 Sus frentes venerables
 De gloriosos laureles coronadas,
 Y sus manos sostienen
 Palmas de noble triunfo ensangrentadas;
 Y aquellos instrumentos
 Horrificos, sangrientos,
 Que en girones sus cuerpos destrozaron,
 Por lo que ellos gran nombre coquistaron.
 Sigue después falange numerosa,
 Que ellos de la grey los mayores;
 Delante marchan ellos,
 La áurea virtud por báculo llevando,
 Y á su grey van solícitos guiando
 A los eternos pastos celestiales.
 El almo coro sigue
 De Sacerdotes; éstos juntamente
 De pastores el cargo desempeñan
 Y á los pueblos enseñan,
 Y los místicos dones largamente
 Les brindan del Esposo,
 Y quemán el incienso redolente,
 E himnos cantan al Todopoderoso.
 De estos en compañía
 Vienen los que en su diestra, rutilante
 Antorcha en alto ostentan,

Cuyos rayos ahuyentan
 Las sombras de la noche dominante,
 Y á los errantes sirvenles de guía
 Por la senda escarpada
 Que conduce á la bóveda estrellada,
 Y claman al que de ella se desvía.
 Pero un mayor concurso se aglomera,
 Más se engruesan los santos escuadrones;
 Nuevo ejército sigue: se creyera
 Que esta falange vive
 No en la terrestre esfera,
 Mas del cielo en las fúlgidas mansiones:
 Tanto desprecian lo caduco todo,
 Y tan solo de Dios á las mansiones
 En admirable modo
 Elévanse en su vuelo
 Y se remontan hasta el alto cielo.
 Mas ¡cuán diversos son, cuán sorprendentes
 Los trámites que siguen Peñascales
 Estos habitan ó antros cavernosos,
 O los oscuros montes y encinales:
 Aquellos en ciudades florecientes
 Desprecian los bramidos
 De un tempestuoso mundo;
 Y algunos de real púrpura vestidos,
 Llevan cetro y diadema:
 Mas de su corazón en lo profundo,
 Ven con desdén este mezquino emblema,
 Y á sí mismos, sin tregua, sin sosiego
 Han jurado una guerra encarnizada;
 Y ardiendo en santo fuego,
 Cargan siempre la cruz de ellos amada,
 Y forma sus delicias
 Porque fué del Esposo las caricias.
 ¡Oh! cuán llenos de gracia y hermosura
 Los coros virginales
 Avanzan con mesura
 Llenos de luz y joyas inmortales.
 Con la carne campaña vigorosa
 Indómita sostienen,
 Y triunfantes luchando se mantienen,
 Y enlazan con la palma victoriosa
 La azucena olorosa,
 Que les cife la frente y atavía,
 Exhalando suavísima ambrosía

En que las impregnado
 Del Esposo el cabello perfumado;
 Pues en su compañía
 Marchan inseparables
 Rebosando en delicias inefables.
 Siguen de éstas en pos, matronas graves
 Que los fueros nupciales conservaron
 Intactos, y guardaron
 Del tálamo vacío las fieles llaves
 En la santa viudez inmaculada,
 Los dulcísimos pábulos del cielo
 Gustan asiduamente,
 Y allí toda su mente
 Tienen de esas delicias embriagada
 Sin que nada les mueva de este suelo,
 Cifran toda su gloria y su ventura,
 En verse por doquiera
 Rodeadas de una turba lastimera
 Que gime en la miseria é inopia dura;
 Y el dulce oficio amable
 Prestan siempre de madre al miserable.
 Llegan después aquellas que sintieron
 De un ciego torpe amor los agujijones,
 Y en sus redes astutas se envolvieron:
 Mas con valor rompieron
 Esos infames grillos y prisiones;
 Y tan nefanda peste rechazando,
 Y á sí mismas sin tasa castigando,
 Reos y verdugos de sus culpas fueron,
 Y en raudales de llanto sin medida
 Esa llama impetuosa fué extinguida.
 ¡Oh! cuán casto es el fuego, que arde ahora
 Dentro su pecho; ¡oh! cómo lo enrojece
 Esa divina llama abrasadora.
 Toda esta prole ya te pertenece,
 Puedes de todos madre reputarte;
 Y más y más tu gran familia crece:
 Pero en contarla vano es afanarte.
 Dilata cuanto puedas,
 De la esperanza los fecundos senos;
 Los romperá no obstante
 El goce y alegría,
 Que mucho más allá de lo que esperas,
 Inundará tu casto pecho amante
 Creciendo de improvisado cada día.

Pues verás que de un mundo muy distante,
 De incógnitas regiones apartadas,
 Y por el vasto océano separadas
 [Que de un sol ardoroso, calcinante
 Crefanse abrasadas
 E inhabitables por la humana gente;
 Tórrida zona ardiente
 Por esto entonces sin razón llamadas]
 A tí vendrán los pueblos á millares
 Con paso presuroso,
 El abrigo buscando de tus lares;
 Y la plata y el oro esplendoroso
 Harán rodar ante tus nobles plantas,
 Y llenos de placer y de alegría,
 Todos te aclamarán madre á porfía.
 Ya cualquiera que á Dios tenga por padre,
 A tí en igual manera
 Siempre tendrá por madre;
 Y cuál párvulo tierno, él en tu seno
 Chupará de tu pecho el dulce néctar,
 Y apartarlo de allí nadie pudiera.
 Pues mira con desprecio, de horror lleno,
 El jugo adulterino,
 Tósigo viperino
 Con que una infame meretriz astuta
 Intenta amamantarlo,
 Forcejeando, tus hijos por quitarte:
 Y el que esta gran rival ocultamente
 Haya por fin logrado arrebatarte,
 Será víctima triste eternamente.
 Como el Arca de Noe, tú la esperanza,
 Unica eres del hombre miserable;
 En todo el rededor con gran pujanza,
 Sin límite extendido,
 Brama el piélagos inmenso enfurecido;
 Todo amenaza muerte irremediable,
 Del encumbrado Olimpo esplendoroso
 El gran cetro y las llaves te ha confiado
 Tu mismo real Esposo,
 Y facultad omnímota te ha dado
 Para que esas sus puertas de diamante,
 Defendidas por fuertes cerraduras
 Antes para el mortal; en adelante
 Sean por tí únicamente franquéadas,
 O de nuevo, á tu arbitrio, estén cerradas.

Gózate, ínclita Sion, goza altamente,
 Madre, Esposa divina: siempre al lado
 Vivirás de tu Esposo immaculado,
 Reinarás en su trono eternamente,
 Sin que nunca apartarse
 Pueda, ó de tí ausentarse,
 Mientras rueden los astros por la esfera,
 Mientras sigan su rápida carrera.

CANTO XX.

LA VIRTUD DE LO ALTO.

PERMANECED EN LA CIUDAD, HASTA QUE OS REVISTAIS
 DE LA VIRTUD DE LO ALTO

Luc. v. 49.

Después que Cristo en una nube de oro,
 Habiendo de la muerte ya triunfado,
 Subió lleno de pompa y de decoro,
 Sobre el monte olivífero elevado
 A su estrellado alcazar rutilante:
 Los discípulos todos, no pudiendo
 Con los ojos seguirlo hacia adelante,
 Pues se estaba una nube interponiendo;
 A su pesar hacia Salén volvían
 Con paso lento, llenos de amargura;
 Y así á un nuncio celeste obedecían
 Que cortó su mirar fijo en la altura:
 Como la angusta reina de las aves
 Cuando sobre las nubes alza el vuelo,
 Y en el nido hecho de sus plumas suaves
 A sus polluelos deja sin recelo;
 Estos aún implumes, largamente
 Con inquieto pipiar el cuello estiran;
 Y siguen á su madre tenazmente
 Con la vista, y tristísimos la miran.

Todos tienen un mismo pensamiento;
 Bajo un humilde techo, noche y día,
 Del torbellino mundanal exento,
 Se encontraban en plácida armonía;
 Y las gratas promesas recordaban,
 Que antes de remontarse á la alta esfera,
 [E indelebles en su alma conservaban]
 El divino Maestro les hiciera.
 Y esos grandiosos dones inefables
 Espereban unánimes y ansiosos,
 Y doblaban sus preces incansables,
 Exhalando suspiros ardorosos:
 Ven ¡oh! alta Virtud, Aura creadora,
 Aura divina ven. Y ya bizarro
 Diez veces el lucero de la aurora
 Había marchado ante el purpúreo carro:
 Y el sol más bello entonces y esplendente,
 En un cielo tersísimo lucía:
 Cuando cimbrase todo de repente;
 Despedazarse el mundo parecía.
 Restuena en derredor hórrido estruendo;
 Como cuando se chocan en los mares
 Boreas y el Noto, de furor mugiendo,
 Y van á herir los robles seculares.
 Tiemblan los santos muros sacudidos;
 El cielo desquiciarse se creyera,
 Y rodar en fragmentos confundidos:
 Algo grande bajaba de la esfera.
 Ya del empíreo fúlgido descende
 Omnipotente Amor, Aura fecunda
 El Vigor mismo que la fuerza enciende,
 Y en su vigor al Universo inunda,
 Jehová Dios mismo; al Padre sempiterno
 A al Verbo igual en todo, mutua llama
 De ambos, Amor recíproco, coeterno,
 A quien igual en majestad se aclama;
 Espíritu creador, que siete dones
 Ricos imparte. Vióse raudamente
 Bajar de las olímpicas regiones
 Lluvia de fuego, ignívono torrente,
 Que con ímpetu, en medio del estruendo,
 En múltiples lenguas se derrama,
 Y sobre aquellos doce descendiendo,
 En sus cabellos deja innocua llama
 Y en entrañas y médulas se mina,

Y todos las abrasa por doquiera;
 Y fuerza oculta, insólita, divina
 De los miembros y el alma se apodera.
 Y aquellos que al moverse de una hoja
 Poco ha se estremecían y aún el acento
 De una sierva causábales congoja:
 Llenos de un Dios, ya desde aquel momento
 Desafían las espadas y la muerte,
 Huellan al mundo todo, y con sonora
 Roca, con pecho inquebrantable y fuerte
 Confiesan y pregonan sin demora
 Al Maestro divino victorioso
 Ya de la muerte: en fuego se han trocado;
 Su pecho arroja incendio impetuoso,
 Y todo á su contacto es abrasado.
 Ya no es mortal su voz; su acento truena
 Con divino vigor, toda su mente
 Su pecho todo un Dios inmenso llena,
 Y está atizando aquella hoguera ardiente.
 Jerusalén entonces celebraba
 Las fiestas solemnísimas anuales,
 Y un inmenso concurso se agolpaba
 Por las calles y plazas y arrabales:
 Pues del ansia de ver aguijoneado,
 A la santa ciudad rauda afluyera
 De todo el gran país que el estrellado
 Manto cobija de la azul esfera.
 De Israél el gran pueblo numeroso
 Se hallaba allí, que el litoral dejara
 Del mar, y aquellos que el Jordán undoso
 De sus riberas fértiles mandara.
 Los que el Hermonio¹ y el Tabor habitan,
 Y el Líbano de cedros corpulentos,
 Y los Partos feroces que ejercitan
 Sus flechas, siempre en saetar violentos.
 Y los Persas y Medos, dueños antes
 Del mundo, por su brazo conquistado;
 Aquellos por su Arbáces arrogantes,
 Aquestos por su Ciro renombrado.
 Júntanse á éstos los que el agua liban
 Del Tigris y el Eufrátes caudalosos,
 Y los campos solícitos cultivan,
 Que se extienden entre ambos espaciosos,
 Do la bárbara mole gigantesca

1 Monte de Palestina, lo mismo que el Tabor y el Líbano.

Se vió hasta las estrellas elevarse,
 Que osando al cielo desafiar grotesca,
 Vino con grande ruina á desplomarse;
 Y oprimió en su caída tristemente
 Del humano lenguaje la armonía,
 E introdujo mil lenguas de repente
 Que ántes labio ninguno conocía.
 Allí se encuentran en reunión extraña
 Los que el Iris¹ hinchado y belicoso
 El Termodonte riega, y los que baña
 El Sangario y Calco bullicioso.
 Los que habitan las fértiles praderas
 Que circunda el Meándro en sus rodeos,
 Volviéndose á escuchar en sus riberas
 De sus nevados cisnes los gorjeos.
 Y aquellos, oh Panfilia,² cuyo acero
 Se ceba en tus florestas perfumadas,
 De donde el Tauro rígido y austero
 Empieza á abrir sus frentes enriscadas;
 Y sus brazos gigantes ensanchando,
 Reta á los montes, reta al mismo cielo.
 Allí también un gran tropel formando,
 Se hallan los habitantes de aquel suelo
 Que jamás por el rayo se estremece,
 Ni le es lluvia ó pedrisco conocido,
 Ni por tristes nublados se enlutece,
 Ni oye de tempestades el mugido.
 Pues siempre bajo un cielo despejado
 Viven sus industriosos moradores,
 Contentos con su Nilo agigantado
 Y con sus aluviones bienhechores.
 Y aquellos cuyo arado ya domaba
 Los campos de sus torres victoriosas
 La vencida Cartago antes mostraba,
 Y hora apenas son son ya pajizas chozas.
 Y los que Creta³ pingüe, exhuberante

¹ Iris, río del Asia menor (hoy Turquía asiática) que nace en la Capadocia, desemboca en el Ponto-Euxino entre el Halys y el Termodonte; este último es célebre por las Amazonas que en esas márgenes vivieron. El Sangario y Calco son también ríos de la Asia menor, como también el Meandro, celebrado por su turtuosa corriente, en cuyas orillas se creaban los cisnes.

² Provincia del Asia menor, entre la Lidia y la Caria, célebre por sus ríos y bosques; la craza la cordillera del Tauro, en gran parte compuesta de masas escarpadas, y bosques dilatados, cortados en todas direcciones por gargantas y desfiladeros.

³ Creta, la isla principal del mar Mediterráneo, donde la mitología puso

Sustenta y nutre, patria esclarecida
 Del inflexible y crudo Radamante,
 Y por sus cien ciudades distinguida.
 Y los Romanos fuertes grandemente,
 De la tierra y del mar sacudidores;
 Los pintados Sabeos,¹ y finalmente
 De Cirene² los pobres moradores.
 Todos de hábito, idiomas y costumbres
 Distintos; mas apenas resonaron
 De aquellos doce entre esas muchedumbres
 Las voces que magníficas vibraron.
 Esa voz misma y ese mismo acento,
 Aunque no el mismo ya, ¡cosa admirable!
 En otras tantas lenguas, al momento,
 Trocábase á la vez inimitable;
 Cuantos eran aquellos cuyo oído
 Había herido aquel eco misterioso:
 Como el dulce instrumento conocido,
 Que en los templos resuena melodioso;
 Y de cien tubos de metal constando,
 Todos distintos, desiguales todos:
 Tantos dulces sonidos va mezclando
 Y tantas notas en acordes modos;
 Cuantas son las diversas incisiones
 Y las sonoras cánulas que el viento
 Hierde, rompiendo en fuertes vibraciones
 Que un suave forman singular contento.
 A cada quien oír le parecía
 Que en su idioma nativo ellos hablaba,
 Y una turba sin fin los envolvía,
 Y con gran pasmo todos escuchaban.
 Y ya rendíale á Cristo sus honores
 Gran número de aquella muchedumbre;
 Al que há poco entre infames malhechores
 Clavado habían en la sangrienta cumbre.
 "Con quien nosotros mismos, ya triunfante,
 Afirmaban los doce, ya domado
 El furor de la muerte, y un brillante
 Trofeo al Averno habiéndole arrancado;
 Comimos y bebimos:" y estas voces

la cuna de Júpiter. Radamente fue su gran legislador, tan equitativo y, rígido en hacer justicia, que, según la Mitología, después de muerto, lo hicieron los dioses juez en el infierno, junto con Mnios y Eaco.

¹ Pueblos de la Arabia feliz.

² Ciudad en Africa, capital de la antigua Cirenaica; fue un tiempo ciudad de mucho tráfico; pero en esa época estaba ya casi en decadencia.

Semejantes del trueno al estallido,
 Iban cundiendo rápidas, veloces,
 Y hacía eco en todo el mundo su sonido.
 Desde entónces ¡oh Espíritu ferviente!
 Tú inspirando de lo alto, y fomentando
 Ese fecundo soplo omnipotente,
 La augusta religión se fué formando;
 Y en tus rápidas áuras transportada,
 Cobró vigor y dominó la esfera.
 Por eso con la mirra perfumada
 Y el incienso doquier se te venera:
 Y tus castos ministros diariamente
 Cánticos y loores te entonamos,
 En medio de tu pueblo reverente,
 Y con nuestras palabras te invocamos.
 Hora también descende, te lo ruego,
 Y al mundo en el delito envejecido,
 Quema y consume con tu sacro fuego,
 Y abrasa nuestro pecho empedernido.
 Restaura tu obra misma, robustece
 El gérmen que en nuestra alma tú has sembrado:
 ¿Qué no ves con qué saña se escarnece
 La augusta religión por el malvado?
 ¿No oyes su risa cínica, proterva?
 Ven ¡oh! descende: caigan tus furoros
 Sobre esa audáz estólida caterva;
 Calcínenlos tus rayos vengadores.
 O más bien, pues no quieres nuestra ruina,
 De tu fulgor derrama los destellos,
 Y tu vital los bañe luz divina,
 Y á guisa de rocío baja sobre ellos;
 Y en tu grande bondad y mansedumbre,
 Abreles de la vida el real sendero,
 Y el férreo pecho de esa muchedumbre
 Cámbialo en apacible y placentero.
 A mí también, pues eres tan clemente,
 Envíame desde lo alto tu rocío;
 Todo me inflame ese tu fuego ardiente,
 Y todo se estremezca el pecho mio.

CANTO XXI¹

EL TRIUNFO DE LA RELIGION

LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECHERAN CONTRA

ELLA

Math, 16 v. 18.

Nacida apenas, trágica ruina,
 Triste fin desastroso amenazaba
 La Religión que Cristo estableciera.
 Parecía que jamás sus estandartes
 Flotarían á la faz de las naciones,
 Y que nunca sus reales dilatara.
 Pues viene ella á imponer incomprensibles
 Inauditos misterios, grandemente
 Inaccesibles al mas alto ingenio.
 Ella enseña que el Padre y su Progenie,
 Y el adorable Espíritu, á quien ambos
 Del mutuo amor espiran por la llama,
 Son tres personas, mas un Dios tan solo.
 Clama que el Unigénito del Padre
 Se hizo hombre, y que nació de intacta Virgen
 Y que Él, inmune de coacción violenta,
 Quiso sacrificarse por el hombre,
 Y á una muerte, afrentosa, cual ninguna
 Y sin igual amarga sujetarse.
 Mas después, del negro Erébo triunfante,
 Ya pisoteada la vencida muerte;
 Subió lleno de vida con gran pompa,
 Del empíreo al alcazar encumbrado;
 Y en su divino trono resfulgente
 A la diestra del Padre el cetro empuña.

¹ En este canto principalmente, no se pretenda encontrar un hermoso trabajo poético. El Autor, siguiendo su plan, se propuso más bien escribir una breve pero elocuente apología de la Religión, aunque parece por otra parte que el presente Canto no está muy en armonía con el tono dominante de la obra en general; pero ya se hecha de ver cuál fué la mente del Poeta.

Agiólogo.

Semejantes del trueno al estallido,
 Iban cundiendo rápidas, veloces,
 Y hacía eco en todo el mundo su sonido.
 Desde entónces ¡oh Espíritu ferviente!
 Tú inspirando de lo alto, y fomentando
 Ese fecundo soplo omnipotente,
 La augusta religión se fué formando;
 Y en tus rápidas áuras transportada,
 Cobró vigor y dominó la esfera.
 Por eso con la mirra perfumada
 Y el incienso doquier se te venera:
 Y tus castos ministros diariamente
 Cánticos y loores te entonamos,
 En medio de tu pueblo reverente,
 Y con nuestras palabras te invocamos.
 Hora también descende, te lo ruego,
 Y al mundo en el delito envejecido,
 Quema y consume con tu sacro fuego,
 Y abrasa nuestro pecho empedernido.
 Restaura tu obra misma, robustece
 El gérmen que en nuestra alma tú has sembrado:
 ¿Qué no ves con qué saña se escarnece
 La augusta religión por el malvado?
 ¿No oyes su risa cínica, proterva?
 Ven ¡oh! descende: caigan tus furoros
 Sobre esa audáz estólida caterva;
 Calcínenlos tus rayos vengadores.
 O más bien, pues no quieres nuestra ruina,
 De tu fulgor derrama los destellos,
 Y tu vital los bañe luz divina,
 Y á guisa de rocío baja sobre ellos;
 Y en tu grande bondad y mansedumbre,
 Abreles de la vida el real sendero,
 Y el férreo pecho de esa muchedumbre
 Cámbialo en apacible y placentero.
 A mí también, pues eres tan clemente,
 Envíame desde lo alto tu rocío;
 Todo me inflame ese tu fuego ardiente,
 Y todo se estremezca el pecho mio.

CANTO XXI¹

EL TRIUNFO DE LA RELIGION

LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECHERAN CONTRA

ELLA

Math, 16 v. 18.

Nacida apenas, trágica ruina,
 Triste fin desastroso amenazaba
 La Religión que Cristo estableciera.
 Parecía que jamás sus estandartes
 Flotarían á la faz de las naciones,
 Y que nunca sus reales dilatara.
 Pues viene ella á imponer incomprensibles
 Inauditos misterios, grandemente
 Inaccesibles al mas alto ingenio.
 Ella enseña que el Padre y su Progenie,
 Y el adorable Espíritu, á quien ambos
 Del mutuo amor espiran por la llama,
 Son tres personas, mas un Dios tan solo.
 Clama que el Unigénito del Padre
 Se hizo hombre, y que nació de intacta Virgen
 Y que Él, inmune de coacción violenta,
 Quiso sacrificarse por el hombre,
 Y á una muerte, afrentosa, cual ninguna
 Y sin igual amarga sujetarse.
 Mas después, del negro Erébo triunfante,
 Ya pisoteada la vencida muerte;
 Subió lleno de vida con gran pompa,
 Del empíreo al alcazar encumbrado;
 Y en su divino trono resfulgente
 A la diestra del Padre el cetro empuña.

¹ En este canto principalmente, no se pretenda encontrar un hermoso trabajo poético. El Autor, siguiendo su plan, se propuso más bien escribir una breve pero elocuente apología de la Religión, aunque parece por otra parte que el presente Canto no está muy en armonía con el tono dominante de la obra en general; pero ya se hecha de ver cuál fué la mente del Poeta.

Agiólogo.

Y que en medio de santos escuadrones,
 Otra vez bajará del alto Olimpo
 Para juzgar inexorable al mundo;
 Y ante la faz del Universo entero,
 A la vista de todos los humanos,
 Cuántos habrán poblado el orbe todo;
 El Juez divino premios y castigos
 Inmutable dará según las obras.
 Que al sonido de la hórrida trompeta,
 Del fondo de las tumbas tenebrosas,
 Se agitarán con sacudida fiera
 Los despulpados huesos, y de nuevo
 Se juntarán las frías cenizas mudas,
 Ya reformados los antiguos cuerpos,
 Que animará otra vez soplo de vida:
 Como el árido tronco entorpecido
 Por el glacial abrumador invierno,
 Nuevamente se adorna y atavía
 Con su verde frondosa cabellera.
 Otras creencias añade más abstrusas,
 Y al humano sentido inaccesibles:
 Que apenas las palabras consignadas
 Hace vibrar el sacerdote, luego
 Un pan pequeño y de la vid el jugo,
 Que en él sus manos tiene, se trasforma
 Ni otra cosa ahí resta que la imágen
 O apariencia en que estrellase el sentido.
 Y que de esas especies bajo el velo
 Un Dios, Hombre también, todo se oculta,
 Quien lavó nuestras culpas con su sangre;
 Y de su amor inmenso nos ha dado
 Cual monumento insigne, estos divinos
 Manjares que su muerte representan,
 Y el gran sustento son de esta mezquina
 Miserable vida, y de otra vida eterna
 Siempre dichosa, ajena á todo llanto
 Y excenta de las garras de la muerte,
 Prenda divina son, prenda segura.
 Y por más que estos dogmas sobrepujen
 Los más altos esfuerzos del sentido,
 Y los alcances de la muerte humana;
 Firmísimo sostén tienen no obstante
 En su divino Autor, quien solamente
 Es inmutable y firme en su palabra,
 Ni puede por el yerro ser vencido,

Ni á la verdad su boca rebelarse:
 Tienen un inconcuso fundamento.
 Nuestra Fé esta es. Mas ¿cuál la ley? Contraria
 A sí mismo y hostil á los sentidos;
 Ardua y austera, de semblante adusto,
 Del ánimo los bríos continuamente
 Doma y corrige; y aquel mal nativo
 Aquel fatal contagio que en nosotros
 En una con la vida se propaga
 Y sus cobardes víctimas nos hace.
 El Deleite insidioso, lisonjero
 Mal innato en el hombre de vil greda;
 Lleno de halagos arrebatado astuto
 El ánimo del hombre y voluntario
 Prisionero se lo hace y encadena,
 Y le mezcla con miel mortal veneno.
 Por otro lado la mordaz Envidia
 Las entrañas carcome lentamente,
 Siempre mirando con torcidos ojos
 Y mustio corazón, que otros prosperen;
 Siempre envuelta su frente entre nublados,
 Siempre frunciendo las hirsutas cejas,
 Y disfrazando el odio que la ríe
 Bajo el manto de fútiles pretextos
 Más llena de furor, más impetuosa
 Truena la Ira con rabiosa boca
 Y ruge horrendamente; su mirada
 Preñada está de rayos tempestuosos;
 Y arde por descargar atroz venganza,
 Crueldades anhelando y exterminio,
 Y en la sangre bañar sus garras crueles.
 A entrambas, la Soberbia, hermana digna,
 Les atiza sus bríos y sus furoros.
 Con torpeza mayor y muelle ignavia
 Su nido hace en el hombre la Avaricia,
 Hambre execrable de oro, y allí incuba
 Con duración mayor, disimulando
 Sus combas largas uñas, y su grande
 Ignominia nefanda; que aunque el hombre
 Detesta y aborrece, comunmente
 Amplio abrigo le da dentro su pecho
 Que arde de oro con sed insaciable.
 Nada contemporiza, nada halaga
 La ley santa de Cristo, estas dolencias;
 Y amenaza terrible á aquellos ojos

Que un torpe fuego encienden en el alma;
 Que otro fuego después, inextinguible,
 Atizarán en la región del llanto.
 Y este inicuo mirar, de un solo golpe
 Destruir queriendo [sírvese de aquesta
 Viva enfática frase] él ha mandado,
 Como medio eficaz muy oportuno,
 Que se arranquen los ojos de sus cuencas.
 Quiere que el tenor mismo y la medida
 Con que á sí mismo se ama cada uno,
 Sirva para el amor de nuestro hermano;
 Y por tres veces más en esto insiste,
 Y urge sin tasa alguna este mandato.
 Y así con esta ley vence, degüella
 La Envidia y Odio, formidables monstruos
 Que ceban con veneno y negra sangre
 Crímenes mil nefandos, y destrozan
 El pecho humano y de su hiel lo impregnan.
 No quiere que al ocaso el sol decline
 Antes que el fuego ardiente de la ira
 Se haya apagado y vuelto la bonanza.
 Y aun manda que se dejen las ofrendas
 Al pié del ara, si al llegarse alguno
 Sus votos á cumplir, se haya acordado
 Que hay rencilla en su pecho no extinguida:
 Y ordena que éste las espaldas vuelva,
 Y que primero de la paz reanude
 Los lazos que cortara la discordia.
 Cierra del cielo las ferradas puertas
 En la cara de aquel, que de sí mismo
 Hinchado vanamente, se engrandece
 Y hacerse como párvulo desdeña.
 Anuncia que estas puertas son angostas,
 Y que al soberbio, hinchado en su arrogancia,
 Darle paso no pueden: y asimismo
 Intima que casi es inaccesible
 Para los ricos el radiante Olimpo,
 Y árdua, difícil, les será la entrada:
 Pues del oro el gran peso los abrumba,
 Y los doblega al suelo y los derriba:
 Y que será más fácil al giboso
 Camello, por el ojo de una aguja
 Hacer pasar su agigantada mole.
 Y pone ante los ojos el terrible
 Ejemplo de un avaro sumergido

En un ardiente bátrato profundo,
 Anhelando lamer la gota de agua
 Que de Lázaro á un dedo se adhiriera,
 Sin esperanza alguna en sus tormentos.
 Aquel por gran glotón fué conocido;
 Y veía con desprecio á este mendigo
 Que de úlceras cubierto y negra podre,
 En el dintel yacía de su palacio,
 Y el mezquino negábale aun las migas
 Que de su mesa espléndida rodaban,
 Y á los perros se daban en hartazgo.
 Aun más terrible truena; y sin alguna
 Distinción amenaza á los que goces
 Se procuran sin tasa en esta vida,
 Y riquezas avaros amontonan,
 Liga, pábulo vil de toda infamia.
 Sondea además aquesta ley divina
 Del pecho humano hasta lo más oculto;
 E impunemente por sus hondos senos
 No permite vagar deseo manchado;
 Pues lo doma inflexible y lo quebranta.
 Contra aquellos fulmina atroz sentencia
 Cuyo interior es intachable y recto;
 Y aunque en él mancha alguna no aparezca,
 Su corazón rebosa de inmundicias:
 Como aquellos sepulcros suntuosos,
 Blancos por fuera, llenos de hermosura;
 Mas el horror y fetidéz y espanto,
 Y podredumbre, y huesos carcomidos,
 Tristísimos despojos de la muerte,
 Por dentro ocupan su recinto oscuro.
 Esta ley, pues, tan rígida y austera,
 Y con la carne y sangre incompatible,
 Podría esta ley y religión creerse
 Que en su carrera al sol atrás dejara;
 Y aun más allá de la radiante meta
 Del áureo sol, del esplendente día,
 Avanzara, extendiendo majestuosa
 En todo el Universo su dominio?
 Esperanza ninguna había en lo humano,
 Que alcanzar tanto pretendiera osada.
 No obstante, su Autor mismo, Jesu-Cristo,
 Ya todo lo anunciara con firmeza;
 Con tal firmeza cual si discutiera
 Hechos ya en el pasado sumergidos:

De tal modo á su vista se extendían
Antes de suceder todas las cosas,
Tan ciertas para él, tan evidentes.

Aguerridas falanges por doquiera
En escuadrón compacto se levantan
En Salén, á su ruina conspirando,
Y pretendiendo ahogar dentro su cuna
A la naciente religión divina.
De Cristo á los heraldos que primeros
Desplegaban el fúlgido estandarte
Y bajo él á los pueblos convidaban;
Se amenaza con penas y tormentos
Para que en adelante no pretendan
Hacer oír la voz de su doctrina
Y ensalzar de Jesús el santo nombre;
Y les hacen sufrir azotes crueles
Cadenas y prisiones. Mas resueltos
Los tormentos desprecian y la muerte,
Y el son de la amenaza, y aun se huelgan
De los grillos, azotes y cadenas
Que por el nombre de Jesús sufrían.
Y para darles fuerza á sus palabras
Y demostrar que los misterios grandes
Y oráculos que enseñan, en divina
Inspiración debieron: á su arbitrio,
De la natura las estables leyes
Rompen y alteran su invariable curso,
Y á sus murmuradores, de gran pasmo
Y asombro llenan; y hacen por doquiera
Brillar grandes portentos y prodigios.

A un infeliz de entrambos piés tullido,
Desde que el seno maternal dejara,
Hace Pedro que rauda se levante,
Y firmes sienta sus endebles bases,
Y el suelo hiera en rápida carrera.
Quisieran los pontífices osados
Tergiversar portentos tan palpables.
Pero por más que su cerviz sea dura,
Se ven á su despecho confundidos:
Como el nocturno malicioso buho
Odia del sol los áureos resplandores,
Que á su pesar, deslumbran su pupila.
En medio de Salén la populosa,
Bufando de furor la hostil caterva,
Tres mil de una vez solo, y en seguida

Cinco mil en tropel bajo la enseña
De Cristo se acogieron; y otros muchos
Y otros después, por el fulgor vencidos
De los muchos prodigios y señales.
La misma sombra del ardiente Pedro
(Algo más sorprendente y más grandioso
Pudiera idearse) daba á los enfermos
La perdida salud; y por lo tanto
Millares le allegaban por si acaso
Los cubriera la sombra bienhechora
Del grande Pedro, y esto era bastante
Para expungar doquier toda dolencia
Y alejar de la muerte los rigores.

Descollaba en fiereza y osadía
De Cristo sobre todos los contrarios
El acérrimo Saulo; mas apenas
Lo tocó el cielo con un fuerte rayo
De su divina luz: en el momento
De sus ojos cayó la oscura venda
Con que el error judaico los cubriera,
Y en su pecho atizara tantas iras;
Y á la antigua fiereza y osadía,
Un dulce amor inmenso sucediose.
Y ya luego entre todos los magnates
De Cristo, y de la fé entre los primeros
Maestros recibido: todo el orbe
Recorrió con el ímpetu del rayo;
Y acá y allá, con rapidéz ardiente,
A los pueblos enteros convidaba
Bajo el pendón á milite de Cristo,
Por cuyo dulce nombre, más trabajos
Que los doce sufriera, hasta agotarlos.
Así, pues, Pedro y Pablo juntamente
De Roma á los alcázares soberbios,
Hinchados de arrogancia porque al mundo
Tenían bajo sus piés encadenado;
Impávidos llevaron por primeros
El sacrosanto lábaro de Cristo,
Y lo hicieron flotar en las alturas,
Aunque rodeadas de enemigas huestes:
Aunque todos los vientos por doquiera
Se armaran de furores y amenazas.
Ya Júpiter, el padre de los dioses,
Ni súplicas oirá, ni ardientes votos,
Ni olerá los perfumes del incienso,

Y de la cumbre, al fin, del Capitolio
 Será arrojado lejos de sus aras;
 Y mofa vendrá á ser del nécio vulgo
 El que antes se creía del alto Olimpo
 Sacudidor potente, y de la grande
 Roma el gran Fundador y su inmutable
 Conservador y defensor insigne.
 Juntamente con él de dioses todos
 Y diosas del imperio, las efigies
 Y torpes simulacros, para siempre
 Arrancados serán; y pena extrema
 Se dictará contra el que en adelante
 Ose culto rendir á muchos dioses,
 O en su mente admitir más de uno solo.
 Se abolirán también los prostitutos
 Ritos y sacrificios; las orgías
 De Baco y sus revueltas libaciones,
 Y el torpe culto de la infame Venus;
 Y seguir ó imitar esos nefandos
 Ejemplos de la turba de estos dioses.
 Y aunque entonces la cruz era tormento
 Infame de ladrones, é ignominia
 Sin igual inspiraba á los romanos,
 Y negro horror; se le rindió, no obstante
 Honor y culto; y en la misma Roma
 Fué exaltada, y gloriosa á los palacios
 De César penetró, y entre el incienso
 De humeantes aras, en soberbio triunfo
 Fué llevada, doblando la rodilla
 El pueblo entero. A Cristo así rindióse
 La misma Roma: gloria fué de Pedro
 Y de su invicto compañero Pablo;
 Y ya á los ecos de esta Fé romana
 Los ámbitos del mundo resonaron.
 El nombre de Jesús, el reino amable
 De la cruz ya extendíase en sus conquistas
 Mas allá del romano vasto imperio,
 Hasta aquellas regiones que cobija
 Otra luz, otro cielo y otros astros;
 Más allá de las fértiles riberas
 Del aurífero Ganges caudaloso;
 Hasta el Coromondelos, dó la aurora
 Es sorprendida en sus primeros pasos
 Al dejar, madrugando, el cristalino
 Lecho del vasto océano rubicundo;

Hasta el tostado reino de Etiopía
 Que del Nilo posee la ignota cuna,
 Y más allá de la nival Escitia
 Y de los duros pueblos de Sarmacia
 Sobre cuya cabeza, amenazando
 Están suspensas las glaciales Osas;
 Regiones do las águilas romanas
 Aún no se mecieran altaneras
 Ni habían tejido sus terribles garras;
 Dó el áureo sol sus impotentes rayos
 Apenas vibra con mirada oblicua.

Hasta el Ganges Tomás raudo penetra
 A la Escitia Felipe, y á los reinos
 De Etiopía, Levi con Simón y Júdas.
 Tú también, tú, el Mayor, Santiago insigne
 (Según fama antiquísima declara
 Que los pósteros todos han guardado)
 De la Fé en los altísimos arcanos
 Imbuiste á Zaragoza, y tú primero
 A los pueblos de Esperia, hasta las playas
 Iartesianas, de la cruz llevaste el santo
 Noble pendón, y en las hercúleas metas
 Lo izaste en frente del rugiente Ponto;
 Donde después que el sol recorre el mundo,
 Desenjaeza y baña sus jadeantes
 Corceles y los peina y acaricia.
 Este víctima fué del crudo Herodes,
 Y el primero que en muerte, á su Maestro
 A quien en vida fiel acompañara,
 Siguió de entre el senado de los doce.
 Bajo el mandato del romano Herodes
 Del férino Nerón, en duro tronco
 Fué extendido cruelmente el grande Pedro,
 Y degollado Pablo por la espada.
 De primer magnitud astros del mundo,
 En Roma sucumbieron por la misma
 Causa aunque desiguales en su muerte;
 Y á los que habían de ser inseparables
 Aun más allá de la envidiosa tumba,
 El mismo día los arranco del mundo,
 Y entrególos entrambos á cruel muerte.
 Casi igual muerte y *fraternal* martirio
 A Andrés quitó la vida; lo extendieron
 En dos oblicuos ásperos maderos,
 Sujetos por su encuentro, en cuyos cabos

De manos y de piés fué suspendido.
 Por los costados con terrible empuje
 Fué por dos largas hastas traspasado
 El ardiente Tomás. De la alta cumbre
 Del templo han arrojado con gran fuerza
 Al segundo Santiago, y recibido
 Con un fuerte terrible pertigazo.
 Mas tú, Bartolomé, con más barbarie,
 Con más crueldad sacrificado fuiste:
 Pues la piel de tu cuerpo fué arrancada
 (Lo que sólo en las fieras se practica)
 Vivo aún; y quedándote pendiente
 En reedor, palpitaban las abiertas
 Trémulas venas, mientras los arroyos
 De tu sangre corrían por todos lados,
 Y era todo tu cuerpo viva llaga.
 Y todos, en resúmen, los primeros
 Que por el mismo Cristo constituidos,
 Fueron maestros de la Fé y costumbres;
 De varios modos, con sin par fiereza,
 A manos de cruellísimos sayones,
 Víctimas nobles fueron, inmólando
 Así sus almas, sus heróicas vidas.
 Sólo tú sin violencia de tormentos
 Tus días cerraste, predilecto Apóstol,
 A quien Jesús, ya próximo á la muerte,
 En precioso legado, como tuya
 Dejó á su misma Madre. Recibiste
 Tú de su boca el postrimer acento:
 Pues al pié de la cruz sólo tú estabas;
 ¡Tormento atroz, acerbo cual ninguno!
 Ver tan cerca á Jesús agonizante;
 Y sus vitales últimos suspiros
 Guardar dentro tu pecho destrozado,
 Y ser rociado de su misma sangre.
 Eras tú pues, de amor, mártir glorioso:
 La misma espada que se hundió en el pecho,
 De la inocente Madre, rompió el tuyo;
 Y un dolor más agudo y más intenso
 Que toda muerte, y que el mismo óleo hirviente
 En que después nadaste, aquella espada
 Trajo terrible á tu angustiada pecho.
 Eran los doce, á guisa de corderos;
 Sus torvos enemigos por doquiera
 Los destrozaban cual rabiosos leones.

Esto una y otra vez, ya su maestro
 A sus fieles discípulos un día
 Les anunciara: que serían el blanco
 De horrendos odios y que á lo más triste,
 A lo más cruel expuestos se verían,
 Sin más delito que de Cristo el nombre.
 Esto á sus santos dió de patrimonio,
 Esto mismo á los suyos; triste todo
 A los profanos ojos sumergidos
 De la carne en la masa tenebrosa:
 Mas riquísima herencia á sus secuaces,
 Prenda de gloria en los celestes tronos,
 Que todos los tesoros más preciosa.
 Nerón, más cruel que una preñada tigre,
 De los caucasicos antros, fuertemente
 A los cristianos con robustos nervios
 Ataba, y por las calles y las plazas
 De Roma, untados de betún y brea
 Los transformaba en hórridas antorchas.
 ¿Y qué omitió el impío bárbaro Decio?
 El, los más exquisitos, inhumanos
 Tormentos agotó: las sanguinosas
 Espadas embotó, quebró las ruedas,
 Dejó sin fuerza á la segur filosa.
 Entónces á las púdicas doncellas
 De noble alcurnia, descendientes de héroes,
 Y por virtud, más que por sangre ilustres;
 Con herida inhumana cual ninguna,
 Con un fuerte fendiente de la espada,
 Les fueron ¡ay! los pechos cercenados.
 Y ¿qué podré decir de aquellas otras
 Coronadas panteras, cuyo nombre
 Aun el metro rechaza horripilado?
 Apenas puede á tí, crudo Diocles¹
 Recibirte cual eres, en plebeya
 Cuna mecido, cuando tus indignas
 Sienes aun no ceñía la real diadema,
 Ni arrastrabas la púrpura esplendente.
 Más que Nerón cruél, más execrable
 Que el mismo Decio, no se contentaba
 Como éste, de quemar uno por uno,
 A los cristianos, para que sirvieran
 De antorchas por la noche: mas á estos,
 En acerbos inmensos, hacinados

(1) Diocleciano, llamado Diocles antes de subir al trono.

Los arrojaba al elemento ardiente.
 Aun más allá avanzóse contra Cristo
 Su odio y encono. La ciudad de Frigia
 Consumió por completo entre las llamas
 De horrible incendio, á todos envolviendo
 Entre aquel negro torbellino ardiente,
 Hombres, mujeres y aun los tiernos niños
 Colgados ¡ay! de los maternos pechos,
 Sin que á la edad ó al sexo se atendiera;
 Y todo á frías cenizas reducido,
 Quedó al arbitrio de los rudos vientos.
 Estos así. Mas otros, en calderas
 Ya por el vivo fuego enrojecidas,
 En un lento sufrir los fué tostando.
 Suplicios más atroces no inventara
 El renombrado Sículo tirano.
 Mas no sólo, á las llamas entregaba
 De Cristo á los secuaces; infinitos
 En los abismos sumergió del Ponto.
 Otros en rotos frágiles esquifes,
 En mal trabadas balsas, colocados
 Unos sobre otros, como si hacinara
 Cuerpos inanimados, troncos fríos,
 Y todos en gran maza abandonados
 A su mismo gran peso; los confiaba
 Del Océano implacable á los furoros,
 A merced de sus olas tempestuosas,
 De sus terribles vórtices rugientes,
 Para que en sus abismos los hundieran
 En una con las débiles barquillas,
 Juguete del indómito elemento.
 Otros cubiertos de vellosas pieles
 De osos hirsutos y monteses fieras,
 Y obligados á andar como cuadrúpedos,
 Eran por él expuestos á rabiosos
 Mastines, que engañados tristemente,
 Con hórrida avidez los devoraban.
 Mas entonces los canes aprendieron
 A respetar el cuerpo de los santos;
 Y por celeste impulso compelidos,
 A los crueles verdugos desmembraban
 Y la pena exigíanles de su crimen.
 Y á aquellos que no osaron con sus garras
 Lastimar los famélicos mastines;
 O la espada cortoles la cabeza,

O la clava por tierra derribólos;
 Rígida triturando su cerebro,
 O de piedras espeso torbellino,
 Les dejó sepultados. Mas ¿qué intento?
 Nadie podría las formas de martirios
 Con frases bosquejar; aunque vibrara
 Su voz infatigable cual de bronce;
 Ni la enorme crueldad de las maldades
 Ni las artes de atroz carnicería
 Que éste ejerció en torturas y suplicios.
 Loco, insensato que creyó arrogante
 Que la obra grande, inmensa, que Dios mismo
 Y su Hijo unigénito fundara;
 Destruir le sería dable y asolarla
 Y sepultarla entre sangrientas ruinas.
 Débiles ovejuetas á los ojos
 Del humano poder, solas, inermes,
 Teñidas ¡ay! aun en su sangre misma,
 Mas de paciencia y mansedumbre armadas;
 A los lobos vencieron, derribaron
 Con su misma cruel muerte á los Nerones,
 A los Decios y crudos Dioclecianos.
 Así el haber vencido, del Excelso
 Obra fué ingente; y esta gran victoria
 No apoyada en la fuerza ni riquezas,
 Ni de las armas en el fiero rayo,
 Y que aun para vencer fuera vencida;
 Toda fué celestial, divina toda.
 Y en su sangre inundada, casi hundida
 Entre sus ruinas; más exhuberante
 Se alzó la augusta religión, y el mundo
 Pequeño á sus conquistas parecióle.
 Alta la frente, con gallardo paso
 Entró triunfante á los palacios reales;
 Y los Césares mismos, cuyas sienas
 Cefiía esplendente la imperial diadema,
 Y que con una seña, al Universo
 Hacían estremecer; luego humillaron
 Ante la cruz sus coronadas frentes,
 Y en ellas mismas fué esa cruz grabada,
 No como antes, cual marca de ignominia;
 Sino como una enseña gloriosa
 De nobleza y honor, del Rey de reyes
 Como eterna y magnífica preseña.
 De estos tú, Constantino, fuiste el jefe,

El inclito caudillo, á cuya gloria
 Encomios faltan á la lengua humana.
 Pues en medio del cielo á tí mostróse
 Una sublime cruz esplendorosa,
 Cuya belleza la del sol vencía.
 Entonces precediendo á tus falanges,
 Elévase en tus bélicos pendones;
 Y al afrontar las enemigas huestes,
 Las llenó de temor y sobresalto,
 E infundióles un pánico terrible
 Que las hizo apelar á torpe fuga,
 En confuso tropel con gran desorden.
 El mismo puente desdeñoso, al peso
 Del enemigo súbito rompióse;
 Y en las ondas del Tíber sumergido
 Pereció aquel Majencio, cruel tirano
 Emulo de Diocles en sevicia,
 Quien de Cristo á mansalva en todas partes
 El rebaño inocente destrozaba.
 Sonó tu voz, oyóse tu mandato;
 Y sin demora los hinchados ríos
 Que de sangre cristiana á la gran Roma
 Toda inundaban, se secaron luego;
 Y á la voz del heraldo promulgóse
 Por toda la ciudad el grande edicto
 De paz á los cristianos y descanso.
 Mientras la santa fé, mientras inmoble
 Dure la excelsa religión Romana,
 Sustentada en columnas diamantinas;
 Tuya será esta gloria, y de este insigne
 Hecho el honor sublime, eternamente,
 A todas las edades transmitido,
 Vivirá entre las páginas del mundo.
 De los estigios antros tenebrosos
 Que atruena siempre del dolor el eco,
 El gran monarca de la noche eterna,
 Instigador y tea de las maldades,
 Sufido se asomó; y á su despecho,
 Vió que la guerra atroz que él emprendiera,
 Vertiendo por doquier sangre á torrentes,
 Exitio favorable no alcanzara;
 Y que más bien de Cristo el reino augusto
 Robusteciera sus inmuebles bases:
 Y que la Religión que él incansable
 Aun de cuajo arrancar había intentado;

Ya doquier se vestía de exuberantes
 Nuevos retoños, que por todo el mundo
 Cundían lozanos y de vida llenos,
 Regados por la sangre fresca, humeante
 De innumerables ínclitos testigos,
 Hasta la muerte y aun allende firmes:
 Cual fresno colosal que fué en el bosque
 Destrozado por hachas y segures;
 Fuerzas recibe de sus mismos daños,
 Fuerzas le dan sus golpes, sus heridas;
 Y reanimado por el mismo acero,
 Alza bizarro su lozana frente,
 Y erguido se levanta á las alturas.
 Da un gran gemido semejante al trueno;
 Y revolviendo en su confusa mente
 Fraudes é intrigas de mortal veneno;
 Va maquinando pérfido artificio,
 Y ya medita una insidiosa guerra,
 Guerra intestina de mayor peligro,
 Que más bien que con armas sanguinosas,
 Se había de practicar con las astucias
 De una mente sutil, ingeniosa,
 Que sacrílegas plumas empapara
 En la hiel infernal de la discordia;
 Tósigo viperino, que infundiera
 Un frenesí de insanas novedades.
 El mismo rey del Erebo trócase
 En un aspid pequeño, y en el seno,
 En las hondas entrañas se introdujo
 Ocultamente de Arrio, mientras el sueño
 Altamente embriagaba sus sentidos.
 Este, llevado de ambición ardiente:
 En ritos presidir, y sacrificios
 Pretendía, y ser pontífice y sentarse
 En la encumbrada silla distinguida
 De la ciudad que de Alejandro el nombre
 Recibió. Pero de ella, rechazado
 Y de toda esperanza removido,
 Su mente perturbóse, y aún en sueños
 Respiraba furor y atroz venganza.
 Y más furioso aún por el contacto
 Del aspid que hospedaba, temerario
 Fué osado desafiar al mismo cielo
 Y negar que es igual al Padre Excelso
 Su Increado Unigénito adorable,

Que del humano cuerpo revestido,
 Quiso nacer de Virgen sin mancilla.
 En pestífero cármén [que Talia
 Llamó él también] y que á los noimados,
 Oídos destemplados empeorara,
 Brindó al incauto vulgo atroz veneno,
 Potente en sedición, muchos pastores,
 Que en su grey altamente descollaban,
 Inficionó con su fatal brevaje,
 Y en sus reales militar los hizo.
 También á Constantino se le impuso:
 ¡Oh de los reyes condición muy triste!
 Que de hipócrita astucia enmascarada
 Son engañados, ni la faz artera
 Bien semblantean del pérfido malvado,
 Que incógnito les es, porque ellos tienen
 Un noble corazón en un real pecho,
 En que astucias no caben y artificios;
 Pues Arrio en hurdir fraudes gran maestro,
 La sencilla mirada, y el balido
 De la oveja apropiándose, ocultaba
 Garras, hocico y dientes de cruel lobo.
 A este monstruo quebraron la cabeza
 Trescientos Padres, que en Nicea reunidos
 Concilio celeberrimo formaron;
 Y sin embargo el ya pesado monstruo
 Su lívido pezcuezo levantaba,
 Y al cielo amenazaba, sacudiendo
 De soslayo sus crestas arrogantes:
 Como la sierpe á quien pesada rueda
 Aplastó, y semiviva y triturada
 La dejó, sobre el fango en que yacía.
 Ella aún esforzándose se arrastra;
 Y la cabeza de veneno henchida
 Levanta atroz y el espumoso pecho,
 Y furiosa se tuerce y se retuerce.
 Mas finalmente en hora inesperada
 Arrebatado por la muerte, vivas
 Arrojó sus entrañas reventando,
 En las que otra intestina sorda guerra
 Movió el áspid terrible, donde había
 Fijado su guarida largamente;
 Y de sus fraudes y furor terrible
 Semilla fecundísima dejando,
 Al Averno rugiendo desplomose.

A estas inmensas aguerridas turbas,
 Solo Atanasio estremecer hacía.
 Cuarenta años y más él las murallas
 Defendió de la insigne Alejandria,
 Un ancho foso en derredor abriendo,
 Y embrazando una egida impenetrable;
 Y aunque expatriado de su excelsa silla,
 Y á veces encerrado en un sepulcro,
 Prófugo, errante y hasta guarecido
 En ferinas oscuras madrigueras:
 De Arrio no obstante la perjura raza,
 Prófugo así temióle y expatriado.
 Ni menos, entre tanto, el grande Hilario
 [A quien la Galia, siempre, como ahora,
 De hombres grandes fecunda, con fecundo
 Parto dió al Orbe] de terror llenaba
 A las falanges contra Cristo audaces.
 Enérgico, elocuente, de ancha valla
 Rodeó esas turbas, y encerrar las hizo;
 Sacó de Madre al Ródano violento;
 Todo sobre ellas lo hizo desbordarse
 Y en sus vórtices hondos sumergirlas.
 De estos, rival atleta, heroicamente
 Confundió el gran Jerónimo los torpes
 Atentados de Helvidio que insensato
 Intentaba manchar con baba impura
 A la Madre de Dios Inmaculada.
 Y á otros monstruos también de todas razas
 Que rugían contra el cielo horrendamente;
 El Dálmata, guerrero infatigable,
 Cercenó con la espada sus cabezas.
 Y también á los rudos y bisoños
 Armó á la guerra y adiestró su mano;
 Y nuevos jefes, nuevos escuadrones
 Alistó para entrar en la pelea.
 Pues las invictas armas que fraguadas
 Fueron en los divinos arsenales
 De la Santa Escritura, él divulgólas
 Entre el latino pueblo, y su manejo
 Facilitó á las inexpertas manos.
 No es necesario ya virar las velas
 A las griegas riberas peregrinas.
 Pues él ya levantó fuertes murallas
 En nuestra misma patria; y aun el seno
 De nuestro hogar abasteció de aquellas

Armas que él mismo con glorioso triunfo,
 Trajo, al volver de las arjivas playas,
 Diestrísimo sin par en su manejo.
 Jefe invicto también tú fuiste Ambrosio,
 Tú en cuya boca se posó un enjambre,
 Cuyos labios miel dulce destilaban;
 Tú por dulzura y sutileza insigne
 Triunfaste de Agustín; y al que antes era
 Un formidable indómito adversario,
 Hiciste un defensor, un gran caudillo.
 Mas he aquí que el tirano de las sombras
 Mueve por otra parte otros tumultos
 Y alista nuevamente otras falanges
 Al mando de Nestorio, quien con todo
 Ahínco pretendía sus inmortales
 Glorias robar á la divina Madre,
 Y despojarla de su real diadema;
 Aunque éste, armado de diverso modo,
 Pretendía que absorbido y como exhausto
 En Cristo quedó el hombre, y de esta suerte
 Al Dios-Hombre turbaba y confundían.
 Estos, no obstante, fuertes enemigos
 Por astucia terribles y por armas;
 Al fin vencidos, en brillante triunfo
 Llevados fueron por los nobles padres
 En Calcedonia y Efeso reunidos.
 Estos últimos fueron exhortados
 Y convocados por el gran rugido
 Del grande León, que derribar queriendo
 A la hidra que rápida avanzaba:
 Desde la excelsa cátedra de Pedro
 Esculpió en una Epístola terribles
 Voces de trueno que de espanto hirieron
 Haciendo estremecer á los rebeldes;
 Y las ígneas saetas mandó él mismo
 Y las fulmineas victoriosas armas.
 Por otra parte allá entre los Britanos,
 Separados del resto de los pueblos,
 Sale Pelagio al campo de batalla
 Alistando enemigos escuadrones.
 Este, lleno de auñacia y necio orgullo;
 De la culpa de origen el contagio
 En nosotros negaba, pretendiendo
 Aun suprimir, como un inútil fardo
 Las fuerzas auxiliares con que el cielo

Nos arma y fortalece contra el genio
 De las tartáreas sombras que doquiera
 Conspira á nuestro mal, y así podamos
 Superar sus insidias, sus ataques.
 Cosa inútil, decía, preces y auxilios;
 Y exigía á cada uno que á sus fuerzas,
 De su salud el gran negocio fiara.
 ¡Necio! que ni á sí mismo ni al potente
 Adversario maligno conocía;
 Ni pudo en su experiencia cerciorarse
 Del grande enervamiento en que se encuentra
 Nuestra vida y salud siempre rodeada
 De innumerables flaquezas y miserias:
 Como al enfermo á quien ardiente fiebre
 En un lecho clavó, cuando sus ojos
 Viene al fin á cerrar un tardo sueño;
 Parece que puede en su carrera
 Desafiar á los zéfitos alados:
 Mas las fuerzas le faltan, desfallece
 Apenas lo intentó; ¡sueña el mezquino!
 Agustín con la espada de su pluma
 A éste degolló; buscaba en vano
 Todo rincón, todo escondrijo oscuro
 En su tímida fuga, astutamente
 Rodeando de tinieblas su guarida;
 Y sus sendas turtuosas confundiendo,
 Ya encerrado en oscuro laberinto,
 Densísimo negro humo vomitaba.
 Mas por ciegos senderos, por abruptas
 Encrucijadas síguelo incansable
 El invicto Agustín: á su enemigo
 Aferra, lo estrangula, lo derriba,
 Y luego ahuyenta aquella niebla oscura,
 Lucidísima antorcha descubriendo.
 Tú de Italia, ¡oh! Gregorio, fuiste orgullo;
 A tí Roma, tu patria, aunque renuente,
 A todo tu pesar, hubo elevado
 A la Cátedra augusta del gran Pedro,
 Por un iudicio celestial llevada.
 Tú á la Romana Sede aseguraste
 Sus debidos magníficos honores
 Que la ciudad del grande Constantino,
 Por tal nombre orgullosa, pretendía
 Usurparse arrogante. Mas el triunfo
 Tuyo fué, ya á vencer acostumbrado

En aquella ciudad. Allí obligaste
 A un Pastor extraviado (quien negaba
 Que nuestros cuerpos, de la oscura tumba
 Llamados volverían á nueva vida,)
 A darse por vencido, y voluntario
 Vencido declararse, confesando
 La verdad, ya librado de tan triste
 Transcendental error. Estos insignes
 Trofeos, oh Grande, se alzarán por siempre
 A tu gran nombre en las estrechas fauces
 Donde el rugiente mar encadenado,
 De Bizancio se estrella en las riberas.
 Mas de la paz y de la fé los lazos
 Otra vez tristemente se rompieron,
 Y otras hordas aún más numerosas
 Y más devastadoras, por doquiera,
 Sembraron el terror y el exterminio.
 Con el cetro y la espada en todas partes
 León Isáurico mueve nueva guerra
 A las santas imágenes, vedando
 Su adoración y culto; y sin reparo
 Las derriba doquier de los altares,
 Con sacrilega mano despojadas
 Para arrojarlas á la ardiente hoguera.
 Por un padre tan bárbaro engendrado,
 En impiedad Coprónino excedióle.
 Nada, en verdad, contra el augusto cielo,
 Contra los santos y los más sagrados
 Monumentos grandiosos fué omitido
 Por este infame. Lo de más valía
 Que la Piedad, la Religión Augusta
 En hondos subterráneos escondiera;
 Con esmerado empeño rebuscado,
 Todo fué horrendamente destruído,
 Y al fin lanzado á las ardientes llamas.
 Este infernal furor más de sesenta
 Años, movió su viperina frente
 En la infeliz Bizancio. Mas de nuevo
 Los Padres en Nicéa se congregaron
 En grande coro; y con serena frente
 Mostróse al fin la Religión divina;
 Y en los templos y altares fué exaltada,
 Disipada la nube de tristeza.
 No es dable reseñar una por una
 Las guerras y combates que movían

Las infinitas turbas sediciosas.
 Por doquiera dirijas tu mirada
 A través de los siglos voladores,
 Agitarse veras las desertoras
 Pérfidas hordas aliadas siempre
 Con los negros tartáreos escuadrones.
 Mas cuantos adversarios y enemigos
 En los pasados siglos levantaron
 De guerra el grito, á todos desafia,
 A todos reta á singular combate
 Tomas de Aquino, y con su invicta pluma
 [Tal era su valor] derriba á todos.
 A tí, oh *Angel*, cuando aún vivías,
 Este nombre en la Galia se te impuso?
 Y con mucha razón: pues si no hubieras
 Un ángel también sido, fuera en vano
 De tí exigir que en el recinto estrecho
 De años cuarenta y ocho, breve plazo;
 En que encerróse tu preciosa vida
 Dieras á luz volúmenes tan grandes,
 Tan excelentes, de excelente parto
 Felicísimos frutos. Tu gran Suma
 Basta para enfrenar uno por uno
 A los más formidables enemigos:
 Callarán si la entienden, y rabioso
 Silencio guardarán á su despecho.
 A tí como á su jefe y gran caudillo
 Siempre han seguido y seguirán por siempre
 Las avanzadas de guerreras filas
 Que por la Religión luchan sin tregua.
 Entonces el Dragón que siempre en rifa
 Con la luz vive, rey del negro Averno,
 Entonces finalmente más sañudo
 Y más feroz aún que de costumbre,
 Contra el cielo bramó, contra la tierra;
 Y revolviendo todo el Aqueronte,
 Y sus mismas entrañas vomitando:
 De lo más hondo revésó en la tierra
 Dos hórridas Tisífonas, Lutero
 Y el cruel Calvino. Nunca el Aqueronte
 Otros monstruos más crueles vomitara,
 Y más horrendos. Ambos sostenían
 Que todos hacía el mal miseramente
 Somos como entre grillos arrastrados
 A pesar nuestro, y que en el alma fuera

Por completo extinguido el albedrío
 Cuando en nosotros desde nuestro origen
 Fué inoculada la primera mancha.
 Y ¿qué otra cosa audaces pretendían
 Si no romper todo retén y freno
 Del innato pudor, y hacer factible
 Que aun los delitos mas abominables
 Sean permitidos ni imputarse puedan?
 También añaden que impulsado el hombre
 Por la divina luz, cual cuerpo inerte,
 Es con grande violencia arrebatado,
 Ni de algún modo resistir le es dable,
 Ni le es, por tanto, el merecer posible.
 Estos grandes consuelos nos brindaban
 Tan insignes maestros. Mas el premio
 Y la auréola y corona merecida,
 Y de esta lid las victoriosas palmas
 Doquier afirman los divinos libros:
 Que á los nobles campeones vencedores
 Reservadas están, donde una eterna
 Vida siempre feliz, dichosa siempre
 Del alto empero en la región se goza.
 Pero ambos á mansalva mutilaban
 Con grande audacia los divinos libros;
 Y los que entre este número creían
 Espurios ser y de raerse dignos,
 Los raían sin reparo, y su divina
 Inspiración negaban. Y aun aquello
 Que no fué por escrito consignado;
 Mas por la viva magistral palabra
 Desde Cristo nos fuera transmitido,
 Por una sucesión no interrumpida,
 Y recibido con filial respeto
 A través de los siglos impetuosos
 Y con fé igual y religión guardóse;
 Intentaban destruir completamente,
 Y de sus mismas bases arrancarlo.
 Pretendieran asimismo que los hombres
 En lo exterior tan solo revestidos
 De la justicia y méritos de Cristo,
 Que encubre y disimula todo crimen;
 En un momento remontarse pueden
 Sin esfuerzo ninguno, sin fatiga
 De santidad á la esplendente cumbre.
 A la Virginitad guerra sin tregua

Habían jurado, y no querían, por tanto
 Que los ministros del altar guardaran
 De castidad la perfumada aureola.
 Con sacrilega frente inverecunda
 Infame triunfo reportó Lutero;
 Quien de un claustro burló las cerraduras,
 E hincó su garra en una Virgen pura;
 Y facultad por él fué concedida
 De romper aquel vínculo sagrado
 Que Cristo indisoluble declarara,
 Y de violar los nupciales fueros.
 Quisiera haber negado que el Dios-Hombre
 Se haya todo escondido bajo el velo
 Del pan y vino, y bajo su apariencia;
 Mas confiesa vencido á su despecho
 Que imposible le fué. ¿Qué haría por tanto?
 ¿Qué haría por fin en su impotencia? Quiere
 Que el pan ya trasformado enteramente,
 Quede íntegro como ántes que vibrara
 La enfática palabra el sacerdote.
 Esta desenfrenada negra Furia
 Del negro Averno, superar fué osado
 El nefando Calvino, que aun á Cristo
 Quitó de en medio; y este horrendo crimen
 Que únicamente acobardó á Lutero
 En vista de las fúlgidas palabras
 Con que Cristo declara que su cuerpo
 Es manjar verdadero y alimento;
 Con nueva audacia cometió Calvino,
 Gozándose en pintar á un Dios tirano
 Y sanguinario. Estólido afirmaba
 Que Dios, cegado por capricho horrible
 Sin preveer culpa alguna allá en su mente;
 Cerraba á muchos las etéreas puertas
 Para entregarlos á la eterna llama.
 Así gruñía con su rabiosa boca:
 Aunque doquier las Santas Escrituras
 Nos claman altamente y nos enseñan
 Que Dios es por natura, suave, tierno,
 Y compasivo Padre, y que á la muerte
 No puede destinar criatura alguna.
 A estos añadió más execrables
 Monstruosos partos. Pero se horroriza
 Ya y se espeluzna mi cansada pluma
 Y á seguir adelante se resiste.

De otros cien monstruos, hórridas serpientes,
 Ceñidos estos monstruos, y llamando
 A su lado otros muchos auxiliares;
 ¡Ay! ¡cuántas y cuán graves por doquiera
 Ruinas amontonaron, cuántos reinos
 En las sombras tartáreas envolvieron!
 Cuatro provincias tuyas desde luego
 Cubrió oh! Helvecia! esa calina oscura
 A tí ¡oh! Dania y Stiecia belicosa,
 Inmensos reinos, los que ya cobija
 El Septentrión con sus helados astros,
 Cubrió también ese capuz sombrío;
 Y otras muchas también de tus regiones
 ¡Oh gran Germania; y á los que concordes
 Viven en paz indómitos Batavos.
 A tí también oh! Anglia, en otro tiempo
 Cuna de santos y fecunda madre,
 Lloraremos sin fin, y nuestro llanto,
 Amargo, ingente, en tí derramaremos.
 Pues al fin se ofuscó tu cielo hermoso
 Por esas gruesas y funestas nubes.
 Pero también, entonces, digo,
 [Cosa admirable], cuando parecía
 Sufrir la religión tantos destrozos;
 Más se ensanchó; extendiendo en lontananza
 Sus espléndidos triunfos, y gloriosa
 Penetró en nuevos ignorados orbes.
 Las dos vastas Américas, que Europa
 Muy más grande cada una, con gran gozo
 La recibieron cuando en su destierro
 Una parte de Europa abandonaba.
 Gobernaba una de ellas el soberbio
 Moctezuma y la otra el postrer Inca.
 Y entonces en aquellos habitantes,
 Por cielo tan remoto cobijados,
 En las regiones últimas del globo;
 Se cumplió lo que un tiempo había anunciado
 El profeta Isaías: que el Austro y Bórreas
 Padres serían de numerosa estirpe;
 Con la Fé juntamente, una adorable
 Insigne prenda ¡oh México! del cielo
 Te fué mandada, una mejor egida¹

¹ Hace aquí el Autor, alusión á una especie de escudo, llamado por los latinos *ancile*, que en tiempo de Numa Pompilio bajó del cielo [según narran algunos antiguos hist.] y juntamente se supo por el oráculo que aquel escu-

Para tí descendió que eternamente
 Será tu gran defensa inexpugnable.
 Pues en presencia de la Reina Madre,
 De su mandato al éco, en una estéril
 Rocallosa colina, en los rigores
 Del áspero Diciembre; de repente
 Brotaron frescas purpurinas rosas,
 Que recogidas en grosera tilma;
 Apenas á la vista del Prelado,
 Cuya frente ceñía la sacra mitra,
 Un indígena rudo desplególas;
 [Cosa admirable]: súbito estampose
 En la vil trama incomparable imagen,
 Bellísima, sin par, de la Real Madre,
 Sostenida en las alas irizadas
 De rosado querube, y los agudos
 Cuernos hollando de la blanca luna;
 Su manto de zafiro está esmaltado
 Por las estrellas; sobre su cabeza
 Campea radiosa espléndida corona;
 Y en toda su extensión, á su real trono
 Forma respaldo el sol resplandeciente:
 En todo igual á la que viera un día
 En su quietud el desterrado en Pátmos,
 Por las serenas bóvedas del cielo.
 Nada más bello, más amable ha visto
 Jamás el Orbe ¡Ah! cómo sus recuerdos
 Hieren mi mente! Ahora todavía
 Con mis ojos mirarla me parece.
 ¡Ay! tan solo me es dable en este suelo,
 Que riego del destierro con el llanto,
 Obedecer á una expansión profunda;
 Y, oh bellísima Virgen, mis suspiros
 Hondos, frecuentes, férvidos mandarte
 Que en pos mi místico corazón se lleven:
 Para que ellos venciendo la distancia
 Que de tí me separa, ante tus plantas
 Ansiosos á adorarte se prosternen.

do sería la eterna salvaguardia y sostén de Roma. Recogiose por tanto y se guardó en el Capitolio con la mayor veneración; se confió su cuidado á ciertos sacerdotes que se instruyeron expresamente, y cada año se celebraban solemnísimas fiestas. En la mente del Padre lo que entonces fué un hecho fabuloso ciertamente; se verificó en México, de la manera más real, mandando Dios, no ya un escudo ó alguna arma de defensa á esta Nación; sino á su misma augustísima Madre como la más segura prenda de que Dios velará siempre por nuestra querida Patria.

También entonces de Tomás siguiendo
 Intrépido Javier las árdas huellas;
 De los Coromandelos avanza
 Aun más allá, donde en rosada cuna
 Mece el Japón á la risueña aurora,
 Que apenas nace, las oscuras ondas
 Del piélagó dejando; donde el nombre
 Jamás de Cristo resonado había,
 Ni de salud los écos se escucharan;
 Y brillar hizo el astro refulgente
 En esos vastos tenebrosos reinos.
 Y allí ignotos idiomas manejando,
 Y despojando al mar de su amargura,
 Y abriendo los sepulcros pestilentes
 Para dar á sus presas nueva vida:
 Tantos regeneró miles de miles,
 Cuantos en esas partes corrompiera
 La impiedad de Lutero. Finalmente
 Los Tridentinos Padres machacaron
 Y otros muchos después, fuertes doctores,
 De estas dos Furias la hórrida cabeza;
 Pues llamados á guerra tan reñida,
 Esgrímieron sus plumas invencibles.
 Entre estos Belarmino, decorado
 Con la gloriosa púrpura romana,
 Descolló potentísimo altamente;
 Otro enemigo no hubo tan terrible
 A sus terribles enemigos. Todos
 Contra éste solo conspiraron rudos,
 Y contra él se embotó de sus saetas
 La espesísima dura granizada.
 Y ¡en qué grande tumulto y desconcierto
 A las sencillas masas no envolvieron
 Los que hinchados por tímida jactancia
 Pretendían ser discípulos genuinos
 Del insigne Agustín,¹ y descarados
 Un tan excelso Padre se arrogaban,
 Siendo ellos de Lutero y de Calvino
 Pútrida emanación, espuria prole?
 Pues aunque estos quisieran envolverlo
 Todo entre espesa niebla tenebrosa;
 En realidad negaban que era vana
 Contra el interno auxilio de la gracia,

¹ Jansenio, en su libro intitulado *Augustinus*, sentó las perniciosas doctrinas que aquí se indican

Cualquier rémora humana y resistencia,
 Como aquellos lo hicieron, y por Gracia
 El prepotente vencedor Deleite
 También forjaron. Si en el pecho humano
 No se ha infundido por el alto cielo
 Este santo Deleite prepotente;
 En vano el hombre sujetarse intenta
 A la divina ley; aunque se esfuerze,
 Será al fondo arrastrado, estos afirman,
 Por la mayor pujanza y mayor peso
 Del terreno Deleite irresistible.
 Niegan también que por los hombres todos
 Derramó Cristo su preciosa sangre,
 Y entre tormentos inmoló su vida,
 (Negros también abortos de Calvino.)
 ¡Oh! fortuna que Pablo con tan claras
 Terminantes palabras, lo contrario
 Enseñó derrotando á unos y otros.
 Con el rayo que aún recién nacida
 Fué fulminada entro su misma cuna
 Esta atroz peste en la guerrera Roma;
 Hora también creeríase quebrantada.
 Pero aquellos astutos impostores,
 Mal deslindando el *hecho del derecho*,
 Seguían con más audacia perturbando
 La amable paz. Hasta que al fin sobre ellos
 Vibró firme el Undécimo Clemente¹
 Dos magníficos rayos más terribles
 Que los primeros; y que en la soberbia
 Frente de los rebeldes tumultuosos
 Hizo caer con tan certero golpe
 La gran piedad y majestad tan regia
 De Ludovico;² quien, por fin á tierra
 Los derribó, borrando aun su memoria.
 Pero aun entonces sobre firmes bases
 La anable paz no pudo cimentarse,
 Pues de estos huesos fétidos, roídos

¹ Dos constituciones expidió este Papa, á saber *Vineam Domini Sabaot*, publicadas el 20 de Octubre de 1705, y otra, aún más célebre, que empieza *Unigenitus Dei Filius*, publicada el 8 de Septiembre de 1713.

² Dos fueron los de este nombre á quienes aquí se hace referencia: Luis XIV y Luis XV. Ambos apoyaron muy religiosamente la const. *Unigenitus*. Finalmente, por una disposición del segundo, fué recibida en toda Francia la misma constitución como una ley de la nación, y se le dió toda la fuerza y vigor el año de 1756.

Reventó, pululando con gran fuerza
 El enjambre de aquellos que el gran nombre
 Sonoro de *Filósofos* se daban,
 De *filósofos* digo, secta inmunda.
 Como finjieron los poetas griegos
 Que de los dientes de la gran serpiente,
 Cual si semilla fuera, de improviso
 Surgió armado de yelmos y broqueos
 Un hórrido escuadrón. El victorioso
 Hijo de Agenor¹ se aprestaba á herirlos,
 Y muerte dar á la vipérea raza:
 Mas unos contra otros mutuamente
 Súbito los aceros enristrando,
 Violenta muerte *fraternal* se dieron.
 Estos así también unos á otros
 Se degüellan riñendo, y sin acierto
 A cada pasó, sin reparo alguno
 Cambian contrarias entre sí saetas.
 Ellos de las Sagradas Escrituras
 O de los santos padres no se acogen
 A la fuerte armería; pues de estas armas,
 Toscos y rudos é ignorantes todos,
 Ignoran el manejo. Mas tan solo
 Armados de altanera petulancia,
 Entran en guerra. Los ensueños rancios
 Y monstruosos delirios de Epicuro
 Venden al vulgo, como hallazgos grandes,
 De mortífera miel embadurnados;
 Y con sale facecias é insidioso
 Color, mal disfrazados y compuestos.
 Acaso, pues, signieron las banderas
 De este glotón Filósofo, gustolés
 El nombre de *Filósofos*, que hinchados
 Tomaron para sí? Sea como fuere:
 Estos nuestros Filósofos, pomposos
 Sofismas venden, sueños de antigualla;
 Y por lo tanto en áspera contienda
 Están consigo mismos, ni de acuerdo
 Jamás se ponen. No hace mucho oíles
 Magistralmente establecer alguna
 Religión natural, y que hay arriba

¹ Cadmo, hijo de Agenor, cuando andaba en busca de Europa su hermana, dió muerte á una horrible serpiente que había ya destrozado á todos sus compañeros; y habiendo, por mandato del cielo sembrado los dientes del monstruo, brotó de repente un escuadrón armado etc.

Algún Dios que del mundo al cargo tiene;
 Y esto, ya satisfechos, les bastaba;
 Cabida á nada más daba su mente,
 Reputándolo todo como inventos
 Mal forjados de estúpidas ancianas.

Mas ahora también han sacudido
 Aqueste yugo, y destronar intentan
 De su estrellado rutilante solio,
 Y derribar al mismo Omnipotente.
 Hé aquí á los que de elogios y alabanzas
Filósofos insignes tanto colma
 Aquesta nuestra edad y tanto admira.
 Mas yo me acuerdo haber un tiempo oído
 Esto mismo gruñir á los inmundos
 Cerdos de la gran piara de Epicuro;
 Ni creía que pudieran asociarse,
 Y confrontar por mutua simpatía
 La fétida pocilga y el gran nombre
 De *filósofo*, nombre venerable.
 ¡Oh sencillo de mí! lo que imposible
 Antes creyera, ahora lo realizan
 Estos nuestros Filósofos, y audaces
 Cantan su insano fementido triunfo.
 Resucitar intentan el antiguo
 Cáoos tenebroso, y persuadidos creense
 De que todos á guisa de los brutos,
 Pereceremos todos con la muerte,
 Y plácemes se dan por esta ruina.
 Odian horrorizados una eterna
 Alma imperecedera, y en gran coro
 Cantan aquello de Lucrezio: "Es fuerza
 Que la humana natura se disuelva
 Como los negros vórtices del humo
 Del aire en la región se desvanecen.
 Aquel miedo terrible al Aqueronte
 Debe violento lejos sacudirse,
 Y arrancarse de un golpe ese vil miedo
 Conque siempre se agita desde el fondo
 La corta vida humana y se revuelve,
 Ni deleite ninguno nos permite;
 Integro, puro, de dolor sin mezcla."
 Otros delirios y otros semejantes
 A estos acumulan, ni se piensan
 Para contaminar con su fetente
 Baba inmunda, los Libros sacrosantos

Que ni aun á abrir siquiera han aprendido.
 Cerrados estos se hayan por sus siete
 Sigilos inviolables cuyos nudos
 Jamás aquestos desatar pudieran,
 Ni siquiera tocar sus áureas llaves.
 Mas ¿qué intento? Bergiero con Nonato,
 Grandes guerreros ambos invencibles,
 Ya quebrantaron las soberbias frentes
 De esta hidra de Filósofos; y en mofa
 Y escarnio hasta del vulgo los trocaron.
 Esto constante fué: los sacros dogmas
 Por hostiles combates sacudidos;
 De luz más fulgurante se vistieron:
 Y acá y allá y doquiera entre las mismas
 Reñidas luchas y ásperos combates,
 Brilló una luz más viva, que del Oco
 Las negras sombras arrojó muy lejos;
 Y hasta aquí á su pesar, el enemigo
 De mucho nos sirvió. Mas otras guerras,
 Otros ataques ásperos, sangrientos,
 De nuevo estallarán: nunca el encoho
 Se saciará del negro Fiegetonte;
 Jamás descansará la inmundada Estige.
 Pero ¿qué importa? Contra todo choque
 De cuantos monstruos y sañudas fieras
 Ha de armar el Averno; victoriosa
 Levantará hasta el cielo sus pendones
 La invicta Religión, siempre triunfante:
 No de otro modo que velera nave
 En su garrido timonel confiada,
 En sus remeros como el tiempo pide,
 Y en su piloto intrépido, avezado
 A despreciar los vientos bramadores,
 Y á domar el oleaje tumultuoso;
 Abre por esas férvidas llanuras
 Surco espumoso, hirviente, desafiando
 Aquilones, hollando tempestades:
 O como en alta roca se levanta
 Robusta torre, al pié ago retando,
 Retando al cielo con sus altos merlos,
 Cargados de magníficos trofeos;
 Viendo á su pié las ondas espumosas
 Romperse hinchadas en flotantes brumas,
 Mientras ella campea más arrogante,
 Rígida, inmóvil en el azul espacio.

Esto yo un día cantaba en las amenas
 Márgenes del Eridano sombroso,
 Que repiten el eco asiduamente
 De la armoniosa lira de sus vates:
 Cantaba entonces un solaz buscando
 En mi amargo destierro con mi lira;
 Cuando el Sexto gran Pío, más que por nombre
 Pío por sus hechos, al excelso solio,
 Heredero dignísimo de Pedro,
 Fué levantado y se ciñó la frente
 Con la triple corona de la tiara,
 Y recibió ambas llaves, [rebotando
 La augusta Religión y el Orbe entero
 De risueña, magnífica esperanza,]
 Como nacido á reparar las ruinas
 Que otros, Sextos también, acumularan.
 Esta nave, este alcazar invencible
 Guarda Dios mismo desde la alta esfera;
 Y por eso á tí ¡oh Pío! te la ha confiado,
 Y para que la rijas te la encarga.
 Eterna sea tu dicha: de mis votos
 La suma esta es: cuanto desearse pueda,
 De tí se ha de obtener, aun superando
 La esperanza y los votos de los píos.
 Si fiar puedo en mis ojos, parecióme
 Que la dulce Poesía primeramente
 Escuchó de buen grado mis cadencias;
 Y poco á poco su abatida frente
 Fué levantando: respiró en seguida
 Más libremente, y como haciendo á un lado
 La mano de su rostro; hasta que el luto
 Sacudió al fin y con sus dulces labios
 Parece que aun sonrióme más amable.

CANTO XXII.

EL JUEZ.

LEVANTENSE Y REUNANSE LOS PUEBLOS EN EL VALLE
DE JOSAFAT; PORQUE
ALLI ME SENTARE A JUZGAR A TODOS LOS HOMBRES.

Un tiempo fué; las últimas pavezas
Del Orbe apenas ruedan, es ya nada,
Arde apenas y humea. Tantas grandezas,
Tantos portentos de arte, que asombrada
Veía la humanidad, tantas bellezas,
Palacios y ciudades de encumbrada
Gloria y origen, obras laboriosas,
De los hombres hechuras portentosas;
Tantos grandes tesoros de esplendente
Oro y plata, en que el hombre puesto había
Su orgullo vano; todo finalmente
Lo que antes más al hombre seducía,
Redújose á cenizas tristemente.
En lúgubre calígene sombría
Hundiése el sol, y sucumbió gigante
Para nunca surgir en adelante.
Hórrida, con semblante moribundo
La luna se mostró, sangre vertiendo,
Y los astros rodaron en profundo
Silencio y lobreguez, y con horrendo
Amenazante brillo están al mundo
Tristísimos cometas oprimiendo.
Este es del Gran Señor el grande día,
Asolador, terrible en demasía.
Parecía que hasta aquí á la tierra entera

El del hombre al capricho abandonara,
Y que á región distante se partiera;
Y nosotros entre hórrida algazara,
Como si nunca ya jamás volviera,
Desplegamos, en tanto audacia rara:
Mas ahora terrible, enfurecido,
Vuelve de adusta majestad ceñido.
Oid su voz que aterradora suena,
El clangor de mil trompas imitando;
Es la voz del Señor, que todo llena,
Por la tierra y el cielo rimbombando,
Y con mandato omnipotente trueno
A los tristes mortales convocando
Del seno de sus tumbas, al radiante
Sublime tribunal que está delante.
Presente estoy; la pristina coyunda
Reanúdase de carne nuevamente;
Mi cuerpo todo fresca fiel circunda,
Y mis áridos huesos prontamente,
Antes horror y corrupción inmunda;
Escucharon la voz omnipotente
Del Señor que me llama, y fué mi oído
Por su trompeta resonante herido.
Apriétanse otra vez las coyunturas,
Los músculos y nervios, á porfía,
Y respiro otra vez las auras puras,
Y vuelvo á ver el resplandor del día.
Lo que bajo mis piés en las oscuras
Entrañas de la tierra se escondía;
Por ella, á su pesar, fué restituido,
Sin que nada se hubiera consumido.
Así el cetáceo atroz, desmesurado,
A Tomás en el piélago enguiera;
Mas lo hubo de su vientre vomitado,
Sin que lesión ninguna en él se viera:
Como el grano en la tierra sepultado
Muere; mas de la tierra en que se hundiera
Germina, al cielo alza su frente erguida
De vigor llena y de frondosa vida.
La fortuna que un tiempo á los mortales
Trajo en ciego vaivén continuamente,
Estableciendo suertes desiguales;
Aquí desapareció completamente:
No á las grandes riquezas proverbiales,
Ni á la estirpe de Augusto prepotente

Allí se atenderá, ni á la guerrera
 Raza de héroes que al mundo sacudiera.
 Mengua será el ingenio y el talento
 Sublime y de la mente la valía,
 Que las artes más nobles, gran portento
 Avida recorrió con osadía.
 Hé aquí á los venturosos, ciento á ciento,
 Mimados de la dicha en otro día,
 Que en la púrpura fueron recibidos,
 Y en áurea cuna de marfil mecidos,
 Ante cuya mirada cayó el mundo,
 Y á su vez palpitante estremeciéndose;
 Aquellos cuyo genio tan profundo,
 Deslumbrando á los hombres ostentose;
 Y ambicionando un reino sin segundo,
 Su vastísimo imperio dilatose
 Más allá de sus mismos funerales,
 Más allá de las lozas sepulcrales.
 Pero tristes ahora y abatidos,
 Mústia la frente, baja la mirada,
 Tiritando se encorvan confundidos.
 Tarde ¡ay! conocen que por escarpada
 Senda oscura extraviáronse perdidos.
 Muchos por el contrario, quienes nada
 Del ingenio ó la ciencia recibieron,
 Ni por timbres ó hazañas relucieron;
 Antes bien, como raza ignominiosa,
 A los ojos del mundo aparecían:
 Ahora, con diadema fulgurosa
 Coronadas sus frentes se atavían;
 Y de la luz á la región hermosa
 Porque al Rey Cristo ya encontrar ansían,
 Arrebatados son en raudo vuelo,
 Desdeñosos dejando el bajo suelo.
 Mas ya retumba el trueno, se estremecen
 Las cúspides eternas, y al instante
 Abiertos ya los cielos aparecen
 De par en par; y augusta, rutilante,
 Al frente de los coros que guarnecen
 La régia pompa, ante la cual delante
 Viene el Rey Cristo; se levanta erguida
 La excelsa cruz, de sangre aún teñida.
 Todas del Universo las naciones
 Prorrumpen luego en impetuoso llanto:
 De justos á las fulgidas legiones

El amor arrancóle dulce llanto;
 Mas contrarias, terribles emociones
 El horror les produjo y el espanto,
 A los que el yugo de Jesús rompieron,
 Y la cruz de sus hombros sacudieron.
 Cuyo soberbio corazón, asiento
 Fué siempre del placer é inmundo nido.
 Aquel que con suplicio tan sangriento
 Fué en un infame tronco suspendido;
 En alas del relámpago, sediento
 Desciende de venganza, decidido
 A descargar su saña omnipotente
 Sobre la aleve, criminosa frente.
 Es de fuego su carro majestuoso,
 Son el rayo y centella sus bridones,
 Y forman su cortejo esplendoroso
 De ángeles las innúmeras legiones;
 Un múltiple diadema luminoso
 Circunda de sus sienas las regiones:
 Centellea horrendamente su mirada,
 Lo mismo que su frente coronada:
 Vibra su boca acero enrojecido,
 Y en toda su flotante vestidura
 Y en su flanco este lema está esculpido:
 "Rey de los Reyes" de su sangre pura,
 Que un tiempo derramó, todo embebido.
 Se halla su rojo manto, y tal pavura
 Causa su vista á la caterva impía;
 Que á voz en cuello gritan á porfía,
 Y ruegan á los montes y collados
 Que cediendo á su inmensa pesadumbre,
 Sobre ellos se desplomen hacinados.
 Clama en vano esa triste muchedumbre;
 En vano ansían por verse sepultados
 Del Orbe en las entrañas, do su lumbré
 Todo astro niega, y del Averno inmundo
 Sumergirse en el báratro profundo.
 Del Juez inexorable, del Cordero
 Tan terrible es la saña y los furoros:
 De toda fuga se cortó el sendero;
 Y allí inmóviles aquellos malhechores,
 Atónitos esperan el certero
 Saetar de los dardos vengadores
 Con que la mano del Señor, que tanto
 Ellos huían, los hundirá en el llanto.

Ya empiezan las falanges celestiales
 En aladas escuadras por doquiera,
 Desplegando sus galas inmortales,
 A trazar raudos giros por la esfera,
 Segregando á las turbas criminales
 De aquellos cuya vida intacta fuera;
 O que sus culpas en el llanto ahogaron,
 Y á sí mismos odiando, castigaron.
 Estos á la derecha colocados
 Son del terrible Juez. Mas los impíos
 De enmedio de los justos arrancados,
 Pasan á la siniestra ya sin bríos.
 ¡Ah qué llantos escucho á todos lados!
 ¡Qué gemidos, qué roncós clamorios!
 Suena un *adios* desgarrador doquiera;
 Es la cruel despedida, es la postrera.
 De la hermana sepárase el hermano,
 Del amigo el amigo, fiel, constante;
 La dulce esposa, forcejeando en vano,
 Ve que arrebatan al esposo amante:
 El hijo al padre tiéndele la mano . . .
 Ya nunca se verán . . . se abre delante
 Una hondísima valla tenebrosa,
 Que un eterno *jamás* brama espantosa.
 No léjos de Salén, donde clemente
 Muerte acerba sufrió por darnos vida;
 Hora tiene su sólio refulgente
 El Rey Supremo: su ira indefinida
 Recrudece, mostrando la elocuente
 Enseña de su amor, bien conocida;
 Y sus llagas y heridas descubriendo,
 Ya á los audaces reos está arguyendo:
 ¿Más acaso podría de mí exigirse?
 ¿Pruebas mayores exhibir fué dable?
 Lábío ninguno intentará ya abrirse.
 De los justos entónce el coro amable
 Que gimió en otro tiempo, sin que oirse
 Pudiera en su dolor ¡ay! lamentable;
 Hará vibrar sus voces altamente,
 Y alzará muy ufano su real frente:
 Y pedirán al Sumo Juez justicia
 Contra aquellos inícuos opresores,
 Que en ellos descargaron su sevicia;
 Y señalan á aquellos impostores
 Que hicieron fracasar con su malicia

Sus asíduos trabajos y sudores,
 Y gran ruina causarón; mas ahora
 Piden contra ellos pena vengadora.
 Estos, á tales voces, ronco llanto
 A su pesar derraman, ya vencidos;
 De turbaciún se llenan y de espanto,
 Al verse en esa infamia sumergidos,
 Que con descaro, con orgullo tanto
 Bebían un tiempo, como de sí henchidos:
 Mas hora en gran rubor su rostro se hundió,
 Y esa infamia los doma, los confunde.
 En un ciego vaivén vertiginoso
 Toda ántes se agitaba revezada
 La mortal batahola. Al poderoso
 Inmerecido trono, coronada
 Ascendía la maldad; y el afrentoso
 Crimen erguía su frente despejada:
 Mas la piedad y la virtud gemía
 Pisoteada doquier con osadía.
 Odios acerbos, crueles vejaciones,
 Esperaban á aquel que pretendiera
 Seguir de Jesucristo los pendones.
 Si nada pues para el mortal hubiera
 Más allá de las fúnebres mansiones,
 Si otra suerte mejor no le cupiera:
 Injusto fuera Dios, crudo, inamable,
 Semejante á un tirano detestable.
 Fautor sería de toda rea conciencia,
 Cuando al crimen brindara á manos llenas
 Cuantiosos premios, honras y opulencia;
 Y lágrimas tan sólo y crudas penas
 Reservara á los justos por herencia:
 Así la causa de las almas buenas
 Tan bien á la de Dios personifica,
 Que una en otra se funde é identifica.
 Hé aquí por qué el gran día se le llamara,
 Ante la faz del Universo entero;
 Para que nadie sin vengar quedara,
 Para que entre sus santos nadie hubiera
 Que en él de haber confiado se afrentara.
 Mientras rodaba el mundo en su carrera
 Cuando la vida del mortal corría,
 Allí una gran comedia se exhibía.
 Mas este fué su fin; de un golpe hundióse
 El cómico aparato; derribado

El antifáz hipócrita rompióse
 Con que había su papel desempeñado
 El mísero mortal, y ya mostróse
 A la vista del Orbe enagenado
 Cada quien en su aspecto verdadero,
 Sin ser posible ya disfráz artero.
 Nerón un tiempo al mundo sacudía;
 Mas Pedro y Pablo en cárcel tenebrosa
 Gemían encadenados, y yacía
 Por tierra su memoria ignominiosa.
 Mas ¡oh! ¡qué cambio, qué inversión hoy día!
 ¡Cuán contrarias sus suertes! Pues ¡qué cosa
 Es ya Nerón? En la más súa escoria
 Se ha transfoamado su soberbia gloria.
 En lo más hondo de un abismo ardiente,
 En sulfúrea vorágine implacable
 Será revoloteado eternamente,
 Sin que pueda destruirse el miserable.
 ¡Qué fué de Pedro y Pablo finalmente?
 Del altísimo Olimpo inmensurable
 Son hora las más fúlgidas lumbreras,
 Y escabel de su pié son las esferas.
 El uno por sus llaves señalado,
 El otro por su espada; los primeros
 Tronos ocupan de uno y otros lado
 Del sumo Rey, de reyes y guerreros
 Arbitrios dignos; y será adorado
 Su nombre entre homenajes verdaderos,
 Y entre delicias que el deseo no alcanza
 Disfrutarán su eterna bienandanza.
 He aquí una pobre anciana, que en su vida
 Fué lo más vil del mundo y despreciable:
 Mas por el cielo era en honor tenida,
 Y le era al mismo Cristo muy amable;
 Por cuya imagen moribunda, herida
 Había logrado hacerse tolerable
 La breve vida, todas soportando
 Sus penas, sus rigores afrontando.
 Fué de Cristo en sus luchas compañera;
 Hora lo es en sus triunfos: ya su freute
 Con fúlgida diadema reverbra,
 Y empuña el regio cetro regiamente.
 Vosotros, cuya vida copia fuera
 Del mismo Cristo, y generosamente
 Lo habeis hasta la muerte acompañado

Regocijaos; cautad ya vuestro hado:
 Pasó ya el cruel invierno; un sólo instante
 Despejó esos oscuros nubarrones,
 Y en un raudal de gozo exorbitante
 Inundó nuestros mustios corazones
 Sin temor ya de cambio y de menguante,
 Esa gloria, esas dignas ovaciones
 De que el mundo os privara en su locura,
 De hinojos todo os vuelve con usura.
 Mientras la gran comedia se exhibía
 Del mundo engañador, perecedero,
 A los mortales míseros cubría
 Una dorada nube. El verdadero
 Valor de cada uno se escondía
 Bojo el disfráz de brillo lisonjero
 Que con sus falsos rayos deslumbraba,
 Y la mentira á la verdad hollaba.
 Este era el día solemne de esperarse,
 En que el dolo y la fraude enmudeciendo;
 Ya á nadie fuera dable rebelarse
 Contra la áurea verdad, ó bien hurdiendo
 Artificios que hiciéranla ocultarse,
 O á sí mismo en sus hechos desmintiendo:
 Pues ese día su aspecto y su figura
 Volverá intacta á la mortal creatura.
 Cualquier gala postiza ó apariencia
 Por sí misma caerá. Claro y abierto
 Todo ahí pondrá el Juez en evidencia,
 Todo será ante el mundo descubierto:
 Cuanto hubo un día engullido tu conciencia,
 Y en el rincón más hondo y más desierto
 Escondiste á hurtadillas en tu mente,
 Y allí guardabas cautelosamente:
 Lo que hiciste al impulso de imperiosa
 Liviandad desbocada, ó incitado
 De insaciable avaricia codiciosa;
 Esto será ante el mundo divulgado.
 Por la divina luz esplendorosa
 Será tu oscuro pecho traspasado,
 Y su sinuoso abismo más profundo;
 Y allí cuanto hay leerá pasmado el mundo.
 Todas las cosas ya claras, visibles,
 Y abiertos ante todos los mortales
 Aquellos libros antes, ilegibles
 Por los groseros ojos materiales;

Escucha ya los ecos inflexibles
 De la sentencia. El Juez con paternas
 Ojos benignos que de amor son muestra,
 Mirando á los que tiene hacia su diestra:
 ¡Oh! venid, les dirá; venid amada
 Progenie de mi Padre bendecida,
 Venid conmigo á mi real morada;
 El cetro empuñaréis: ya merecida
 Teneis esta corona; pues me agrada
 El recordar que en vuestra frágil vida,
 Hambre yo tuve y sed, y en ambas cosas
 Me atendisteis con manos amorosas.
 Desnudo estaba; abrigo y vestidura
 Me brindasteis vosotros, y hospedado
 En vuestro hogar me hubisteis con ternura:
 Enfermo estaba, y me sentía recreado
 Con vuestro amor gratisimo; en oscura
 Prisión yo me encontraba encadenado,
 Y vosotros venías á visitarme,
 Y mi pena y dolor á suavizarme.
 Mas vacilan los justos, y el sentido
 No abarcan de estas frases. Y ¿esto cuándo?
 Preguntarán: cuando le habeis servido,
 Responderales con acento blando,
 Al que visteis de inopia consumido,
 Y al que la hambre y miseria está acosando,
 Y á mis más pequeñuelos atendisteis;
 Todo esto entonces para mí lo hicisteis.
 Después con faz sañuda, amenazante,
 Do cruel se agolpa tempestad rugiente,
 Mirando al lado izquierdo: de delante
 Quitáos, les dirá, maldita gente;
 Partid al fuego eterno en el instante,
 Pues me visteis por hambre y sed ardiente
 Consumido, desnudo, encadenado,
 Enfermo, y con desdén me habeis mirado.
 Ni un mendrugo de pan habeis sabido
 A la boca llevar del pobre hambriento,
 Ni socorristeis nunca al desvalido,
 Ni os ablandó el enfermo macilento,
 Ni habeis dado un harapo de vestido
 Al que desnudo visteis y friolento,
 Ni á piedad os movían los aherrojados.
 Y ellos entonces le dirán turbados:
 Cuándo, oh gran Rey te despreciamos? Cuando

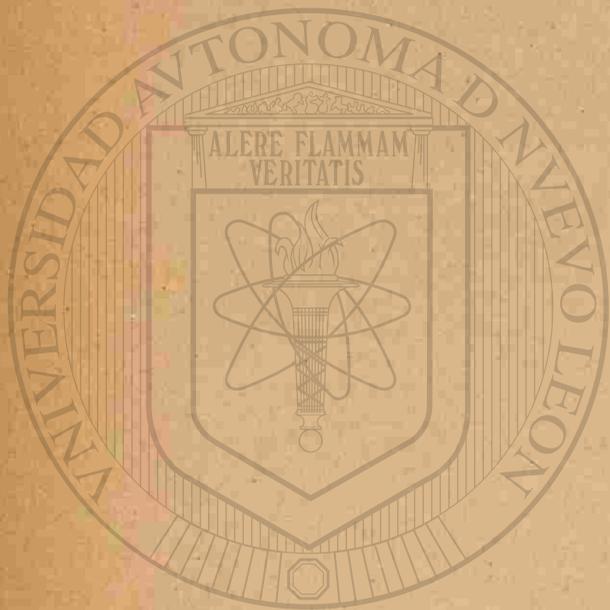
Habeis cerrado al pobre vuestro pecho,
 Las espaldas á un misero volteando;
 Entonces me mirasteis con despecho.
 Y sin más, ya estos húndense bramando
 En un bátrato ardiente, oscuro, estrecho:
 Y aquellos á los Reinos inmortales
 Suben entre los coros celestiales.

CONCLUSION.

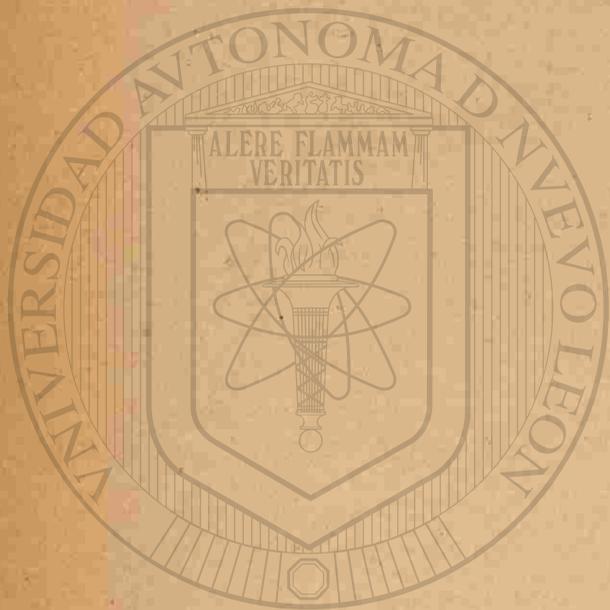
Puede, oh grande Jehová, ya al perseguido
 Puerto arribar, y pues, con larga mano
 Tú pagas el más vil obsequio humano;
 Hora un premio te ruego desmedido
 Por esta vil faena en que he emprendido
 Para exaltar tu nombre soberano:
 Que cuando ya este cuerpo, cruel, tirano,
 Y esta prisión derruir te hayas servido;
 Aquellas de Javier frases ardientes
 Que en hispano lenguaje profería
 En mis primeros años inocentes;
 Sean un himno de amor en mi agonía,
 Sean mis suspiros últimos, fervientes,
 Sea el aliento postrer del alma mía.

No me mueve mi Dios para quererte
 El cielo que me tienes prometido,
 Ni me mueve el infierno tan temido
 Para dejar por eso de ofenderte.
 Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
 Clavado en esa Cruz y escarnecido;
 Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
 Muéveme tus afrentas y tu muerte.
 Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera;
 Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
 Y aunque no hubiera Infierno te temiera.
 No me tienes que dar porque te quiera:
 Porque aunque lo que espero, no esperara,
 Lo mismo que te quiero te quisiera.

FIN DE LA OBRA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

INDICE GENERAL DE LA OBRA.

	Pgs.
Advertencias preliminares del traductor.....	7
Discurso preliminar por E. G. á la muy floreciente Juventud Mexicana.....	17
Ensayo biográfico del Autor.....	23
Preludio del Autor.....	43
Juicio crítico de Tomás Serrano Valentino, Académico de la Rovere.....	41

PARTE PRIMERA.

Cántico á Nuestro Dios.....	47
Canto I. Dios es uno.....	49
Canto II. Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios....	55
Canto III. Incomprensibilidad de Dios.....	60
Canto IV. Eternidad de Dios.....	68
Canto V. Presencia de Dios.....	73
Canto VI. Beneficencia de Dios.....	78
Canto VII. Benignidad de Dios.....	80
Canto VIII. Omnipotencia de Dios.....	94
Canto IX. Sabiduría de Dios.....	96

Canto X. Providencia de Dios.....	102
Canto XI. Custodia de Dios.....	109
Canto XII. Paciencia de Dios.....	114
Canto XIII. Justicia de Dios.....	120
Canto XIV. Belleza de Dios.....	126
Canto XV. Señor del Cielo.....	131
Canto XVI. Refugio en Dios.....	139
Canto XVII. Señor de los Ejércitos.....	144
Canto XVIII. Dios Escudriñador de los corazones.....	150
Canto XIX. Único Hacedor de maravillas.....	156
Canto XX. Anunciador de los futuros.....	163

VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARTE SEGUNDA.

Canto I. Dios-Hombre.....	173
Canto II. Príncipe de paz.....	179
Canto III. Nombre sobre todos los nombres.....	186
Canto IV. Rey de las gentes.....	190
Canto V. Blanco de contradicciones.....	195
Canto VI. Sujeto á ellos.....	201
Canto VII. Luz del mundo.....	205
Canto VIII. Rey apacible.....	215
Canto IX. El buen pastor.....	221
Canto X. El triunfo.....	225
Canto XI. Dios Escondido.....	231
Canto XII. La tristeza.....	237
Canto XIII. Oprobio de los hombres.....	242
Canto XIV. Señor de la muerte.....	252
Canto XV. El exceso de amor.....	256
Canto XVI. El sueño sacudido.....	261
Canto XVII. Rey del cielo.....	266
Canto XVIII. El Sacerdote.....	271
Canto XIX. El Esposo.....	276
Canto XX. La Virtud de lo alto.....	287
Canto XXI. El triunfo de la Religión.....	293
Canto XXII. El Juez.....	324

FE DE ERRATAS

PARTE PRIMERA.

DICE	DEBE DECIR	Canto	Estr.	Vers.	Pág.
—	—	—	—	—	—
desciendes	desciende	Cant. á N. D.	5	1	47
inspiran	espiran	I	4	6	54
inspirada	espirada	„	4	11	54
mortal	del hombre	II	6	2	58
respira	resfría	„	5	8	59
Magníficas	Magníficos	III	1	15	62
perdiendo,	perdiendo:	„	2	14	63
vértices	vórtices	IV	1	4	69
ya en Boote	ya Boote	„	2	2	69
Y en un	Y un	„	9	4	69
ahora	hora	„	1	4	71
desapareció	despareció	„	10	4	71
debilita.	debilita,	„	8	4	72
hinchando	hinchado	V	1	1	74
serpientes.	serpientes,	„	2	4	74
furores	horrores	„	2	13	75
abrazado	abrasado	„	1	3	76
y como	como	„	3	5	76
dado,	dado.	„	4	10	76
veces	voces	„	3	1	77
entonces	entonce	VI	4	4	78
ígnitas	ígnitas	„	3	4	80
divide	divido	„	1	6	81
Cogen á	recibe á	„	2	2	81

DICE	DEBE DECIR	Canto	Estr.	Vers.	Pág.
Escalan	Escala	"	2	3	81
les doy	le doy	"	2	4	81
Fuerzo	Tuerzo	"	3	5	81
vertiginoso	vortiginoso	"	7	1	81
abandonaron	abandonaran	"	8	1	81
Excaban	Escalan	"	1	1	82
raudales	caudales	"	1	4	82
regalados.	regalados,	"	5	5	82
aun	aún	"	2	2	83
mitigarlo	mitigarle	"	3	4	84
monstruoso	monstiuoso	VII	2	1	84
ojea	otea	"	2	6	84
fermenta	fomenta	"	1	5	85
de dardos	tus dardos	"	5	9	88
extraviaste	extraviaste	"	4	6	89
vértices	vórtices	VIII	3	2	91
fundidos	fundido	"	3	8	94
modo.	modo,	"	4	1	94
Y en	En	"	6	7	94
enunciaba	anunciaba	"	2	2	95
Que el rey del im-	La que el rey del				
perio fulminante	empireo fulgu-				
	rante	"	6	1	95
vayo	vago	IX	2	1	97
ahora	hora	"	6	5	97
imperfecta	perfecta	"	3	1	98
tu, vasta ciencia,	con tu vasta ciencia	"	5	1	99
presta	apresta	"	3	4	101
Y sacian ellos	Y ellos sacian	X	3	7	103
impetuoso	impetioso	"	2	4	105
Lo que aún está	Lo que está aún	"	2	6	105
por algún fin	por alguno fué	"	6	5	105
vacilante	vacilante.	"	4	4	106
dirijase	dirijase,	"	4	5	106
Él mismo	El mismo	"	6	1	107
aun	aún	"	1	7	109
verán	serán	"	4	3	109
esplendorosa.	esplendorosa;	XI	2	4	109
que	en	"	5	4	111
hallamos	hallemos	"	11	3	112
y oyeron	no oyeron	"	7	3	113
tronos	troncos	XII	5	1	115
mirar	minar	"	3	3	116

DICE	DEBE DECIR	Canto	Estr.	Vers.	Pág.
Que con industrias	Con qué industrias	XIII	4	2	122
ni aun con la mano	aun con la mano	"	4	1	124
en trono	un trono	"	7	6	124
el globo	del globo	XIV	1	2	128
por un mar	por un amor	"	Nota al v. 1. Estrofa 7. pa- gina 128		
semejante	deslumbrante	"	3	2	130
inadmisibile	inamisible	"	5	4	130
abrazadora	abrasadora	"	10	3	130
insidiosa	insidiosa	XV	3	5	133
trífida	trífido	"	2	6	134
cual producen	cual retifien	"	2	12	136
ruido	ruído	"	1	5	138
fragoroso	fragoroso.	XVII	1	16	138

Nunca la humana misera
Aunque en no igual medida
Ha podido colmar su bienandanza

Nunca la humana misera esperanza.
Ha podido colmar su bienandanza
Aunque no en igual medida
Canto XVI 4, 5 5, 6, 1 140

DICE	DEBE DECIR	Canto	Estr.	Vers.	Pág.
en vano	en vano:	XVI	8	3	141
recobrando	cobrando	"	3	2	143
creié	creeré	"	5	4	143
sedienta	cediendo	XVII	4	3	144
brillo	brío	"	4	5	144
hirro	hierro	"	7	2	146
desplómase	desplomose	"	6	4	148
más	mas	"	7	6	148
Y yermos	Yermos	"	2	6	149
blanco oro	blondo oro	XVIII	2	2	150
dentro de este abis-	dentro; de este	"	7	5	151
mo	abismo	"	7	1	152
Y allí	Mas allí	"	7	1	152
Oh si tu Rey	Ah si tú, oh Rey	XIX	3	7	157
Crascitar	Crascitar	"	1	3	158
lucustas	locustas	"	2	3	160
cual pálidos	aun pálidos	"	5	3	160
tímidos	túmidos	"	2	4	162
al cielo	el cielo	XX	-	10	166
conquistadas	conquistado	"	3	13	170

DICE	DEBE DECIR	Canto	Estr.	Vers.	Pág.
Tremes	Triremes	"	3	2	171
dicteros	dictorios	"	3	12	171
la voz suena	la voz no suena	"	3	4	171
Salín	Salén	"	-	8	172

PARTE SEGUNDA

mil	miles	I	2	8	175
cerro de nuevo	cerró: de nuevo	"	4	4	175
al Padre el engendr- drado	al Padre; el Engen- drado	"	4	4	176
trocárase	trocaráse	II	2	1	182
cabrillito	cabritillo	"	2	4	182
apariencia.	apariencia	"	7	4	184
rompe de ya	rompe ya	V	7	3	196
hundido	hundida	"	3	2	197
aún el sol	aun el sol	VI	2	6	203
labraba	labrada	VII	2	8	210
bucleos	bucles	X	4	6	226
lores	loores	"	5	6	227
oceanó	ocaso	XI	2	1	231
penetrante	penetrando	XII	7	1	238
afianzan	afianzan	XIII	3	4	244
escarnecida.	escarnecida	XIV	4	4	253
sueña	suena	"	4	1	254
afianza.	afianza	XV	1	6	259
mi amor	de mi amor	"	3	5	260
los que Adán	los que de Adán	XVIII	2	2	271
de otro el	de otro modo el	"	1	4	272
Ya	Y á	XIX	2	13	278
Que insufrible	Fué insufrible	"	4	7	281
verías	veías	"	4	12	282
Que ellos de la grey	Son estos de la grey	"	5	2	283
milita	militar	XXI	3	7	299
Yartesias	Tartesias	"	2	7	301
Elévase	Elevose	"	1	7	306
noimados	no limados	"	1	4	308
pesado	pisado	"	2	4	308
pretendieran	pretendían	"	2	30	314
entonce, digo	entonce, entonces digo	"	2	1	316

DICE	DEBE DECIR	Canto	Estr.	Vers.	Pág.
al	el	"	1	1	321
embebido.	embebido	XXII	4	5	327
porifa	porfia	"	4	7	327
llanto	tanto	"	1	4	327
arbitrios	árbitros	"	4	5	330
nuestros	vuestros	"	1	4	331
reverbra	reberbera	"	6	3	330
venias	veriaais	"	3	1	332

